



CLIVE CUSSLER

Y DIRK CUSSLER

TORMENTA EN LA HABANA

PLAZA  JANÉS

CLIVE CUSSLER
y DIRK CUSSLER

TORMENTA
EN LA HABANA

Traducción de
Ignacio Gómez Calvo

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

PRÓLOGO

Perseguido

15 de febrero de 1898

El sudor corría por la cara de cansancio del hombre y formaba una cascada de gotas cuando caía de sus mejillas sin afeitar. Batía unos gruesos remos de madera. Se los llevó al pecho, ladeó la cabeza y se frotó la frente con la manga sucia. Ignoró el dolor de sus

extremidades y siguió remando sin prisa pero sin pausa.

No sudaba solo por el esfuerzo, ni por el bochornoso clima tropical. El sol apenas había despuntado por el horizonte, y el aire en calma del puerto de La Habana era fresco y húmedo. Era la tensión de saberse perseguido lo que mantenía su pulso acelerado. Con mirada ausente observó el agua e hizo una señal con la cabeza al hombre que estaba sentado en la barca detrás de él.

Habían pasado casi dos semanas desde que la milicia española había

intentado apropiarse de su descubrimiento obligándolo a huir. Tres de sus compañeros habían muerto defendiendo la reliquia. Los españoles no tenían reparos en matar, y lo asesinarían gustosamente para obtener lo que querían. Lo habrían matado ya de no haber sido por un encuentro casual con una banda de rebeldes cubanos, quienes le ofrecieron libre tránsito hasta las afueras de La Habana.

Echó un vistazo por encima del hombro al par de buques de guerra atracados cerca del fondeadero

comercial del puerto.

—A estribor —dijo con voz ronca—.

A la derecha.

—Sí —contestó el cubano sentado detrás de él, que empuñaba otro par de remos.

Iba ataviado como él, con la ropa manchada y hecha jirones, y se protegía del sol con un raído sombrero de paja.

Juntos dirigieron la lancha que hacía aguas hacia los modernos buques de guerra de acero. El anciano escudriñó el puerto en busca de posibles peligros, pero parecía que por fin había dado

esquinazo a sus perseguidores. Tenía a su alcance un refugio seguro.

Remaron despacio por delante del buque de menor tamaño, que llevaba una bandera española colgando del mástil de popa, y se acercaron a la segunda embarcación. Se trataba de un crucero acorazado con torretas de dos cañones que sobresalían por encima de cada barandilla lateral. La cubierta y la obra muerta estaban pintadas de amarillo pajizo, atenuado por un casco blanco. Con los faroles todavía encendidos bajo la luz del amanecer, el barco relucía

como un diamante de color ámbar.

Varios centinelas patrullaban por proa y popa, vigilando el barco en estado de máxima alerta. Un oficial con uniforme oscuro apareció en una pasarela de la superestructura y observó la lancha que se acercaba.

Levantó un megáfono.

—Deténganse y declaren sus intenciones.

—Soy el doctor Ellsworth Boyd, de la Universidad de Yale —dijo el anciano con voz temblorosa—. El consulado de Estados Unidos en La

Habana ha solicitado que me refugien en su barco.

—Esperen, por favor.

El oficial desapareció por el puente de mando. Minutos más tarde, apareció en la cubierta con varios marineros. Arriaron una escala de cuerda por el costado e hicieron señas a la lancha para que se acercase. Cuando la barca rozó el casco del buque, Boyd se levantó y lanzó un cabo a uno de los marineros.

—Tengo una caja que debe venir conmigo. Es muy importante.

Boyd apartó de una patada unas hojas de palmera que ocultaban una gruesa caja de madera metida entre los bancos. Mientras los marineros les pasaban más cabos, Boyd inspeccionó las aguas. Convencido de que estaban a salvo, él y su ayudante ataron la caja con las cuerdas y observaron cómo era izada a bordo.

—Eso tendrá que quedarse en la cubierta —dijo el oficial mientras un par de marineros llevaban la pesada caja a pulso hasta un respiradero y la ataban.

Boyd le dio a su compañero de remo una moneda de oro, se despidió de él estrechándole la mano y subió por la escala de cuerda. A pesar de haber cumplido los cincuenta, Boyd estaba en buena forma para su edad y se había aclimatado a la humedad de los trópicos trabajando cada invierno en el Caribe. Pero ya no era joven, un hecho que se resistía a aceptar. Hizo caso omiso del persistente dolor de articulaciones y del cansancio constante del que no conseguía librarse mientras subía a la cubierta.

—Soy el teniente Holman —dijo el oficial—. Lo estábamos esperando, doctor Boyd. Lo acompañaré a un camarote para invitados donde podrá asearse. Por motivos de seguridad, tendré que pedirle que permanezca en su camarote. Luego con mucho gusto le enseñaré el barco, si le apetece, y veremos si podemos hacerle un hueco en la agenda del capitán.

Boyd le tendió la mano.

—Gracias, teniente. Le agradezco su hospitalidad.

Holman se la estrechó con firmeza.

—En nombre del capitán y de la tripulación, bienvenido al crucero de batalla *Maine*.

El suave soplo nocturno de los vientos alisios empujó el *Maine* en su amarradero hasta que su proa roma apuntó al centro de La Habana. Los centinelas del barco agradecieron la brisa, que mitigó el apestoso olor de las aguas contaminadas del puerto.

La brisa también arrastraba la melodía nocturna de las calles de La

Habana: la música de sus bares portuarios, las voces risueñas de los peatones del cercano Malecón y el ruido de los caballos y carros que recorrían los estrechos paseos. Para los marineros enrolados en el *Maine*, los vibrantes sonidos eran un triste recordatorio: durante las tres semanas transcurridas desde que habían llegado no les habían concedido permiso para bajar a tierra. El barco había sido enviado para proteger el consulado de Estados Unidos después de un disturbio provocado por partidarios de la ocupación española,

furiosos ante el apoyo prestado por Estados Unidos a los rebeldes cubanos que luchaban contra el opresivo régimen español.

Unos fuertes golpes hicieron vibrar la puerta del camarote de Boyd. Cuando la abrió, se encontró al teniente Holman vestido con un impecable uniforme azul que parecía desafiar la humedad.

Holman se inclinó ligeramente.

—El capitán se alegra de que acepte cenar con él esta noche.

—Gracias, teniente. Después de usted, por favor.

Un baño caliente y una larga siesta habían rejuvenecido a Boyd. Caminaba con el paso firme de quien ha vencido la adversidad. Llevaba puesta su ropa de trabajo recién lavada, y encima un esmoquin que Holman le había prestado. De vez en cuando se tiraba de las mangas, incómodo porque tenía los brazos largos y le quedaban cortas varios centímetros.

Se dirigieron a un pequeño comedor de oficiales situado en la cubierta de popa. El capitán del *Maine* se hallaba sentado en el centro de la estancia,

frente a una mesa cubierta con un mantel de lino en la que relucían una vajilla de porcelana y una cubertería de plata.

Charles Sigsbee era un hombre diligente de mente racional, respetado en la marina por sus dotes de mando. Con sus gafas redondas y su bigote poblado, parecía más un empleado de banco que un capitán de barco. Se levantó y recibió a Boyd con una mirada de impaciencia mientras Holman hacía las presentaciones.

Los tres hombres se sentaron a la mesa y apareció un camarero que les

sirvió consomé. Boyd no hizo caso al perrito que no se separaba del lado del capitán.

Sigsbee se volvió hacia Boyd.

—Espero que el camarote sea de su agrado.

—Es más que suficiente —contestó Boyd—. Le agradezco su cortesía al dejarme subir a bordo avisando con tan poca antelación. No sabe cuánto me alegré de ver el *Maine* esta mañana.

—Me temo que nuestro barco no está hecho para el confort ni para las visitas —dijo Sigsbee—. Aunque nuestra

presencia en La Habana tiene como objetivo ofrecer transporte a estadounidenses en peligro, la situación local parece haberse calmado desde nuestra llegada. Debo decir que me sorprendió recibir un comunicado del cónsul de La Habana en el que me pedía que lo acogiéramos a bordo y lo lleváramos de vuelta a Estados Unidos... sin ninguna explicación.

Boyd suspiró.

—El cónsul es de Virginia, amigo de la familia, y tuvo la amabilidad de interceder por mí. Sin embargo, no

exagero si digo que mi vida estaba en grave peligro.

—El teniente Holman me ha dicho que es usted un antropólogo de la Universidad de Yale.

—Sí, estoy especializado en las culturas caribeñas indígenas. Acabo de terminar un trabajo de campo y he dado un rodeo imprevisto a Cuba.

El camarero retiró los boles de sopa vacíos y volvió con unos platos de pescado asado.

—¿La caja que hemos subido a bordo es de su excavación? —preguntó

Holman.

Boyd asintió con la cabeza.

—¿Le importaría enseñarnos el objeto que contiene después de cenar y explicarnos su significado? —añadió Sigsbee.

Boyd se puso tenso.

—Preferiría esperar a estar en alta mar —dijo en voz baja.

—¿Cómo ha llegado a La Habana? —preguntó Holman.

—Hace quince días zarpé de Montego Bay en el vapor *Orion* rumbo a Nueva York, pero poco después de nuestra

partida surgieron problemas en las calderas del barco. Nos vimos obligados a hacer escala en Cárdenas, donde desembarcaron a los pasajeros. Nos dijeron que las reparaciones del barco nos causarían un retraso de al menos tres semanas. De modo que decidí venir por tierra a La Habana con la esperanza de tomar un paquebote a Cayo Hueso. Entonces empezaron los problemas.

Bebió un sorbo de agua, y Sigbee y Holman esperaron a que continuase.

—Fue el español, Rodríguez —dijo

Boyd, con los ojos desorbitados de pura rabia.

—¿Rodríguez? —repitió Holman.

—Un arqueólogo de Madrid. Dio la casualidad de que estaba en Jamaica y visitó nuestro campamento. Alguien debía de haberle avisado de mi descubrimiento, porque allí estaba, a bordo del *Orion*, vigilando cada uno de mis movimientos. No fue una casualidad. —Le tembló la voz—. No tengo pruebas, pero él debió de inutilizar el barco de algún modo.

El capitán frunció el ceño.

—¿Y qué le pasó cuando desembarcó en Cárdenas?

—Yo viajaba con dos estudiantes y mi auxiliar de campo, Roy Burns. En Cárdenas compramos una mula y un carro y cargamos la caja y nuestras pertenencias. Pensábamos salir para La Habana al día siguiente, pero esa noche, mientras acampábamos al raso, nos atacaron.

Miró a lo lejos y se le pusieron los ojos vidriosos al recordar aquellos dolorosos incidentes.

—Un grupo de hombres armados a

caballo nos asaltó. A Burns y a mí nos dieron una buena paliza, y cogieron el carro. Entonces uno de mis estudiantes fue a por ellos con un cuchillo. Los muy desalmados lo atravesaron con un machete y luego se cargaron a machetazos a su compañero de clase. No pudieron hacer nada.

—¿Eran soldados españoles? — preguntó Sigsbee.

Boyd se encogió de hombros.

—Iban armados y llevaban uniforme, pero parecían una panda de insurgentes o algo así. Sus uniformes no tenían

insignias.

—Es probable que fueran weyleristas
—apuntó Holman.

La facción extremista permanecía leal al gobernador general Valeriano Weyler, que había partido de Cuba hacía poco, después de un mandato brutal caracterizado por el sometimiento de los rebeldes cubanos.

—Tal vez —admitió Boyd—. Iban bien equipados pero no parecían del ejército regular. Descubrimos que habían acampado en un pueblo llamado Picadura. Burns y yo estábamos

decididos a recuperar el objeto y los seguimos hasta su campamento. Burns encendió fuego para distraerlos, mientras yo dispersaba a sus caballos y recuperaba el carro. Burns recibió un balazo en el pecho. Tuve que abandonarlo... —Se le quebró la voz, presa de la amargura—. Conduje el carro a toda velocidad durante la noche y escapé por los pelos. Al amanecer escondí el carro en la selva y me adentré en la jungla en busca de comida para mí y la mula. Esquivé sus patrullas durante tres días, viajando solo de noche por

caminos que confiaba en que llevasen a La Habana.

—Es extraordinario que evitase ser capturado —dijo Sigsbee.

—Al final no lo conseguí. —Boyd sacudió la cabeza—. Al cuarto día me encontraron. La mula me delató con sus rebuznos. Era una patrulla pequeña compuesta por cuatro hombres. Me empujaron contra el carro y ya tenían los rifles en alto cuando sonó una descarga procedente de la selva. Los españoles cayeron al suelo abatidos por un hombre. Se trataba de una banda de

rebeldes cubanos que casualmente habían acampado cerca y oyeron el alboroto.

—¿No intentaron quedarse la caja? — preguntó Holman.

—Solo les interesaban las armas de los españoles muertos. Me trataron como a un compadre, supongo que al ver que era enemigo de los españoles. Se quedaron conmigo hasta que llegamos a las afueras de La Habana.

—Tengo entendido que los rebeldes cubanos, pese a no estar adiestrados, son guerreros fuertes —comentó

Sigsbee.

—Doy fe de ello —dijo Boyd—. Tras la muerte de su patrulla, el contingente español que quedaba unió sus fuerzas y vino a por nosotros con sed de venganza. Los rebeldes no pararon de acribillarlos y de frenar su avance. Cuando llegamos a las afueras de La Habana, los cubanos se dispersaron, pero uno de ellos contactó con el consulado en mi nombre. Su mejor guerrillero me acompañó al puerto, consiguió una lancha y me ayudó a llegar al *Maine*.

Sigsbee sonrió.

—Una ayuda providencial.

—Los rebeldes cubanos odian a muerte a los españoles y agradecen la ayuda armada que nuestro país les está prestando. Reclamaban más armas.

—Tomo debida nota.

—Capitán —dijo Boyd—, ¿cuándo zarparán de La Habana?

—No lo sé, pero llevamos apostados tres semanas, y parece que los disturbios locales se han calmado. Este mes tenemos un compromiso en Nueva Orleans al que creo que podremos

asistir. Espero recibir órdenes de partir durante los próximos días.

Boyd asintió con la cabeza.

—Por nuestro bienestar, espero que sea pronto.

Holman rio.

—No tiene por qué preocuparse, doctor Boyd. No hay sitio más seguro en La Habana que el *Maine*.

Después de cenar, Boyd fumó un puro con los oficiales en el alcázar y luego volvió a su camarote. Un persistente desasosiego le carcomía el pensamiento. No se sentiría a salvo hasta que el barco

dejara atrás, lejos de su popa, las aguas del puerto de La Habana. En lo más recóndito de su mente, oía las voces de Roy Burns y de sus alumnos muertos advirtiéndole a gritos desde el cielo.

Incapaz de dormir, subió a la cubierta principal y aspiró con fuerza el húmedo aire nocturno. Cerca del puente de mando, oyó las campanadas que indicaban que eran las nueve y media. Al otro lado del puerto, los juerguistas se adelantaban a la celebración del martes de Carnaval. Boyd desoyó los sonidos, miró hacia abajo por encima de

la barandilla y contempló las aguas negras en calma.

Un pequeño esquife que se acercaba al buque de guerra suscitó una severa advertencia del oficial de cubierta. El único ocupante de la embarcación, un pescador andrajoso, hizo señas al oficial agitando una botella de ron medio vacía y respondió arrastrando las palabras antes de desviar la pequeña barca.

Boyd observó cómo viraba por la proa del *Maine* y a continuación oyó un tintineo metálico en el agua. Una

pequeña caja o una balsa estaba golpeando contra el casco. El objeto de madera se desplazó a lo largo del barco como si se autopropulsara. Boyd lo miró y se dio cuenta de que lo remolcaba el esquife de pesca.

Se le encogió el estómago. Miró hacia el puente de mando y gritó al oficial de guardia.

—¡Oficial de cubierta! ¡Oficial de cubierta!

Se produjo como un estallido amortiguado debajo del barco, y un pequeño géiser de agua brotó cerca de

la proa. Boyd sintió latir dos veces su corazón, y entonces hubo una enorme explosión.

El profesor de Yale salió despedido contra el mamparo cuando la mitad delantera del barco estalló como un volcán iracundo. Acero, humo y llamas salieron disparados a gran altura y arrastraron los cuerpos destrozados de docenas de miembros de la tripulación. Boyd se olvidó del dolor de hombro cuando una lluvia de escombros acribilló la cubierta a su alrededor. La cofa de proa apareció de la nada y se

desplomó a su lado.

Boyd se levantó e instintivamente caminó tambaleándose a través de la cubierta escorada. Los oídos le zumbaban y apagaban los gritos de los marineros atrapados bajo cubierta. Lo único que importaba era la reliquia. Avanzó hacia ella haciendo eses bajo la luz roja del infierno desatado en el barco. De algún modo, la caja no había sufrido daños y estaba tirada en el suelo, a salvo, junto a los restos de un respiradero caído.

Le llamó la atención un vapor de

ruedas que avanzaba rápido. La embarcación se situó a la altura del buque de guerra hundido, viró bruscamente y chocó contra su casco. Un trío de hombres vestidos de negro saltaron a bordo del *Maine* sin hacer ruido.

Boyd pensó que eran miembros de un equipo de salvamento hasta que uno de los marineros del *Maine*, un maquinista que había estado de guardia, se cruzó en su camino con el uniforme chamuscado y echando humo. Uno de los abordadores se abalanzó sobre el marinero, le clavó

un cuchillo romo en el costado y lanzó su cuerpo desplomado por encima de la barandilla.

Boyd estaba demasiado impactado para reaccionar. Entonces su mente procesó lo que eso significaba. Los abordadores no habían acudido a prestarles ayuda; eran hombres de Rodríguez. Iban a por la reliquia.

El arqueólogo regresó cojeando junto a la caja y se volvió para enfrentarse a los agresores. Una pala torcida que había salido despedida de una de las carboneras se balanceaba contra un

mamparo. Boyd la cogió.

El primer agresor empuñaba un cuchillo manchado de sangre que relucía a la luz de las llamas.

Boyd blandió la pala.

El intruso trató de retroceder, pero el agua que ahora se arremolinaba a sus pies lo obligó a moverse más despacio. Boyd le dio en el pómulo. El atacante gruñó y cayó de rodillas, pero sus dos compañeros, que estaban detrás, no titubearon. Se abalanzaron sobre Boyd y antes de que pudiera volver a blandir la pala la apartaron de un golpe. Una

pistola enorme apareció en las manos de uno de los hombres, que disparó a Boyd a bocajarro.

La bala le impactó en el hombro izquierdo. El arqueólogo cayó hacia atrás. Los dos hombres pasaron por su lado apartándolo de un empujón y aflojaron las cuerdas que sujetaban la caja de madera.

—¡No! —gritó Boyd cuando empezaron a arrastrar la caja a través de la cubierta que se hundía.

Se puso otra vez en pie y fue tras ellos chapoteando con las piernas

temblorosas. Los abordadores no le hicieron caso y levantaron la caja para pasarla por la borda y depositarla en brazos de varios hombres que estaban en la barcaza. Uno llevaba un sombrero de ala baja para taparle la cara, pero Boyd supo que era Rodríguez.

Aturdido por la pérdida de sangre, Boyd se desplomó sobre el hombre que tenía más cerca. El abordador, un tipo bajo con unos fríos ojos negros, agarró a Boyd por el brazo. Se disponía a apartarlo de un empujón, cuando su rostro adoptó una expresión vaga. Una

tenue sombra cruzó su cara, y alzó rápidamente la vista.

Un instante más tarde, el intruso desapareció bajo la imponente chimenea doble del barco, que se había fracturado por la base y se había derrumbado como una secuoya talada. El agresor quedó aplastado por la chimenea. Boyd solo se hizo un corte, pero su pierna quedó atrapada bajo aquella mole, que lo mantenía clavado a la cubierta, ahora inundada.

Forcejeó para soltarse, pero las chimeneas pesaban demasiado.

Atascado bajo el agua, respiraba con dificultad asomando la cabeza y tomando grandes bocanadas de aire mientras tiraba de su pierna atrapada.

La quilla apuntó hacia el fondo del puerto y notó que el barco daba un bandazo. Cuando las llamas de los fuegos de proa lamieron los polvorines del barco, silbaron a su alrededor disparos intermitentes. A continuación la proa empezó a descender lentamente al fondo.

Al notar que el buque se sumergía, Boyd luchó por aspirar una última

bocanada de aire. Lo último que vio fue el vapor de ruedas, con la caja de madera en la cubierta de popa, navegando a toda máquina hacia la entrada del puerto.

Acto seguido el *Maine* lo arrastró hasta las oscuras profundidades.

PRIMERA PARTE

Corriente mística

Junio de 2016

El pequeño barco pesquero estaba pintado con una bonita combinación de tonos bígaro y limón. Cuando estaba recién pintada, los colores conferían a la

embarcación un aire de alegre serenidad. Pero de eso hacía casi dos décadas. El desgaste causado por el sol y el mar había eliminado todo rastro de viveza, y el barco tenía un aspecto pálido y anémico en contraste con el siniestro mar.

A los dos pescadores jamaicanos que faenaban en el *Javina* les traía sin cuidado su deteriorado exterior. Lo único que les preocupaba era si el motor humeante los llevaría de vuelta a su isla antes de que las vías de agua del casco sobrepasasen la bomba de achique.

—Date prisa con el cebo, que los atunes todavía pican.

El mayor de los dos hombres se encontraba en la popa soltando un largo sedal a mano por el costado. A sus pies, un par de enormes peces plateados aleteaban enérgicamente por la cubierta.

—No te preocupes, tío Desmond. — El pescador más joven cogió unos pedacitos de caballa y los enganchó a una sarta de oxidados anzuelos hechos a mano—. El sol está bajo, así que los peces seguirán picando.

—No es el sol el que espera el cebo.

Desmond cogió el resto de sedal cebado, lo dejó caer por el costado y ató la punta a la cornamusa de la borda. Se dirigió a la timonera para acelerar, pero se detuvo y aguzó el oído. Un estruendo profundo, como un trueno ensordecedor, sonó por encima del viejo motor diésel del barco.

—¿Qué es eso, tío?

Desmond sacudió la cabeza. Se fijó en el círculo oscuro de agua que se formó a babor.

El *Javina* chirrió y crujió por obra de la mano invisible de una onda sísmica

sumergida. Una espumosa bola de agua blanca estalló a escasa distancia y se elevó a más de tres metros de altura. Le siguió una burbujeante onda concéntrica que se alzó de la superficie. La onda se expandió, alcanzó el barco pesquero y lo levantó por los aires. Desmond se agarró al timón para no perder el equilibrio.

Su sobrino acudió a su lado tambaleándose, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa?

—Algo bajo el agua.

Desmond se aferró al timón cuando el barco escoró hacia un lado; tenía los nudillos blancos de tanto apretar.

La embarcación estuvo a punto de volcar, pero se enderezó cuando la onda disminuyó. El *Javina* recuperó la estabilidad sobre la superficie en calma mientras la onda se disipaba dibujando una estela circular de espuma burbujeante.

—Qué locura —dijo el sobrino rascándose la cabeza—. ¿Qué está pasando aquí?

El pequeño barco se encontraba a más

de veinte millas de Jamaica; el litoral apenas se veía en el horizonte.

Desmond se encogió de hombros mientras alejaba el barco del epicentro de la erupción. Señaló a popa.

—Esos barcos de allí delante. Deben de estar buscando petróleo.

A una milla del *Javina*, un enorme barco de exploración remolcaba una barcaza de alta mar corriente abajo. Un barco de transporte naranja navegaba un poco por delante de la embarcación. Las tres naves se dirigían al *Javina*... o, más concretamente, al punto de la explosión

submarina.

—¿Quién dice que pueden venir a poner explosivos en nuestras aguas?

Desmond sonrió.

—Con un barco tan grande, pueden ir a donde les dé la gana.

A medida que la pequeña armada se acercaba, las aguas de alrededor del *Javina* se cubrían de puntos blancos flotantes que subían de las profundidades. Eran restos de peces muertos y animales marinos destrozados por la explosión.

—¡Los atunes! —gritó el sobrino—.

Han matado nuestros atunes.

—Encontraremos más en otra parte.

—Desmond observó el barco de exploración que se les echaba encima—. Creo que será mejor que abandonemos el banco de atunes.

—Primero quiero cantarles las cuarenta.

El sobrino alargó la mano, giró bruscamente el timón a babor y dirigió el *Javina* hacia el gran barco. La embarcación de transporte reparó en el cambio de rumbo y se acercó a toda velocidad hasta situarse a su altura unos

minutos más tarde. Los dos hombres de piel morena que había a bordo del barco de transporte no parecían jamaicanos, un detalle que quedó confirmado cuando hablaron con un extraño acento.

—Deben abandonar la zona ahora mismo —ordenó el piloto.

—Estos son nuestros caladeros —dijo el sobrino—. Miren a su alrededor. Han matado todos los peces. Nos deben los peces que hemos perdido.

El piloto de la embarcación miró fijamente a los jamaicanos sin un asomo de compasión. Se llevó un micrófono a

los labios y transmitió un breve mensaje al barco. Y sin decir nada más a los pescadores, aceleró y se fue.

La enorme mole negra del barco de exploración llegó poco después alzándose imponente por encima del *Javina*. Impertérritos, los pescadores se quejaron a gritos a los tripulantes que corrían por las cubiertas de la embarcación.

Ninguno se fijó en el barco desvencijado que se mecía debajo de ellos hasta que dos hombres se acercaron a la barandilla. Vestidos con

uniformes de faena verde claro, observaron por un momento el *Javina* y se llevaron al hombro unos rifles de asalto compactos.

Desmond aceleró al máximo y viró de golpe al oír dos rápidos ruidos sordos. Su sobrino se quedó paralizado mirando cómo un par de granadas de cuarenta milímetros, disparadas con unos lanzadores fijados a los rifles de asalto, caían en la cubierta y rebotaban a sus pies.

La timonera se volatilizó en una brillante bola de fuego rojo. Humo y

llamas se elevaron en el cálido cielo caribeño mientras el *Javina* se bamboleaba sobre la quilla rota. El barco pesquero azul claro y amarillo era negro carbón cuando se estabilizó la proa.

Por un instante, la vieja embarcación pareció vacilar, y luego volcó a modo de tímida despedida y desapareció bajo las olas.

Julio de 2016

Mark Ramsey dejó escapar una leve sonrisa. Apenas pudo contener la euforia al pasar a toda velocidad por delante de la tribuna. El olor acre a gasolina y

goma quemada le hacía cosquillas en las fosas nasales, mientras que los vítores del público apenas se oían por encima del ruido de su automóvil. No era solo la sensación de correr en una pista descubierta lo que le llenaba de alegría. Lo que tanto emocionaba al acaudalado industrial canadiense era el hecho de ocupar la primera posición a solo dos vueltas del final.

Conducía un coche de carreras Bugatti Type 35 Grand Prix en una pista ovalada clásica, y por tanto era el favorito. El ligero y veloz Bugatti azul,

con su emblemática parrilla con forma de herradura, había sido uno de los modelos de carreras de más éxito en su día. El motor sobrealimentado de ocho cilindros en línea de Ramsey le daba una ventaja considerable sobre la competencia.

Se había separado enseguida del variopinto grupo de coches antiguos, menos de un Bentley verde oscuro que lo seguía varios metros por detrás. El pesado coche británico, equipado con una carrocería descubierta de cuatro asientos, no podía competir con el

Bugatti en las curvas inclinadas del circuito de carreras de Old Dominion.

Ramsey sabía que tenía la victoria en el bolsillo. Al salir de la segunda curva, pisó a fondo el acelerador, recorrió la recta principal con gran estruendo y dobló a un Strutz Bearcat. Le llamó la atención una bandera blanca, que el juez de salida ondeaba encaramado en lo alto de un pedestal para indicar que era la última vuelta. Ramsey se permitió el lujo de mirar de reojo al público y no se dio cuenta de que el Bentley que le iba a la zaga se había acercado más.

Frenando y reduciendo con la maniobra de punta-tacón, describió un arco bajo en la siguiente curva. El Bentley, más pesado que el Bugatti, se vio obligado a seguirlo más arriba y perdió unos preciosos metros. Pero al salir de la curva, el Bentley enfiló bruscamente la recta de fondo y emitió un rugido. Equipado con un sobrealimentador Roots, que asomaba por el capó delantero como un ariete plateado, el Bentley bramó cuando su conductor pisó el acelerador para cambiar a una marcha superior.

Ramsey miró por el retrovisor del salpicadero. El Bentley, que era más potente, se había situado a una distancia equivalente a dos vehículos por detrás, y su imponente parrilla roma llenaba la imagen. En la recta de fondo mantuvo el pie en el acelerador cuanto pudo, y frenó tarde y de golpe, justo antes de lanzar el Bugatti hacia la última curva.

El Bentley se quedó atrás porque su conductor frenó antes y tomó la curva abierta. Sus neumáticos chirriaban buscando adherencia mientras perseguía al Bugatti por la curva. El conductor del

Bentley no era ningún principiante. Conducía aquel gran demonio al límite de sus capacidades.

Ramsey agarró más fuerte el volante y tomó la curva forzada. El frenazo tardío lo había obligado a realizar un complicado giro. Soltó el freno para no perder el control en la curva y se enfureció al oír el gemido del «Blower» Bentley, que aceleraba tras él.

El Bentley estaba en la parte elevada de la pista, pero su conductor había alineado las ruedas para salir de la curva. Ramsey derrapó y aceleró al

máximo en cuanto pudo girar el volante en la dirección contraria. El estridente Bentley casi había recorrido la distancia entre los dos vehículos y estaba pegado a su guardabarros trasero cuando llegaron a la recta final.

Era un duelo clásico entre sutileza y fuerza bruta. El motor del Bugatti tenía ciento cuarenta caballos, cien menos que el del Bentley, pero el modelo británico pesaba una tonelada más.

Los dos coches se acercaban a la línea de meta a casi ciento sesenta kilómetros por hora. Ramsey vio que el

comisario ondeaba frenéticamente la bandera a cuadros y notó que el corazón le latía con fuerza. El Bugatti seguía en cabeza, pero el Bentley se le estaba aproximando. Con los guardabarros casi pegados, los dos vehículos antiguos recorrían la pista con estruendo; dinosaurios mecánicos de una época más distinguida.

La línea de meta se acercó, y la fuerza bruta se impuso. El Bentley avanzó a toda velocidad en el último instante y adelantó al Bugatti por unos centímetros. Cuando el voluminoso coche pasó por

su lado, Ramsey echó un vistazo a la cabina del Bentley. El conductor parecía totalmente relajado en el momento de la victoria, con el codo apoyado como si nada sobre la portezuela. Ramsey rompió el protocolo y se desmarcó a toda velocidad del resto de los participantes mientras daban una vuelta de enfriamiento antes de dirigirse a los boxes.

Ramsey aparcó el Bugatti al lado de su autobús de lujo personalizado y supervisó a su equipo de mecánicos mientras revisaban el coche y lo metían

en un tráiler cubierto. Observó con curiosidad que el Bentley paraba cerca.

El coche británico no tenía tráiler ni equipo de mecánicos que lo atendiesen. Solo una atractiva mujer de cabello color canela que esperaba al vencedor sentada en una silla plegable con una caja de herramientas y una nevera portátil a los pies.

Un hombre alto y esbelto salió del Bentley y recibió un apasionado abrazo de la mujer. Se quitó el casco y se pasó los dedos por una tupida mata de pelo moreno que enmarcaba un rostro

bronceado de facciones duras. Alzó la vista cuando Ramsey se acercó y le tendió la mano.

—Enhorabuena por la victoria —dijo Ramsey acallando su decepción—. Es la primera vez que alguien me gana con el Bugatti.

—Mi viejo amigo ha echado el resto en la última vuelta.

El conductor dio unos golpecitos en el guardabarros del Bentley. Sus ojos verde mar eran casi del mismo color que el coche y traslucían una inteligencia que Ramsey había visto pocas veces. El

conductor tenía el aspecto de un hombre que vivía y jugaba al límite.

Ramsey sonrió, perfectamente consciente de que había sido el conductor, y no el coche, el que lo había vencido.

—Me llamo Mark Ramsey.

—Dirk Pitt —dijo el conductor—.

Esta es mi esposa, Loren.

Ramsey estrechó la mano de Loren y advirtió que de cerca era todavía más atractiva.

—Me encanta su Bugatti —dijo la mujer—. Un coche muy elegante en su

día.

—Y también agradable de conducir —apuntó Ramsey—. Ese coche en concreto ganó la Targa Florio en 1928.

Mientras hablaba, su equipo de mecánicos introdujo el vehículo francés en la parte trasera de un tráiler. Loren reconoció el logotipo del oso pardo rojo con un pico entre los dientes estampado en el lateral.

—Mark Ramsey... Usted es el jefe de Minería y Exploración Bruin.

Ramsey miró de reojo a Loren.

—En Estados Unidos me conocen

pocas personas.

—Hace poco formé parte de una delegación que visitó su mina de oro en el río Thompson, en la Columbia Británica. Nos sorprendió el respeto por el medio ambiente de toda la explotación.

—La minería ha tenido un historial nefasto, pero no hay motivos para que eso no cambie. ¿Es usted miembro del Congreso?

—Represento al séptimo distrito de Colorado.

—Claro, la diputada Loren Smith. Me

encontraba de viaje cuando la delegación del Congreso hizo la visita. Para mi desgracia, debo decir. ¿Qué le interesaba de la mina, si puedo preguntarle?

—Soy miembro de la Subcomisión de la Cámara sobre Medio Ambiente, y estamos estudiando nuevos métodos de gestionar los recursos naturales.

—Avíseme si puedo ayudar de alguna forma, por favor. Siempre buscamos métodos de explotación de la tierra que no entrañen riesgos.

—Es un detalle por su parte.

Pitt recogió la silla plegable de Loren y la colocó en la parte trasera del Bentley.

—¿Le apetece cenar con nosotros, señor Ramsey?

—Tengo que tomar un avión a Miami para reunirme con unos clientes. Tal vez la próxima vez que esté en Washington.

—Lanzó una mirada desafiante a Pitt—. Me gustaría tomarme la revancha con usted y su Bentley.

Pitt sonrió.

—No hace falta que me lo pida dos veces.

Pitt subió al Bentley y puso el motor en marcha. Loren subió al cabo de un momento.

Ramsey sacudió la cabeza.

—¿No tiene tráiler?

—El Bentley funciona igual de bien en la calle que en la pista —dijo Pitt sonriendo, y aceleró.

Los dos ocupantes se despidieron con la mano mientras Ramsey los miraba.

Loren se volvió hacia Pitt y sonrió.

—Creo que al señor Ramsey no le ha impresionado mucho tu equipo de mantenimiento.

Pitt alargó la mano y apretó la rodilla de su esposa.

—¿Qué dices? Tengo la jefa de equipo más sexy del mundo.

Recogió el trofeo de vencedor junto a la puerta, y abandonó el circuito de carreras de Manassas, en Virginia, con gran estruendo. Al pasar por el cercano campo de batalla de la guerra de Secesión, se metió en la Interestatal 66 y fue directo a Washington. Esa tarde de domingo había poco tráfico, y Pitt pudo correr a la velocidad máxima permitida.

—Me había olvidado —gritó Loren

por encima del ruido del descapotable —. Me llamó Rudi Gunn cuando estabas corriendo. Tiene que hablar contigo de un problema en el Caribe que está investigando.

—¿Puede esperar a mañana?

—Llamaba desde la oficina, así que le dije que pasaríamos por allí de camino a casa.

Loren sonrió a su marido, consciente de que su desinterés era fingido.

—Si tú lo dices.

Al llegar al barrio residencial de Rosslyn, Pitt se internó en la alameda de

George Washington y la recorrió en dirección sur a lo largo del Potomac. El edificio de mármol blanco del monumento a Lincoln brillaba bajo el sol mortecino cuando se desvió para entrar en un imponente edificio de cristal verde. Rebasó con el Bentley la garita de un guarda y aparcó en un garaje subterráneo cerca de un ascensor con llave, que tomaron para subir a la décima planta.

Habían entrado en la sede central de la National Underwater and Marine Agency, el departamento federal

encargado de la protección de los mares. Como director de la NUMA, Dirk Pitt supervisaba a un equipo de biólogos marinos, oceanógrafos y geólogos que realizaban un seguimiento del estado de los océanos desde una flota de barcos de investigación repartidos por todo el mundo. La agencia también utilizaba boyas, submarinos e incluso un pequeño escuadrón de aviones, conectados a una sofisticada red de comunicaciones por satélite que permitía controlar continuamente el tiempo, el estado del

mar e incluso los vertidos de petróleo casi en tiempo real.

Las puertas del ascensor daban a una sala de tecnología punta que albergaba el potente centro informático de la agencia. Oculto tras una pared alta y curva que quedaba enfrente de Loren y Pitt había un superordenador IBM Blue Gene que emitía un suave zumbido. Un enorme monitor de vídeo cubría la pared a lo largo iluminando por lo menos una docena de gráficos e imágenes en color.

Delante de la pantalla de vídeo había dos hombres trabajando en una mesa de

control central. El más menudo de los dos, un hombre enjuto con gafas de montura metálica, vio entrar a Loren y Pitt y se acercó a saludarlos.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo Rudi Gunn sonriendo, un excomandante de la marina que se había licenciado el primero de su clase en la academia naval, y ejercía de director adjunto de Pitt—. ¿Has tenido suerte en el circuito?

—Creo que hoy el difunto W. O. Bentley se habría sentido orgulloso. —Pitt sonrió—. ¿Qué hacéis en la oficina

un domingo, chicos?

—Un problema medioambiental en el Caribe. Hiram te dará más información, pero parece que al sur de Cuba están aflorando extrañas zonas muertas que siguen una pauta.

El trío se acercó a la mesa de control, donde Hiram Yaeger, el jefe de recursos informáticos de la NUMA, se hallaba sentado tecleando.

—Buenas tardes, señor y señora Pitt —dijo sin levantar la vista—. Tomen asiento, por favor.

Ferviente inconformista, Yaeger

llevaba el pelo largo recogido en una coleta e iba vestido como si acabara de salir de un bar de moteros.

—Lamento molestarle en fin de semana, pero Rudi y yo hemos pensado que podría interesarle algo que hemos detectado en las imágenes por satélite.

Señaló la esquina superior del panel de vídeo, donde una enorme fotografía del golfo de México y el mar Caribe tomada por satélite dominaba la pantalla.

—Es una imagen fotográfica normal. Ahora vamos a pasar a otra retocada

digitalmente.

Una segunda foto de colores brillantes se superpuso a la original. Una franja de color rojo vivo describía un arco a través del litoral oriental de la costa del golfo.

—¿Qué señala la parte roja? — preguntó Loren.

—Una zona muerta a la altura del río Mississippi, a juzgar por su intensidad —contestó Pitt.

—Así es —confirmó Gunn—. Las imágenes por satélite pueden detectar cambios en el reflejo de la luz en la

superficie del mar, y eso nos da una idea del contenido orgánico del agua. Los mares del delta del Mississippi son una zona muerta de manual. La abundancia de nutrientes en el río procedentes de fertilizantes y otros vertidos químicos provoca crecimientos explosivos de plancton: la proliferación de algas. Este fenómeno, a su vez, reduce el contenido de oxígeno del agua, lo que genera unas condiciones hipóxicas que acaban con la vida marina. La zona del delta del Mississippi es una famosa zona muerta que preocupa a los científicos desde

hace muchos años.

Loren se fijó en las persistentes franjas de color magenta que manchaban las aguas de la costa desde Texas hasta Alabama.

—No tenía ni idea de que estuviera tan extendido.

—La intensidad está bastante localizada en el delta —explicó Bunn—, pero se pueden apreciar los efectos a nivel general.

—Todo eso está bien —dijo Pitt—, pero hace años que sabemos lo de la zona muerta del delta del Mississippi.

—Lo siento, jefe —se disculpó Yaeger—. En realidad, nos hemos centrado un poco más al sur.

Señaló un trío de marcas color borgoña que salpicaban las aguas al noroeste de Jamaica. Las manchas se esparcían a través de una línea irregular que se extendía más allá de las islas Caimán, hasta casi el extremo oeste de Cuba.

Yaeger tecleó en el ordenador e hizo zoom sobre la zona.

—Lo que tenemos aquí es una extraña serie de zonas muertas que han aflorado

de forma bastante repentina.

—¿Qué significa el color granate? — preguntó Loren—. ¿Y por qué los puntos se oscurecen a medida que avanzan hacia el noroeste?

—Parece otro crecimiento acelerado de fitoplancton —contestó Gunn—, pero de intensidad mucho mayor que el que hemos visto en el delta del Mississippi. Son de formación rápida, pero puede que solo sean temporales.

Hizo una señal con la cabeza a Yaeger, quien abrió una serie de imágenes tomadas por satélite.

—Esto es una especie de secuencia a intervalos de tiempo —dijo— que empieza hace cosa de tres meses.

La fotografía inicial no mostraba anomalías. En la imagen siguiente apareció un punto de un tono intenso, y a continuación dos manchas de color borgoña. A medida que aparecía una zona muerta nueva, las manchas previas perdían un poco de intensidad.

—Se produce un claro impacto que se va diluyendo poco a poco, pero pronto le sucede otro brote en un sitio distinto. Como pueden apreciar, parece que sigan

una pauta de desplazamiento del sudeste al noroeste.

Pitt observó las múltiples zonas muertas a medida que avanzaban.

—Lo que me extraña es que estén lejos de cualquier masa continental. No son producto de la contaminación de los vertidos en el río.

—Exacto —convino Gunn—. No tiene mucho sentido.

—¿Podría alguien estar vertiendo contaminantes en el mar? —preguntó Loren.

—Es posible —dijo Gunn—, pero

¿por qué iría alguien a todos esos lugares? Un delincuente contaminador se limitaría a verterlos en un solo sitio.

—Lo que nos llamó la atención fueron las muertes de peces relacionadas y la aparente progresión de las perturbaciones hacia el golfo de México. Hemos encontrado numerosas noticias en medios de comunicación de Jamaica, de las islas Caimán e incluso de Cuba en las que se informa de la muerte de grandes cantidades de peces y mamíferos marinos arrastrados a la orilla a millas de las zonas visibles. No

sabemos con seguridad si existe una relación, pero de ser así, el impacto puede ser mucho más grave de lo que se aprecia en las imágenes.

Loren miró otra vez la imagen de la costa de Luisiana.

—La costa del golfo no puede permitirse otra catástrofe medioambiental después del vertido de petróleo de BP.

—Eso es precisamente lo que nos preocupa —dijo Gunn—. Si esas zonas muertas empiezan a surgir en el golfo de México con la intensidad que estamos

presenciando aquí, los resultados podrían ser devastadores.

Pitt asintió con la cabeza.

—Tenemos que averiguar qué las está provocando. ¿Qué dicen las boyas hidrográficas?

Yaeger abrió una pantalla nueva que mostraba un mapamundi. El mapa estaba salpicado de cientos de luces parpadeantes que representaban las boyas marinas de la NUMA repartidas por todo el mundo. Conectadas a satélites, las boyas medían la temperatura del agua, su salinidad y el

estado del mar, y los datos eran enviados de manera continua al centro informático de Yaeger. El jefe de recursos informáticos enfocó el Caribe, donde destacaban varias docenas de boyas. Ninguna estaba situada cerca de las zonas muertas.

—Me temo que no tenemos ningún indicador en las inmediaciones de las zonas muertas —explicó Yaeger—. He comprobado el estado de las más cercanas, pero no muestran nada fuera de lo común.

—Tendremos que enviar recursos —

dijo Pitt—. ¿Qué tal nuestros barcos de investigación?

—El barco grande más próximo sería el *Sargasso Sea*.

Yaeger hizo aparecer en la pantalla la flota de barcos de investigación desplegados por la NUMA.

—Está en Cayo Hueso, dando soporte a un programa de tecnología submarina que dirige Al Giordino —dijo Gunn—. ¿Quieres que lo llame y reasigne el barco para que vaya a investigar?

Yaeger puso los ojos en blanco.

—A Al le encantará.

Pitt se quedó mirando el mapa.

—No, no será necesario.

Loren miró a su marido a los ojos y supo exactamente lo que estaba pensando.

—Oh, no. —La mujer hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No, la llamada de las profundidades otra vez no.

Pitt solo pudo mirar a su esposa y sonreír.

3

La fiesta del día de la Revolución terminó pronto. Habían pasado sesenta y tres años desde que Fidel Castro y una banda de rebeldes atacaron un cuartel militar de Santiago y provocaron el derrocamiento del líder cubano

Fulgencio Batista. Actualmente había pocos motivos de celebración. La economía seguía bajo mínimos, la comida escaseaba y los avances tecnológicos de los que disfrutaba el resto del mundo parecían pasar de largo por el país. Y encima otra vez se habían extendido rumores de que el Comandante estaba a punto de exhalar su último aliento.

Alphonse Ortiz apuró el mojito, el sexto de la noche, y se dirigió haciendo eses a la puerta del piso, amueblado con estilo.

—¿Se va tan pronto? —preguntó la anfitriona de la fiesta deteniéndolo en la entrada.

La esposa del ministro de Agricultura era una mujer de pecho prominente oculta bajo una máscara de abundante maquillaje.

—Tengo que estar fresco para el discurso que daré mañana en el aeropuerto José Martí con motivo de su reciente ampliación. ¿Está por ahí Escobar?

—Está allí, utilizando sus influencias con el ministro de Comercio.

Señaló con la cabeza a su marido, que se encontraba al otro lado de la sala.

—Dele recuerdos de mi parte, por favor. Ha sido una fiesta espléndida.

La mujer sonrió al oír el falso cumplido.

—Nos alegramos de que haya podido acompañarnos. Buena suerte con su discurso mañana.

Ortiz, un vicepresidente cubano muy respetado en el poderoso Consejo de Estado, le dedicó una tambaleante reverencia y escapó por la puerta. Después de cinco horas enzarzado en

conversaciones con la mitad del gabinete cubano, estaba deseando respirar aire fresco. Bajó con cuidado tres tramos de escaleras, cruzó un austero vestíbulo y salió a la calle. Una ráfaga de aire cálido lo recibió, acompañada de los sonidos de los juerguistas, que celebraban el día de fiesta nacional.

Ortiz atravesó la maltrecha acera e hizo una seña a un sedán negro aparcado. Sus faros se encendieron, y el Geely de fabricación china se acercó volando al bordillo. Ortiz abrió la

puerta trasera y se desplomó en el asiento.

—Llévame a casa, Roberto —dijo al tipo arrugado que estaba sentado al volante.

—¿Se lo ha pasado bien en la fiesta?

—Tan bien como con una migraña.

Esos idiotas solo quieren recordar el pasado. En el gobierno no hay nadie que se moleste en pensar en el futuro.

—Yo creo que el presidente sí. Le gusta su forma de pensar. Algún día lo pondrá al mando.

Ortiz sabía que era una posibilidad.

Había una breve lista de posibles sucesores que esperaban a que Raúl Castro se retirase en 2018, y sabía que su nombre figuraba en ella. Era el único motivo por el que había asistido a la fiesta del día de la Revolución y había sido amable con los otros ministros del gabinete. En política, nunca se tenían demasiados aliados.

—Algún día estaré al mando de una mecedora —le dijo a su chófer.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Roberto sonrió mientras se adentraba

en el tráfico y salía del centro de La Habana. Al cabo de un momento, un robusto camión militar Kamaz de seis toneladas se detuvo cerca de la entrada del bloque de pisos. Un soldado con uniforme verde militar salió de las sombras de un portal contiguo y subió al camión.

Señaló con la cabeza el sedán negro que se alejaba.

—El objetivo está en movimiento.

El chófer aceleró y cerró el paso a un motociclista que doblaba la esquina calle abajo. Una manzana más adelante,

el Geely pasó frente al Museo Napoleónico para a continuación tomar la avenida La Rampa y atravesar la zona residencial del oeste. A pesar de que la mayoría de los funcionarios públicos de alto rango vivían en la ciudad en pisos de lujo, Ortiz seguía residiendo en una modesta casa en las afueras de La Habana, en la cima de una colina con vistas al mar.

Las luces del tráfico y de la ciudad disminuían poco a poco a medida que el Geely recorría una zona agrícola de granjas cooperativas de tabaco y

mandioca. El camión militar, que lo había seguido por la ciudad a una distancia prudencial, salvó la distancia entre los dos vehículos y se pegó al parachoques del sedán.

Roberto, que había trabajado de chófer durante sesenta de sus setenta y cinco años, no se inmutó. La carretera sin alumbrado era un refugio de perros y cabras extraviados, y no pensaba arriesgarse a sufrir un accidente por culpa de un conductor impaciente.

El camión siguió pegado al sedán a lo largo de un kilómetro y medio hasta que

la carretera ascendió formando una curva por una extensa ladera. Con gran estrépito, el conductor redujo una marcha, se metió en el carril contrario y se situó junto al Geely.

Roberto miró por la ventanilla y reparó en el emblema con forma de estrella que lucía en la puerta. Un vehículo del Ejército Revolucionario.

El camión adelantó un poco al coche, giró bruscamente hacia el carril del Geely y chocó contra el guardabarros delantero del sedán.

Si Roberto hubiera tenido los reflejos

de un hombre más joven, podría haber dado un frenazo lo bastante rápido para escapar con los daños mínimos. Pero fue un pelín lento y eso permitió que el pesado camión empujase el coche a través de la carretera.

El sedán se estampó contra una barandilla oxidada desprendiendo una estela de chispas.

El camión no mostró piedad y arrinconó el Geely contra la barrera de acero con la esperanza de impulsarlo por encima o a través de ella de forma que cayese por la ladera. Sin embargo,

cuando los dos vehículos salieron de la curva, el quitamiedos se acabó y fue sustituido por una serie de pilares de hormigón bajos. El sedán dejó atrás el quitamiedos y chocó de frente contra el primer poste de hormigón.

El coche se estrelló con un fuerte ruido que resonó por el paisaje. En la colina vecina, un joven peón se despertó sobresaltado al oír el accidente. Se incorporó en el cobertizo descubierto que compartía con una docena de cabras y miró hacia la carretera. Un camión del ejército frenaba derrapando delante de

un coche destrozado. Uno de los faros del coche todavía funcionaba e iluminaba el camión, que estaba a unos metros más adelante. El chico cogió sus sandalias para ir a ayudar, pero de repente se detuvo y observó.

Un hombre con uniforme de faena salió del camión. El soldado miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie estaba observando y acto seguido se dirigió al coche con una linterna en una mano y un objeto oscuro en la otra.

En el interior del coche, Ortiz gemía

de dolor: se había golpeado contra el reposacabezas y tenía un hombro dislocado y la nariz rota. Le corría sangre caliente por la barbilla cuando recobró el sentido.

—¿Roberto?

El chófer permanecía inmóvil, desplomado sobre el volante. Roberto se había partido el cuello y había muerto al instante, después de salir disparado contra el parabrisas. El coche de exportación chino no tenía airbags.

Cuando Ortiz asimiló lo que había pasado, se incorporó y vio el camión

militar a través del parabrisas hecho añicos. Se limpió la cara manchada de sangre y observó cómo el soldado se acercaba con un objeto oscuro en la mano.

—Ayúdeme. Creo que me he roto el brazo —dijo cuando el soldado abrió la puerta del pasajero.

El soldado le lanzó una mirada fría, y Ortiz se dio cuenta de que no había acudido a prestarle ayuda. Se quedó inmóvil y vio que el soldado levantaba el brazo para pegarle con un objeto. Un instante antes de que le partiera el

cráneo, el ministro descubrió que se trataba de una llave para ruedas corriente.

El submarinista batía las piernas con un movimiento de tijera impulsando su cuerpo a gran velocidad a través del agua transparente. Mantenía la cabeza hacia abajo para explorar el arenoso lecho del mar que se extendía ante él

como una andrajosa alfombra beis. Al detectar un movimiento en el fondo, redujo la marcha y se desvió hacia el objeto. No era un pez, sino algo parecido a un enorme cangrejo de vivos colores.

La criatura se desplazaba sobre unos largos apéndices arácnidos laterales que parecían dar vueltas. Emitía una tenue luz azul a través de los ojos, que miraban al frente con frialdad. El buzo siguió al falso cangrejo mientras se arrastraba hacia una alta protuberancia de coral. El cangrejo embistió contra el

coral y acto seguido retrocedió y volvió a intentarlo. El coral interrumpió otra vez su avance.

El submarinista observó cómo el cangrejo repetía el movimiento varias veces antes de acercarse buceando y darle un golpe en el lomo. Sus ojos azules se tornaron negros, y sus patas dejaron de moverse. El buzo cogió el cangrejo, se lo metió bajo el brazo y subió a la superficie impulsándose con las piernas.

Emergió del agua en medio de un suave oleaje, cerca de un moderno barco

de investigación pintado de un vivo color turquesa. Nadó de lado hasta una plataforma de buceo situada en popa, depositó el cangrejo y subió a bordo.

Al Giordino era un hombre bajo con el cuerpo fornido de un luchador profesional combinado con la resistencia de un cocodrilo adulto. Sus musculosos brazos y piernas casi reventaron las costuras del traje de neopreno cuando se levantó, escupió el regulador y se quitó las gafas de buceo. Se apartó un mechón de pelo castaño rizado que tenía pegado a la frente e

hizo una señal con la mano a un hombre situado en la cubierta para que izase la plataforma de buceo.

Un minuto más tarde, la plataforma se paró chirriando a la altura de la cubierta. Giordino recogió el cangrejo con una expresión de fastidio y se plantó en la cubierta. Al ver al tripulante que había subido la plataforma se quedó paralizado. Era Dirk Pitt.

Giordino sonrió cuando vio a su jefe y viejo amigo.

—Veo que has vuelto a escapar de la torre del poder.

—Quería asegurarme de que el presupuesto de la NUMA para tecnología no se gasta en ron barato y bailarinas.

Giordino lanzó a Pitt una mirada lastimera.

—Te lo dije: he dejado el ron barato desde mi último aumento de sueldo.

Pitt sonrió mientras ayudaba a Giordino a quitarse la botella de oxígeno y el cinturón de lastre. Amigos desde la infancia, habían trabajado juntos durante años y se habían convertido en más que hermanos. Como

empleados fundadores de la NUMA, sus aventuras submarinas eran consideradas legendarias dentro de la agencia. Giordino dirigía ahora el departamento de tecnología submarina de la NUMA y pasaba gran parte de su tiempo probando nuevos dispositivos de detección a distancia y vehículos sumergibles.

Pitt señaló con la cabeza el cangrejo mecánico.

—Y bien, ¿quién es tu amigo arácnido?

—Lo llamamos Bichito Rastrero. —

Giordino lo dejó sobre una mesa de trabajo y empezó a quitarse el traje de neopreno—. Está diseñado para reconocimiento prolongado en aguas profundas.

—¿Y su fuente de alimentación? — preguntó Pitt.

—Una pequeña pila de combustible que procesa el hidrógeno del agua marina. Lo diseñamos para que se arrastre por el fondo de las oscuras profundidades marinas durante más de seis meses. Podemos soltarlo desde un sumergible o lanzarlo por la borda de un

barco. Con un sistema de teledirección preprogramada, podrá seguir una ruta hasta llegar al punto final señalado. Luego flotará hasta la superficie y emitirá una señal por satélite que nos indicará dónde recogerlo.

—Supongo que registra sus desplazamientos.

Giordino dio unos golpecitos a la criatura mecánica.

—Este está dotado de una serie de sensores y una videocámara que se activa a intervalos periódicos. Tenemos media docena más en el laboratorio que

se pueden configurar con diversos dispositivos de detección, dependiendo de la misión.

—Podrían sernos útiles cuando lleguemos a la fosa de las Caimán.

Giordino arqueó una ceja.

—Ya me imaginaba que no habías venido a Cayo Hueso a comer y echar un trago. ¿Por qué la fosa de las Caimán?

—Está cerca del centro de una serie de zonas muertas que han aflorado entre Jamaica y el extremo oeste de Cuba.

Pitt le resumió su reunión con Gunn y Yaeger en Washington.

—¿Tienes alguna idea de cuál es el origen? —preguntó Giordino.

—No. Por eso quiero echar un vistazo in situ.

—Si es obra del hombre, lo averiguaremos —dijo Giordino—. ¿Cuándo nos vamos?

—El capitán dice que podemos desatracar dentro de una hora.

Giordino miró con tristeza hacia Duval Street y su hilera de bares bulliciosos y se metió el Bichito Rastrero bajo el brazo.

—En ese caso —dijo en tono abatido

—, será mejor que le busque a mi amigo un nuevo cerebro antes de que volvamos a lanzarlo a las profundidades.

Cruzó la cubierta dejando tras él un rastro de pisadas húmedas.

5

La agobiante oscuridad a ciento ochenta metros bajo la superficie del mar había desaparecido. Baterías de luces led, cubiertas de armazones de titanio capaces de soportar la presión demoledora, emitían un fulgor radiante

sobre el inhóspito paisaje del fondo del mar. Un sábalo de escamas plateadas pasó nadando y observó un curioso conjunto de andamios que se elevaba bajo las luces antes de internarse a toda velocidad en la familiar oscuridad.

La estructura parecía un árbol de Navidad iluminado que se hubiera caído de lado. O eso le parecía a Warren Fletcher, que miraba a través de una ventana acrílica del grosor de su puño. El veterano submarinista comercial se hallaba sentado dentro de una gran campana de buceo que colgaba a quince

metros del lecho marino a través de un cable sujeto a un barco auxiliar.

A Fletcher le fascinaba trabajar en el extraño entorno del fondo del mar. En las frías y oscuras profundidades experimentaba una rara tranquilidad. Por ese motivo continuaba dedicándose al sucio y peligroso sector del buceo comercial años después de que sus socios originales se hubieran retirado. La sirena de las profundidades seguía llamando a Fletcher.

—¿Estás listo para la próxima inmersión, papi?

El aire cargado de helio que circulaba por la campana de buceo confería a la voz un gorjeo agudo.

Fletcher se volvió hacia un tipo con pinta de morsa llamado Tank que estaba enrollando un tubo umbilical en un colgador.

—No hay día que no lo esté, hijo.

Tank sonrió.

—Brownie está en camino. Debería estar arriba dentro de cinco minutos.

Como asistente de buceo, Tank era el responsable de ayudar con el equipo a sus dos submarinistas y de manejar los

conductos umbilicales que los mantenían con vida. El trío hacía un turno de ocho horas antes de ser izado al barco de superficie *Alta*. Allí eran trasladados a unas dependencias carcelarias en una cámara de saturación de acero que conservaba la presión del fondo del mar.

Al mantener a los submarinistas a una presión constante, se evitaba la necesidad de ciclos de descompresión después de cada inmersión. Cautivos de la presión profunda, los hombres eran partidarios del buceo de saturación, en el que sus cuerpos se adaptaban a una

inyección de nitrógeno que podía durar días o incluso semanas. Al final de la jornada, los hombres se sometían a un único ciclo de descompresión prolongado antes de volver a ver la luz del día.

El objetivo de sus inmersiones era la inveterada búsqueda de petróleo. Fletcher y sus compañeros de tripulación participaban desde hacía varios días en un proyecto de una semana consistente en instalar un cabezal de prueba y un tubo en el lecho marino. Un barco de perforación se

situaría entonces sobre el lugar y atravesaría el sedimento con la esperanza de encontrar petróleo. Fletcher y sus colegas estaban poniendo los cimientos del tercer pozo de ensayo que su jefe noruego había intentado abrir en los últimos seis meses.

Con la autorización del gobierno cubano, la empresa de exploración había obtenido el derecho a sondear una prometedora extensión de aguas jurisdiccionales al noreste de La Habana. Los expertos en petróleo creían que en el litoral cubano se escondía un

enorme tesoro de petróleo y gas sin explotar, pero las tentativas de la empresa noruega estaban siendo infructuosas. Sus dos primeros pozos de ensayo no habían tenido resultados satisfactorios.

—¿Crees que el *Alta* nos llevará a La Habana cuando salgamos de la cámara?
—preguntó Tank.

Fletcher asintió con la cabeza, pero solo estaba escuchando a medias. Su atención estaba centrada en una luz tenue que apareció más allá de la boca del pozo. Se volvió, miró por la escotilla de

la campana de buceo y vio la luz de Will Brown, que ascendía con cuidado hacia la cámara. Se dio otra vez la vuelta hacia la ventana de visualización. La otra luz se acercaba y se había dividido en dos haces. Cuando llegó a la base del conducto de la boca del pozo, Fletcher vio que se trataba de un pequeño sumergible blanco.

El vehículo ascendió poco a poco y se acercó tanto que Fletcher pudo ver a su piloto. El submarino llevaba un disco grueso con forma de plato en su brazo articulado, como si fuera un camarero

con una bandeja.

Cuando la nave desapareció, Fletcher dirigió la cabeza hacia el techo.

—Shack, ¿quién ronda por aquí?

—¿Tienes compañía ahí abajo? —
contestó una voz invisible desde el *Alta*.

—Acaba de pasarme rozando un submarino.

Hubo una larga pausa.

—No es nuestro. ¿Seguro que no son imaginaciones tuyas, papi?

—Afirmativo —dijo Fletcher molesto.

—Estaremos atentos por si alguien

viene a recogerlo.

Tank siguió enrollando el tubo umbilical mientras Brown se acercaba buceando. La escotilla abierta del suelo estaba conectada a través de un tubo corto a una segunda escotilla exterior, también abierta. El interior presurizado, alimentado con oxígeno y helio de la superficie, se mantenía a la misma presión que la de las profundidades e impedía que la cámara se inundara.

Iluminando el camino con su linterna de buceo fijada al casco, la figura borrosa de Brown se acercó y asomó la

cabeza por la escotilla interior.

Tank y Fletcher subieron a Brown por la escotilla y lo dejaron en la cubierta con los pies colgando en el agua. El submarinista se quitó con cuidado las aletas mientras Tank le desenganchaba el tubo umbilical, que había proporcionado a Brown una mezcla de gases respirables y un chorro de agua caliente que circulaba por su traje de buceo.

El submarinista se quitó la máscara y respiró hondo. Le castañeteaban los dientes.

—Abajo hace un frío del carajo. O el

tubo de agua caliente tiene una vuelta o arriba han bajado el termostato.

—Ah, ¿querías que te echásemos agua caliente ahí? —Tank señaló el tubo umbilical—. Les dije que necesitabas un poco de aire acondicionado.

Rio y pasó a Brown un termo con café caliente.

—Muy gracioso. —El submarinista desenganchó una llave inglesa de su cinturón de lastre y se la dio a Fletcher—. Casi he montado la brida de la base. No te costará nada terminar.

Se oyó un estruendo a través de la

campana de buceo. Un segundo después, una tremenda explosión sacudió la campana y Tank y Fletcher cayeron al suelo. El café de Brown escaldó el cuello de Tank, que soltó un grito. Fletcher alcanzó el tubo umbilical y lo aferró mientras la campana se bamboleaba. Parecía que una mano gigante hubiera cogido la campana y estuviera agitándola como una bola de cristal con nieve dentro.

—¿Qué pasa? —gritó Brown boca abajo al tiempo que sus dos compañeros le caían encima.

—Es en la superficie —murmuró Fletcher, con la llave inglesa todavía en la mano.

Notó una sacudida hacia arriba. De repente las luces se apagaron y los temblores cesaron. Fletcher tenía la cara cerca de una portilla e instintivamente miró hacia fuera. Por un instante, las luces de la boca del pozo emitieron un extraño brillo y luego se apagaron. Tardó un segundo en comprender lo que pasaba: la campana había recibido una sacudida hacia la boca del pozo y caía hacia delante.

—¡Cerrad la escotilla! —gritó arrodillándose.

Se encendió una pequeña luz auxiliar roja que les proporcionó una tenue iluminación y sonó una alarma de emergencia. Las piernas de Brown seguían colgando a través de la trampilla exterior.

Fletcher agarró al buzo y tiró de él hacia un lado. Tank se había recuperado y consiguió cerrar de golpe la escotilla interior y apretarla. Al instante, la campana de buceo impactó contra un objeto duro. Un chirrido de metal

reverberó a través del interior al comprimirse.

La campana vaciló hasta que se apartó de una sacudida. Dentro, cuerpos humanos, pesado material de submarinismo y secciones de tubo umbilical formaban un amasijo. Por encima de los pitidos de la alarma apenas se oía un gemido de angustia.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó Fletcher saliendo a rastras de un montón de tubo umbilical y levantándose con cuidado.

—Sí. —A Tank le temblaba la voz. La

tenue luz no conseguía ocultar el puro terror de sus ojos. Se llevó la mano a la parte superior de la oreja y notó que tenía un corte sangrante—. ¿Estás bien, Brownie?

No hubo respuesta.

Fletcher avanzó a tientas por la maraña de escombros hasta tocar el traje de neopreno de Brown. Agarró la tela y tiró del submarinista. Brown se desplomó inconsciente.

Fletcher le quitó la capucha de buzo, le tomó el pulso y notó un débil latido. Oyó un gemido y vio que el pecho le

palpitaba. Un chichón del tamaño de una pelota de golf le sobresalía de la frente, y había algo en sus pies que no pintaba bien.

Al quitarle las aletas vio que el pie izquierdo de Brown colgaba en una posición extraña.

—Creo que se ha roto el tobillo... y se ha quedado inconsciente al caer.

Los dos hombres hicieron sitio en la cubierta inclinada y estiraron a Brown. Tank sacó un botiquín, y entre los dos le envolvieron el tobillo y le vendaron la cabeza.

—Es lo único que podemos hacer hasta que recupere el conocimiento — dijo Fletcher.

Pegó la nariz al ojo de buey acrílico intentando orientarse. El mar era negro como el carbón, pero la luz interior emitía un tenue fulgor alrededor de la campana. Habían chocado contra la tubería del pozo o contra la válvula del preventor, y al parecer colgaban de una de las dos estructuras. Un objeto largo y fino ondeaba en la corriente. Fletcher se protegió los ojos contra la portilla para distinguir de qué se trataba.

Lo reconoció enseguida y se puso tenso; se sentía como si una bola de demolición le hubiera golpeado la barriga. El objeto era un trozo del tubo umbilical de la campana de buceo. Varias bobinas largas de tubo colgaban de un travesaño elevador. Aunque era posible que el barco auxiliar hubiera soltado sin querer un trozo de cable de bajada o de tubo umbilical, el instinto le decía que no era eso lo que había ocurrido: los dos cables conectados a la superficie habían sido cortados.

Fletcher se acercó a un panel de

control y examinó las indicaciones de las esferas, inclinadas ante él. Sus sospechas se confirmaron en el acto. Electricidad, helio y oxígeno, comunicaciones, incluso el agua caliente para los trajes de buceo —todo suministrado al umbilical desde el *Alta* a través de una maraña de tubos y cables — se habían interrumpido. La tripulación de la campana de buceo había sido abandonada.

Tank empezó a llamar al barco auxiliar, que a través de un sistema de comunicaciones abierto solía oír todo lo

que decían.

—No malgastes saliva —dijo Fletcher—. Hemos perdido el umbilical.

Señaló el montón de tubos enmarañados a través de la ventana.

Tank se quedó mirando un instante mientras buscaba las palabras en su maltrecho cráneo.

—De acuerdo —murmuró—. ¿Funcionan los filtros? ¿Cómo vamos de aire?

Fletcher asumió el mando y activó un transpondedor de emergencia, una parpadeante luz estroboscópica fijada en

la parte superior y un filtro de dióxido de carbono; todos funcionaban con batería. En un pequeño tablero de control, abrió la válvula de varias bombonas de gas fijadas al exterior de la campana y ajustó la mezcla respirable. Siempre y cuando conservaran el calor, la campana contaba con suficiente electricidad y gas de emergencia para dos o tres días. Dada su proximidad a Florida y el golfo, disponían de tiempo de sobra para que un barco de rescate equipado con un sistema de saturación llegase al lugar.

—Los filtros funcionan. La mezcla de aire tiene buena pinta. —Observó un indicador mecánico—. La presión es estable a ciento noventa metros.

Durante las operaciones, un equipo de supervisión situado en el *Alta* se encargaba de la atmósfera de la campana. A través del umbilical de la campana de buceo se bombeaba una mezcla de gases calculada que se ajustaba con cuidado a medida que la campana alcanzaba la profundidad operativa. El principal gas inerte suministrado a los buzos era el helio en

vez del nitrógeno, ya que eliminaba el efecto de la narcosis de nitrógeno, una peligrosa alteración tóxica que se puede producir a profundidades superiores a los treinta metros. La campana estaba equipada con sus propias bombonas exteriores llenas de helio, oxígeno y nitrógeno para una emergencia como esa.

Fletcher señaló la ventana.

—Como yo ya estoy vestido, inspeccionaré el exterior.

—Sin agua caliente, más vale que te des prisa.

Mientras Fletcher reconfiguraba su umbilical para abastecerse del gas de emergencia, Tank se metió en la cámara de aislamiento para abrir la escotilla exterior. La escotilla se movió unos centímetros antes de golpear contra algo metálico. Tank apoyó todo su peso contra la escotilla, pero no cedía. Introdujo la mano por la ranura, la sacó y la movió a tientas en el agua.

—Será mejor que cambiemos de planes, papi. La campana debe de haberse torcido cuando hemos tocado el fondo y está bloqueando la escotilla. No

hay forma de abrirla.

Fletcher tenía el presentimiento de que los dioses del submarinismo no habían terminado de exigir el pago por un antiguo pecado.

—Está bien. Intentaré contactar con el barco mediante el sistema de comunicación submarino. ¿Por qué no sacas los trajes Mustang y miras a ver si puedes ponerle uno a Brownie?

Tank abrió un compartimento lateral que contenía unos gruesos trajes de supervivencia recubiertos de caucho y diseñados para la inmersión en agua

fría. Se puso uno de los incómodos trajes e intentó pasar otro por el cuerpo inerte de Brown. Fletcher activó una radio de emergencia sintonizada con un transpondedor externo que estaba fijado al exterior de la campana. Estuvo varios minutos intentando llamar al *Alta*. Solo recibió interferencias.

Sin el calor radiante que proporcionaba la superficie al umbilical, la temperatura de la campana descendió en picado. Fletcher notó el frío a pesar de llevar puesto el traje de neopreno seco. Dejó la radio para

ayudar a Tank a enfundar el traje de supervivencia a Brown.

—Arriba deben de estar muy ocupados —dijo—. Dentro de un minuto intentaré llamar otra vez.

—No tiene sentido quedarse esperando —repuso Tank—. Ya has visto que el umbilical está suelto. El cable de elevación está cortado. No van a poder subirnos, pero seguro que pueden recogernos si llegamos a la superficie por nuestra cuenta.

Fletcher consideró las palabras de Tank. Prefería esperar a que se

restablecieran las comunicaciones con la superficie antes que emprender un ascenso de emergencia, pero el silencio por respuesta significaba que podía haber un problema grave a bordo del *Alta*. Probablemente Tank estaba en lo cierto. Con Brown herido, era inútil quedarse esperando en las profundidades.

—Está bien. Prepárate para soltar los lastres. Avisaré por radio que vamos a iniciar un ascenso de emergencia... por si alguien puede oírnos.

Mientras Fletcher llamaba, Tank abrió

un panel del suelo. Dentro había un juego de lastres externos que un par de abrazaderas mantenían sujetas debajo de la campana. Esperó hasta que Fletcher se volvió y le hizo una señal con la cabeza, y entonces giró las abrazaderas.

Sonó un leve tintineo, y un par de plomos se desprendieron de sus huecos en la campana. Pero solo uno de los lastres cayó al fondo del mar. El otro se quedó encajado por culpa del armazón torcido. Con un ligero cambio en el equilibrio, la campana de buceo empezó a ascender oblicuamente. Fletcher guiñó

un ojo a Tank, pero se puso tenso cuando un horrible chirrido resonó en la campana. Un chorro de turbulencias apareció por la ventana lateral, y la campana se detuvo con una sacudida.

—¡Nos hemos quedado enganchados en el preventor! —gritó Tank.

Los dos pegaron la cara al ojo de buey. Solo pudieron ver un torrente de burbujas en cascada, acompañadas del rugido de un Boeing 747 al despegar.

Al ascender inclinada, la campana se había quedado atascada en un codo de la válvula del preventor. La extensión de

acero había rajado la repisa que contenía siete de las nueve bombonas de emergencia de la campana. Al subir, el preventor cortó las conexiones a las válvulas de las bombonas y a continuación se clavó en la base de la repisa e inmovilizó la campana.

Fletcher se dirigió a la consola de un salto y comprobó los indicadores de presión. El normalmente estoico submarinista palideció al ver que el ochenta por ciento de su atmósfera de emergencia desaparecía en la superficie. Encerrados en la campana atrapada en el

fondo, ahora dependían por completo de un rescate desde el exterior.

Tank miró a su compañero.

—¿Es grave?

Fletcher se volvió despacio pero no dijo nada. Sus ojos decían cuanto Tank necesitaba saber. Solo disponían de unas pocas horas de vida.

6

A ciento noventa metros por encima de la campana de buceo, el barco noruego *Alta* se encontraba en las últimas. Un denso humo negro invadía su cubierta de popa, salpicada de esporádicas lenguas de fuego. Una gran torre de perforación

utilizada para colocar varillas de sondeo por el costado de la embarcación yacía desplomada sobre la cubierta. Las olas casi pasaban por encima de la barandilla a medida que el barco se escoraba por la popa.

Kevin Knight, el capitán del *Alta*, contemplaba la catástrofe a través de la ventana del puente de mando. Minutos antes, había estado consultando el boletín meteorológico cuando un profundo rumor sonó en las entrañas del barco. La cubierta se combó bajo sus pies. Un instante más tarde, un tanque de

combustible de popa estalló en una explosión abrasadora que engulló la embarcación.

—El centro de buceo informa que han perdido contacto con la campana, señor —gritó el tercer oficial, con hilillos de sangre cayéndole por la cara a causa de la rotura de una ventana.

Sonaban alarmas, y las luces parpadeantes de la consola señalaban las secciones del barco inundadas. Knight apretó la mandíbula mientras asimilaba los daños, cada vez mayores. No había manera de eludir lo inevitable.

Se volvió hacia el operador de comunicaciones.

—¡Envíe una señal de socorro! Informe que nos hundimos y necesitamos ayuda inmediata.

Knight cogió un transmisor y habló por el sistema de megafonía del barco.

—Equipos antiincendios, a sus puestos. Todos los demás empleados, prepárense para abandonar el barco.

—¿Y la campana de buceo, señor? —preguntó el tercer oficial—. Y en la cámara de saturación hay otros tres hombres.

—En la cámara de saturación hay una cápsula de emergencia. Que los hombres se metan allí de inmediato.

—¿Y la campana?

Knight sacudió la cabeza.

—De momento esos muchachos tendrán que esperar. No podemos hacer nada por ellos. —Lanzó una mirada severa al indeciso oficial—. Comuníquese con la cámara. ¡Ahora!

Los aturdidos tripulantes y los trabajadores del pozo petrolífero se dirigieron a popa, donde había un par de botes salvavidas cubiertos. Varios

hombres que habían sufrido quemaduras o heridas tuvieron que ser introducidos en los botes, una tarea que la pronunciada escora del barco dificultaba. Knight corría por la embarcación retirando a los bomberos, ordenando a todos los hombres que fuesen a los botes mientras se aseguraba de que no quedaba nadie. Al pie de la sección de camarotes, encontró al ingeniero jefe que emergía de la cubierta inferior.

Knight gritó por encima del ruido de las llamas.

—¿Ha salido todo el mundo?

—Sí, creo que sí. —El ingeniero respiraba con dificultad—. Se está inundando rápido, señor. Será mejor que salgamos enseguida.

Knight se encogió de hombros e hizo caso omiso de sus palabras.

—Vaya a los botes y tírelos al mar. Yo voy a echar un último vistazo a popa.

—No se arriesgue, señor —gritó el ingeniero.

Pero Knight ya había desaparecido bajo un remolino de humo.

La popa se elevaba peligrosamente

cuando cruzó la cubierta. A través del humo, vislumbró por un instante la proa ya inundada. Corrió a la línea de flotación para ver si quedaba algún tripulante. Un par de sonoras salpicaduras le indicaron que los dos botes salvavidas habían sido arriados por la borda. Al darse cuenta se sintió aliviado... y aterrado.

Le escocían los ojos y se le obstruían los pulmones a causa del humo acre. Solicitó por última vez el abandono del barco. Al volverse para regresar a popa, reparó en una bota que sobresalía detrás

de una grúa de cubierta. Era su segundo comandante, un hombre llamado Gordon. Tenía la ropa carbonizada y el pelo chamuscado. Miró a Knight con los ojos vidriosos.

El capitán trató de levantarlo.

—Tenemos que salir del barco, Gordon.

—¡Mi pierna! —gritó el segundo comandante cuando lo tocó.

Knight vio que Gordon tenía una pierna torcida en un ángulo obscuro y que un trozo de hueso ensangrentado le asomaba entre los pantalones cerca de la

rodilla. Al capitán se le hizo un nudo en el estómago.

Un estruendo interrumpió sus pensamientos: un montón de tubos de perforación se habían desprendido y habían caído al agua. Unos angustiosos chirridos brotaron de debajo de la cubierta cuando el casco se deformó debido al desequilibrio que provocaba la popa ascendente. La cubierta se estremeció bajo los pies de Knight en su lucha desesperada por mantenerse a flote.

Knight rodeó a Gordon con el brazo e

intentó levantar al hombre herido. Gordon dejó escapar un áspero gruñido y se dejó caer en los brazos de Knight. El capitán trató de levantar al oficial con todas sus fuerzas pero sus piernas, debilitadas por una vieja lesión de fútbol americano, no se lo permitieron. Los dos cayeron sobre la cubierta en el momento en que un generador se soltaba y se deslizaba por ella; se salvaron por escasos centímetros.

Al *Alta* solo le quedaban segundos a flote. Knight se resistía a emprender la travesía mortal al fondo del mar.

Entonces una voz nítida hendió el aire.

—Yo propondría salir pitando antes de que todos nos mojemos los pies.

Knight giró bruscamente la cabeza hacia la voz, pero una densa nube de humo no le dejaba ver. Entonces un hombre alto y moreno emergió de la niebla escudriñando la escena con sus luminosos ojos verdes.

—¿De dónde... de dónde ha salido?

—Del barco de investigación *Sargasso Sea* —respondió Pitt—. Hemos recibido su señal de socorro y

hemos venido a toda velocidad.

Miró a Gordon y luego a Knight, y vio la insignia que llevaba en el hombro de la camisa.

—¿Está herido de gravedad ese hombre, capitán?

—Se ha roto una pierna.

Un estruendo profundo sacudió el barco y la popa se elevó aún más. Pitt se acercó corriendo a los dos hombres y cogió un arnés de seguridad sujeto a una cuerda. Puso el arnés a Knight y lo ajustó.

—¿Puede sostenerlo?

Knight asintió con la cabeza.

—Mientras no tenga que andar.

Pitt levantó el cuerpo sin fuerzas de Gordon y lo cargó sobre el hombro de Knight.

—Me temo que al final puede que tenga que mojarse un poco.

Cogió una radio portátil de su cinturón y llamó al *Sargasso Sea*.

—Acercaos con cuidado.

La cubierta dio un bandazo.

—¡Se está hundiendo! —gritó Knight.

El capitán del *Alta* vio cómo la cuerda del arnés se tensaba a la vez que

el barco empezaba a deslizarse bajo sus pies. Notó que una mano lo empujaba cuando el agua se abalanzó sobre él. Era Pitt, que lo impulsaba hacia la barandilla.

Se agarró fuerte a Gordon mientras eran arrastrados bajo el agua. Se golpearon con la caja de un ventilador, y Knight notó un tirón en el arnés cuando un torrente de burbujas los envolvió. El arnés seguía tirándole del pecho cuando de repente el agua se calmó. Entonces emergieron del agua y se quedaron colgando sobre las olas.

Knight alzó la vista y vio que un barco de color turquesa los ponía a salvo, una grúa extendida por encima de la barandilla sujetaba la cuerda del arnés. Agarró más fuerte el cuerpo de Gordon, que parecía sensiblemente más pesado. Al primer oficial le dieron arcadas, y sus jadeos confirmaron que todavía respiraba.

Knight se dio la vuelta para ver lo que quedaba del *Alta*, con su hélice de bronce cortando el cielo vacío, poco antes de zambullirse bajo la superficie en medio de un gruñido de metales

retorcidos y aire liberado. Los dos botes salvavidas del barco y la cápsula flotante de la cámara de descompresión se mecían cerca, pero no había ni rastro del hombre que acababa de salvarle la vida.

Pitt se sentía como si estuviera montado en el morro de un tren de mercancías que saliera disparado de un túnel oscuro.

Después de empujar a Knight y a Gordon, trató de saltar por encima de la

barandilla, pero la embarcación descendía demasiado rápido y el torrente de agua lo lanzó contra una grúa de cubierta. La aceleración del barco al hundirse lo inmovilizó y el agua se le vino encima.

Ignoró el dolor de oídos que le había provocado el aumento de la presión y avanzó arrastrándose por la grúa. Una algarabía de sonidos metálicos amortiguados reverberaban a través del agua y materiales sueltos se estrellaban contra los mamparos del barco. Un montante partido chocó contra la grúa y

no alcanzó a Pitt por escasos centímetros.

Al llegar al pie de la grúa, apoyó los pies y se impulsó por la esquina dando brazadas furiosas hacia la invisible barandilla lateral. Un objeto duro chocó contra su pierna, y entonces escapó del torbellino. El barco hundido pasó a toda velocidad junto a él en su carrera hacia el fondo, aunque más que verlo lo notó, en aquel mar turbio.

Las aguas formaban un confuso remolino a su alrededor, pero Pitt no perdió los nervios. Había buceado casi

toda su vida y siempre se había sentido cómodo en el agua, como si fuera su elemento natural. Nunca se dejaba llevar por el pánico. Siguió una estela de burbujas que subían hacia una tenue luz plateada. Se orientó y nadó hacia la superficie, pero notó que se alejaba.

Pitt estaba siendo succionado por el *Alta*. Nadó con más brío contra la fuerza invisible. Le empezó a doler la cabeza. Necesitaba aire.

Su cuerpo chocó contra algo, y lo agarró por puro instinto. El objeto flotaba y al igual que Pitt se resistía a

ser succionado por el barco. Al notar una opresión en la garganta, supo que debía escapar y salir rápido a la superficie.

Con los pulmones a punto de estallar y la vista mermada, siguió moviendo enérgicamente las piernas. No tenía la sensación de estar ascendiendo, pero se dio cuenta de que las burbujas de aire que lo rodeaban tampoco subían al pasar por su lado. Miró arriba. La superficie luminiscente se acercaba, y el agua estaba cada vez más caliente. La superficie reluciente oscilaba fuera de

su alcance. En su cabeza, la sangre palpitaba como un martillo neumático. Y de repente, allí estaba.

Emergió entre las olas y tragó aire al tiempo que su ritmo cardíaco disminuía. Oyó un pequeño motor que zumbaba cerca. Al cabo de un instante, un bote inflable naranja se le acercó rugiendo. El rostro sonriente de Al Giordino asomó por la borda.

Riendo, subió a Pitt al bote sin esfuerzo.

—Le has dado un nuevo sentido a la expresión «cabalgar por la pradera».

Pitt lo miró confuso y se inclinó por encima de la borda. A su lado se mecía la letrina portátil verde intenso del *Alta* con la que había subido a la superficie. Pitt sonrió ante su increíble suerte.

—Creo que es lo que se llama ascender al trono —dijo.

El *Sargasso Sea* ya había izado la cámara de descompresión de emergencia del *Alta* y estaba reuniendo a los supervivientes de los botes salvavidas cuando Pitt y Giordino

subieron a bordo. El capitán Knight vio a Pitt y corrió a su lado.

—Creía que lo habíamos perdido para siempre.

—El barco intentó llevarme con él, pero conseguí saltar. ¿Qué tal está su compañero?

—Descansando cómodamente en la enfermería. Nos ha salvado la vida a los dos.

—Menudo incendio. ¿Sabe qué lo provocó?

Knight negó con la cabeza. La imagen de su barco explotando le perseguiría el

resto de su vida.

—Una especie de explosión. Hizo estallar la reserva de combustible de popa. No se me ocurre qué la provocó. Milagrosamente, parece que todo el mundo ha desembarcado, hasta los que estaban en la cámara de saturación. — Una mirada de angustia apareció en sus ojos—. Hay otros tres hombres en el fondo. Submarinistas.

—¿Estaban en el agua?

Knight asintió con la cabeza.

—Trabajaban a gran profundidad fuera de la campana de buceo. La

explosión inicial cortó el cable de elevación y el umbilical. No tuvimos ocasión de avisarles.

—Hemos llamado al Comando de Rescate Submarino de la Marina —informó Giordino—. Habrá un vehículo de rescate in situ dentro de diez horas. También estamos buscando recursos comerciales de profundidad en la zona.

—Suponiendo que la campana no haya sufrido daños ni problemas, los buzos deberían estar a salvo durante al menos veinticuatro horas —dijo Pitt. Señaló un pequeño submarino amarillo

situado en la cubierta de popa—. Será mejor que veamos cómo les va. Por lo menos podremos hacerles compañía hasta que llegue la caballería.

Pitt se volvió hacia Giordino.

—¿Cuánto tardamos en echar al agua el *Starfish*?

—Diez minutos más o menos.

—Que sean cinco.

El submarino biplaza se sumergió por debajo de la agitada superficie y emprendió su lento descenso atraído por la fuerza de la gravedad. A Pitt apenas le había dado tiempo a cambiarse de ropa antes de que Giordino tuviera el

Starfish preparado para la inmersión. Se había sentado en el asiento del piloto y había verificado rápidamente la lista de control preinmersión mientras bajaban el submarino por la borda.

—Las baterías están a plena potencia, y parece que todo funciona. Tenemos permiso para la inmersión —dijo Pitt guiñando un ojo mientras el agua marina inundaba la parte superior de la ventana.

Giordino encendió una serie de focos exteriores cuando superaron los treinta metros de profundidad. El descenso era de una lentitud exasperante. Como

trabajadores del mar y de temas relacionados con el mar, sentían simpatía por los submarinistas perdidos en el fondo del mar. Varios minutos más tarde, apareció el grisáceo lecho marino.

—La corriente nos ha empujado al este durante el descenso —dijo Giordino—. Propongo un rumbo de doscientos setenta y cinco grados.

—De acuerdo.

Pitt activó los propulsores del *Starfish*.

El submarino pasó rozando el fondo,

navegando contra una ligera corriente. El lecho marino era rocoso y ondulado, y en su mayor parte carente de vida.

Pitt advirtió un cambio en el terreno un poco más adelante.

—Algo se acerca.

Aparecieron unas franjas paralelas de sedimento ondulado que se cruzaban en su camino como una autopista incrustada.

—Roderas —dijo Pitt—. Alguien ha tenido material pesado aquí abajo.

Giordino escudriñó las profundidades.

—Eso indica que debemos de estar cerca de la boca del pozo.

Tras recorrer una corta distancia, el casco del *Alta* apareció en la oscuridad. La proa estaba destrozada debido al choque contra el lecho del mar, pero por lo demás el barco estaba intacto, posado de pie aunque un poco inclinado. Pitt no perdió tiempo inspeccionando los daños de la embarcación y rodeó su proa. Enseguida se encontró con un desguace submarino.

Había restos del *Alta* esparcidos a lo largo de un bajío rocoso, junto con un

conglomerado de tuberías, compresores y cables que se habían soltado con el impacto. Había grandes bombonas metálicas; la mayoría contenían helio u oxígeno para alimentar la cámara de saturación del *Alta*. Montones de bombonas verdes, marrones y negras yacían desperdigadas por el fondo.

Mientras se deslizaban sobre un cobertizo de hojalata, Giordino gritó:

—Luz estroboscópica, a la derecha.

Pitt apuntó el sumergible hacia el destello. Una estructura elevada con tubos en el centro tapaba parcialmente la

luz. Pitt rodeó la tubería de la boca del pozo y el preventor, y halló la campana de buceo encajada en la estructura, atascada en un ángulo obtuso, con uno de los lastres todavía en su sitio.

Giordino sacudió la cabeza.

—Se han metido en un buen berenjenal.

Una lucecita temblaba en una de las ventanas de la campana. Pitt hizo señales con las luces del submarino a medida que se acercaba, con sumo cuidado para sortear la instalación de la boca del pozo.

—Creo que veo a dos hombres dentro
—anunció Giordino.

—A ver si podemos hablar con ellos
por el canal de emergencia.

Pitt activó el transpondedor de
emergencia que emitía en la misma
frecuencia que el de la campana.

—Submarino *Starfish* a campana de
buceo *Alta*. ¿Me reciben?

Una voz aguda y confusa contestó
afirmativamente.

—El discriminador de helio debe de
estar arriba —dijo Giordino—. Espero
que de pequeño hayas visto muchos

dibujos animados de Disney.

La voz de Warren Fletcher sonó a todo volumen por el altavoz con un timbre de tenor digno de Mickey Mouse. Pitt apenas entendió su palabrería, pero comprendió que un hombre estaba herido y que la campana había perdido casi todo el gas de emergencia. Deslizó el sumergible a un lado y lo comprobó por sí mismo. Media docena de bombonas se hallaban amontonadas en la arena debajo de la campana, y se veía claramente una enorme raja en la repisa de almacenamiento de botellas.

Pitt observó los tanques gastados.

—Tienen un grave problema con el aire.

—Alguien acaba de levantar dos dedos por el cristal —dijo Giordino—. Dos horas.

Era un problema con el que no habían contado. El objetivo de Pitt era encontrar la campana y dar ánimos a los hombres hasta que llegase un equipo de rescate. Pero en el mejor de los casos, esos recursos tardarían ocho horas en estar disponibles. Cuando la ayuda llegase, los hombres de la campana ya

habrían muerto hacía tiempo.

—Pobres chavales —dijo Giordino—. Faltan horas para que llegue la marina. Esos chicos no sobrevivirán.

—Sí si nadan hasta la superficie.

Pitt se comunicó por radio con la campana.

—Submarinistas del *Alta*, ¿pueden abandonar la campana y bucear hasta la superficie? Tenemos una cámara de descompresión arriba. Repito, tenemos una cámara de descompresión arriba.

Fletcher contestó que no y explicó que la escotilla estaba bloqueada por fuera.

Pitt y Giordino inspeccionaron el exterior y vieron que el bastidor torcido de la campana que había provocado el atasco del lastre también bloqueaba la escotilla.

Pitt observó el acero de gran calibre.

—Es imposible que arreglemos eso. ¿Crees que podemos desengancharlos de la tubería?

—Merece la pena intentarlo. No podemos acceder al bastidor, que es por donde están sujetos. Claro que la campana no subirá mucho arrastrando todos esos cables.

—Tendrán que escapar tarde o temprano.

Pitt rodeó la campana de buceo con el submarino. Se acercó por arriba y mantuvo el *Starfish* flotando justo encima de la campana.

Giordino se puso manos a la obra y extendió un brazo robótico articulado con el que agarró una anilla secundaria de la campana.

—Ya la tengo.

Procediendo con cautela, Pitt inclinó los propulsores hacia abajo y trató de levantar la campana de buceo. La

cápsula se balanceó, pero no cedió. Pitt trató de ajustar el ángulo de izada, pero tras cada intento la campana seguía sujeta a la tubería del pozo.

Pitt bajó el submarino con cuidado, y Giordino soltó la argolla.

—Esa campana debe de pesar tanto como nuestro submarino —dijo Giordino—. No tenemos suficiente potencia para sacarla.

—Necesita un buen tirón desde arriba.

—Estoy de acuerdo, pero no seremos nosotros los que se lo demos.

—Es cierto —convino Pitt—. Tendrá que dárselo el cable de izada.

—¿Quieres subir el cable? Hay más de ciento ochenta metros de cable de acero. Probablemente pesa diez veces más que la campana. Es imposible que lo arrastremos hasta la superficie.

—Arrastrarlo, no. Hacerlo flotar —dijo Pitt con un destello en los ojos.

Giordino estudió a su compañero. Había visto esa mirada antes. Era la mirada de no ceder nunca al desaliento, de un hombre que había burlado a la muerte un sinnúmero de veces. Era una

mirada de determinación que brotaba de su amigo como un géiser. Pitt no conocía a los hombres de la campana de buceo, pero no pensaba quedarse de brazos cruzados y dejar que murieran bajo ningún concepto.

Giordino se frotó el mentón.

—¿Cómo podemos hacerlo?

—Muy sencillo —respondió Pitt—.

Solo tenemos que levantar el techo.

Fletcher observó cómo las luces del submarino de la NUMA retrocedían a través del lecho marino y se sintió como si lo hubieran dejado morir en un frío ataúd de acero.

—Volverán —dijo tratando de

convencerse a sí mismo.

Poco podía hacer salvo concentrarse en su respiración; cada inhalación le recordaba que disponían de aire limitado. Como la mayoría de los buzos profesionales, no era propenso a la claustrofobia, pero la campana parecía comprimirse poco a poco a su alrededor.

Miró a Tank, que se había deslizado hasta sentarse a su lado y miraba al suelo resignado. Para aliviar la ansiedad, Fletcher se quedó de pie con la cara pegada a la ventana y la vista fija

en el submarino. ¿Qué estaba haciendo? Al parecer se movía adelante y atrás levantando cieno. Fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con su rescate.

Sin embargo, lo que Pitt estaba haciendo era precisamente rescatarlos.

—Aparte de un nudo corredizo, esto es lo máximo que podemos hacer —dijo Giordino con el sudor goteándole por la frente.

Estaba manejando el brazo robótico, o manipulador, con el que agarraba otra vez un ramal del cable de elevación de la campana. Pitt había seguido el cable a

lo largo hasta encontrar el extremo desgastado cerca del *Alta*, dejando a Fletcher y la campana en tinieblas.

Hizo que Giordino cogiera la punta del cable y lo arrastrase hasta el cobertizo metálico por el que habían pasado en el campo de escombros. El cobertizo de soldador prefabricado había estado en la cubierta del barco y se rompió cuando el *Alta* tocó el fondo. De alguna forma, el cobertizo había caído de pie. Aunque lleno de abolladuras, permanecía totalmente intacto en la arena blanda.

Con gran delicadeza, Pitt y Giordino ataron el cable alrededor de la puerta con bisagras del cobertizo y le dieron varias vueltas por los laterales y el techo.

—No ganaremos una medalla al mérito por hacer nudos —comentó Giordino—, pero ahora nuestra cometa tiene cola.

—Pasemos a la parte científica del experimento —dijo Pitt.

Giordino soltó el cable y Pitt acercó el submarino al *Alta*. Posó el sumergible en el fondo del mar y observó cómo

Giordino movía el brazo manipulador y agarraba una bombona de helio marrón por la válvula.

Giordino lanzó a Pitt una mirada de advertencia.

—Estos chismes pesan.

—Es pan comido.

Pitt hizo ascender un poco el submarino para separarlo del fondo y dio potencia a los propulsores inversos.

El submarino retrocedió muy despacio. La bombona de helio al principio se quedó quieta, y luego empezó a deslizarse por la arena. Pitt

manipuló los mandos hasta situar el tanque junto al cobertizo, con la válvula cerca de la puerta abierta.

—Ya tenemos una —dijo Pitt.

—No ha sido una decisión muy acertada desde el punto de vista de las baterías. —Giordino observó los indicadores—. Nos queda un treinta y cinco por ciento de nuestras reservas de energía.

Pitt asintió con la cabeza y dirigió el submarino a la siguiente bombona. Habían repetido el proceso seis veces más y alineado las siete botellas al lado

del cobertizo, cuando Giordino anunció que no podían hacerlo más.

—Las reservas de energía se acercan a un solo dígito, jefe. Es el momento de plantearnos volver a la luz del día.

—De acuerdo, maestro. Primero abre las bombonas, y veamos si este pajarito vuela.

Pitt mantuvo el submarino suspendido sobre las bombonas de forma que Giordino pudiera bajar el brazo manipulador y abrir las válvulas. Un torrente de burbujas pasó a toda velocidad por delante de la ventana tras

abrir la primera válvula. Cuando Giordino hubo abierto la última bombona, Pitt retrocedió un poco y su compañero empujó las botellas hacia delante para que el gas entrase dentro de los límites del cobertizo.

Era una maniobra peligrosa, pero también su única oportunidad de salvar a los buzos. Pitt esperaba levantar el cable lo bastante para despegar la campana de la estructura de la boca del pozo. Para ello, el cobertizo haría de bolsa de elevación y tiraría del cable hasta la superficie.

Pitt maniobró con el submarino hasta hacerlo flotar un poco por encima del cobertizo.

—¿Seguro que quieres aparcarlo aquí? —preguntó Giordino.

—Puede que tengamos que mantenerlo estable, además de darle un empujón. A ver si puedes agarrarlo.

Giordino estiró el brazo manipulador y agarró una juntura del tejado en punta del cobertizo. Pitt purgó los tanques de lastre. Una barrera de burbujas ascendentes les impidió ver y experimentar la más mínima sensación

de movimiento, de modo que Pitt observó un indicador de profundidad. La lectura digital se mantuvo estable y luego empezó a descender de treinta en treinta centímetros.

Sonrió.

—Nos movemos.

Mirando a lo lejos desde la campana de buceo, Fletcher vio que el submarino ascendía. Por un segundo pensó que sus luces iluminaban una casita que estaba justo debajo. Se frotó los ojos y las luces del submarino desaparecieron, y con ellas sus esperanzas de escapar.

Fletcher no sospechaba que él estaba sujeto a la estructura que se elevaba.

Aprovechando el peso del submarino para equilibrar el tejado, Pitt consiguió mantener el cobertizo nivelado mientras se llenaba de gas y adquiría flotabilidad. Y lo más importante: el cobertizo siguió subiendo y arrastrando al mismo tiempo el cable de elevación. A medida que la estructura ascendía, la presión del mar disminuía y permitía que el gas contenido dentro del cobertizo se expandiera. Con suerte, el gas en expansión proporcionaría la fuerza

propulsora necesaria para compensar el peso cada vez mayor del cable.

—Ciento cincuenta metros —anunció Giordino—. Es como si fuéramos en un montacargas.

—Parece más bien un toro mecánico.

Pitt logró dirigir el submarino hacia un lado. Tenía que manejar continuamente los propulsores para mantener el techo del cobertizo nivelado. Si se inclinaba, el gas se escaparía y todo se desplomaría al fondo del mar.

La extraña construcción siguió

elevándose en medio de una cortina de burbujas. Al ascender más, el helio en expansión acabó desplazando toda el agua del cobertizo. Las paredes empezaron a ensancharse al tiempo que el gas buscaba una vía de escape y salía por las grietas y por la puerta abierta de la estructura. La ascensión del cobertizo ganó velocidad e impulsó el submarino con él.

Habían avisado al *Sargasso Sea* para que se mantuviera a cierta distancia pero estuviera preparado. Kevin Knight se paseaba por la cubierta de popa mirando

el agua. Una perturbación le llamó la atención y vio que brotaba un círculo de espuma. Unos segundos más tarde, el submarino amarillo chillón de la NUMA salió a la superficie y emergió por completo del agua. Knight vio que estaba posado sobre una especie de estructura parecida a una casita. Cuando se estabilizó un poco y el submarino se apartó, advirtió que se trataba del cobertizo de soldador del *Alta*.

El *Sargasso Sea* avanzó rápido en dirección a Pitt y atrapó el cable enrollado con una grúa y un gancho. La

estructura fue izada a la cubierta de popa mientras un montón de miembros de la tripulación aseguraban el cable con abrazaderas y puntales. Desenrollaron la punta suelta que rodeaba el cobertizo y la introdujeron en el tambor de un cabrestante al que habían extraído el cable.

Cuando el cabrestante empezó a recoger el cable, la grúa del barco depositó el cobertizo sobre la borda y recuperó el submarino.

Pitt y Giordino apenas habían salido por la escotilla cuando de pronto Knight

se plantó ante ellos.

—¿Siguen vivos?

—De momento —respondió Pitt—.

La campana ha perdido varias de las bombonas de emergencia, así que no disponen de mucho tiempo.

La tripulación aguardó impaciente mientras el cabrestante recogía el cable. Nadie sabía lo que hallarían en el otro extremo. Finalmente, se armó un alboroto junto a la barandilla de popa, y Pitt vio que la parte superior de la campana de buceo salía a la superficie.

—Engánchenla con la grúa y

prepárense para trasladarla a la cámara de descompresión —dijo Pitt—. Necesitaremos unos soldadores que corten el bastidor inferior para acceder a la escotilla.

La campana fue izada a bordo y los miembros de la tripulación se pusieron manos a la obra. Un técnico se acercó corriendo a Pitt cuando empezaron a saltar chispas por la cubierta.

—He conectado el cable de comunicaciones de la campana a nuestro sistema —explicó el técnico—. Uno de los buzos que hay dentro quiere hablar

con usted. Se llama Warren.

Pitt siguió al técnico hasta una consola instalada cerca de la campana y cogió un auricular. Un hombre le hacía señas con la mano desde el interior, a través de la portilla.

—Hola, Warren. Me llamo Pitt. ¿Cómo lo llevan ahí dentro?

—Mucho mejor ahora que puedo ver la luz del sol —dijo Fletcher—. Por un instante pensé que íbamos a convertirnos en parte integrante de la boca del pozo. Su método de rescate era una locura, pero no sabe cuánto me alegro de que lo

hayan intentado.

—Disculpe la brusquedad de la travesía. ¿Qué tal están sus compañeros?

—Tank está bien, pero Brown tiene una pierna rota. Ha perdido el conocimiento y lo ha recuperado varias veces.

—Tenemos un médico esperando en la cámara de descompresión que les atenderá en cuanto los metamos dentro.

—Gracias, señor Pitt, le agradecemos todo lo que ha hecho. Pero... dígame, ¿qué le ha pasado al *Alta*?

—Se hundió a causa de una explosión

repentina. Afortunadamente, no ha habido víctimas, pero nadie sabe qué ocurrió. En fin, ya hablaremos cuando los traslademos a la cámara.

Fletcher asintió con la cabeza.

—Le parecerá un disparate, señor Pitt, pero poco antes de que el cable se partiese vi un submarino desconocido. Creo que alguien puede haber hundido a propósito el *Alta*.

Pitt observó los ojos curtidos del buzo y comprendió que era lo menos disparatado que había oído en todo el día.

10

Un radiante cielo azul celeste contradecía la tristeza que planeaba sobre La Habana. El motivo de la melancolía era el cortejo fúnebre que recorría lentamente las derruidas calles de la capital de Cuba, cuyo calendario

parecía haberse detenido en el año 1959. Calles llenas de agujeros que a lo largo de los siglos habían pisado conquistadores españoles, casacas rojas británicas, soldados de infantería estadounidenses y generales rusos y que ahora se hallaban abarrotadas de ciudadanos cubanos corrientes. Parecía que todos los habitantes de la isla hubieran acudido a despedirse por última vez de El Caballo.

Fidel Castro Ruz, el exaltado padre de la revolución cubana, al final había perdido su batalla contra la mortalidad.

Habían pasado casi sesenta años desde que el joven Castro había quebrantado su exilio y había desembarcado en el extremo sudoeste de Cuba en un velero prestado con un ejército compuesto por ochenta y un guerrilleros. Mediante un golpe sin duda milagroso, había suscitado el apoyo de la población rural y había derrocado el gobierno de Batista, y apenas tres años después había entrado triunfal en La Habana.

Sin embargo, el idilio de Castro con el marxismo no había conseguido transformar Cuba en la utopía que él

había imaginado, y su reinado de medio siglo, que había terminado en 2008 cuando había transferido el poder a su hermano Raúl, había estado marcado más por la represión política y la asfixia económica que por la libertad y la prosperidad. No obstante, seguía siendo una figura venerada por los cubanos, la mayoría de los cuales no conocían a otro líder.

El armón fúnebre tirado por caballos, escoltado por una guardia de honor con impecables guerreras blancas, entró despacio en la plaza de la Revolución y

pasó por delante de una gran tribuna. La crema y nata del gobierno y el ejército cubanos ocupaba el centro, rodeados de una serie de dignatarios internacionales. Los mejores asientos estaban reservados a representantes de Venezuela, China y Nicaragua, además de un puñado de actores de Hollywood. Raúl Castro se puso firme y saludó a su hermano cuando el cortejo desfiló por delante del imponente monumento a José Martí.

Raúl y su vicepresidente, un octogenario que andaba con bastón, volvieron al edificio del ministerio del

Interior para asistir a una pequeña recepción. La élite del poder cubano, compuesta por el Consejo de Estado y el Consejo de Ministros, junto con miembros clave de la Asamblea Nacional, el Partido Comunista y las Fuerzas Armadas Revolucionarias, formaron una cola improvisada y presentaron sus respetos formales al presidente Castro.

Un hombre de cabello canoso vestido con elegancia terminó de darle el pésame, cruzó la sala y rozó sin querer a un general que confraternizaba con un

asistente.

—Disculpe, general —dijo deteniéndose a mirar al individuo con el que se había topado.

El rostro aguileño del general Alberto Gutier se arrugó al fijar en el hombre sus ojos color teca.

—Ministro Ruiz.

—Hoy es un día triste para todos los cubanos —dijo Ruiz—. El Caballo era el corazón y el alma de la revolución.

Gutier se sonrió al oír el popular apodo de Fidel.

—Un solo hombre puede iniciar una

revolución, pero hacen falta muchos para mantenerla.

—Cierto, pero la causa no puede progresar sin un liderazgo enérgico.

Ruiz miró fijamente al anciano vicepresidente de Raúl, a quien habían ayudado a sentarse en una silla cerca de Castro e inhalaba oxígeno de una botella portátil.

Se volvió otra vez hacia Gutier y habló en voz baja.

—Cuba no tardará en estar gobernada por un nuevo orden. Vigoroso, sofisticado y progresista.

—¿No se referirá a usted?

—Vaya, es una magnífica propuesta —dijo Ruiz—. Me alegro de contar con su apoyo y espero con ansia sus contribuciones al Consejo durante mi presidencia.

Eran enemigos acérrimos. Ambos eran miembros del gabinete de Castro: Gutier como ministro del Interior y Ruiz como ministro de Asuntos Exteriores. Y los dos se ganaban el favor del presidente, conscientes de que el poder para gobernar el país estaba a su alcance. Muy a pesar de Gutier, Ruiz era

considerado por la mayoría el favorito para sustituir al achacoso vicepresidente y ejercer de sucesor de Castro.

Gutier lanzó una mirada glacial a Ruiz.

—Es mucho más probable que usted me limpie las botas primero.

—Venga ya. No esperará escalar puestos, ¿verdad? —Se inclinó hacia delante y susurró al oído al general—: Se rumorea que la muerte del ministro Ortiz no fue un accidente y que el ejército está implicado. Mala prensa para usted, amigo mío.

Esta vez fue Gutier quien sonrió.

—Tal vez sea cierto —contestó susurrando—. Si es así, espero que conduzca con cuidado.

Ruiz, que solía ser un hombre elocuente, volvió la espalda al general y serpenteando se acercó a un grupo de amigables compañeros.

Gutier despachó a su asistente y echó un vistazo a la sala tratando de ocultar su desprecio. La mayoría de los líderes cubanos eran viejos compinches de El Caballo con un pie en la tumba que se aferraban al poder. Ruiz tenía razón

cuando decía que había una nueva generación esperando entre bastidores, pero lo que veía de esa gente le repugnaba. Todos eran como Ruiz, productos de una educación privilegiada que soltaban lemas revolucionarios mientras vivían como celebridades a costa del Estado.

No es que Gutier no disfrutara del boato del poder. Simplemente estaba acostumbrado a un estilo de vida más austero. Tenía un hermano pequeño, y su madre indigente los había criado a los dos en una choza de Santiago después de

que su padre muriera defendiendo Cuba durante la invasión de bahía de Cochinos. Cuando su madre viuda se casó con un oficial del ejército, su situación económica mejoró, aunque eso no le trajo la felicidad.

Su padrastro era un alcohólico que solía pegar a los niños y a su madre. Tal vez sintiéndose culpable, el nuevo padre de Gutier introdujo a sus hijos adoptados en la vida militar y se las ingenió para que ingresaran en escuelas de instrucción para oficiales. Tras años de abusos, los hermanos le devolvieron

el favor cuando cumplieron la mayoría de edad estrangulándolo y arrojando su cadáver al río Cauto. Gutier y su hermano escaparon sin levantar sospechas y experimentaron por primera vez lo que se sentía al asesinar con impunidad. No sería la última.

Gracias a su astucia y habilidad, el mayor de los Gutier aumentó de rango con rapidez y se ganó una reputación de hombre implacable. Llamó la atención de Raúl cuando el menor de los Castro estaba al mando de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Promocionado a

oficial subordinado de Raúl, ejerció de eficiente aunque impopular solucionador de problemas.

Con el ascenso de Raúl, Gutier fue nombrado ministro del Interior, pero solo después de que un general más veterano sufriera una parálisis al ingerir una toxina desconocida.

Gutier se despidió de un grupo de miembros de la asamblea y abandonó la recepción. Subió a un camión militar de fabricación rusa que lo llevó a través de La Habana a un pequeño aeródromo situado en playa Baracoa. Hizo

transbordo a un helicóptero que se dirigió al este y sobrevoló el litoral hasta más allá de la entrada del puerto de La Habana y de las alturas del castillo del Morro. Al cabo de cincuenta kilómetros de línea costera, el helicóptero aterrizó en un campo al lado de un pequeño puerto deportivo. Gutier fue trasladado en lancha a las aguas color añil del estrecho de Florida.

La lancha se acercó a un yate de lujo atracado en el puerto. Fabricado por Oceanco y con más de sesenta metros de eslora, la elegante opulencia del barco

destacaba sobre la pequeña lancha. Gutier leyó el nombre de la embarcación, *Gold Digger*, escrito en popa con letras amarillas, a medida que se acercaban a una escalera de mano desplegada. Un miembro de la tripulación escoltó al general hasta un salón climatizado.

Mark Ramsey estaba preparando cócteles detrás de una barra de caoba.

—Me alegro de que haya venido, general. No sabía si podría asistir a nuestra cita un día tan sombrío como hoy.

Apagó un televisor en el que aparecía el cadáver de Fidel Castro de cuerpo presente.

—He cumplido pronto con mis responsabilidades oficiales —repuso Gutier—. Puede ser un día sombrío para la historia de Cuba, pero creo que es un día radiante para su futuro.

Ramsey le ofreció un daiquiri.

—Por la prosperidad de Cuba.

—Por Cuba.

Ramsey lo llevó a una mesa de comedor repleta de documentos y se sentaron.

—Ha sido una semana difícil —dijo Ramsey—. Yo he perdido un barco de perforación alquilado a los noruegos, y usted ha perdido a un icono nacional. Y para colmo el terrible accidente del ministro Ortiz.

—Nadie vive eternamente. La impronta de Fidel sobre Cuba perdurará mucho tiempo.

—Su ausencia deja un vacío en su país. Un vacío que un hombre como usted tal vez pueda llenar.

Gutier puso cara de póquer.

—El hombre no puede predecir su

destino. Hábleme del incidente de su barco y de sus prospecciones petrolíferas.

—El *Alta* era un moderno barco de perforación especializado en operaciones en aguas profundas. Estaba poniendo los cimientos de un pozo de exploración en el cuadrante R-29 de nuestra parcela arrendada. —Deslizó una carta náutica delante de Gutier y señaló una sección al nordeste de La Habana—. Es una de las dos zonas de las que habíamos adquirido derechos de exploración, como firmó el ministro

Ortiz antes de fallecer. Espero que no haya problema en seguir cumpliendo el acuerdo.

—El ministro Ortiz representaba al gobierno cubano. El acuerdo se cumplirá. ¿Y el barco hundido?

—Una explosión desconocida lo mandó al fondo del mar en menos de diez minutos. La tripulación escapó sana y salva, pero tres buzos quedaron atrapados en el lecho marino. De no ser por un barco de investigación estadounidense, habrían muerto. Así que no hubo pérdidas humanas.

—Es una suerte. ¿El dueño tenía asegurado el barco?

—En este caso, la empresa era la responsable de asegurar el barco mientras realizaba el trabajo.

Ramsey apretó los labios al pensar en la franquicia que saldría de su bolsillo.

—¿Cuándo piensan volver al lugar?
—preguntó Gutier.

—La segunda torre de perforación alquilada está trabajando en nuestro otro yacimiento en la costa occidental. Consideramos que esa región tiene menos potencial, de modo que

trasladaremos las operaciones dentro de una semana o dos y terminaremos el pozo de prueba que empezó el *Alta*.

Gutier miró a Ramsey fijamente a los ojos.

—Les pediría que se abstengan de seguir trabajando en la zona R-29 por lo menos durante tres semanas.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Es mi deseo —fue la brusca respuesta de Gutier.

Ramsey deslizó la carta náutica delante de él.

—General, ya sé que representó un

considerable esfuerzo para su gobierno permitir que nuestro consorcio entrara en sus aguas jurisdiccionales. Agradezco lo que han hecho por nosotros. Sin embargo, nos dieron autorización para explorar solo dos pequeños cuadrantes submarinos, ninguno demasiado prometedor, a juzgar por nuestros geofísicos. Para que tengamos éxito y les permitamos desarrollar un mercado petrolero de exportación, necesitamos acceso adicional al fondo del mar.

—Señor Ramsey, permítame

recordarle que hay otros interesados a los que les gustaría tener la misma oportunidad.

—Estamos hablando de operaciones en aguas profundas. Esa es otra liga. Tardarán el doble si eligen empresas de Venezuela o México... u Oriente Medio.

—Pero usted mismo es ingeniero de minas.

—Cierto, soy experto en minería. De hecho, no soy más que un socio limitado de esta empresa conjunta. Estoy aquí solo porque el director general del grupo empresarial se está recuperando

de un leve infarto. Pero le aseguro que nuestro grupo de expertos en exploración petrolera canadienses y noruegos tienen amplios conocimientos en el mar del Norte y el Ártico. Ellos se encargarán del trabajo. Cuentan con una experiencia en aguas profundas que no encontrará en ninguna parte.

—Pero todavía tienen que mostrarnos resultados.

—En la industria del petróleo no hay garantías.

Gutier miró el mapa.

—¿Dónde les gustaría perforar?

Ramsey señaló una amplia zona situada a cien millas al noroeste de La Habana.

—Si nos dan a escoger, la cuenca del norte de Cuba es la primera opción de nuestra lista.

—Yo podría influir para que les dejaran examinarla. Pero necesito algo a cambio. —Sus ojos oscuros se clavaron en Ramsey.

—Usted dirá.

—Tengo entendido que hace poco ha tenido problemas con una explotación minera en Indonesia.

—El problema lo tuve con unos milicianos islámicos. Secuestraron al supervisor de la mina y a tres ingenieros... a plena luz del día en las calles de Yakarta.

—¿Y los rescataron?

—Afortunadamente, todos están sanos y salvos.

—¿Y sus secuestradores?

—No tuvieron tanta suerte. —Ramsey le dedicó una sonrisa irónica—. Murieron en un tiroteo.

—Pero no a manos de fuerzas del gobierno.

—No. ¿A qué viene ese interés?

—Tengo un proyecto que precisa militares expertos de fuera.

—Tiene a las mejores fuerzas del ejército cubano a su disposición.

—Cierto, pero se trata de un proyecto externo que requiere absoluta discreción.

—En Estados Unidos no, ¿verdad?

—No.

Ramsey asintió con la cabeza.

—Me gustaría contratar a sus hombres —dijo Gutier.

—No son mis hombres. Eran unos

profesionales especializados en ese tipo de trabajo.

—¿Trabajarían para mí?

—No veo por qué no, siempre y cuando no sea simpatizante de al-Qaeda.

—Para que se sienta mejor, le diré que mi madre era una devota católica romana y nos crio a mi hermano y a mí como tales.

Ramsey se acercó a su escritorio y volvió con un trocito de papel con un nombre y un número de teléfono apuntados.

—¿Maguire? —leyó Gutier en voz

alta—. ¿Nada más?

—Ese es mi contacto. El número de teléfono y una cuenta corriente en las islas Caimán son toda la información que poseo.

—¿Es profesional?

—De primera. Yo no le haría muchas preguntas.

Gutier se levantó para marcharse.

—Lamento la pérdida de su barco. Dentro de poco tendrá acceso a la zona de la nueva concesión petrolífera.

Se volvió y salió del salón.

Ramsey no se movió. Mientras miraba

por la ventana cómo la lancha de Gutier se alejaba, no pudo evitar preguntarse si acababa de hacer un trato con el diablo.

SEGUNDA
PARTE

Aztlán

Los haces de luz de la linterna de buceo relucían a través de las aguas cristalinas e iluminaban un áspero muro de piedra caliza a casi cuatro metros de distancia. Se veía hasta el menor detalle, pensaba Summer Pitt, asombrada ante tanta

claridad. Aunque echaba de menos el color y el calor de la vida marina que daba aliciente a las inmersiones en agua salada normal, disfrutaba de la oportunidad de bucear con una visibilidad perfecta. Mirando hacia arriba, observó cómo las burbujas de aire flotaban hacia la superficie, a treinta metros de distancia.

Hija del director de la NUMA y oceanógrafa como él, Summer buceaba en un cenote cerca de la costa de Tabasco, un estado del este de México. El cenote, un sumidero natural formado

en un depósito de piedra caliza, era básicamente un túnel vertical lleno de agua. Summer tenía la sensación de estar desplazándose por el hueco de un ascensor a medida que descendía por la cueva de quince metros de diámetro. Cuando la luz del sol que se filtraba se atenuó, enfocó las profundidades con su linterna. A pocos metros de ella, otros dos submarinistas buceaban hacia el fondo arenoso. Se destapó los oídos y fue tras los otros buzos. Los alcanzó cuando llegaron al fondo, a treinta y cinco metros de profundidad.

Se acercó a un hombre de pelo moreno con un cuerpo larguirucho igualito al suyo, que se volvió y le dedicó un guiño; la alegría que le producía la inmersión en el cenote se reflejaba en sus brillantes ojos verdes. Su hermano mellizo, Dirk, que tenía el nombre de su padre, siempre mostraba una dosis extra de entusiasmo cuando exploraba las profundidades.

Bucearon hacia el tercer submarinista, un hombre con barba cuyo desgredado cabello gris se arremolinaba en torno a sus gafas. El doctor Eduardo Madero, un

profesor de antropología de la Universidad de Veracruz, examinaba el fondo con detenimiento. Dirk y Summer acababan de terminar un proyecto marítimo conjunto con el profesor Madero que consistía en evaluar una zona de arrecifes de coral a la altura de Campeche. En agradecimiento por su ayuda, Madero los había invitado a bucear en el remoto cenote de Tabasco, donde él se dedicaba a su propio proyecto cultural.

Madero flotaba sobre una gran rejilla de aluminio anclada en una parcela del

suelo del cenote. De la arena sobresalían unas banderitas amarillas con etiquetas numeradas que marcaban los objetos descubiertos durante la excavación oficial. La mayoría de los objetivos de la excavación de Madero se podían ver con facilidad.

Dirk y Summer se le acercaron con cuidado enfocando con sus linternas la sección parcialmente excavada. Summer retrocedió enseguida. Un cráneo humano la miraba sonriendo de forma macabra con unos dientes teñidos de marrón. Un par de aretes de oro brillaban en la

arena al lado del cráneo, unos pendientes hechos a mano que antaño había lucido su sonriente dueña.

Summer movió la linterna de un lado a otro y descubrió una morbosa colección de cráneos y huesos. Madero no había exagerado antes de la inmersión cuando les había advertido que era como visitar un cementerio arrasado por un tornado.

Parecía evidente que el cenote se había utilizado para hacer sacrificios humanos, pero Madero todavía tenía que identificar a sus ocupantes. El cenote se

hallaba en una zona antiguamente habitada por los olmecas, y más tarde por los mayas, aunque Madero no podía determinar a cuál de las dos épocas pertenecían los hallazgos. Una estatuilla de cerámica había sido datada en el 1500 d. C., fecha correspondiente al dominio azteca de las regiones más al norte y próxima a la época de la conquista de los españoles.

Mirando el cráneo descubierto, Summer se imaginó el sacrificio humano ceremonial que había tenido lugar siglos antes en el borde del cenote. Si se

trataba de un ritual azteca, la víctima habría mirado al cielo mientras un sumo sacerdote le clavaba un afilado cuchillo de sílex en el pecho y le arrancaba el corazón todavía palpitante. El corazón y la sangre eran ofrendas dedicadas a los dioses, posiblemente a la deidad de los guerreros, que garantizaba el tránsito diario del sol por el cielo.

En ocasiones, las extremidades de la víctima eran amputadas y devoradas en un banquete ritual mientras que el torso se lanzaba al cenote. En el caso de los aztecas, los sacrificios humanos eran

una práctica diaria. El cráneo sonriente que miraba a Summer podía ser uno de los cientos de víctimas sacrificadas en el desconocido pueblo que antiguamente había arriba. La joven se estremeció al pensarlo, pese al calor que desprendía su traje de neopreno.

Summer se volvió y siguió a Madero, que los guiaba por varios fosos excavados y señalaba un «molcajete», un mortero de basalto que todavía debía ser catalogado y extraído. Después de examinar los siniestros restos humanos durante varios minutos más, Madero

señaló la superficie con el pulgar. Su tiempo en el fondo del cenote se había agotado.

Encantada de abandonar el cementerio sumergido, Summer buceó con cuidado hacia la superficie por delante de los dos hombres. Avanzaba rozando el muro de piedra caliza siguiendo la estela de burbujas ascendentes y sin querer le dio una patada. El borde de su aleta se quedó encajado en una protuberancia y estuvo a punto de perderla. Una cornisa sobresalía del muro a su izquierda y

apoyó el codo para ajustarse la aleta.

Se valió de la repisa para tomar impulso y seguir ascendiendo, pero notó una forma lisa bajo el brazo. Vaciló. Examinó el estrecho saliente coronado por un grueso manto de cieno. Extendió la mano a través del agua y apartó una capa de sedimento suelto, que se arremolinó hacia arriba formando una nube marrón. Cuando empezó a asentarse, apareció una imagen en la oscuridad: una mariposa pintada.

Madero se acercó y estudió el saliente. Sus ojos abiertos como platos

centellearon al verlo. Con cuidado pasó su mano enguantada por la superficie, hundió los dedos en el sedimento y recorrió el perímetro del objeto. Atrapada en la cornisa al caer, la pieza carecía de un contexto cultural que justificase una excavación más metódica. Apartó el limo con la mano y quedó a la vista un recipiente de cerámica del tamaño aproximado de un joyero. En la única esquina sin sedimento incrustado había una pequeña mariposa.

Madero hizo señas a Summer para

que cogiera la caja y ascendiera. Ella la levantó de la repisa con cautela como si fuera una bomba y con los pies se impulsó hacia la superficie.

La inmersión restringida en el fondo del cenote no requería una parada de descompresión, de modo que la joven siguió buceando hasta que su cabeza asomó a través de la superficie en calma. Se quedó flotando al lado de una escalera improvisada mientras Madero salía del cenote, se quitaba el equipo de buceo y volvía para recoger la caja de los dedos nerviosos de Summer. Dirk

subió por la escalera detrás de ella. Se quitaron rápidamente los trajes de neopreno. El calor húmedo de la costa del golfo de México los envolvía.

—El agua estaba increíble —susurró Summer a Dirk—, pero podría haber pasado sin la visita al cementerio.

Él se encogió de hombros.

—No es el peor sitio para pasar la eternidad cuando te arrancan el corazón.

—¿Qué hacían con los corazones?

—Los quemaban, creo. Puede que guardaran algunos.

Dirk señaló con el brazo la pequeña

selva circundante. Madero solo había hallado restos desperdigados de la estructura de un templo y un pueblo contiguo cerca del cenote, ya apenas reconocibles. Solo un par de tiendas de lona, utilizadas por Madero y sus compañeros durante sus excavaciones periódicas, dejaban entrever que la zona había sido ocupada por humanos.

El arqueólogo había llevado la caja de Summer a una mesa cercana. Summer y Dirk se acercaron mientras él quitaba con cuidado una capa solidificada con un viejo cepillo de dientes.

—¿Qué ha encontrado Summer? — preguntó Dirk—. ¿Una vieja caja de cigarros?

—No es una caja de cigarros — contestó Summer negando con la cabeza. Madero sonrió.

—Creo que en realidad es algo mucho más extraordinario.

El antropólogo no apartaba la vista de la caja.

Sam se pegó a él para estudiar el objeto.

—¿Para qué cree que se utilizaba?

—La verdad es que no lo sé, pero sin

duda el diseño parece azteca. Eran unos artesanos maravillosos. He visto montones de objetos antiguos, pero ninguno como este. —Dejó el cepillo de dientes e inclinó la caja hacia Summer—. Su forma es única. Con barro, un cuadrado perfecto es mucho más difícil de crear que una vasija redonda. Y fijaos en esto.

Señaló la larga junta que recorría el borde de la tapa, sellada con una sustancia gris.

—Está pegada —dijo Dirk.

—Exacto. Parece látex seco; se extrae

con facilidad de los árboles de caucho autóctonos. —Cogió la caja y la sacudió con cuidado. Un objeto ligero se movió en su interior—. Se ha mantenido cerrada herméticamente a pesar de estar sumergida. El sedimento que cubre la caja debe de haber servido de capa de protección.

—¿Qué cree que hay dentro? — preguntó Summer.

Madero negó con la cabeza.

—A saber. Cuando la llevemos a mi laboratorio de Veracruz, podremos radiografiarla y después quitarle el látex

y abrirla.

Dirk sonrió.

—Sigo diciendo que ahí hay puros mohosos.

—Tal vez. —Madero dejó la caja con reverencia—. Pero creo que podría contener algo mucho más importante.

Cogió el cepillo de dientes, limpió con delicadeza el centro de la tapa y descubrió poco a poco un dibujo circular de un vivo color verde con incrustaciones de piedras verdes y azules. Empezó a cobrar forma el ala de un pájaro.

—Los aztecas incorporaron animales en muchas de sus obras de arte —explicó Madero—. Las águilas y los jaguares eran motivos habituales; representaban las clases de guerreros.

Summer estudió la imagen que estaba apareciendo.

—Es un tipo de ave, pero no creo que sea un águila. ¿Se utilizaba simbólicamente alguna otra?

—Sí, sobre todo aves tropicales exóticas. Su plumaje era muy valorado, más que el oro. El emperador y otros nobles encargaban elaborados tocados

hechos con las plumas de un ave selvática verde llamada quetzal. También estaba Huitzilopochtli. Era la deidad ancestral de los aztecas, tal vez su dios más importante. Era el patrón de la guerra, pero también de su capital Tenochtitlán. Fue la fuerza que guio a los mexicas en su migración original de Aztlán a Tenochtitlán, lo que ahora se conoce como Ciudad de México.

—¿Y se asociaba con un pájaro? —
inquirió Summer.

—Sí, un colibrí azul. Solía representarse en artículos destinados a

la clase gobernante.

Madero sopló para quitar los restos desprendidos y mostró la caja a Summer, que pudo ver entonces que las piedras eran jades y turquesas y que estaban unidas por huesos y piritas incrustados que reproducían la figura de un ave en pleno vuelo. Las alas pequeñas y el pico largo y fino resultaban inconfundibles.

Era un colibrí azul.

Todas las miradas estaban puestas en la caja de cerámica ya limpia. En lo alto de una mesa metálica de un laboratorio contiguo al despacho del doctor Madero en la universidad, sus secretos aguardaban bajo una serie de

fluorescentes.

Madero aplicó un disolvente en los bordes sellados de la tapa y luego calentó las juntas con un secador de pelo. La combinación ablandó el látex natural y aflojó la juntura. Madero examinó el material viscoso con una espátula de plástico para masilla.

—Es bastante pegajoso —dijo—. Creo que se abrirá enseguida.

Agarrando la tapa con una mano enguantada, tiró suavemente. La tapa saltó de inmediato.

Dirk y Summer se inclinaron a cada

lado de Madero. Un trocito de fieltro verde cubría un objeto cuadrado guardado en el interior. Madero quitó el fieltro y quedó a la vista un taco de páginas ásperas.

—Parece un librito —dijo Summer.

Madero tenía los ojos abiertos como platos. Empleando unas pinzas, pasó la primera página en blanco y descubrió una imagen de vivos colores, una especie de viñeta en la que aparecían varios guerreros con lanzas y escudos.

—No es un simple libro. —La voz de Madero temblaba de emoción—. Es un

códice.

Summer conocía los códices mayas y aztecas, manuscritos pictográficos que dejaban constancia de su historia y su cultura, pero nunca había tenido uno delante. Se sorprendió cuando Madero levantó la primera página y las siguientes se desplegaron como un acordeón. Cada una mostraba una imagen pictórica con múltiples signos glíficos.

—¿Es maya? —preguntó Dirk.

—No, es náhuatl clásico.

Summer frunció el entrecejo.

—¿Náhuatl?

—El lenguaje de los mexica, o aztecas. Reconozco los glifos; son símbolos de náhuatl clásico.

—¿Puede descifrarlo?

Madero desplegó el códice sobre la mesa y contó veinte paneles. Fotografizó cada uno y luego estudió detenidamente las imágenes. Pasó de un panel al siguiente sin revelar sus pensamientos. Los primeros paneles representaban una batalla, mientras que los últimos mostraban a unos hombres con un objeto grande a cuestas. Tras varios minutos

observándolos, Madero alzó la vista.

—Al parecer describe un conflicto local. La crónica de la batalla se grabó en una piedra, que partieron en dos y se llevaron por algún motivo. —Sacudió la cabeza—. Confieso que estoy un poco fuera de mi elemento. Un colega mío, el profesor Miguel Torres, es un experto en náhuatl. Voy a ver si está disponible.

Madero volvió al cabo de un momento, seguido de dos hombres.

—Dirk, Summer, os presento a mi estimado colega el doctor Miguel Torres, jefe del departamento de

arqueología. Miguel, estos son mis amigos de la NUMA.

Un hombre con barba y con una sonriente cara de querubín dio un paso adelante y les estrechó la mano.

—Es un placer. Enhorabuena por vuestro increíble descubrimiento.

Desvió rápidamente la mirada al códice. Contuvo la curiosidad un instante para presentar al hombre situado detrás de él.

—Os presento a Juan Díaz, del Ministerio del Interior de Cuba. Juan está investigando un objeto azteca.

Como yo, se muere de ganas de ver
vuestro descubrimiento.

Díaz sonrió.

—Al parecer vuestro hallazgo es
mucho más interesante que mi estatuilla.

—¿Ha encontrado un objeto azteca en
Cuba? —preguntó Summer.

—Es probable que acabara allí a
través del comercio —dijo Torres—.
Aunque los viajes náuticos de los
aztecas por el Caribe son una
posibilidad que hay que contemplar, no
disponemos de pruebas documentales.

El profesor centró su atención en el

códice.

—Eduardo me ha enseñado la caja de cerámica. Eso ya es un descubrimiento maravilloso, pero encima contiene un códice...

El arqueólogo apenas podía disimular la emoción. Se puso unos guantes de algodón y se acercó al códice.

—Por favor, eche un vistazo y díganos qué opina —dijo Summer.

—El papel es amate clásico, elaborado a partir de la corteza interior de la higuera, y luego fue blanqueado. Concuerda con varios códices aztecas

conocidos. Está limpio, resplandeciente y en magnífico estado. Es increíble, después de siglos sumergido.

—Artesanía fina de pueblos antiguos —dijo Madero—, como hemos visto en muchas ocasiones.

Torres estudió el primer panel.

—Se parece al códice Boturini del Museo Nacional de Arqueología. — Señaló varios símbolos debajo de la imagen de los guerreros—. Ese códice data de la época colonial.

—¿Se refiere a la llegada de los españoles? —preguntó Summer.

—Sí. Para ser exactos, 1519. Cuando Cortés desembarcó cerca de Veracruz.

Torres pasó a comentar cada panel. Un vago relato surgió enseguida de las imágenes.

—Los aztecas lamentan algún tipo de derrota en los primeros paneles — explicó Torres—. Lo asociaban a un número elevado de muertos. No está claro si el adversario era un enemigo regional o los españoles.

—¿Y una enfermedad? —preguntó Madero.

—Es muy posible. La viruela llegó

con los españoles y a la larga mató a millones de personas. Sin embargo, creo que hace referencia a una batalla convencional. En el segundo panel vemos a un grupo de guerreros vestidos con plumas y cascos con picos. Eran los *cuauhtmeh*, o guerreros águila, un grupo de élite compuesto por expertos veteranos.

Torres señaló un rastro de pisadas pintado a lo largo de varias páginas para representar un viaje.

—Como resultado de la batalla, emprenden una travesía importante.

—¿Continuaron por agua? —preguntó Summer señalando el siguiente panel, en el que aparecían siete canoas en la orilla de una masa de agua.

—Por lo visto sí. La capital azteca de Tenochtitlán se construyó en una isla situada en un lago, de modo que sabemos que utilizaban canoas pequeñas.

—Estas parecen considerablemente más grandes —apuntó Madero.

El cubano se acercó poco a poco con interés.

—En cada barca hay pintados

numerosos guerreros. También diría que llevan provisiones a bordo. Y esto puede ser una especie de vela.

Señaló algo parecido a un mástil con una sábana suelta alrededor.

—Sí, qué curioso —dijo Torres—. Lo reconozco, nunca había visto una representación azteca de un barco grande. Puede que tengamos que considerar la posibilidad de que navegaran hacia la bahía de Campeche.

—¿O más allá? —preguntó Díaz.

—Eso podría explicar por qué encontramos el códice en Tabasco —

apuntó Madero—. Debe de tener alguna relación con su punto de partida o de retorno en la costa.

—Hay muchas cosas que no sabemos —apuntó Torres.

Todos estudiaron el siguiente panel, en el que siete canoas surcaban el agua hacia el sol. El siguiente mostraba una sola canoa que regresaba.

—Esto se pone interesante —comentó Torres—. En el panel que va a continuación aparece un guerrero águila, posiblemente de la canoa superviviente, describiendo su viaje a un picapedrero.

Luego vemos que las imágenes del relato son grabadas en una gran piedra circular.

—Parece la Piedra del Sol —observó Madero.

—¿De qué me suena eso? —dijo Summer.

—Fue descubierta en 1790 durante la remodelación de la catedral de Ciudad de México y en la actualidad está expuesta en el Museo Nacional de Antropología. Tiene unos tres metros y medio de diámetro y contiene infinidad de glifos aztecas, algunos relacionados

con períodos conocidos del calendario.

—Si la escala es exacta —dijo Torres—, esta piedra sería considerablemente más pequeña.

Dirk miró la imagen meditando aún sobre las canoas de los paneles anteriores.

—¿Tiene idea de qué carácter tenía el viaje?

—El objetivo no está claro, pero parece que transportaban algo muy importante. Se deduce de la presencia de guerreros águila como escoltas. Tal vez se trataba de una ofrenda especial

para una de las deidades.

—¿Incluye eso artículos de valor intrínseco como oro o joyas? —preguntó Díaz.

—Los aztecas valoraban y comerciaban con ese tipo de objetos y aparecen reflejados en sus piezas religiosas, de modo que sería posible.

El siguiente panel mostraba al picapedrero con su obra en una casa mientras unos hombres con cascos de acero y petos se reunían en el exterior.

—Y ahora aparecen los españoles — anunció Madero.

—Sí, y quieren la piedra. —Torres señaló la siguiente imagen—. El picapedrero la rompe por la mitad e intenta ocultar las dos partes. Los españoles encuentran una y matan al picapedrero.

En la siguiente página, un fragmento de piedra era cargado en un barco con una vela enorme y un mono sobre la proa.

—Así que los españoles consiguieron la piedra y la cargaron en un galeón —dijo Summer—. Ahora debe de estar en el sótano de un museo de Sevilla

acumulando polvo.

—No me consta que exista semejante objeto —repuso Torres—. Y los españoles solo se hicieron con la mitad de la piedra. Los últimos paneles muestran a más guerreros águila transportando el trozo que les queda y escondiéndolo en una cueva debajo de una montaña con forma de vaca.

—¿Alguna pista de dónde podría estar?

Torres señaló una página en la que había dibujadas unas pisadas junto a una pirámide sin pico coronada por cuatro

grandes estatuas.

—Esta es con toda seguridad la pirámide de Quetzalcóatl, en Tula — declaró—, al norte de Ciudad de México. Después de llegar a Tula continuaron avanzando, según indican las pisadas de la imagen de después. Es difícil calcular distancias, pero si la siguiente página representa uno o dos días más de viaje, podrían haber recorrido cincuenta o sesenta kilómetros más allá de Tula.

Madero estudió con atención el último panel.

—Luego se diría que enterraron la piedra en una cueva, cerca de una montaña con forma de vaca. Es muy curioso.

—¿Que intentaran esconder la piedra?
—preguntó Summer.

—No, que dibujaran una vaca. En Norteamérica no había ganado nativo. Lo trajo Colón. —Madero se dirigió a un archivador y volvió con un mapa de carreteras desplegable del estado mexicano de Hidalgo. Ubicó Tula cerca de la esquina sudeste del mapa—. Cabe suponer que viajaron desde el sur para

llegar a Tula. Pero ¿adónde irían desde allí? —Él y Torres examinaron los topónimos de los alrededores buscando una pista—. ¿A Huapalcalco? —Señaló una ciudad al este de Tula—. Una importante ciudad tolteca que también representa uno de los asentamientos humanos más antiguos de Hidalgo.

—Si viajaban desde Tenochtitlán, o desde la costa de Tabasco —dijo Torres—, no necesitaban pasar por Huapalcalco. Está demasiado al este.

—Tienes razón. Es más probable que se dirigieran más al norte. —Madero

apartó el dedo de Tula y se detuvo en una ciudad llamada Zimapán, a casi ochenta kilómetros al norte. Se quedó mirando las letras, absorto en sus pensamientos—. Una vaca en la montaña... ¿O es en realidad un toro? ¿No hay por allí una vieja mina española llamada Lomo del Toro?

A Torres se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! Una mina de plata española muy antigua, predecesora de la mina de El Monte, en Zimapán. Hace muchos años trabajé en una excavación en un yacimiento cerca de allí. El «lomo del

toro» alude a la cumbre accidentada de la montaña. Tienes razón, Eduardo, coincide con la descripción. La cueva podría estar en esa montaña.

—¿Es posible que la piedra siga allí?
—preguntó Díaz.

La sala se quedó en silencio. Finalmente, Madero habló.

—Es una zona apartada. Creo que es muy posible.

—Solo hay un problema —intervino Torres—. La presa de Zimapán, construida en los años noventa, inundó el suelo del valle al oeste de la montaña.

Si la cueva está situada en ese lado, podría estar sumergida.

—¿Sumergida, dices? —Madero se volvió hacia Dirk y Summer y les guiñó el ojo—. A ver, ¿a quién conocemos que pueda llevar a cabo una búsqueda submarina de esa clase?

Dirk y Summer se miraron y sonrieron.

La tranquila extensión de mar abierto se parecía mucho a cualquier otra parte del Caribe. Solo los ocasionales golpes de algún que otro pez muerto contra la proa del *Sargasso Sea* dejaban entrever que ocurría algo. El barco de investigación

de la NUMA apagó los motores y se quedó a la deriva en el mar ligeramente picado.

Habían pasado dos días desde que habían llegado a la bahía de La Habana bajo la atenta mirada de una lancha patrullera cubana y habían desembarcado a la tripulación herida del *Alta* y a los trabajadores de la plataforma petrolífera. Una gabarra de la Marina Revolucionaria de Cuba había atracado al lado y había izado una campana de buceo al barco de la NUMA. El equipo de buceo canadiense

había salido de la cámara de descompresión de la NUMA y había entrado en la campana presurizada, que fue trasladada al barco cubano, donde los hombres terminarían su ciclo de descompresión.

El capitán Knight esperó a que el último de sus hombres desembarcara y se acercó a Pitt en la pasarela.

—No quiero pensar a cuántos hombres habríamos perdido si ustedes no hubieran respondido a nuestra señal de socorro. No tengo palabras para agradecerse.

—Fue una suerte que estuviéramos cerca. —Pitt señaló con la cabeza las anticuadas ambulancias que empezaban a salir del muelle—. Nos habría gustado dejarlos en Cayo Hueso.

Knight sonrió.

—Nos tratarán bien. Trabajamos bajo contrato con el gobierno cubano, así que será mejor que estemos aquí para lidiar con las repercusiones. Espero conseguir suavizar el hecho de que no podremos explotar el pozo durante una temporada.

—Le deseo suerte —dijo Pitt estrechándole la mano.

Knight desembarcó a un ritmo acompasado y acto seguido se volvió y dedicó un enérgico saludo a la tripulación del *Sargasso Sea*.

Mientras fijaban la pasarela y recogían las amarras, Giordino se acercó a Pitt con una caja de puros cubanos Ramón Allones bajo el brazo.

—¿Cómo los has conseguido? — preguntó Pitt—. Nadie tenía permiso para bajar del barco.

—Me he hecho íntimo del práctico de puerto. Me han costado dos botellas de Marker's Mark.

—Yo diría que has salido ganando.

Giordino hizo una mueca.

—No si tienes en cuenta que eran mis últimas reservas de alcohol escondidas a bordo.

Se quedaron junto a la barandilla observando cómo el histórico Malecón desfilaba mientras el *Sargasso Sea* salía del reducido puerto. Pitt había estado en La Habana años antes y le sorprendió lo poco que había cambiado el paseo marítimo, como si el paso del tiempo no hubiera afectado a la ciudad.

El barco de la NUMA pronto salió a

mar abierto. Una vez que se deshizo de su escolta cubana, viró rápido alrededor del extremo oeste de la isla y dio marcha atrás con rumbo sudeste hacia Jamaica. Al llegar a una de las zonas muertas de Yaeger y Gunn, el *Sargasso Sea* se detuvo y se inició un frenesí de actividad. Un equipo de científicos tomó muestras de agua introduciendo dispositivos de recolección a distintas profundidades y las llevó enseguida al laboratorio.

Mientras tanto, Giordino preparó un vehículo submarino autónomo. El

sumergible con forma de torpedo estaba equipado con sensores y con un sistema de sónar independiente. Con una hoja de ruta convenida, el dispositivo se sumergiría hasta el fondo y recorrería el lecho marino siguiendo una pauta reticular y trazando un mapa de los contornos.

Pitt observó cómo Giordino soltaba el vehículo submarino autónomo del pórtico de popa.

—¿Cuándo volverá?

—Dentro de unas cuatro horas. En la primera pasada hay que atarlo corto;

inspeccionará dos kilómetros cuadrados como máximo. Es absurdo volverlo loco hasta que podamos determinar el origen de la zona muerta.

—Ese será mi próximo objetivo.

Pitt se trasladó al puente de mando, donde pidió al capitán que desplazara el barco por la zona deteniéndose a intervalos de media milla para tomar más muestras de agua. Cuando llegó la hora de recuperar el vehículo submarino, Pitt cogió a Giordino y lo metió en un laboratorio. Una mujer de ojos oscuros con una bata de laboratorio

azul les hizo señas para que se acercaran al monitor de su ordenador.

—¿Tienes resultados que darnos, Kamala? —preguntó Pitt.

Kamala Bhatt, la bióloga marina del *Sargasso Sea*, asintió con la cabeza.

—Ya lo creo.

La mujer se sentó en un taburete.

—Como sabéis, las zonas muertas son habituales en los mares de todo el mundo. Por lo general se encuentran cerca de la desembocadura de ríos que arrastran vertidos tóxicos. Pero este sitio y los otros identificados por Hiram

Yaeger están lejos de tierra. Nuestros análisis iniciales muestran un descenso de los niveles de oxígeno, pero es menor de lo que cabría esperar.

Pitt sacudió la cabeza.

—Entonces ¿en realidad no hay una zona muerta?

—Al contrario, los niveles de toxicidad son bastante elevados. Simplemente no es lo que yo esperaba encontrar. —Señaló la pantalla del ordenador, donde un gráfico de barras mostraba la composición de una de las muestras de agua—. El contenido de

oxígeno de las muestras de agua es inferior al habitual, pero al parecer otro factor está aumentando el impacto en la vida acuática. He tenido que indagar a fondo hasta encontrar un elemento fuera de lugar. Su concentración está por las nubes.

—¿De qué se trata? —se interesó Giordino.

—Mercurio. Metilmercurio, para ser exactos.

—¿Mercurio contaminando tan lejos de tierra? —preguntó Pitt—. ¿Estás segura?

—Hemos analizado prácticamente hasta la última serie de muestras, y todas presentan concentraciones de metilmercurio de elevada toxicidad. Hemos encontrado bioacumulación en el plancton, que luego acaba en la cadena alimenticia. También hemos tomado muestras de varios peces muertos, que parecen hallarse en grandes cantidades, y hemos confirmado la presencia de mercurio.

—El mercurio no es ninguna novedad —dijo Pitt—. Hace décadas que la contaminación ambiental aumenta los

niveles de mercurio en los mares. Pero esto es distinto, ¿no?

Bhatt asintió con la cabeza.

—La concentración es exponencialmente más elevada. No se trata de lluvia ácida general, sino de un incidente concreto y localizado. La única toxicidad comparable que he encontrado a lo largo de la historia corresponde a Minamata, en Japón. Una fábrica del lugar vertió veintisiete toneladas de metilmercurio en la bahía a lo largo de varias décadas y provocó unos daños catastróficos en los

habitantes de las inmediaciones y la vida marina local. Casi dos mil muertes se han atribuido a ese incidente.

—Pero estamos a cincuenta millas de tierra —repuso Giordino.

—Yo diría que alguien ha estado vertiendo desechos industriales ahí fuera —aventuró Bhatt.

—En ese caso, el vehículo submarino nos lo mostrará —repuso Pitt.

—La concentración era más elevada en la muestra de agua tomada donde fue soltado —explicó Bhatt.

—Ese submarino saldrá en cualquier

momento —dijo Giordino—. Con suerte, quienes tiran la basura dejaron una tarjeta de visita.

El trío se retiró a la cubierta de popa cuando el vehículo submarino autónomo salió a la superficie y fue izado a bordo. Giordino descargó los datos del sónar en un disco duro portátil y volvió al laboratorio para analizar las imágenes. Avanzó rápido por las visualizaciones acústicas, que mostraban franjas de cien metros del ondulante lecho marino. Había rocas, arena y alguna que otra duna, pero ni bidones, ni cajas, ni otros

desechos. Solo una extraña serie de contornos vagos salpicaban el fondo, concentrados en un pequeño valle submarino.

—Nada claro —dijo Giordino—, aunque valdría la pena observar más de cerca esos contornos. Es difícil saber si son elementos geológicos o artificiales.

—Podría tratarse de algo enterrado —apuntó Pitt—. En ese caso, nos costará trabajo desenterrarlo.

—Puedo reconfigurar el vehículo submarino para que trace un perfil del subsuelo. Eso nos proporcionaría una

imagen limitada de debajo del lecho marino, si las condiciones del sedimento son favorables.

Pitt se quedó mirando la pantalla del sónar, consciente de que la respuesta al misterio estaba allí, en alguna parte. Sacudió despacio la cabeza.

—No, sigamos adelante. Parece un fondo arenoso, y no es un medio favorable para el perfilador de subsuelo. Investiguemos dos zonas muertas más. Apuesto a que el origen se verá con claridad en una de las dos.

Giordino transmitió la orden al puente

de mando sin rechistar; sabía por experiencia que la intuición de Pitt era muy valiosa.

La abollada furgoneta verde salió del camino de tierra y se detuvo en un risco elevado. Mientras la nube de polvo que arrastraba se asentaba, el doctor Torres se levantó del asiento del conductor y desplegó un mapa topográfico sobre el

capó. Dirk y Summer se le unieron cuando sacó un bolígrafo negro y marcó una cuadrícula con una equis. Media docena de cuadrículas contiguas ya estaban marcadas.

—Esa era la última zona accesible al pie del Lomo del Toro que nos quedaba por inspeccionar —dijo Torres en tono cansado—. Aparte de las dos galerías abandonadas que hemos recorrido arrastrándonos, no hemos encontrado nada parecido a una cueva, ni siquiera una que pudiera estar enterrada.

—El doctor Madero nos dijo que era

una posibilidad muy remota —apuntó Summer.

—Cierto. Ojalá estuviera aquí para verlo con sus propios ojos.

—Se llevó una desilusión, pero tenía concertada una conferencia en Ciudad de México —dijo Summer—. Eso sí, le prometimos que no escatimaríamos esfuerzos.

Torres asintió con la cabeza. Estaba seguro de que se encontraban en el lugar indicado. Él y Madero habían pasado años estudiando el códice y cotejándolo con otros documentos aztecas, además

de leer crónicas españolas de la misma época. Poco a poco descifraron nuevas pistas que parecían confirmar que los aztecas habían llevado la mitad de la piedra a Zimapán.

Una anotación indicaba que habían viajado al norte, posiblemente desde su capital, Tenochtitlán. Otra que de camino habían parado en Tula. Tula era una antigua ciudad tolteca situada cerca de la frontera septentrional del imperio azteca, a poco más de treinta kilómetros de distancia. El código revelaba que los guerreros habían hecho dos jornadas

más de viaje al dejar Tula y que habían atravesado un escarpado desfiladero antes de depositar la mitad de la piedra en una cueva cerca del pie de una montaña con forma de vaca. Todo apuntaba a que se trataba de Lomo del Toro.

Sin embargo, habían pasado dos días registrando la seca y escabrosa región de la Mesa Central de México y no les había servido de nada. Después de llegar a la ciudad minera de Zimapán, los tres recorrieron en furgoneta el estrecho barranco de Tolimán, que

parecía coincidir con la descripción de los aztecas. En la montaña del Lomo del Toro, iniciaron la búsqueda alrededor de su perímetro. Gran parte del terreno era inaccesible en vehículo, lo que les obligó a recorrer a pie el accidentado terreno. Ahora mismo estaban acalorados, polvorientos y cansados de esquivar serpientes de cascabel.

Habían explorado la montaña entera salvo la instalación de la mina de El Monte situada enfrente de Zimapán, que incluía las excavaciones españolas originales. Como la mayoría de sus

yacimientos de plata y plomo habían sido explotados en excavaciones que se remontaban al siglo XVI, ahora había poca actividad. Torres consultó a los encargados de la mina y a un historiador local, pero ninguno recordaba haber oído hablar de una cueva azteca, ni de presencia azteca en la zona. Los temores de que la piedra estuviera escondida en un antiguo pozo disminuyeron cuando descubrieron que la explotación minera se llevaba a cabo en lo alto de la montaña.

Torres bebió agua tibia de su

cantimplora y sacudió la cabeza.

—Amigos míos, tal vez la montaña de la vaca azteca esté en otra parte.

Dirk sacó una copia de la página del códice que representaba el lugar del entierro. Desvió la vista de la imagen de la montaña a las imponentes cumbres del Lomo del Toro.

—A mí me parece que el contorno de la cima coincide.

Summer contempló la montaña y estuvo de acuerdo. Al estudiar la fotocopia, se fijó en una raya tenue situada debajo de la cueva.

—¿Qué es eso?

Dirk y Torres miraron la raya de cerca.

—No recordaba que eso estuviera en el original —dijo Torres.

—Eso mismo he pensado yo —convino Summer—. Se ve mejor en la fotocopia.

Torres estudió detenidamente la raya.

—Parece un río o un arroyo.

—La imagen del toro destaca más desde el sudoeste o desde el nordeste —dijo Dirk observando el mapa topográfico—. En la zona del nordeste

sobre todo hay suaves colinas que descienden hacia Zimapán. Al sudoeste, donde estamos ahora, hay un lecho de un arroyo que recorre la ladera oeste de la montaña.

—Ya hemos buscado allí —observó Summer.

—Pero no aquí.

El dedo de Dirk siguió el lecho del arroyo y pasó por debajo de una loma que sobresalía al pie de la montaña. A un kilómetro de distancia, la loma se transformaba en un alto y escarpado risco. El arroyo desembocaba en un gran

embalse.

—¿Crees que la cueva está en esa loma?

—No, creo que está debajo de ese risco alto.

—Está bajo el agua —repuso Summer.

—No debía de estarlo cuando los aztecas estuvieron aquí. —La voz de Torres reflejaba un renovado optimismo—. El lago lo creó una presa construida hace unos veinticinco años.

Dirk deslizó el dedo al centro del embalse.

—Si hiciera un dibujo de la cueva desde este punto, el pico del Lomo del Toro se elevaría por encima y por detrás de la cumbre del risco. La imagen del códice seguiría coincidiendo.

—Sí, sí. —A Torres se le iluminó la cara—. ¿Estáis dispuestos a buscar en el agua?

Dirk guiñó un ojo al profesor.

—¿Sabría trinchar un pavo un sacerdote azteca?

Cuando se sumergieron en el embalse desde un saliente de la orilla, el agua les pareció fría y la visibilidad buena. El agua no estaba tan tibia como la del cenote en el que habían buceado la última vez y Summer empezó a tiritar sin

querer. Se quedó flotando un instante al llegar a los tres metros para destaparse los oídos y luego buceó tras su hermano, que descendía con rapidez. En cuanto Torres encontró un camino hasta la orilla, los hermanos habían reunido el equipo de buceo en un tiempo récord y habían dejado al arqueólogo paseándose por la ribera.

Dirk siguió el declive hasta que se niveló a los veinte metros. El fondo del lago era una estampa anodina de piedras y lodo marrón que recordaba un paisaje lunar. Todo vestigio del lecho del río

había quedado oculto desde hacía tiempo, cubierto del sedimento que se había formado desde la construcción de la presa. Dirk sabía que el cauce original había seguido la base de la loma, y cuando Summer lo alcanzó, se alejó de su cara empinada.

Podían mirar ladera arriba hasta casi la superficie. Nadaban avanzando poco a poco, examinando meticulosamente el muro de roca con la esperanza de ver una abertura similar a una cueva. En numerosas ocasiones, sombras o estrechas fisuras que no llevaban a

ninguna parte les engañaban. Los dos eran buenos nadadores, y con la ligera corriente del lago avanzaron rápido varios cientos de metros a lo largo del pie de la loma.

La pendiente se hizo más pronunciada hasta convertirse en una cuesta casi vertical. Dirk estaba observando el contorno del siguiente tramo cuando notó que Summer le cogía el brazo. Su hermana señaló la pendiente de roca que él tenía al lado. Allí donde su aleta había desprendido un poco de cieno se veía una pequeña hendidura. Metió los

dedos en la grieta y apartó un puñado denso de lodo. El agua se enturbió, pero un minuto más tarde se aclaró y pudieron ver que la hendidura era un escalón tallado. Summer pasó la mano por encima y encontró otro hueco. Retiró el lodo del interior y descubrió otro escalón, tallado justo encima del primero.

Señaló hacia arriba por la ladera de roca y empezó a ascender. Cada treinta centímetros más o menos encontraba otro escalón lleno de sedimento. A unos doce metros por encima de ella, Summer

vio un lugar oscuro y el corazón le dio un vuelco.

Era un poco diferente de las sombras de las rocas que les habían engañado antes, pero lo que más le picó la curiosidad fue ver un par de peces saliendo de la oscuridad. Dirk ascendió tras su hermana siguiendo el tramo de escaleras enterrado. Cuando Summer se acercó a la sombra, vio que una gruesa cornisa sobresalía del muro y le impedía ver más arriba.

Dando una fuerte patada con las aletas, alcanzó el borde y se asomó por

encima. Justo detrás, en el muro de roca, había un hueco ovalado. Perfectamente oculta por el saliente, y accesible solo desde la escalera cuando el terreno estaba seco, la cueva debía de haber sido un escondite muy fácil de defender para sus antiguos ocupantes.

Summer esperó hasta que su hermano llegó al saliente. Entonces encendió una linterna de buceo, nadó a través de la estrecha abertura y asustó a una gran lobina, que salió disparada de la oscuridad. Dirk la siguió, con cuidado de no rozar el suelo con las aletas y

levantar una nube de sedimento.

La pequeña abertura recorría un breve trecho hasta ensancharse en una caverna del tamaño de una casa. Aislado de la luz de la superficie, el interior era negro y siniestro, salvo por la tenue luz de sus linternas. El techo se elevaba a gran altura por encima de ellos y permitió a los buzos flotar sin problemas mientras inspeccionaban el interior. Pero había poco que ver. Un foso de piedra para hogueras ocupaba el centro del suelo de la cueva, y contra la pared del fondo había un ordenado montón de fragmentos

de roca. No había rastro de la mitad de la piedra, ni de otros objetos.

Dirk buceó hasta una pared lateral y la examinó con la linterna. La superficie estaba salpicada de toscas marcas que indicaban que las rocas del montón habían sido arrancadas de la pared con un martillo. Cogió una piedra y la acercó a sus gafas de buceo. Era un pesado trozo de granito con motas plateadas. Alguien había descubierto un filón y había intentado extraerlo de forma primitiva. ¿Podían haber sido los aztecas?

Se guardó la piedra y se reunió con Summer, que nadaba despacio dando vueltas con la linterna enfocada al suelo. La emoción de sus ojos había desaparecido. Movi6 la cabeza para mostrar a su hermano su decepci6n. Dirk se6al6 la entrada y con un gesto le indic6 que se marcharan.

Summer le sigui6 sin dejar de apuntar al suelo con la linterna. Cuando cruzaron el centro de la cueva, la linterna enfoc6 el foso para hogueras. Ella lo haba examinado antes, pero solo haba hallado un cerco de piedras sobre un

fondo de lodo. Entonces se fijó en que no había palos carbonizados ni rastros de carbón. Las piedras ni siquiera estaban tiznadas. Vaciló y acto seguido reparó en la disposición de las piedras. En realidad no formaban un foso redondo, sino que estaban colocadas en semicírculo.

Alargó la mano y agarró el tobillo de Dirk antes de que su hermano alcanzara la entrada, y a continuación bajó al foso. Él la enfocó con la linterna mientras Summer nadaba sobre el foso y hundía la mano en el centro. Los dedos de la

joven se introdujeron varios centímetros en el sedimento hasta tocar una superficie dura. Deslizó la mano por ella y se aseguró de que era lisa.

Se le aceleraba el pulso a medida que extraía el lodo del foso a grandes puñados. Unas partículas minúsculas flotaron en el agua y desviaron la luz de las linternas enturbiando la visibilidad. Dirk soltó un chorro de aire del chaleco hidrostático, descendió al suelo y tocó el codo de Summer, que seguía lanzando fango. De repente, notó que su hermana dejaba de moverse y los dos se

quedaron quietos esperando a que el agua se aclarase.

A Summer le pareció una eternidad, pero solo pasó un minuto o dos hasta que las partículas empezaron a disiparse. Vio que aparecía la linterna de Dirk y luego la forma de su traje de neopreno. Juntos, dirigieron la luz al foso, donde la mano de Summer seguía posada. Cuando sus dedos aparecieron, recorrió el contorno de un objeto grande y plano. Quitó una capa fina de arena y acercó la cara para ver.

Le devolvió la mirada la cabeza

tallada de un pájaro, rodeado de una serie de glifos estilizados como los del códice. Summer guiñó un ojo a su hermano y señaló las figuras.

Había encontrado la piedra azteca.

La piedra era demasiado difícil de manejar para transportarla lejos, de modo que Summer y Dirk la dejaron donde estaba y salieron de la cueva. Dirk había llevado una pequeña bolsa de elevación sujeta al chaleco

hidrostático. La infló con el regulador y la ató a una roca cerca de la entrada. La pequeña bolsa flotó hasta la superficie y señaló la ubicación de la cueva. Dirk y Summer subieron a continuación y bordearon nadando el muro de la loma hasta el lugar donde Torres los esperaba impacientemente.

El arqueólogo saltó como loco cuando Summer le describió su hallazgo.

—¿Estaba tallada en semicírculo?

—Sí —respondió Summer—, como si la hubieran partido por la mitad. Estaba llena de glifos grabados, como los del

código.

—¡Fantástico! ¿Podéis sacarla de la cueva?

—Sí, pero no podremos traerla hasta aquí.

Señaló una manchita naranja en el agua. La bolsa flotante de Dirk se hallaba a casi medio kilómetro de distancia.

—Tendremos que acercar la furgoneta —dijo Dirk. Observó la cumbre de la loma y tomó prestado el mapa topográfico de Torres—. Si rodeamos la parte de atrás de la loma, creo que

podremos subir hasta la cima y bajar directamente por encima de la cueva. Hay un barranco estrecho por el que es posible acceder al lago.

Summer asintió con la cabeza.

—Podríamos izarla por la ladera del acantilado. Con el rollo de cuerda que hay en la parte trasera de la furgoneta.

Torres rio.

—No tenemos nada que perder aparte de mi furgoneta. Intentémoslo.

Cargaron el equipo y rodearon la parte este de la loma siguiendo un camino de tierra erosionado que

descendía serpenteando por la colina hasta la presa del embalse. Cuando encontró una pendiente moderada hacia la cima, Torres salió del camino y avanzó por la ladera. El terreno era duro y compacto, y ofrecía una firme adherencia a los neumáticos gastados de la furgoneta.

Cuando Torres llegó a la cumbre de la loma, la superficie se volvió de roca sólida. Dirk se bajó de la furgoneta y lo guio por la ladera opuesta hasta el borde, desde donde se veía la baliza. Torres se detuvo delante de un montón

de guijarros y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué tal aquí?

—Perfecto —contestó Dirk—. Pero acuérdesese de dar marcha atrás cuando nos vayamos.

Torres puso el freno de mano y apagó el motor. Summer ya había salido por la puerta y estaba desenrollando un trozo de cuerda de nailon. Ató una punta a la puerta de la furgoneta, lanzó el otro extremo por la ladera y observó cómo salpicaba en el agua doce metros por debajo.

—Es una cuerda de treinta metros —
anunció—. Debería llegar.

Dirk descargó su equipo de buceo y dos colchonetas finas de sus artículos de acampada.

—¿Puedes coger mi cámara nueva?
—Summer señaló una cámara submarina Olympus que su hermano tenía al alcance.

Torres les ayudó a llevar el equipo a un barranco cercano que presentaba un camino empinado pero transitable hasta el embalse.

—Tened mucho cuidado, amigos míos

—gritó mientras se preparaban para meterse en el agua.

—La subiremos intacta —respondió Dirk, consciente de que la principal preocupación de Torres era la seguridad del objeto.

Se puso las gafas de buceo y se metió en el agua con las colchonetas bajo el brazo. Summer pasó nadando a su lado y cogió la cuerda colgante. Se reunieron junto a la bolsa de elevación y se sumergieron hasta la entrada de la cueva, a unos diez metros de profundidad.

En el foso para hogueras, Summer hizo múltiples fotos de la piedra. Dejó la cámara a un lado y ayudó a su hermano a colocar la pesada piedra encima de una de las colchonetas. Dirk envolvió el lado descubierto con la otra colchoneta creando así una funda protectora que ató con la cuerda de Summer. Se puso de pie en el suelo de la cueva y dio un tirón a la cuerda a modo de prueba. Aunando esfuerzos, deslizaron la piedra envuelta a través del suelo embarrado.

Dirk hizo una señal con la cabeza a

Summer y arrastró la piedra fuera de la cueva, mientras su hermana nadaba por encima despejando cualquier obstáculo. Una vez alejada de la entrada, Dirk empujó la piedra hacia arriba en el saliente y salió disparada hacia la superficie. Habían acordado que Summer se quedaría en el agua y supervisaría el ascenso de la piedra mientras Dirk y Torres la subían a la furgoneta.

Dirk apenas tuvo que ayudar a Torres. Cuando se hubo deshecho del equipo de buceo y llegó a la furgoneta, Torres

tiraba como loco. Saltaba a la vista que la adrenalina corría por las venas del arqueólogo. Sin embargo, sus envejecidos músculos se quedaron sin fuerzas cuando la piedra emergió a la superficie del lago, y Dirk le echó una mano tirando de ella el resto del trayecto. Summer salió del agua y se reunió con los dos hombres, que sin resuello retiraban la cuerda y las colchonetas.

El medio disco blanco relucía al sol de la tarde. Torres se arrodilló y acarició la superficie con la punta de los

dedos. Los glifos estaban cuidadosamente tallados, aunque se habían desgastado en los bordes.

Summer advirtió que los glifos estaban esculpidos formando unas franjas que debían de rodear la piedra entera antes de que la partieran en dos.

—¿Puede leer lo que pone?

—Fragmentos —contestó Torres asintiendo con la cabeza—. Esta sección relata un importante viaje por agua. Aunque nos falta la mitad de la piedra, sospecho que podremos recomponer gran parte de su contenido. —Sonrió—.

Entre esta piedra y el códice, habéis proporcionado bastantes años de trabajo estable a un par de viejos arqueólogos.

—Proméтанos que no lo guardarán todo en un archivo polvoriento —dijo Dirk.

—Ni hablar. Esta será de lejos la pieza central del museo de la universidad. Eso me recuerda una cuestión: ¿había más objetos?

—No, lo comprobé cuando fotografié la piedra —respondió Summer—. ¡Oh, no! —soltó de repente—. ¡Mi cámara! La he dejado en la cueva.

—Yo iré a por ella —dijo Dirk—. De todas formas tengo que recoger la boya. A ver si encontráis algo para comer en la nevera mientras yo estoy fuera.

—No —repuso Torres—, iremos a cenar a Zimapán para celebrarlo. El tequila corre por mi cuenta.

Dirk sonrió.

—Es la mejor oferta que me han hecho en mucho tiempo.

Caminó hasta la orilla, se puso la botella de oxígeno y las gafas, y nadó hasta la boya. Echó un vistazo arriba y reparó en que un extraño remolino de

polvo se elevaba de lo alto de la loma. No le dio demasiada importancia, así que vació su chaleco hidrostático y se sumergió bajo la superficie.

El Jeep Cherokee blanco apareció por la loma como un raudo guepardo, subiendo fácilmente por la cuesta gracias a sus neumáticos. Al alcanzar la cima, fue directo hacia la furgoneta de la universidad. El conductor del jeep no se

molestó en elegir una pendiente sencilla, sino que descendió en línea recta y frenó derrapando delante de la furgoneta. Unas piedrecillas de grava suelta cayeron al agua por el borde de la ladera.

Summer tapó la piedra con la colchoneta dándole una patada con aire despreocupado y se puso delante cuando tres hombres saltaron del jeep. Los tres llevaban gorras, gafas de sol y pañuelos negros para tapar la cara. Dos empuñaban pistolas automáticas, con las que apuntaban a Summer y a Torres.

—¿Qué pasa? —les espetó Torres—.

No tenemos droga ni dinero.

Pese a encontrarse muy al sur de los principales estados controlados por los cárteles de la droga, las organizaciones violentas tenían tentáculos muy largos, y Torres lo sabía.

—Cállate, viejo, y apártate —dijo uno de los pistoleros. Hizo señas a Summer agitando su pistola—. Tú, también.

Torres y Summer se echaron atrás cuando el otro pistolero avanzó y retiró la colchoneta que tapaba la piedra.

—¿Es esto? —preguntó.

El que iba desarmado se acercó a un ritmo acompasado en claro contraste con el de los dos hombres armados. Visiblemente mayor que los otros, era sin duda el líder del grupo.

Estudió la piedra azteca con una mirada paciente. Satisfecho, asintió con la cabeza hacia sus cómplices y señaló la parte trasera del jeep. El pistolero más cercano, que llevaba una camisa roja, abrió el portón del maletero y se reunió con el otro hombre. Enfundaron las armas en sus pistoleras y levantaron la piedra del suelo.

—¡No! —gritó Torres—. Es un objeto histórico importante.

El arqueólogo avanzó y apartó de un empujón al hombre que tenía más cerca, a quien se le escapó la piedra de las manos y cayó hacia atrás. El otro pistolero soltó la piedra cuando esta cayó al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, la pistola apareció otra vez en su mano. Sin vacilar, la levantó y disparó tres tiros al pecho de Torres.

Summer gritó al tiempo que el arqueólogo retrocedía tambaleándose. Parpadeó y se desplomó en el suelo. El

sonido de los disparos resonó por las colinas. Todos se quedaron helados.

—¡Imbécil! —gritó el cabecilla del trío. Cogió la pistola y apuntó a la piedra—. Rápido.

Los dos pistoleros transportaron la piedra a la parte trasera del jeep mientras su jefe vigilaba atentamente a Summer, que se arrodilló junto a Torres pero enseguida se dio cuenta de que estaba muerto.

—¡Lo habéis matado por una piedra! —gritó poniéndose en pie.

Los dos pistoleros volvieron y

hablaron con su jefe en voz baja. Uno sacó un cuchillo y cortó un trozo de cuerda no muy largo. Acto seguido agarró a Summer de la muñeca.

Ella giró el otro codo y se lo estampó en la mandíbula. Mientras el pistolero se tambaleaba hacia atrás, la joven dio un paso para echar a correr pero se quedó inmóvil cuando sonó un disparo.

Era el cabecilla del grupo, que había disparado al lateral de la furgoneta, a escasos centímetros de Summer. Con cuidado movió la pistola hacia un lado, apuntándola con ella.

—El próximo dará en el blanco.

La lógica, y la idea de tener a su hermano en el agua, se impusieron a la ira. Summer permaneció quieta mientras el pistolero se levantaba aturdido y le ataba las muñecas a la espalda. Después de mantener una conversación en voz baja con el cabecilla, el pistolero de la camisa roja se acercó a Summer.

—¿Dónde está el otro hombre que estaba contigo?

Summer miró al frente y no dijo nada. El jefe se acercó al borde del risco y echó un vistazo al agua. La bolsa

flotante de Dirk se mecía justo debajo. El agua era tan transparente que pudo ver la cornisa frente a la cueva. Miró atrás hacia el montón de piedrecitas que había delante del jeep. Estaban perfectamente alineadas.

Señaló a Summer e hizo un gesto en dirección al jeep. El de la camisa roja la cogió del brazo y la hizo sentar de un empujón en el asiento trasero, y acto seguido ayudó a los otros dos a arrastrar el cuerpo de Torres y lanzarlo rodando por el risco. Summer hizo una mueca cuando el cuerpo cayó en el agua con un

ruido tremendo. El tipo del cuchillo se puso entonces manos a la obra y rajó todos los neumáticos de la furgoneta.

Satisfechos con su obra, los tres volvieron al jeep. El de la camisa roja subió a la parte trasera y apuntó a Summer con una pistola, mientras los otros dos se sentaban en la parte delantera. El jefe se puso al volante, pero en lugar de dar marcha atrás, avanzó hacia delante contra una de las rocas que cerraban el paso. Metió una marcha corta, aceleró con cuidado y empujó la roca hacia delante. Unas

piedras más pequeñas situadas delante empezaron a rodar por el risco y cayeron al agua. La roca pronto cedió y se precipitó al lago.

El jeep dio marcha atrás y apuntó a un muro contiguo de rocas amontonadas cerca del borde. El conductor dio un empujoncito a la pila y retrocedió a toda prisa cuando una se estampó en el capó. Tras un nuevo empujón, se desprendió una roca inferior que hacía de soporte y el muro entero se precipitó por el borde llevándose un grueso pedazo de acantilado. La avalancha por poco

arrastró al jeep, pero el conductor dio marcha atrás y pisó el acelerador justo a tiempo. El pistolero giró y enfiló la loma mientras varias toneladas de roca y escombros se despeñaban hasta el embalse.

Summer permaneció sentada estoicamente; su ira solo se manifestaba en las arrugas de sus párpados. Cuando el lago desapareció tras ellos bajo un remolino de polvo, solo pudo rezar en silencio para que su hermano estuviera a salvo.

Un pequeño cuenco de arcilla salvó la vida a Dirk.

Había dejado la bolsa flotante colocada mientras buceaba hasta la cueva para recoger la cámara subterránea de Summer. La encontró al

lado del foso para hacer hogueras. Cuando alargó el brazo para cogerla, su mano se hundió en el limo y rozó algo liso y redondo. Dio con un asa y sacó un pequeño cuenco de cerámica con la imagen borrosa de una serpiente grabada en el fondo.

Guardó el cuenco en un bolsillo del chaleco hidrostático y buscó a tientas más objetos. No palpó más que lodo. Cuando sonó un ruido estridente en lo alto, miró la entrada de la cueva y le dio tiempo a ver cómo su luz azulada se oscurecía. Segundos más tarde, se vio

envuelto de una nube de agua turbia.

Dirk nadó a ciegas hacia la entrada avanzando a tientas por el suelo de la cueva hasta que chocó con una roca grande que le cerraba el paso. Cuando el sedimento empezó a asentarse, vio un resquicio de luz a un lado. Se dirigía a la abertura cuando un segundo estruendo sonó por encima de él. Consideró salir a toda velocidad, pero vaciló al oír el ruido de algo que caía al agua. Enfocó con la linterna a través de la abertura y vio que una cascada de rocas se desplomaba sobre el saliente antes de

que una nueva nube de sedimento le tapara la vista.

Dirk notó la vibración a través de las rocas que se amontonaban. Pasaron varios segundos hasta que el desprendimiento cesó. Las rocas de la loma habían soltado un gran afloramiento subterráneo, que arrojó más toneladas de escombros sobre el saliente. Enterrado bajo la avalancha, el pequeño acceso a la cueva quedó totalmente cerrado.

Dirk se apartó de la entrada y examinó el manómetro. La aguja

apuntaba la marca roja que indicaba nivel bajo. Le quedaban cinco, tal vez diez minutos de aire.

Atrapado en una cueva submarina casi sin aire, un momento perfecto para dejarse llevar por el pánico. Pero Dirk dominó sus temores y respiró con serenidad evaluando la situación.

Su primer impulso fue arremeter contra el montón de rocas y abrirse camino excavando. Tal vez Summer se preparaba para excavar al otro lado. Pero la lógica le decía que no lo conseguiría. La enorme avalancha había

desprendido tantas rocas que agotaría sus reservas de aire mucho antes de abrir un túnel.

Si esa era su única opción, que así fuera. Entonces levantó la vista. El techo se alzaba sobre dos fisuras inclinadas de casi seis metros. Decidió echar un vistazo.

Cogió la linterna y se impulsó con los pies hacia arriba siguiendo la primera fisura hasta un punto estrecho y puntiagudo donde convergía con la segunda. Retrocedió y recorrió la segunda fisura, y halló una arista

catedralicia similar. Las paredes y las fisuras parecían de roca sólida. Se volvió, descendió y estuvo a punto de no verlo, pero por el rabillo del ojo atisbó un puntito de luz.

Se acercó nadando y descubrió su origen: un agujerito en la pared que daba al lago. Sacó un cuchillo de buceo Randall que llevaba atado al muslo e introdujo la punta en el agujero. La luz aumentó cuando se desprendió un pedacito de roca. Dirk empezó a clavar el cuchillo en el agujero y poco a poco aumentó su diámetro hasta que adquirió

el tamaño de una bola de béisbol.

Era una salida, lo sabía, pero se enfrentaba al mismo dilema: ¿podría excavar un agujero lo bastante grande antes de quedarse sin aire? Ya había consumido tres minutos de reserva. Con el tiempo limitado, el cuchillo solo no bastaría. Necesitaba más herramientas.

Descendió hasta el suelo de la cueva, se acercó al montón de rocas y buscó una piedra que pudiera usar como martillo. Vio una con un lado romo y la sacó de la pila. Debajo había una roca verde con una forma de cuña casi

perfecta. Intrigado, la cogió, y entonces se dio cuenta de que no era una roca. Pesaba demasiado para su tamaño y tenía un agujero redondo perfecto en la parte inferior.

Dirk la acercó a sus gafas y descubrió que se trataba de la cabeza de un hacha de cobre oxidada utilizada para extraer mineral de las paredes. Los aztecas habían sido diestros canteros, recordó, y construían estatuas y templos con el basalto de la zona. Los vecinos mixtecos de Oaxaca, con un avanzado dominio de la metalurgia, debían de haber

intercambiado herramientas de cobre con los aztecas. Aunque el mango de madera se había desintegrado, la cabeza de la antigua hacha estaba de una pieza.

Volvió nadando a la fisura a toda velocidad y se dispuso a utilizar los dos objetos. Colocó la punta del hacha junto a la abertura y golpeó su lado romo con la piedra redonda. Amortiguado por el agua, el impacto se propagó como un fuerte chasquido. Dirk volvió a golpearla y un pedazo de roca se desprendió de la entrada. Los antiguos metalúrgicos mixtecas habían mezclado

estaño con cobre al forjar el hacha. El resultado era un metal duro similar al bronce sorprendentemente eficaz para tallar piedra.

Al notar que le costaba aspirar el aire a través del regulador, empezó a golpear como loco con el cincel de cobre. No le hacía falta consultar el manómetro para saber que estaba aspirando las últimas reservas de aire. Los fuertes golpes fragmentaron la pared de roca en trozos del tamaño de puños que se desprendieron. Cuando los apartó, descubrió un agujero de treinta

centímetros de diámetro.

Dirk inspiró, pero no le llegó nada por el regulador. La botella estaba vacía.

Sin vacilar, golpeó con el cincel lo más fuerte que pudo. Se soltaron más fragmentos, pero la abertura seguía siendo demasiado pequeña. Empezó a sentir una opresión en los pulmones. El martilleo de su cabeza imitaba los golpes contra la roca. A través de la cabeza vibrante del hacha, notó que la pared de roca cedía ligeramente. Pero la pequeña hacha antigua era como un

martillo de bola contra la presa Hoover.

Despreciando el miedo a ahogarse, se quitó el chaleco hidrostático, se sacó la bombona de aire, la agarró por el cuello y aporreó la roca con la base. La pared vibró, pero nada más. La aporreó otra vez. Y otra. La botella chocaba estrepitosamente al tiempo que Dirk soltaba el poco aire que le quedaba en los pulmones. En un intento desesperado, echó mano de todas sus fuerzas y probó una vez más.

Apareció una pequeña grieta... y de repente, un pedazo de pared de casi un

metro se desprendió.

Demasiado aturdido para reaccionar, Dirk soltó la bombona y atravesó el agujero impulsándose con los pies. La superficie estaba a solo tres metros. Dio brazadas hacia arriba y salió disparado a la deslumbrante luz del sol, jadeando y aspirando el aire fresco. Se quedó flotando en el agua casi un minuto, hasta reponer el oxígeno de su sangre y acompasar la respiración. Tratando de calmarse, miró el cielo vacío sin fijarse en el agua, donde había algo que le rozaba. Cuando su respiración se calmó,

se volvió para ver con qué chocaba.

Era el cadáver del doctor Torres.

Dirk reaccionó rápido y nadó hasta un pequeño afloramiento rocoso arrastrando el cadáver de Torres. Una vez en tierra, reparó en las tres heridas de bala que el profesor tenía en el pecho.

Alzó la vista hacia la furgoneta y llamó a Summer a gritos. No hubo respuesta. Entonces vio una pequeña nube de polvo que flotaba sobre la loma. Se quitó las gafas de buceo y las aletas, buscó las llaves en los bolsillos de Torres y corrió cuesta arriba. Encontró la cuerda deshilachada atada al vehículo y supo que alguien había venido a por la piedra. Asustado, echó un vistazo al agua, pero no había ni rastro del cuerpo de Summer. Debían de haberla raptado.

Sin importarle las cuatro ruedas pinchadas, Dirk arrancó la furgoneta,

dio la vuelta y pisó el acelerador. El vehículo avanzó dando sacudidas, con las ruedas pinchadas golpeando los guardabarros. A pesar de la tracción irregular, Dirk consiguió llevar la furgoneta hasta la cresta de la sierra. Más abajo, vio un jeep blanco que se dirigía al norte por el viejo camino de tierra.

Reprimió las ganas de lanzarse loma abajo y seguir al jeep. Sería imposible alcanzarlo en el estado en que se encontraba la furgoneta. Tenía las ruedas destrozadas y ya había perdido una.

Suponiendo que la furgoneta llegara al camino, las múltiples zonas de arena blanda seguro que acababan de averiarla.

Gracias al repaso del mapa topográfico, Dirk sabía que el camino serpenteaba alrededor de varias colinas situadas al pie del Lomo del Toro antes de torcer hacia el oeste y atravesar la presa de Zimapán, que recorría un estrecho cañón situado en el otro extremo de la loma. Si consiguiera avanzar por la cresta con la furgoneta, atajaría dos o tres kilómetros y quizá

alcanzara el jeep antes de que cruzase la presa.

Pisó el acelerador y atravesó la cima redondeada de la loma con gran estruendo. Una tras otra, las ruedas que le quedaban se hicieron trizas. Las llantas de acero emitían un chirrido estridente, y el chasis traqueteaba con cada bache y hondonada. Dirk se sentía como si se hubiera montado en un martillo neumático. Por los retrovisores laterales veía saltar chispas cada vez que las llantas rascaban roca dura.

La sierra se fue estrechando poco a

poco y obligó a Dirk a tomar una cornisa lateral sin desniveles durante el primer tramo, que se estrechó y desapareció por completo al toparse con un montón de pequeñas rocas. Dirk giró bruscamente y enfiló la pendiente, pero fue a parar a una zona de arena blanda. Al notar que las ruedas traseras empezaban a atascarse, no le quedó más remedio que lanzarse cuesta abajo para aprovechar el impulso. Esquivó por poco una roca y se metió en un angosto desfiladero. La furgoneta se ladeó, y cuando estaba a punto de volcar, un surco volvió a

enderezarla. Avanzó con gran estrépito sobre unas rocas más pequeñas y a continuación llegó otra vez a un terreno nivelado.

Dirk soltó el acelerador a medida que la loma empezaba a estrecharse. Delante y por debajo de él, distinguió la angosta presa de Zimapán. Descendió a toda velocidad por la pendiente cada vez más abrupta y luego dio un frenazo y un golpe de volante. Las ruedas torcidas y llenas de agujeros patinaron y dejaron unos surcos en la superficie compacta antes de que la furgoneta se detuviera

bamboleándose. Dirk salió del vehículo y echó un vistazo más allá del capó.

Justo un metro por delante de la furgoneta, la sierra descendía formando un escarpado acantilado. Treinta metros por debajo se hallaba el acceso occidental de la presa. Una antigua carretera de asfalto atravesaba la parte superior de la estructura de hormigón y trazaba una curva en la loma del lado opuesto. Saltaba a la vista por qué la presa había sido construida allí. El escarpado y estrecho cañón era fácil de bloquear.

La reflexión se volvió irrelevante cuando recorrió con la mirada la carretera hacia el este. El jeep blanco estaba a escasos segundos de distancia.

Summer permanecía inmóvil en el asiento trasero, pero sus manos se movían furiosamente a su espalda. La cuerda que le rodeaba las muñecas seguía mojada después de la inmersión en el lago. La humedad le lubricaba las

muñecas al mismo tiempo que hacía la cuerda más elástica. A cada bote del jeep, la chica se flexionaba y tiraba, estirando la atadura milímetro a milímetro.

Cansado de vigilarla, el secuestrador de Summer sentado en el asiento trasero alargó la mano, le cerró la puerta con seguro y guardó el arma en su pistolera. Aun así, siguió mirándola con suspicacia, o tal vez era atracción. Ella respondió bombardeándolo a preguntas. De lo evidente —«¿Por qué me secuestráis?»— a lo frívolo —«¿Dónde

te has comprado ese pañuelo?»—, no paró de hostigar a su guardián, que respondía a cada interrogante con un silencio sepulcral. La cháchara dio resultado, y el hombre acabó apartando la cara y mirando por la ventanilla.

Summer dejó de hacer comentarios. No tenía sentido tentar a la suerte. Los tipos de las pistolas no habían dudado en matar a Torres y podían hacerle a ella lo mismo perfectamente. Era un consuelo que los tres ladrones siguieran con las caras tapadas a pesar del calor. Si lograba conservar la calma hasta que

llegasen a un pueblo, a lo mejor podía saltar del coche y buscar refugio. Pero primero tenía que librarse de la cuerda.

Sus deseos se hicieron realidad antes de lo que esperaba. El camino mejoró poco a poco hasta que los neumáticos del jeep pisaron asfalto. Habían llegado a la presa, donde la carretera se estrechaba a medida que cruzaba serpenteando la parte superior de la estructura. El conductor aceleró, pero de repente soltó un juramento y pisó el freno.

El jeep dio una sacudida sobre el

asfalto y los cuatro ocupantes salieron despedidos hacia delante. La sacudida benefició a Summer. Su mano izquierda se soltó, y al caer hacia atrás contra el asiento se quitó rápidamente la cuerda de las dos muñecas. Ignoraba el motivo del súbito frenazo. Al mirar por la ventanilla, se quedó boquiabierta del horror.

La furgoneta verde de la universidad se había despeñado por el acantilado justo encima y descendía hacia ellos como un misil Tomahawk. La furgoneta describió un arco por encima del jeep,

chocó contra el arcén tres metros más adelante, se estrelló de frente y volcó sobre el techo. El vehículo, aplastado, se deslizó otros tres metros antes de detenerse —bloqueando la carretera— en un charco de líquido de motor.

El jeep seguía derrapando cuando Summer abrió su puerta y saltó. Cayó al asfalto de pie y corrió a la furgoneta llamando a su hermano a gritos. Al acercarse al vehículo aplastado se le hizo un nudo en el estómago. Nadie podría haber sobrevivido al impacto.

Se aproximó a la ventanilla invertida

del lado del conductor y se agachó para mirar dentro. No se veía a nadie. El nudo de su estómago se deshizo en el acto.

No le dio tiempo a reaccionar cuando notó que la furgoneta se movía. El jeep se había parado y el conductor intentaba apartar el vehículo siniestrado. Summer se levantó mientras la furgoneta se deslizaba a escasos centímetros por delante de ella y descubrió que su compañero de asiento se acercaba apuntándola con la pistola.

Levantó dócilmente las manos sin

dejar de buscar algún rastro de Dirk. El sol le daba en los ojos, pero le pareció que el acantilado era demasiado empinado para que alguien descendiera por él. Echó un vistazo a la carretera por la que habían venido y al no ver movimiento miró en la otra dirección.

Estaban en lo alto de la presa. Las aguas azules del embalse lamían su cara de hormigón seis metros por debajo. Resultaba curioso: al otro lado de la alta y estrecha presa el terreno parecía totalmente seco. No había ninguna central eléctrica ni el menor rastro de

una corriente de agua en el escarpado y angosto cañón llamado el Infiernillo.

Summer miró hacia atrás al centinela, que con una expresión de ira la instó a volver al jeep. Ella asintió con la cabeza y dio medio paso adelante cuando su instinto de supervivencia entró en acción. Puede que no fuera el momento más oportuno para escapar, tal vez ni siquiera era oportuno, pero lo hizo de todas formas. Dio un paso a un lado, se lanzó sobre la barrera de seguridad y saltó. El guardia reaccionó en el acto. Reacio a disparar con el

arma después del rapapolvo que había recibido antes, la agarró con la mano libre, pero solo atrapó el bajo de sus pantalones. Perdió el equilibrio y se vio arrastrado hasta la barrera. Se negaba a soltar a la chica, pero era incapaz de refrenar su impulso sin agarrarla bien. Cuando sus piernas chocaron contra la barrera, se precipitó por encima de la barandilla.

Ambos se despeñaron y cayeron juntos en el agua haciendo mucho ruido. Summer trató de sumergirse dando patadas para apartarse del guardia, pero

él le agarraba la pierna con una mano y con la otra intentaba darle con la culata de la pistola. Summer se sentía como si estuviera en un combate de lucha libre submarina. Creyéndose mejor nadadora que él, buceó sin dejar de dar patadas para soltarse.

Su mano golpeó la presa y notó que la superficie de hormigón le rozaba los dedos. El movimiento fue más rápido de lo que esperaba. Estaban siendo atraídos por una fuerte corriente subterránea. Al ver que el agua se oscurecía por momentos comprendió que estaban

siendo arrastrados hacia la base de la presa.

Un nuevo temor la embargó. ¿Qué provocaba la resaca? No había ninguna central eléctrica ni salía agua por la parte trasera de la presa. Sin un aliviadero, bucear por la cara interior de la presa no debería haber entrañado ningún peligro.

El miedo a ahogarse se impuso al miedo al guardia. Dejó de oponer resistencia y se unió a sus esfuerzos para salir a la superficie impulsándose con los pies. Sin embargo, el agua era cada

vez más oscura y la creciente presión en los oídos le indicaba que se estaban adentrando en el lago.

A través del agua turbia, Summer distinguió una abertura circular, de unos cuatro metros y medio de diámetro, que los absorbía. Se dio cuenta de que era un aliviadero abierto en la base de la presa. En realidad, la presa de Zimapán había sido construida para generar energía hidroeléctrica, solo que la central eléctrica estaba al final de un túnel a unos veinte kilómetros corriente abajo.

La entrada del aliviadero tenía una reja que impedía el paso de desechos grandes, pero los años de abandono la habían deteriorado. Casi la mitad de la reja se había deformado hacia dentro y dejaba pasar libremente una corriente de agua.

Summer y el guardia vieron lo que les esperaba y lucharon por salir nadando, pero la succión aumentó y los arrastró más rápido hacia la abertura. Renunciando a sus instintos, Summer hizo lo impensable: nadó hacia el aliviadero.

El centinela la miró con incredulidad, y sus ojos se llenaron de pánico mientras luchaba contra la implacable succión. Se dio cuenta demasiado tarde de que Summer había tomado la decisión correcta. Nadando con fuerza a favor de la corriente, la joven se inclinó para alcanzar la parte intacta de la reja. Atrapó un travesaño metálico y embistió.

Chocó contra la reja y se quedó prácticamente sin aire en los pulmones. La presión del agua la empujó contra unos troncos, un neumático y otros

desechos. Giró la cabeza cuando el centinela pasó como un rayo. Había perdido el pañuelo y las gafas hacía un buen rato, y Summer vio el terror absoluto en sus ojos al saberse incapaz de escapar a la succión. Desapareció en un instante absorbido por el agujero negro, donde el remolino de agua apagó sus últimos gritos.

Por lo menos alguien podrá recuperar mi cuerpo, pensó Summer mientras una imperiosa necesidad de aire se apoderaba de sus sentidos.

Aferrándose a la reja con

desesperación, se preguntó qué estaría pasando en lo alto de la presa y si su hermano seguiría con vida.

Dirk estaba más vivo que nunca, a pesar de tener el corazón acelerado y los pulmones doloridos. Más por suerte que por una cuestión de trayectoria balística, había lanzado la furgoneta por el risco y había logrado cerrar el paso al jeep con

la ayuda de una piedra colocada en el acelerador y una cuerda atada al volante. Ni siquiera esperó a que el polvo se asentara para echar a correr cuesta abajo.

Tuvo que retroceder cien metros para encontrar un camino hasta la carretera. Si bien la pendiente habría sido peligrosa para cualquiera que calzara botas de montaña, para alguien que corría a toda velocidad con unos escaarpines era casi un suicidio. Dirk perdió pie varias veces y se cayó, y resbaló por el terreno suelto. El traje de

neopreno era su única protección contra las heridas graves.

Durante el descenso no podía ver la presa, y solo esperaba que el jeep siguiera allí, aunque no tenía ningún plan. Desarmado frente a hombres con pistolas, no albergaba muchas esperanzas de detenerlos. Pero tenía que averiguar si Summer estaba con ellos... y si seguía viva.

Cuando se acercaba al pie del acantilado, vio la presa y se quedó paralizado. Summer se hallaba al lado de la furgoneta abollada. De repente se

lanzó al lago seguida de un tipo armado. Distraído ante aquella visión, Dirk perdió pie y cayó de golpe por la ladera.

La caída le costó unos preciosos segundos. Cuando recuperó el equilibrio, el jeep había pasado rozando la furgoneta volcada. El conductor frenó y observó el agua. Se quedó mirando un momento y sacudió la cabeza. Segundos más tarde, las ruedas giraron y el jeep cruzó la presa a toda velocidad, con la reliquia robada cargada en la parte trasera.

Cuando por fin llegó a la carretera,

Dirk corrió hacia la presa. Como la maltrecha furgoneta le tapaba la vista, el conductor del jeep no le vio por el retrovisor mientras ascendía por la colina. Dirk se colocó ante el vehículo estrellado y observó el agua. El estanque en calma y sin ondas no daba el menor indicio de la agitación que bullía debajo.

Corrió a la furgoneta y abrió una puerta trasera. El interior era un caos, pero encontró la botella de oxígeno, el chaleco hidrostático y las gafas de buceo de Summer. Se puso el equipo y

abrió la válvula de la botella. Algo le inquietaba, y recogió la cuerda. Una punta seguía sujeta a la puerta del vehículo, de modo que ató la punta suelta a una anilla de su chaleco. Saltó por encima de la barandilla y se zambulló en el frío lago.

Encendió una pequeña linterna sujeta al chaleco hidrostático y siguió un rastro de partículas de sedimento que descendía a las profundidades. Pronto notó la succión. Se impulsó con los pies y aceleró arrastrado por la corriente mientras buscaba a Summer.

Sujeta todavía a la reja, su hermana había conseguido subir a la cornisa superior. Había estado bajo el agua más de un minuto y se aproximaba al estado de hipoxia.

Si hubiera habido una escalera u otro objeto al que agarrarse, podría haber escapado de la succión, pero lo único que encontró fue la pared lisa de la presa. Un torrente de pensamientos confusos y desesperados cruzaban su mente rogándole que intentase huir. Tal vez había esperanza al otro lado del aliviadero. Se disponía a soltar la reja

cuando algo le llamó la atención.

Una luz tenue venía de arriba. Enseguida aumentó de intensidad y apareció una figura, que avanzaba hacia ella a toda velocidad. La esperanza y la angustia la embargaron cuando reconoció a Dirk, que pasó por su lado y atravesó la reja abierta. Curiosamente, tenía una mirada risueña cuando desapareció por el agujero negro.

Un instante más tarde, Summer vio que la luz oscilaba en el aliviadero. A través de sus destellos distinguió una cuerda tensa que conectaba a su hermano

con la superficie. Dirk reapareció al cabo de un momento, ascendiendo con rapidez hasta que llegó a la boca del aliviadero. Summer se encontraba a escasa distancia a su izquierda, helada junto a la reja, con la cara medio azul.

Apoyando los pies en la superficie de hormigón, Dirk se impulsó con todas sus fuerzas y saltó hacia su hermana. Soltó una mano de la cuerda y se la alargó hasta tocar su torso. Al notar su contacto, Summer le agarró la mano y acto seguido le rodeó la cintura con los brazos.

Le sacó el regulador de la boca, se lo metió en la suya y respiró hondo varias veces. Dirk infló su chaleco hidrostático, subió un tramo de cuerda y esperó a que Summer le devolviera el regulador. Compartieron el aire de la botella mientras Dirk ascendía por la cara interior de la presa. La succión del aliviadero fue disminuyendo hasta que pudieron salir a la superficie.

—Menudo susto —dijo Dirk cuando emergieron bajo sol.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Me faltaban dos segundos para descubrir lo

que hay al otro lado del aliviadero.

—Probablemente las turbinas de una central hidroeléctrica.

Summer se estremeció al pensar en el destino del tipo que había sido absorbido por el túnel.

—Creo que tengo muy visto este estanque.

Nadó hacia la pared de la presa, agarró la cuerda y subió. Dirk hizo otro tanto y se deshizo encantado de la botella y el chaleco hidrostático cuando llegaron a la furgoneta.

Summer miró la carretera vacía que

bordeaba la colina.

—Dispararon y mataron al doctor Torres y luego robaron la piedra.

—¿Tienes idea de quiénes eran?

Ella negó con la cabeza.

—Eran tres. Uno se tiró al agua conmigo, y el desagüe lo absorbió. Todos intentaban ocultar sus identidades.

—Ladrones profesionales de antigüedades sin escrúpulos para matar.

Summer dio una patada a una piedrecita.

—El doctor Torres murió sin tener

siquiera la ocasión de descifrar la piedra. Ahora ha desaparecido. Supongo que nunca sabremos qué pone.

—Madero todavía puede averiguarlo.

—Sin la piedra, no.

—Tenemos algo casi equivalente.

Dirk rebuscó en el interior de la furgoneta destrozada. Al poco salió gateando con algo en la mano.

Summer lo miró y se puso colorada.

—¡No me fastidies!

Dirk solo pudo dedicarle una sonrisa torcida mientras sostenía la carcasa destrozada de la nueva cámara

submarina de Summer.

El teléfono fijo sonó y sonó y volvió a sonar. St. Julien Perlmutter no era amigo de contestadores automáticos, buzones de voz ni teléfonos móviles. Todos le parecían molestias innecesarias. Sobre todo aborrecía usarlos las pocas veces

que salía de su casa en Georgetown, ocasiones en las que acostumbraba a comer en uno de los restaurantes más selectos de la capital o investigar en el archivo de una biblioteca nacional.

Afortunadamente para la persona que llamaba, Perlmutter se encontraba en casa buscando un antiguo tomo en una de sus numerosas estanterías. Él, una bestia de hombre, era tal vez el historiador marítimo más destacado del mundo. Sus vastos conocimientos sobre barcos y naufragios eran legendarios, y a los archiveros se les caía la baba pensando

en el día que Perlmutter expirase y su colección de misivas, cartas de navegación, diarios y cuadernos de bitácora tal vez se pudieran adquirir.

Se dejó caer en una gruesa butaca de cuero al lado de un escritorio de tapa rodadera y cogió el teléfono al décimo timbre. Como la mayoría de los objetos de la casa, el aparato era una reliquia marítima que antaño había decorado el puente de mando del transatlántico de lujo *United States*.

—Perlmutter —contestó con voz ronca.

—St. Julien, soy Summer. Espero no pillarte en plena comida.

—Para nada. —Su voz se suavizó enseguida—. Estaba buscando una versión de primera mano del cuarto viaje de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo.

—Una época maravillosa —comentó Summer.

—La era de los descubrimientos siempre lo ha sido. Hace poco tuve el placer de cenar con tu padre. Me dijo que tú y Dirk estabais trabajando en México.

—Sí, seguimos aquí. Y nos vendría bien tu ayuda. Estamos intentando localizar un barco español que habría zarpado de Veracruz durante los primeros días de la conquista.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sabemos. La única pista que tenemos sobre su identidad es un dibujo de un código azteca. Acabo de enviarte una copia por correo electrónico.

Mientras Summer le relataba el descubrimiento del código y sus contratiempos con la piedra azteca, Perlmutter encendió su ordenador de

sobremesa y abrió la imagen.

—Una cosecha bastante magra —dijo. Estudió la caricaturesca imagen de un velero con un mono flotando sobre su proa—. ¿Vuestros expertos en la cultura azteca han ofrecido alguna interpretación?

—Nada definitivo. El mono puede hacer referencia al cargamento o a la ruta, o tal vez a un sobrenombre del barco. Esperamos que sea lo último.

—Es posible, aunque en esa época los españoles eran más dados a bautizar sus barcos con nombres de iconos

religiosos. Afortunadamente, las crónicas de los primeros viajes de los españoles son bastante numerosas.

—Lo que buscamos es la piedra, de modo que si se te ocurre dónde puede haber acabado, sin duda estaríamos interesados en saberlo. Está claro que es muy importante para alguien.

—Lamentablemente, en nuestra profesión muchos están dispuestos a hacer cosas despreciables por un mísero dólar. Siento lo de vuestro amigo. Espero que tú y Dirk tengáis cuidado.

—Lo tendremos.

—En cuanto a la piedra, he visitado todos los museos marítimos españoles importantes y no recuerdo haber visto ninguna referencia a un objeto como ese. Supongo que pudo haber acabado en una colección privada. Haré algunas averiguaciones.

—Gracias, Julien. Nos aseguraremos de llevarte una botella de tu tequila favorito. Porfidio, si mal no recuerdo.

—Eres un cielo, Summer. Pero no dejes que el renegado de tu padre se le acerque o no quedará ni gota cuando yo la vea.

Perlmutter colgó y se quedó mirando la imagen del galeón en su ordenador. Mientras se acariciaba su espesa barba canosa, su mente se hallaba a kilómetros de distancia. A seis mil quinientos, para ser exactos.

—Solo hay un sitio por donde empezar, mi buen amigo peludo —dijo en voz alta a la imagen del mono—. Sevilla.

Pitt miró por la ventana del puente de mando del *Sargasso Sea* en el momento en que un enorme carguero pasaba hacia el norte. Veinte millas más allá se encontraba la costa verde del sur de Cuba. Se preguntaba si el efecto tóxico

del mercurio ya estaría causando estragos en sus costas.

El barco de investigación de la NUMA se acercaba a la tercera zona muerta identificada por Yaeger. A Pitt le irritaba su incapacidad para identificar el origen. El segundo lugar, a cien millas al nordeste de las islas Caimán, no les había brindado respuestas. La zona actual, al igual que la última, mostraba unas concentraciones extremas de metilmercurio, aunque a niveles ligeramente más bajos. Como el mercurio se hallaba más disperso, los

científicos habían tardado dos días en acotar la toxicidad máxima a una zona de diez kilómetros cuadrados.

La voz grave de Al Giordino gruñendo por un altavoz interrumpió los amortiguados sonidos de actividad del puente de mando.

—Aquí cubierta de popa. El vehículo submarino autónomo está a bordo. Repito, el vehículo submarino autónomo está a bordo. Pasen a la siguiente área, por favor.

Pitt cogió el transmisor antes que el capitán.

—Aquí puente de mando. Te veo en el cine dentro de cinco minutos para la función de tarde.

—Tú trae las palomitas que yo llevaré las chocolatinas. Corto.

Cuando Pitt llegó al laboratorio húmedo de la cubierta principal, Giordino estaba estudiando las imágenes del sónar en un gran monitor. Pitt reparó en que el fondo del mar era mucho más llamativo que en los sitios en los que habían estado antes, con afloramientos rocosos y colinas y valles ondulados.

Se sentó al lado de Giordino.

—Esta vez tu vehículo submarino ha hecho ejercicio.

—Para eso está. —Giordino señaló un inserto en la pantalla que representaba la red de búsqueda general y la situación relativa en la que se encontraban—. Si los cálculos de la desviación son correctos, es muy probable que la fuente del vertido de mercurio esté dentro del cuadrante que acabamos de inspeccionar.

—Esperemos que esta vez se vea alguna señal —dijo Pitt.

Revisaron casi una hora de imágenes

de sónar. Aunque el fondo del mar era plano, no se veían objetos artificiales. Pitt advirtió al fin una sombra en el lecho marino y mandó a Giordino que se detuviera.

—Haz zoom sobre esa mancha — indicó—. Parece un recorrido lineal a través del fondo.

Giordino asintió con la cabeza y amplió la imagen.

—Incluso hay un par de franjas. Parecen demasiado precisas para ser geográficas.

—Veamos adónde van —dijo Pitt.

Giordino reanudó el escaneo de imágenes. Las tenues franjas aparecían en una concentración superior en una sección de la cuadrícula que descendía hasta una gran depresión. Pitt estaba rastreando el cambio de profundidad cuando Giordino congeló la imagen.

—Vaya, fíjate en esto —dijo—. Alguien ha perdido un barco.

Un objeto oscuro y delgado sobresalía del fondo y proyectaba una pequeña sombra. Lo bordeaban unas familiares franjas lineales.

—Parece largo y estrecho —comentó

Pitt—. Quizá sea un velero parcialmente enterrado.

—El vehículo submarino funcionaba a baja frecuencia para ampliar la trayectoria de exploración. Por eso la definición deja bastante que desear. Diría que ese barco borroso tiene unos diez metros de eslora.

—Dudo que sea la causa de la emisión de mercurio, pero puede que merezca la pena echar un vistazo.

Giordino siguió desplazándose por las imágenes hasta que las grabaciones del vehículo submarino terminaron. Pitt

tomó nota de la última profundidad registrada por el vehículo antes de volver a la superficie.

—Me temo que eso es todo lo que ha captado —dijo Giordino—. Unas franjas borrosas y un barco pequeño.

Pitt señaló con el dedo la pantalla, ahora en blanco.

—El registrador de profundidades del vehículo indicaba la presencia de cierta depresión en medio de la cuadrícula. Puede que no sea nada, pero si esa zona es el origen de la contaminación por mercurio, puede que valga la pena

examinarla desde una perspectiva más amplia. ¿Se puede crear un mosaico de imágenes de toda la cuadrícula? ¿O de secciones importantes?

—Está tirado. Un rato frente al teclado y listo.

—Bien, pero pásaselo a otro. Tienes una tarea más urgente.

—¿Cuál?

—Poner en marcha el sumergible del barco —contestó Pitt—. Quiero ver con mis propios ojos qué pasa allí abajo.

—Me alegro de que estéis bien, amigos míos.

El alivio que sentía el doctor Madero al ver a Dirk y a Summer apenas se reflejaba en su voz. Su rostro era una demacrada máscara de conmoción y

angustia cuando les hizo pasar al laboratorio situado junto a su despacho en la universidad.

—Lamentamos profundamente lo que le pasó al doctor Torres —dijo Summer—. Si yo no hubiera encontrado ese códice...

—No, es un hallazgo extraordinario. Además, puedo asegurar que Miguel murió haciendo lo que más le gustaba. —Su voz se tornó casi un susurro—. Solo siento que la policía no haya podido detener a los asesinos.

—Pescaron a uno en el río debajo de

la central hidroeléctrica —informó Dirk—. Por desgracia, estaba tan hecho polvo que no quedaba gran cosa que identificar. ¿Tiene idea de quiénes podrían haber matado al doctor Torres para robar la piedra?

Madero negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Podrían ser de cualquier lugar, incluso de fuera del país. Hemos tenido muchos problemas en Tula con el comercio de antigüedades aztecas en el mercado negro. Probablemente los ladrones ni siquiera saben lo que tienen.

—Me dio la impresión —terció Summer— de que sabían muy bien lo que buscaban.

—Me niego a perder la esperanza de que se recupere la piedra —dijo Madero con voz débil— y se vengue la muerte de Miguel.

—Por lo menos tenemos las fotografías, aunque mi cámara no volverá a funcionar nunca más.

Lanzó una mirada fulminante a su hermano.

—Creía que era desechable —repuso Dirk.

—Sí, algo es algo —dijo Madero.

Cogió una carpeta con las fotos de la piedra que Summer había hecho. Les enseñó una que había sido ampliada para mostrar los detalles del glifo.

—¿Puede decirnos qué representa la piedra? —preguntó Summer.

—Coincide con el código. —Su voz recuperó el entusiasmo—. Como podéis ver por la disposición de los glifos, la piedra se cortó o se rompió por la mitad. Vuestro trozo es la parte de la izquierda. Los motivos angulares del perímetro representan el sol, que

simboliza la vida y la era presente en el mundo azteca. El diseño es muy parecido al de la piedra del calendario azteca, solo que los glifos del interior están tallados de arriba abajo en forma de narración en lugar de en círculos concéntricos.

—¿Coinciden los glifos con los del calendario? —inquirió Dirk.

—Se parecen más a los de la piedra de Tízoc. Era un altar de sacrificios con elaborados grabados aunque también era una piedra de carácter conmemorativo. La vuestra parece tallada a partir del

mismo material, una piedra volcánica llamada andesita. Sin embargo, si bien la piedra del altar está llena de nombres, títulos y lugares concretos, vuestra piedra representa más bien un relato.

Summer miró a Madero con impaciencia.

—¿Y cuál es exactamente el relato?

—Por desgracia, solo disponemos de la mitad, pero podemos hacer conjeturas.

Madero respiró hondo y señaló la parte superior de la piedra, donde varias hileras de glifos ocupaban el interior del

borde del sol.

—Aquí vemos glifos de esqueletos, que representan muerte y dolor. Como en el caso del códice, no está claro si es el resultado de una batalla regional o de la llegada de los españoles. Luego encontramos una imagen de Huitzilopochtli, una deidad ancestral y dios de la guerra. Parece que dirija algún tipo de desfile importante, cuyo significado, como es evidente, se encuentra en la otra mitad. Y tanto los guerreros águila como los guerreros jaguar señalan la importancia del grupo

que viaja.

Madero se frotó los ojos y se centró de nuevo en la imagen.

—A continuación encontramos unos glifos que representan agua y pesca entremezclados con las huellas que ya conocemos, que simbolizan viajes. El espaciado a intervalos me hace pensar en un viaje, como señalaba el códice, que posiblemente duró más de una semana. Luego la cosa se pone interesante.

Al pie de los glifos había una franja en blanco tocando el borde quebrado

que daba la vuelta a la piedra. Madero señaló una línea dentada que avanzaba por debajo y dos círculos irregulares situados dentro.

—Esto es una especie de mapa. Estoy convencido de que tallaron una imagen de su destino. A juzgar por el fragmento que podemos ver, se trataba de una bahía con varias islas. Lamentablemente, necesitaríamos la otra parte de la piedra para completar la imagen.

—¿Podría ser una interpretación de Tenochtitlán? —preguntó Dirk.

—Por lo que sabemos, la forma del lago Texcoco no coincide. Yo pensé lo mismo, sobre todo cuando vi esto.

Señaló la cabeza y el pescuezo de un pájaro que recorría el borde roto.

—¿Un flamenco? —apuntó Summer.

—O puede que una grulla —contestó Madero—, que representa a Aztlán.

—El profesor Torres nos habló de Aztlán —dijo Dirk—. Fue la ancestral tierra natal de los aztecas, descrita como una isla dentro de un lago.

—Se creía que Aztlán, el «lugar de las grullas», se encontraba al norte del

imperio azteca, de donde los mexica emigraron originalmente. —Madero se quedó mirando la piedra—. Puede que me equivoque, pero si lo sumamos a la referencia a Huitzilopochtli, el mensaje parece claro. Un grupo de aztecas importantes peregrinó a Aztlán. El códice confirmaría que el viaje se hizo por agua y que fue un éxito.

—¿Por qué peregrinaron? —preguntó Summer—. ¿Y qué transportaban?

Madero se encogió de hombros.

—Con solo la mitad de la piedra, el misterio se quedará para la eternidad.

—Puede que no tanto —repuso Dirk.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos una pista sobre la otra mitad de la piedra.

Madero palideció, y Summer rio.

—Es una conjetura arriesgada —aclaró—. He consultado a un amigo de la familia que vive en Washington, St. Julien Perlmutter, un experto historiador marítimo. Tiene un colega en el Archivo General de Indias de Sevilla que ha conseguido un registro de los barcos que zarparon al Nuevo Mundo a principios del siglo XVI. Uno de los barcos se

llamaba *Oso Malo*.

—No lo entiendo —dijo Madero.

—Al principio yo tampoco —admitió Summer—. Envié a Perlmutter una copia de la página del códice en la que aparecía el galeón con el glifo del mono. Él examinó la documentación de los barcos en busca de alguna conexión con un mono u otro primate pero no encontró nada. Afortunadamente, Perlmutter es obstinado y siguió buscando una pista. La encontró cuando investigaba la palabra «mono» en náhuatl.

—*Ozomahtli* —dijo Madero.

—Exacto. Él cree que puede guardar relación con un barco llamado *Oso Malo*.

Madero sonrió.

—Suenan parecidas. No sería aventurado pensar que los aztecas interpretaron mal el nombre del barco, dada la pronunciación de los marineros españoles. Puede que sea una deducción brillante de vuestro historiador.

—Es famoso por sus milagros, con la motivación adecuada.

—Pero no basta con identificar el barco para encontrar la piedra —señaló

Madero.

—En este caso puede que sí —dijo Summer—, porque el destino del *Oso Malo* es fascinante. Hizo una sola travesía a Veracruz en 1525. En el viaje de vuelta a Cádiz, pilló un huracán y tuvo que poner rumbo a Jamaica. Estuvo a punto de conseguirlo, pero se fue a pique en la orilla norte.

—¿Rescataron los restos del naufragio?

—Todavía no lo sabemos —contestó Dirk—, pero pensamos averiguarlo. Summer y yo nos vamos a Jamaica esta

noche. Tenemos previsto volver al trabajo a bordo de un barco de la NUMA dentro de tres días, pero hasta entonces aprovecharemos para ubicar y explorar el lugar del naufragio.

—Esperamos que los buscadores de antigüedades se hayan interesado solo por los metales preciosos o las joyas y hayan desechado una vieja piedra rota.

—Summer señaló la foto—. Por lo menos sabemos lo que buscamos.

Madero miró a los mellizos y sacudió la cabeza.

—La relación con el barco es, en el

mejor de los casos, poco convincente. Creo que estáis persiguiendo una fantasía. Dejadlo correr, por favor. Cuando se recupere la primera piedra, la comunidad académica se enterará de su existencia y recibiremos todo tipo de pistas sobre el segundo fragmento. Sin duda está en algún museo.

—Tal vez, pero no se pierde nada por echar un vistazo —repuso Summer—. Además, no voy a Jamaica solo para que mi hermano se tumbe en la playa y se pase tres días bebiendo ron.

—Aguafiestas —murmuró Dirk.

—Tened cuidado —dijo Madero en voz baja.

—Lo tendremos, Eduardo. —Summer le estrechó la mano—. Le informaremos de lo que encontremos.

Madero permaneció inmóvil mientras los hermanos salían del laboratorio, y luego se volvió hacia su despacho con gesto rígido. Juan Díaz salió de las sombras empuñando una pistola. Un hombre más joven situado detrás de él cruzó el laboratorio y cerró con pestillo la puerta del pasillo.

—Una conversación muy instructiva

—dijo Díaz—. Me alegro mucho de que haya tenido lugar aquí. Sus amigos son muy amables. Tanto que espero que tengan la amabilidad de localizar la segunda piedra al igual que la primera.

Madero se quedó callado echando chispas por los ojos. Momentos antes de que Dirk y Summer llegaran, Díaz había aparecido en su despacho con la pistola para exigirle el código. De repente, el profesor comprendió que el cubano había asesinado a Torres.

—La relación con el buque hundido en Jamaica es pura especulación —dijo

Madero—. Perdería el tiempo yendo allí.

—Admiro su intento de disuadirme, pero los dos sabemos que es una hipótesis de lo más razonable.

Se acercó a Madero y lo miró detenidamente.

—Ha omitido mencionar a sus amigos el auténtico valor de la piedra. ¿Por qué? ¿Va a saquear las riquezas de sus amigos?

Madero apretó los dientes.

—Solo intentaba protegerlos. —Miró a Díaz, un hombre robusto cuyos ojos

negros daban vueltas como los de un halcón hambriento—. ¿Cómo sabe qué pone en la piedra?

Díaz sonrió.

—Da la casualidad de que yo también hice un descubrimiento, y eso me llevó hasta el doctor Torres. Fue un golpe de suerte que ustedes compartieran el hallazgo del códice, la verdad. En fin ¿dónde está exactamente ese magnífico documento?

El cubano apuntó con la pistola a Madero.

Madero se metió con cuidado la mano

en el bolsillo y sacó un llavero con el que abrió un armario metálico. El códice azteca, envuelto en su forro de fieltro, se hallaba en un pequeño recipiente de plástico. Díaz hizo una pequeña señal con la cabeza a su compañero y acto seguido cogió el recipiente.

Con la atención puesta en el códice, Madero no reparó en que el otro hombre levantaba una estatua de piedra olmeca de la mesa del laboratorio. Con un movimiento amplio, golpeó a Madero en la coronilla. El profesor se desplomó en

el suelo.

Díaz pasó por encima del cuerpo que yacía boca abajo y se volvió hacia su compañero.

—Limpia las huellas de la estatua. Con suerte, la policía creerá que sus amigos estadounidenses lo mataron y le robaron el código.

Y con cara de satisfacción se metió el recipiente bajo el brazo y salió tranquilamente del edificio.

El agua de color musgo cubrió el *Starfish* y apagó la radiante luz del sol del Caribe. Pitt controlaba el tanque de lastre desde el asiento del piloto mientras a su lado Giordino comprobaba los sistemas de alimentación y soporte

vital.

—La profundidad estimada del fondo es de trescientos sesenta y cinco metros —anunció Pitt.

Giordino bostezó.

—Casi me da tiempo a echar una siesta hasta que lleguemos.

El submarino de aguas profundas descendía gracias a la fuerza de la gravedad en una travesía letárgica hasta el lecho marino. A Giordino el trayecto se le hizo eterno, porque Pitt no lo dejó dormir pinchándolo con su última novia, una conocida abogada de Washington.

—Por lo menos no estoy casado con una política —replicó Giordino.

Pitt interrumpió el descenso cuando apareció el fondo del mar. Giordino soltó un silbidito.

—Parece que alguien haya estado construyendo una autopista aquí abajo.

Se habían dejado caer sobre una de las borrosas imágenes lineales que habían visto por el sónar. En directo, las franjas eran mucho más definidas, y estaba claro que no se trataba de un elemento geográfico natural. Solo podían ser rastros de origen mecánico.

Pitt guio el submarino hasta una amplia serie de marcas paralelas y se quedó flotando encima.

—Alguien ha estado aquí abajo con material pesado, eso seguro.

—Las marcas miden más de tres metros de ancho —dijo Giordino—. No conozco muchos vehículos capaces de dejar un rastro de ese tamaño.

Pitt negó con la cabeza.

—No se trata de un pozo para la extracción de gas o de petróleo. Alguien estaba llevando a cabo una explotación minera a gran escala.

—¿Crees que alguien ha estado aquí abajo extrayendo nódulos de manganeso?

—Es muy posible. Y probablemente con un alto contenido en oro.

Pitt desplazó el submarino a través del rugoso lecho marino, donde dos tipos de marcas se entrecruzaban en una zona amplia.

—¿Te suenan las segundas huellas?

—Ahora que lo dices, se parecen mucho a las que rodeaban la campana de buceo del *Alta*.

—Eso mismo he pensado yo.

Al alejarse de las huellas, Pitt se fijó en que la profundidad del agua descendía ligeramente. La depresión que habían advertido en la imagen del sónar era evidente a través de la ventana con forma de muesca semiesférica que descendía abruptamente hacia el centro. Las huellas predominaban alrededor de ese punto.

—¿Crees que aquí pusieron cargas explosivas? —preguntó Giordino.

—Eso parece.

—Espera, reduce la velocidad un momento. La temperatura del agua acaba

de subir unos diez grados.

Pitt disminuyó la potencia de los propulsores y dirigió el submarino al centro de la depresión.

—La temperatura sigue subiendo — anunció Giordino—. Sesenta, sesenta y cinco, setenta... y ahora baja. —La monitorizó durante otro minuto—. Ha subido hasta setenta y cinco grados.

—Es una fumarola hidrotermal —dijo Pitt—, justo en el centro de su red de explotación minera.

—Tiene sentido. Las fumarolas de aguas profundas son famosas por la

abundancia de minerales que hay a su alrededor.

—Apuesto a que esta tiene una dosis alta de mercurio.

—Debe de ser la causa de la contaminación —dijo Giordino—. Qué raro que nunca hayamos detectado niveles elevados de mercurio en las fumarolas hidrotermales que hemos analizado.

—Puede que esté relacionado con los explosivos. A lo mejor debajo de las fumarolas había mercurio acumulado y la explosión lo dispersó.

—Tiene lógica. Si se trata de un yacimiento natural que fue alterado, eso explicaría por qué no hemos encontrado evidencias en los dos anteriores.

—Si lo examinamos con detenimiento —añadió Pitt—, apuesto a que encontraremos las mismas huellas y depresiones artificiales.

—Ahora sabemos qué buscar. Volvamos al barco. Me gustaría echar otro vistazo a los registros del sónar de los dos últimos sitios.

—Claro —dijo Pitt—, pero antes una vuelta rápida.

Rodeó la depresión y registró las profundidades antes de propulsar el submarino hacia un estrecho objeto marrón que sobresalía de la arena. Al flotar sobre él, vieron que no se trataba de un barco ni de un velero. Era un tronco enorme.

—Mi hipótesis del barco hundido se ha ido al garete —dijo Giordino—. Solo es un tronco que se cayó de un buque de carga.

—No tan deprisa —advirtió Pitt.

Rodeó el otro lado, desde donde pudieron comprobar que en realidad se

trataba de una piragua.

—Fíjate en su tamaño —dijo Giordino levantando el brazo y activando una cámara de vídeo exterior—. Debe de medir más de diez metros de largo.

—Es una piragua de primera —comentó Pitt—. Debió de utilizarse para viajar entre islas.

La canoa estaba medio enterrada y orientada hacia el lado opuesto a la depresión, pero en su interior no había arena ni desechos. Pitt disminuyó la velocidad y la recorrió de punta a punta

con el *Starfish* para que la cámara de vídeo registrara con todo detalle la embarcación.

—Cuento diez bancos —dijo Giordino—, con la anchura suficiente para sentar a dos remeros en cada uno, y espacio de sobra para la carga.

—Probablemente la utilizaron los indios taínos para el comercio de bienes. —Pitt señaló el casco—. Al parecer sabían modificar una canoa para navegar por mar abierto.

Habían sujetado unas tablas a la obra muerta de la canoa y habían creado una

borda libre que se extendía veinticinco centímetros más. Tanto la proa como la popa presentaban unos elevados remates angulares que habían sido fijados al tronco.

—No sé qué transportaban —dijo Giordino—, pero seguro que no era mercurio.

Pitt asintió con la cabeza. Al bordear el extremo de la canoa, los propulsores del submarino aventaron una zona con arena suelta dejando al descubierto una pequeña piedra rectangular.

Giordino vio el objeto.

—Hay algo en el fondo.

—Lo veo. ¿Por qué no intentas recogerlo?

Giordino ya había activado los mandos del manipulador y extendido su garra plateada cuando Pitt situó el *Starfish* encima del objeto. Agarró sin problemas la piedra y la extrajo de la arena. Cuando la acercó a la ventana, él y Pitt vieron que se trataba de una talla de un guerrero indígena. La imagen tenía piernas cortas y gruesas y nariz grande, y llevaba un taparrabos.

Pitt observó la talla antes de purgar

los tanques de lastre para subir a la superficie.

—Es posible que sea antigua —dijo.

—Me recuerda un poco a nuestro entrenador de lucha libre del instituto, Herbert Mudd —comentó Giordino.

Pitt sonrió.

—Apostaría a que el joven Herbert tendría una historia interesante que contar si pudiera hablar.

El guerrero esculpido permaneció en la garra del manipulador de cara a la cabina mientras el submarino ascendía a la superficie. Aunque Herbert cedería la

palabra a los demás, la pequeña estatua de piedra acabaría teniendo mucho que decir.

La metálica melodía de los tambores de un grupo de percusión callejero recibió a Dirk y a Summer cuando salieron del Aeropuerto Internacional Donald Sangster de Montego Bay. Summer los escuchó un momento y dejó un billete de

cinco dólares en el gorro de punto rastafari para las propinas. El trío le dedicó una inclinación de cabeza. Summer se apresuró a alcanzar a Dirk, quien no hacía ni caso a un agresivo taxista y se dirigía al puesto de alquiler de automóviles.

—Plaza B-9 —le dijo a Summer mostrándole un llavero de coche.

Cuando llegaron al número de aparcamiento que les habían asignado, se encontraron con un Volkswagen Beetle descapotable.

—¿Un Beetle? —preguntó Dirk con

expresión sufrida.

—Es lo mejor que pudieron reservar con tan poca antelación. —Summer arrebató las llaves a su hermano—. A mí me parecen monos.

—Lo mono y lo funcional no siempre van de la mano.

Metió las maletas en el minúsculo maletero. Era demasiado pequeño para que cupiera su equipo de buceo, de modo que Dirk puso las bolsas apretujadas en el asiento trasero.

Sacudió la cabeza.

—Todavía tenemos que recoger el

magnetómetro y unas botellas de oxígeno.

—Podemos apiñarlos encima —dijo Summer bajando la capota.

Se puso al volante en el lado derecho del coche y le pasó a su hermano un mapa de carreteras.

—Yo conduzco. Tú puedes indicar el camino hacia la tienda de submarinismo.

Cuando Dirk se sentó en el asiento del pasajero, gruñó algo así como que necesitaba ron. Summer condujo hasta la oficina de transporte aéreo, donde recogieron una pequeña caja. A

continuación se dirigió al sur hacia Montego Bay. Summer desapareció entre el tráfico de media tarde. Conducía concentrada y atenta circulando por el carril izquierdo de la carretera, un vestigio del pasado colonial británico de Jamaica.

Avanzaron otros cinco minutos hasta que Summer salió de la carretera, con los nudillos blancos de apretar el volante. En ese breve lapso habían estado a punto de ser golpeados de refilón por una furgoneta y embestidos por detrás por un camión del pan.

—¡Aquí conducen como locos! —
espetó.

—Demasiados baches —dijo Dirk—,
o demasiada maría. —Salió del
vehículo y se dirigió a la puerta del
conductor—. Ya conduzco yo, si
quieres.

—Con mucho gusto —dijo Summer
deslizándose al asiento del pasajero.

Dirk arrancó, y esbozó una sonrisa al
mezclarse con los agresivos
conductores. Si bien Summer se sentía
intimidada, Dirk lo veía como un
desafío, desafío que en su país satisfacía

corriendo con un Porsche de los ochenta en competiciones locales de coches deportivos.

Encontraron la tienda de artículos de submarinismo cerca de uno de los hoteles de lujo de Doctor's Beach y alquilaron cuatro botellas de oxígeno, que amontonaron encima del resto del equipo en el asiento trasero del Beetle. De vuelta pasaron por el aeropuerto y dejaron atrás las afueras de Montego Bay al tomar una estrecha carretera costera que recorría la orilla norte.

Llegaron a un conglomerado de

complejos turísticos y pintorescas haciendas, recuerdo de la industria azucarera con mano de obra esclava que prosperó en Jamaica en el siglo XVIII. El tráfico y las urbanizaciones disminuyeron a medida que la carretera bordeaba las aguas acariciadas por la selva del azul Caribe.

Summer consultó el mapa de carreteras.

—White Bay debería estar cerca.

La carretera serpenteaba por una espesa zona selvática antes de avanzar por encima de una cala poco profunda

rodeada de arena blanca. Dirk desvió el coche hacia un estrecho camino de tierra y escapó de un taxi que había estado molestándolo desde que se habían marchado de la tienda de artículos de submarinismo.

El camino de tierra torcía por delante de una callejuela de casas destartadas y cabañas situadas frente a la playa que bordeaban la cala. Las cabañas, en su mayoría residencias de vacaciones de propietarios extranjeros, se veían desocupadas.

—El agente de la inmobiliaria dijo

que era la tercera casa a la izquierda. — Summer señaló uno de los bungalows—. Aquella amarilla con molduras blancas, creo.

Dirk asintió con la cabeza y entró en el garaje abierto del bungalow. Un suave oleaje sacudía la playa a unas decenas de metros.

—Alojamiento justo al lado del lugar del naufragio —dijo contemplando el muelle—. No se puede pedir más.

—Se supone que las llaves están debajo de la alfombra y la casa ya está abastecida de provisiones, así que

podemos quedarnos y trabajar hasta que el *Sargasso Sea* llegue al puerto.

—¿Y una lancha?

—Se supone que una Boston Whaler con depósitos de combustible de repuesto nos está esperando en el embarcadero que hay a la vuelta de la cala.

Descargaron sus cosas en el modesto bungalow de dos habitaciones y abrieron todas las puertas y ventanas para recibir la brisa de la tarde. Después de llevar las botellas de oxígeno hasta la playa, fueron andando

hasta el embarcadero, que estaba cerca.

Encontraron la lancha amarrada. Parecía que llevara años allí; el sol había deslucido los acabados de fibra de carbono y el óxido había corroído las partes de metal pulido.

—Parece que la hubieran construido en la guerra de Secesión —dijo Dirk.

—Lo mismo se puede decir del muelle.

Subieron en fila al tambaleante embarcadero, que era poco más que un puñado de tablas estrechas sobre unos puntales de roca. Dirk colocó las

botellas de oxígeno en la lancha y tiró del cordón de arranque del motor fueraborda, que se puso en marcha al segundo intento.

—No es el *Queen Elizabeth*, pero servirá.

—La cala es más pequeña de lo que esperaba —dijo Summer mientras volvían andando a la cabaña bajo el sol poniente—. Parece que tiene menos de un kilómetro de ancho.

—Con suerte, deberíamos poder inspeccionarla en un día.

Dirk se detuvo y contempló las olas.

Al igual que su padre, sentía una necesidad casi primigenia de explorar el mar. Los restos del *Oso Malo* lo llamaban a poca distancia de la orilla.

Se levantaron al amanecer y desatracaron bajo una brisa fresca. Dirk abrió la caja que habían recogido en el aeropuerto y sacó un magnetómetro. Ya en camino, lanzaron un sensor con forma de pez detrás de la lancha para remolcarlo. El cable estaba conectado a una pequeña estación de procesamiento

con un monitor de audio que señalaría la presencia de objetos de metal férrico con un zumbido agudo.

Empleando un GPS portátil para marcar su camino, Dirk pilotó la lancha trazando estrechas rutas de inspección a través de la cala mientras Summer controlaba el magnetómetro ajustando la longitud del cable remolcado para impedir que el sensor se encallase en el fondo. En la tercera ruta el monitor emitió un pitido: se trataba de un objetivo grande. Dirk apagó el motor, y Summer saltó por la borda con gafas y

aletas para realizar un examen rápido. Salió a la superficie pasado un minuto y subió a la lancha con el ceño fruncido.

—Alguien ha perdido una bonita ancla, aunque es demasiado nueva para ser de un galeón español.

—La recogeremos más tarde.

Dirk volvió a arrancar el motor.

Inspeccionaron hasta el mediodía y pararon un momento para comer en la cabaña. Cuando volvieron al muelle, Summer señaló cerca de la costa.

—Parece que tenemos competencia.

Un esquife verde descolorido con un

único tripulante a bordo se mecía enfrente de la cala. Vestido únicamente con unos vaqueros cortados, el hombre saludó con la mano a Summer y acto seguido se puso unas gafas de buceo y se tiró por la borda empuñando un arpón submarino. Un minuto más tarde, su cabeza asomó un instante por encima de la superficie para coger aire y volvió a desaparecer.

Dirk llevó la Boston Whaler a su última posición en medio de la cala e hizo una señal a su hermana. Summer echó al mar el magnetómetro y

retomaron la inspección mientras llegaba un grupo de nubes bajas que les permitió descansar del sol ardiente. El magnetómetro zumbaba al detectar pequeños objetivos aquí y allá, pero no encontró nada importante. Después de dos horas más, se acercaron a la otra embarcación. El submarinista jamaicano subió a su barco con una larga ristra de peces plateados atada a la cintura y bebió un trago de agua de un bote de plástico. Sonrió de oreja a oreja hacia la Boston Whaler.

—¿Qué buscas, tío?

Dirk redujo la velocidad y Summer se vio obligada a recoger el magnetómetro.

—Un barco español naufragado —contestó—. Supuestamente se hundió en esta cala en 1528.

El hombre asintió con la cabeza.

—Samuel os lo enseña.

Y sin decir una palabra más, el jamaicano levó el ancla y arrancó el motor de su esquife. Se alejó de la costa traqueteando y viró ligeramente al este antes de echar el ancla. Dirk se abarloó e hizo otro tanto.

—Aquí —anunció Samuel—. A doce

metros de profundidad.

—Gracias por enseñárnoslo —dijo Dirk antes de presentarse—. Al parecer alrededor de esta cueva hay buena pesca —añadió mirando el arpón y la captura del jamaicano.

Samuel sonrió.

—Hay buena pesca en toda Jamaica.

El agua era todavía tan poco profunda que se distinguía el fondo. Dirk distinguió a pocos metros la forma verde ascendente de un arrecife de coral. Empezó a levantarse viento. Una borrasca se acercaba poco a poco por el

noroeste y teñía la superficie de gris.

Samuel hizo una señal a Summer desde su barco.

—Bella dama, ven conmigo. Yo te enseñaré los restos del naufragio.

—Sí, por favor —dijo la joven.

Se puso las gafas de buceo y las aletas y se zambulló en el agua la primera.

Samuel se tiró y buceó hasta el fondo. Summer lo alcanzó y lo siguió a escasa distancia. De repente el jamaicano señaló el lecho marino. Al principio ella solo vio un fondo cubierto de una

especie de costra. Luego cobró forma un pequeño montículo que se extendía hasta la cercana masa de coral. Summer aventó la arena suelta y descubrió un par de rocas lisas y redondeadas. Con cierta emoción, reconoció que se trataba de piedras de río, utilizadas a menudo como lastre en los primeros veleros. El gran montículo que tenía delante era el lastre de un barco que se había hundido hacía siglos.

Empezaron a resonarle los oídos, señal de que había llegado el momento de salir a la superficie. Miró a Samuel,

que escarbaba tranquilamente en la arena, y se impulsó con los pies hasta arriba. La Boston Whaler se encontraba a unas cuantas brazadas. Se agarró a la cuerda del ancla mientras la lancha se zarandeaba en el mar creciente.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Dirk asomando la cabeza por la borda.

—Es un barco naufragado, eso seguro. Bastante grande y oculto. Samuel nos ha dejado justo encima del montón de lastre.

—Tiene pinta de ser lo que buscamos. El jamaicano emergió a la superficie

un segundo más tarde.

—¿Es el barco hundido que buscáis?

—Creo que sí. ¿Qué sabes de él?

—No mucho. Lo llaman «el barco hundido de las piedras verdes». La gente dice que las piedras verdes que transportaba fueron arrastradas hasta la playa a lo largo de los años. Es lo único que sé.

Lanzó a Dirk una piedrecita que había sacado del fondo. Era lisa y de color verde oscuro, y tenía un lustre radiante. Dirk la miró un momento antes de metérsela en el bolsillo y ayudar a

Summer a subir a bordo. Samuel trepó a su barco justo cuando las primeras gotas de la borrasca empezaban a caer.

—Gracias, Samuel. Parece el barco que estamos buscando. Mañana lo averiguaremos, cuando mejore el tiempo y podamos estudiarlo más detenidamente.

Samuel sonrió enseñando los dientes.

—Mañana traeré bombonas. Bucearemos juntos. Me pagaréis cien dólares.

Dirk asintió con la cabeza.

—Trato hecho. Pero solo si añades

uno de tus pargos para cenar.

Samuel escogió el pez más grande del lote y lo lanzó a la cubierta de la lancha.

—Hasta mañana.

Guiñó el ojo a Summer y se fue en su esquife a través de la tormenta.

Dirk viró hacia la orilla y navegó a toda velocidad hasta el muelle dando saltos sobre la creciente marejada. La lluvia caía con fuerza y empapó a los hermanos.

—El emplazamiento del naufragio parece muy antiguo —gritó Summer—. ¿Crees que Samuel nos ha llevado hasta

el *Oso Malo*?

—Estoy seguro de que sí. —Dirk sacó la piedra verde del bolsillo y se la lanzó a su hermana—. Es obsidiana verde. Probablemente fue extraída en México. El doctor Madero me enseñó una punta de lanza azteca hecha de ese mineral. Dijo que era un artículo muy apreciado por los aztecas. Es probable que los españoles las exportaran durante la primera época de la conquista.

Summer examinó la piedra y asintió con la cabeza.

—Si hubiera tenido algún valor, la

habrían cargado en un galeón.

Amarraron la lancha y regresaron a la cabaña con una sonrisa en los labios a pesar del diluvio.

—Creo que a Samuel le gustas — comentó Dirk en broma cuando se dirigían al embarcadero a la mañana siguiente.

—Pues es buen nadador —dijo Summer—. Y tiene unos dientes bonitos.

—¿Unos dientes bonitos? ¿Eso es lo que buscas en un hombre?

—Ciertas cosas son innegociables. Una dentadura defectuosa es una de ellas.

—¿No has oído hablar de la odontología correctiva?

—Supongo que tienes razón. Es más fácil arreglar una dentadura defectuosa que una personalidad defectuosa.

Subieron a la lancha de un salto y navegaron hasta la cala. La tormenta había pasado hacía tiempo y el mar estaba en calma. Fiel a su palabra,

Samuel los esperaba en el lugar del naufragio con una pequeña reserva de botellas de oxígeno. Dirk se abarloó y amarró la lancha mientras Summer miraba por la borda. Podía ver con claridad hasta el fondo, donde se distinguía fácilmente el ancla de Samuel clavada en la arena.

—Buenos días —dijo el jamaicano—. ¿Os gustó el pescado?

—Sí, aunque mi hermano lo cocinó demasiado. Veo que has traído oxígeno de sobra.

—¿Estáis listos para bucear?

—Sí —contestó Summer—. Veo que nos has traído mejor tiempo. Me alegro.

—Es un placer. —Samuel sonrió—. Bueno, ¿qué buscáis? ¿Oro o plata?

—Siento decepcionarte, pero no hay ningún tesoro, al menos que nosotros sepamos. Buscamos una piedra redonda tallada.

Samuel se quedó boquiabierto, más de lo que estaba.

—Vale. También os ayudaré a encontrar eso.

Bucearon hasta el fondo, donde Dirk y Summer inspeccionaron el montón de

lastre. Utilizando un carrete de cinta métrica, midieron su anchura y longitud hasta el punto en el que era engullido por un extenso afloramiento coralino. Dirk señaló la superficie.

—No contaba con una barrera de coral hambrienta —dijo tras subir a la lancha.

Summer se quedó flotando en el agua junto a Samuel.

—Según los datos de St. Julien, el *Oso Malo* medía veinte metros de eslora. Como mínimo la mitad no está cubierta de coral.

—Supongo que diez metros es mejor que nada. —Dirk tiró de la polea de arranque de una bomba de agua que funcionaba con gasolina, que había alquilado el día antes tras visitar media docena de tiendas de artículos de submarinismo de Montego Bay. Metió una manguera de succión en el mar y le pasó a Summer otra boca y otra manguera—. ¿Estás lista para excavar?

—Dame un segundo para llegar al fondo.

Summer se puso el regulador y se sumergió. Dirk le dio tiempo suficiente

para que se situara en un extremo del montón de lastre y abrió la válvula para que el agua marina circulara por la bomba.

Un chorro de agua salió por la boca que Summer tenía en la mano. Lo aprovechó para apartar la arena que cubría el montón de lastre. Samuel la observó mientras despejaba un sendero de treinta centímetros de ancho en lo alto, dejando al descubierto una pila de piedras de río lisas.

Retirar la cobertura era un proceso lento y agotador, de modo que los tres se

turnaron para manejar el chorro de agua sustituyéndose cada treinta minutos.

Summer registró la excavación con una cámara submarina nueva que Dirk le había comprado y tomó notas en un diario. Les llevó casi toda la mañana llegar al pilar de coral, donde dejaron al descubierto una parte del maderamen del barco.

Después de comer, limpiaron una segunda zanja a poca distancia de la primera. Dirk casi había terminado una tercera en el lado opuesto cuando el chorro dejó de salir. Nadó hasta la

superficie y descubrió que el motor de la bomba no hacía ruido.

—¿Lo has apagado? —preguntó a Summer, que estaba sentada al lado de Samuel junto a la bomba.

—No, se ha quedado sin gasolina. — La chica agitó una lata de combustible casi vacía—. Apenas nos queda suficiente para volver a la orilla.

Dirk subió a bordo, se quitó el equipo de buceo y se tomó un breve descanso.

—De todas formas, creo que ya casi está. Prácticamente había terminado la tercera zanja. Con las tres, deberíamos

haber descubierto la piedra, si estuviera allí. Si se encuentra todavía en el barco hundido, me temo que estará incrustada en el coral.

Summer frunció el ceño.

—Si está en el coral, nunca la encontraremos.

—Aun así tenéis muchas cosas interesantes —repuso Samuel.

Señaló una toalla extendida sobre las tablas de la cubierta. Estaba llena de objetos descubiertos en las zanjas, en su mayoría piezas de porcelana rotas y clavos y accesorios corroídos. Bajo el

sol también relucían varios fragmentos de obsidiana verde.

—Por lo menos nada hace pensar que el barco naufragado no sea el *Oso Malo* —dijo Summer—. Esto daría para una bonita exposición en el Museo Nacional de Arqueología Histórica de Port Royal.

—Mañana encontraremos la piedra —prometió Samuel.

—No, Dirk tiene razón. —Summer negó con la cabeza—. Deberíamos haber visto la piedra encima del montón de lastre. No está allí... o el coral la ha cubierto. De todas formas, me temo que

mañana tenemos que irnos de Jamaica.

Dirk sacó su cartera de una bolsa de inmersión, le entregó a Samuel doscientos dólares y le dio las gracias por su ayuda.

—Estáis locos —dijo el jamaicano sonriendo—. Si tenéis que irnos, dejad que Samuel os invite antes a una copa.

—Nada me gustaría más en este momento —admitió Dirk.

Izaron las anclas de sus respectivas embarcaciones y regresaron al embarcadero de piedra. Siguiendo las indicaciones de Samuel, se apretujaron

en el Volkswagen y se dirigieron a Montego Bay. Habían recorrido una corta distancia cuando el jamaicano les hizo parar delante de un pequeño edificio. Un letrero descolorido anunciaba su nombre desde el tejado: BAR Y MUSEO GREEN STONE.

—Green Stone, «Piedra Verde» —apuntó Summer—. Es como llamaste al barco hundido.

—Sí. A lo mejor ellos tienen vuestra piedra. Sé que tienen cerveza fría —dijo Samuel con una sonrisa—. Vivo en el pueblo de al lado.

En el bar no había nadie, salvo un perro salchicha negro dormido en un rincón. Para sorpresa de Dirk y Summer, el interior estaba lleno de objetos náuticos. Anclas oxidadas, balas de cañón y platos de porcelana decoraban las paredes, y una red de pesca cubría el techo. Un estante de madera alto y combado sostenía docenas de obsidianas verdes idénticas a las que habían hallado en el lugar del naufragio.

—Estos objetos deben de ser del *Oso Malo* —comentó Dirk examinando un plato de peltre grabado con un castillo

de tres torres bajo una corona: el emblema de Castilla.

Se oyó un tintineo de botellas en la trastienda y un viejo salió con una caja de cervezas. Tenía el pelo y la barba cubiertos de canas, pero vestía una chillona camisa hawaiana y se movía con agilidad.

—No os he oído entrar —se disculpó—. ¿Qué os pongo, chicos?

—Dos Red Stripe y un daiquiri para la señorita —pidió Samuel sonriendo a Summer.

—Me vale —dijo ella.

Se acercaron a la barra mientras el hombre preparaba la bebida de Summer y pasaba unas botellas heladas de cerveza Red Stripe a Dirk y Samuel. Cuando el anciano abrió una tercera botella para él, sonrieron.

Dirk bebió un trago de cerveza jamaicana y señaló una espada con percebes incrustados fijada encima de la barra.

—Hoy hemos estado buscando los restos del *Oso Malo*, pero diría que usted se nos adelantó.

Los ojos del camarero se iluminaron.

—Hace años que no oigo a nadie llamarlo por ese nombre. Aquí se le conoce como «el barco hundido de las piedras verdes» o «el barco hundido de las esmeraldas», aunque, claro, no había esmeraldas a bordo.

—¿Qué sabe de las piedras verdes que transportaba? —preguntó Summer.

—Simple obsidiana verde. Es una piedra bonita, pero no tiene ningún valor intrínseco. Aunque por lo visto los españoles del siglo XVI no pensaban lo mismo. Al parecer era muy apreciada en México, de modo que cargaron un barco

con esa quincalla. Por desgracia para nosotros —dijo con un brillo en los ojos—, enviaron el oro y la plata en otra dirección.

—Tenemos entendido que el barco navegaba de Veracruz a Cádiz cuando se adentró en un huracán —terció Dirk.

—Así es. El huracán lo hizo encallar en las inmediaciones de White Bay. A pesar de estar tan cerca de la costa, la mayoría de la tripulación se ahogó. Solo cuatro hombres llegaron a tierra, y encontraron refugio en un asentamiento español llamado Melilla.

—¿Rescataron los españoles los restos del naufragio? —preguntó Dirk.

—No, que nosotros sepamos. Los supervivientes tardaron tres años en volver a España. Para entonces, el barco prácticamente había quedado olvidado porque no transportaba oro ni plata. Se quedó allí cuatrocientos años hasta que un arqueólogo estadounidense lo descubrió a finales de siglo XIX.

—¿Un estadounidense? —se sorprendió Summer.

—Se llamaba Ellsworth Boyd. Había excavado varios asentamientos de indios

taínos en la isla. Dirigía una excavación en el área cuando la gente de la zona le habló de las piedras que los pescadores recogían con sus redes. Fue a la bahía y contrató a unos submarinistas que buceaban a pulmón para que recuperaran lo que pudieran. —Señaló con la mano los estantes llenos de piedras—. Montones de obsidianas verdes.

—¿Sabe qué fue de los otros objetos rescatados?

—Estáis viendo la mayoría de ellos. Boyd envió unos cuantos artículos al Museo Peabody de Yale, en New Haven,

pero la mayor parte se quedó aquí. Sin duda estas cosas también se las habría llevado, pero Boyd murió poco después de la excavación. Algunos de sus colegas, incluido mi tío abuelo, decidieron fundar un museo aquí en su honor. Se quedó un poco abandonado con los años, pero desde que yo heredé su propiedad, he hecho lo que he podido para que siga abierto.

Dirk reveló al hombre lo que les interesaba del barco.

—¿Recuerda haber visto una gran piedra semicircular con inscripciones

mesoamericanas que pudo haberse caído del barco naufragado?

El camarero miró al techo.

—No, no me suena. Pero deberíais echar un vistazo al diario de la excavación que Boyd escribió.

Summer abrió los ojos como platos.

—¿Dejó un registro de su trabajo en el *Oso Malo*?

El camarero asintió con la cabeza.

—Sí, es bastante detallado.

Entró en la trastienda y salió enseguida con un libro fino encuadernado en cuero que estaba

cubierto de polvo.

—Lleva un tiempo en el estante — dijo—, pero podéis cogerlo prestado.

Summer despegó la cubierta y leyó en voz alta la portada escrita a mano: «Crónica de la excavación de un buque español naufragado en White's Bay, Jamaica, noviembre de 1897-enero de 1898, por el doctor Ellsworth Boyd».

Ojeó las páginas y halló pormenorizadas entradas y elegantes imágenes dibujadas a mano de cada día de la excavación.

Se quedó boquiabierta.

—Es fantástico. Si encontró la piedra, seguro que lo escribió en este diario.

Samuel se inclinó por encima del hombro de Summer para ver el diario.

—Hoy es vuestro día de suerte.

Dirk apuró su cerveza y dejó la botella vacía en la barra.

—Pidamos algo para cenar y veamos lo que el buen doctor tiene que contarnos.

—Aquí no servimos comida —repuso el camarero—, pero hay una marisquería muy buena siguiendo la carretera llamada Mabel's. Hacen un pargo a la

parrilla delicioso. Podéis llevaros el diario.

—Gracias —dijo Summer—. Es usted muy amable, señor...

—Me llamo Clive, pero la mayoría de la gente me llama Abuelo —contestó guiñándole el ojo—. Quedaos el libro el tiempo que queráis. No voy a irme a ninguna parte.

Samuel pagó las bebidas, y el trío salió. La luz del sol de media tarde era cada vez más tenue.

—¿Quieres cenar con nosotros, Samuel? —preguntó Dirk.

—No, tengo que volver a casa antes de que mi mujer se enfade. —Estrechó la mano a Dirk y abrazó a Summer—. Adiós, amigos míos. Espero que encontréis lo que buscáis.

—¿Quieres que te llevemos? — insistió Summer cuando el jamaicano se disponía a marcharse.

—No, gracias. Me voy andando. Adiós.

Dirk y Summer le dijeron adiós con la mano y subieron a su coche.

—¿Vamos a Mabel's? —preguntó Dirk.

Summer asintió con la cabeza, agarrando fuerte el diario de Boyd.

—Esperemos que sirvan el pargo a la parrilla en una fuente de piedra.

Poco más grande que un vestidor, el café Mabel's era una casa de comidas al aire libre protegida del sol por un alto techo de paja. Un grupo de clientes locales se les había adelantado y obligó a Dirk y Summer a pelearse para encontrar una

mesa vacía con vistas al mar. Una llamativa camarera con el pelo trenzado les trajo un par de cervezas Red Stripe, y los dos pidieron el pargo de la casa. Mientras esperaban, Summer abrió el diario y empezó a devorar su contenido.

—Boyd dice que buscaba los restos de un antiguo asentamiento español en el río Martha Brae cuando le hablaron del barco hundido de las piedras verdes. Con la ayuda de unos pescadores de la zona localizó su emplazamiento. Dice que gran parte del casco se veía desde la superficie, hecho que él atribuye a la

fuerza de un huracán que arrasó la isla pocos meses antes y dejó al descubierto los restos del naufragio.

—Probablemente tenga razón —dijo Dirk—. En estas aguas cálidas no se habría conservado gran cosa si el barco hundido hubiera estado expuesto a los elementos durante cuatrocientos años.

—Boyd no tenía recursos para contratar a buzos con escafandra, de modo que recurrió a unos submarinistas que buceaban a pulmón para que excavasen el lugar. Trabajaron durante el invierno y encontraron y catalogaron

más de mil objetos.

Summer pasó la página y encontró un dibujo del buque naufragado como Boyd lo halló. Se veía la quilla entera y los soportes de los travesaños, así como varias secciones del casco.

Dirk se fijó en las hileras de piedras de lastre y reparó en un pequeño afloramiento de coral cerca de la popa.

—No se parece en nada a como estaba hoy. Entonces el coral empezaba a invadir el lugar.

—Pueden cambiar muchas cosas en cien años —dijo Summer.

La camarera llegó con sus platos de pargo a la parrilla, acompañados de una guarnición de quingombó hervido y *festival*, unos buñuelos de masa frita. Summer atacó la comida con un tenedor mientras seguía leyendo atentamente las anotaciones.

Las páginas sucesivas describían los resultados diarios de la excavación, con algún que otro dibujo de los objetos más interesantes. Aparte del equipamiento de hierro pesado del barco, incluidas anclas, cadenas y un par de pequeños cañones, la mayoría de los objetos

sacados a flote eran fragmentos o piezas talladas de obsidiana verde mexicana.

Hacia el final del diario, Summer pasó página y por poco se le atragantó el quingombó. En el centro había una tosca representación de una gran piedra tallada con forma semicircular.

—¡La he encontrado! —exclamó con la voz entrecortada.

Dirk miró el dibujo y sonrió.

—Parece que encaja a la perfección con la mitad que encontraste en Zimapán. Por desgracia, no hizo un dibujo muy detallado.

Summer asintió con la cabeza. Aparte de la imagen parcial de un pájaro, Boyd no había dibujado ningún detalle de la piedra. Pasó páginas hasta llegar a la última pero no vio más ilustraciones.

—No ha habido suerte —dijo—. Debía de saber que era mesoamericana. ¿Por qué no le prestaría más atención?

—¿Qué dice el relato?

Summer leyó el texto restante.

El 26 de enero, Martin, nuestro jefe de buzos, descubrió una gran piedra grabada que en un principio se estimó que era lastre. Con considerable esfuerzo, la

pedra fue izada del fondo y remolcada a aguas poco profundas para llevarla a tierra. La pedra parece la mitad de un objeto redondo mayor que fue partido en dos a propósito. En posteriores inspecciones del lugar del naufragio, los buzos no consiguieron localizar la otra mitad.

—Comparto su decepción —comentó Dirk sacudiendo la cabeza.
Summer siguió leyendo.

La pedra es mexicana, pues Roy Burns ha identificado sus grabados como glifos náhuatl. Su forma y diseño se parecen a los de la pedra calendario, aunque su

tamaño es considerablemente menor. Todavía se desconoce su significado, aunque Roy está traduciendo fragmentos.

—Dinos algo que no sepamos —dijo Dirk.

Summer ojeó las páginas que faltaban.

—Los días siguientes se dedicaron a terminar la excavación y a catalogar objetos —explicó—. Pero hay un fragmento más sobre la piedra. El 29 de enero, escribe:

Roy ha pasado los dos últimos días estudiando la piedra mexicana y haciendo

dibujos minuciosos. Su interpretación es a la fuerza incompleta, pero cree que la piedra es un mapa que conduce al almacén de una isla relacionado con la deidad Huitzilopochtli. Está entusiasmado, y le ha dado por llamarla «piedra del emperador de Boyd». Un nombre bastante ridículo, me temo.

—Esas son sus palabras —concluyó Summer—. No hay ninguna indicación de lo que pone, ni siquiera una representación del mapa.

—Burns tiene razón —dijo Dirk—. Es evidente que el almacén de esa isla

es importante. Lástima que no nos haya dado su parte del mapa.

—Esto es interesante. —Sam pasó a la última página—. La entrada final tiene fecha del 1 de febrero:

Hoy en el campamento hemos recibido la inesperada visita de Julio Rodríguez, quien al parecer ha estado en Jamaica en una excavación cerca de Kingston. Enseguida nos ha preguntado por la piedra mexicana. Debe de tener un espía en nuestra cuadrilla de trabajadores locales. Afortunadamente, la piedra ya ha sido embalada y estaba guardada en un carro. Roy y yo no le hemos dicho nada, cosa

que ha despertado su ira, y se ha ido hecho una furia. Otra vez está buscando la gloria a costa de los esfuerzos de otros. Gracias a Dios, mañana partimos de Port Antonio, y podremos descifrar el significado completo de la piedra cuando estemos en New Haven.

Summer cerró el diario.

—Es la última entrada.

—Así que no íbamos descaminados.

Lo más probable es que la segunda piedra esté acumulando polvo en un cuarto del Museo Peabody de Yale.

Summer arrugó la nariz.

—No sé. Parece que Boyd reconocía su importancia. Uno de los dos debió de publicar un artículo sobre el tema.

—Supongo —convino Dirk—, pero quizá haya quedado tan olvidado como la piedra.

—Podríamos enviar un correo electrónico a St. Julien y al museo esta noche —propuso Summer—, y mañana seguir investigando a bordo del *Sargasso Sea*. Suponiendo que papá no tenga una montaña de trabajo esperándonos.

Terminaron de cenar, pagaron la

cuenta y subieron al Volkswagen para emprender el breve trayecto de vuelta a la cabaña. Cuando se metieron en la carretera de la costa, se les acercó una camioneta abollada que se pegó a su parachoques. Dirk aceleró, pero el vehículo no se separó de él.

Summer vio por el retrovisor que la rejilla oxidada de la camioneta daba peligrosos botes justo detrás de ellos.

—Ese tío hace que un taxista de Nueva York parezca educado.

Dirk asintió con la cabeza y pisó a fondo el acelerador. La serpenteante

carretera dio paso a un tramo recto sin tráfico en el sentido opuesto. Con cuidado, Dirk arrimó el Beetle al arcén y redujo la velocidad para dejar pasar a la camioneta, pero el conductor siguió pegado a su parachoques.

—Ese tío no sabe captar una indirecta —murmuró Dirk dejándose de cortesías y acelerando.

—A lo mejor se ha tomado a pecho el consejo del letrero —dijo Summer apuntando una señal deteriorada con la advertencia «Los enterradores adoran a los conductores imprudentes».

La carretera subía por una colina pequeña y sinuosa y cruzaba un puente sobre un arroyo pantanoso. Cuando llegaron al puente, la camioneta por fin se movió y se situó junto al Beetle.

Dirk vio a un jamaicano con aspecto de matón en el asiento del pasajero que le dedicó una sonrisa poco amistosa. A continuación el hombre se asomó por la ventanilla, apuntó a Dirk con una pistola y apretó el gatillo.

El tiro pasó silbando gracias al frenazo inmediato de Dirk. La camioneta giró bruscamente, embistió al Volkswagen y lo empujó hacia la precaria barandilla del puente. El guardabarros izquierdo del Beetle arrolló la baranda y destrozó

sus soportes de madera como si fueran mondadientes.

Dirk redujo una marcha para tratar de mantener el volante recto. Summer soltó un grito cuando salieron del arcén y las ruedas izquierdas quedaron medio colgando del borde. Los disparos sonaban por encima de la refriega. El parabrisas del Beetle se hizo añicos, y Dirk y Summer se agacharon en sus asientos.

En medio de un chirrido de metal, el Volkswagen inició la retirada antes de que la camioneta pudiera empujarlo al

arroyo. Dirk dio un volantazo a la derecha y evitó por los pelos salir de la carretera. Como no venía tráfico de frente, se metió en el carril contrario y pisó el acelerador.

El motor turbo de cuatro cilindros del Beetle rugió cuando el cochecito adelantó como un rayo a la camioneta. El conductor reaccionó rápido y también aceleró. El Mopar Hemi de 5,7 litros que se escondía bajo el capó no se correspondía con el aspecto desvencijado de la camioneta y le proporcionaba potencia de sobra para

perseguir al coche.

—¿Cómo nos han seguido la pista hasta aquí? —gritó Summer agarrándose al salpicadero mientras Dirk tomaba una curva cerrada.

—No lo sé, pero están decididos a encontrar la otra mitad de la piedra.

El Volkswagen se metió en una gran hondonada de la carretera y dio un bote. El parachoques trasero arañó el asfalto al caer al suelo y dejó escapar una estela de chispas. Summer se volvió y vio cómo la camioneta pasaba por la misma hondonada; su conductor estuvo a

punto de perder el control.

El Beetle era más rápido en las curvas, pero la camioneta ganaba terreno fácilmente en las rectas. Cuando enfiló un tramo recto, la camioneta se acercó y chocó contra la parte trasera del Volkswagen. El Beetle patinó, pero Dirk mantuvo el control y logró aumentar la distancia entre los dos vehículos en la siguiente curva.

—¿Sabes adónde va esta carretera?
—gritó Summer.

—Sé que recorre la costa norte hasta por lo menos Port Antonio, pero eso está

muy lejos. Si antes llegamos a un pueblo más o menos grande, podemos intentar darle esquinazo o ir a la policía.

Summer se fijó en un indicador que anunciaba que Ocho Ríos se encontraba a dieciocho kilómetros.

—A lo mejor allí hay policía.

El Volkswagen alcanzó unos vehículos más lentos. Dirk zigzagueó entre ellos. La camioneta lo imitó, pero al hacerlo perdió terreno. Dirk se vio obligado a reducir la velocidad cuando entraron en la ciudad de St. Ann's Bay, donde se había emplazado la primera

capital española de la isla. El centro estaba salpicado de recargados edificios georgianos, lo que dio esperanzas a Dirk y a Summer de recibir ayuda policial. Sin embargo, la ilusión les duró poco porque volvieron a oír disparos detrás.

—¡Agáchate! —gritó Dirk mirando por el espejo retrovisor.

La camioneta había conseguido esquivar a una fila de coches y estaba justo tras ellos. El pasajero estaba asomado a la ventanilla disparando. Ya fuese por mala puntería o por la creencia equivocada de que los últimos

modelos de Beetle tenían el motor en la parte trasera, el tirador disparó tres veces al maletero sin causar daños.

Dirk pisó el acelerador, se saltó una señal de stop a toda velocidad y esquivó por los pelos un camión de fruta.

—Por lo visto nuestros amigos no respetan demasiado a la policía local.

—Tenemos que intentar llegar a Ocho Ríos —dijo Summer—. Creo que es un puerto de escala de cruceros, así que seguro que habrá policía.

Dirk adelantó a un autobús estacionado y salió de la ciudad a toda

pastilla dejando la camioneta atascada detrás. El tráfico de la carretera de la costa se fue despejando y Dirk puso el Volkswagen a más de ciento cuarenta kilómetros por hora. En diez minutos llegarían a la gran ciudad.

—Intenta llamar a la policía de Ocho Ríos —dijo Dirk—. Averigua dónde están y diles que vamos para allá.

—¿Nueve, uno, uno? —preguntó Summer.

—Creo que aquí es al revés: uno, uno, nueve.

Summer empezó a marcar cuando

Dirk dio un frenazo y el teléfono le salió volando de las manos. Al doblar una curva había visto un autocar turístico parado en la carretera. El tráfico que venía en la dirección contraria también se había detenido, y una muchedumbre de turistas que volvían de la playa atestaban la carretera a la espera de subir al autocar. En un aparcamiento lateral carretera arriba se veían salir más autocares.

—Esto no me gusta —dijo Dirk viendo que el atasco tardaría en despejarse.

Estudió la carretera en busca de una posible salida o un escondite.

Solo tenían una opción. A poca distancia del autocar había un pequeño sendero de tierra que se desviaba hacia la selva. Si Dirk conseguía enfiar el camino con el Volkswagen antes de que la camioneta tomara la curva, sus perseguidores tal vez creerían que habían adelantado a los vehículos parados.

Dirk soltó el freno y aceleró hacia el autocar aparcado.

Summer puso las manos en el

salpicadero con la intención de prepararse para el impacto.

—¿Qué haces?

Se quedó muda cuando su hermano frenó de golpe y el coche derrapó hacia la derecha. Asustados, los turistas del autocar prorrumpieron en gritos, pero sus chillidos quedaron apagados por el chirrido de los neumáticos del Beetle cuando el vehículo describió un arco y salió disparado por el camino de tierra. Dirk contuvo la respiración cuando el coche se adentró en la selva. Miró a la derecha hacia la carretera para ver si

los habían descubierto.

El morro de la camioneta apareció a la vuelta de la curva persiguiéndolos a toda velocidad. Al cabo de un segundo, el Volkswagen se perdía bajo la espesa maleza. El coche daba sacudidas y vibraba por el camino lleno de surcos, que daba la impresión de no haber sido utilizado en la última década.

—¿Crees que nos han visto? — preguntó Summer.

—No lo sé, pero espero que no. Está claro que en este camino no podremos correr más que ellos.

Cien metros por detrás, el conductor de la camioneta no había visto girar al Volkswagen. Sin embargo no le pasaron desapercibidas las marcas recientes de frenazos que llevaban al camino lateral y la leve nube de polvo que flotaba encima. Con una sonrisa de tiburón, el hombre se metió en el camino y avanzó como una bala por la superficie llena de baches.

Más adelante, el camino ascendía a través de un denso follaje que arañaba la pintura azul del Volkswagen. Summer vio un indicador tapado por una

enredadera con una flecha que apuntaba al mirador del río Dunn. Al tomar una curva muy pronunciada, miró hacia atrás y vio un tenue destello de metal entre los arbustos.

—Malas noticias. Siguen detrás nuestro.

Dirk asintió con la cabeza, a la vez que se peleaba con el Beetle para impedir que se quedara encallado. No tenía ni idea de adónde llevaba el camino, pero sabía que no permanecerían en él mucho tiempo.

—En el peor de los casos, paramos y

huimos a la selva —dijo—. Nos dirigimos cuesta abajo hasta la carretera. Si nos separamos, quedamos en el bar Green Stone.

Summer trató de sonreír.

—Tú pagas la primera copa.

Dirk hizo subir el Beetle por una pequeña colina y se detuvo. El camino terminaba en un claro con la anchura justa para que un coche diera la vuelta. Unos árboles altos rodeaban el claro menos por la izquierda, por donde bajaba un río poco profundo. Cuando la camioneta se acercó con estruendo por

la colina, se vieron acorralados.

Dirk miró a su hermana.

—Parece que hemos llegado al final del camino —dijo haciendo una mueca.

Summer miró las sandalias que ella y su hermano llevaban puestas ante la temible perspectiva de correr por la selva. Al oír el ruido de la camioneta acercándose, alargó la mano para coger la manilla de la puerta.

—Más vale que nos pongamos en marcha.

—Espera —dijo Dirk poniendo primera y dando la vuelta al coche en el claro sin salida. Enfiló el ancho y poco profundo río y se detuvo junto a la orilla de grava.

—¿Qué haces? —preguntó Summer.

—Este es el río Dunn.

A Dirk se le había quedado grabado en la mente el letrero oxidado de la carretera. Sabía que uno de los principales atractivos turísticos de Jamaica eran las cataratas del río Dunn,

una cascada escalonada que a los visitantes les gustaba escalar en grupo. Eso explicaba la cantidad de autocares que había abajo.

—Crucemos el río —añadió—. Podemos bajar andando por el otro lado y colarnos en un autocar de turistas.

Sonó un ruido de motor y la camioneta salió volando por encima de la cresta. El vehículo avanzaba demasiado rápido en trayectoria de colisión con el Volkswagen. Dirk pisó el acelerador, rebasó la orilla y entró en el río.

La camioneta pasó rozando el Volkswagen cuando el conductor dio un frenazo y derrapó hasta un viejo mango.

Dentro del Beetle, Dirk no soltó el acelerador y siguió cruzando el río. El lecho era relativamente llano y poco profundo, y el coche avanzó sin problemas hacia la otra orilla.

—¿No flotan estos trastos? — preguntó Summer.

—Estás pensando en el Beetle original —respondió Dirk—. No sé si los nuevos modelos también flotarán. Ni quiero averiguarlo.

Habían recorrido unos diez metros cuando oyeron un chapoteo tras ellos. Para gran consternación de Summer, la camioneta avanzaba hacia el río. Sonó otro estallido detrás, y Dirk oyó un silbido y al instante el salpicadero se desintegró ante sus ojos.

—No alcanzaremos el otro lado antes que ellos —dijo Summer en un tono más tenso.

Dirk llegó a la misma conclusión. No había contado con que la camioneta les seguiría. La distancia entre el Volkswagen y el suelo era menor y se

quedaría atascado o se pararía antes que la camioneta. Mirando por el retrovisor, le gritó a Summer que se agarrase. Entonces giró para proseguir río abajo.

Se habían metido en el río por encima de la cabecera de las cataratas y se encontraban a escasa distancia de la primera terraza rocosa: una caída de un metro hasta una pequeña charca. Mientras las ruedas motrices trataban de ejercer tracción, Dirk centró el coche con las cataratas y se lanzó por el borde.

Las ruedas delanteras chocaron contra una roca inclinada que elevó el morro

del coche y el vehículo cayó en la charca casi de pie. El impacto provocó una onda que salpicó las cataratas de más abajo.

Aunque el agua casi cubría sus ruedas, el Volkswagen siguió funcionando. Dirk avanzó. Los hermanos miraron atrás y vieron que la camioneta vacilaba en lo alto de las cataratas y acto seguido los seguía.

—Están locos —gritó Summer por encima del ruido del agua.

Dirk sacudió la cabeza.

—Supongo que tendremos que hacer

más el loco.

Cruzó la charca hasta las siguientes cataratas. A diferencia de la primera, las restantes cascadas descendían de forma continua a lo largo de casi veinte metros por una serie de cornisas escalonadas. Dirk comprobó que su hermana tenía el cinturón bien abrochado y acto seguido alineó el Beetle y se lanzó por encima del borde.

La primera caída fue la más brusca, un descenso de unos tres metros hasta una estrecha terraza. El Volkswagen cayó de morro aplastando la parte

delantera, pero rebotó hacia arriba y hacia adelante. Los airbags se hincharon soltando una nube de humo blanco mientras el coche saltaba por encima de la siguiente cornisa.

El Beetle descendió como una rana saltarina por una larga serie de pendientes y cornisas. Un grupo de turistas observó horrorizado cómo caía por delante de ellos. El vehículo rebotó de un canto rodado a otro, sus neumáticos estallaron y su suspensión implosionó, pero permaneció de pie. Del impulso, el Volkswagen fue a parar

a una roca larga y resbaladiza, donde se deslizó diez metros a través de un chorro de agua.

El viaje desenfrenado de Dirk y Summer terminó en una última serie de cataratas dispuestas en abruptas terrazas. El maltrecho Beetle descendió por la cuesta emitiendo un chirrido metálico. Al llegar a la última terraza, dio una lenta vuelta de campana hacia delante y con las ruedas hacia arriba chapoteó hasta una enorme charca. El coche volcado flotó plácidamente un instante y acto seguido desapareció bajo

el agua.

Un guía turístico jamaicano que se encontraba cerca abandonó a sus clientes y caminó por el agua hacia el vapor y las burbujas que indicaban el lugar de reposo del Volkswagen. Se quedó helado cuando algo le rozó la espinilla bajo el agua. Al instante emergió la figura alta y ágil de Summer, con un diario rojo en la mano. Un segundo más tarde, Dirk salió a la superficie a unos metros de distancia y se acercó a su hermana nadando.

El jamaicano dejó escapar un grito

ahogado.

—¿Estáis vivos los dos? Es un milagro.

—El milagro se llama airbag —dijo Dirk—. ¿Estás bien, hermanita?

Summer le dedicó una débil sonrisa.

—Tengo un hombro dislocado y me duele una rodilla, pero parece que todo lo demás funciona.

—¡Cuidado!

Un turista señaló a lo alto de las cataratas.

Dirk y Summer vieron que la camioneta se despeñaba por la cornisa.

El conductor había seguido al Volkswagen hasta el precipicio de las segundas cascadas y se había detenido para observar cómo el Beetle descendía. Sin embargo, una roca situada debajo del vehículo se había desprendido y la camioneta se había quedado balanceándose sobre tres ruedas. El conductor trataba de retroceder cuando se soltaron más rocas. La camioneta se quedó flotando en el aire un instante y acto seguido se precipitó por las cataratas.

Como la parte delantera era más

pesada, el vehículo dio con el morro contra la primera terraza y volcó. Cayó con gran estrépito por la siguiente pendiente y fue dando vueltas de campana de catarata en catarata. Las ruedas y los parachoques salieron volando. El pasajero salió despedido por la ventanilla a medio camino, y su cuerpo se estrelló contra una piedra caliza que le partió la columna vertebral.

El conductor permaneció en la camioneta hasta que tocó fondo, tras caer en la charca con un tremendo

estruendo. La cabina quedó totalmente destrozada. Cuando el vehículo se hundió en el agua, Dirk supo que el conductor estaba muerto.

—Puede que sea un buen momento para salir de aquí —dijo agarrando a Summer del brazo y arrastrándola a la orilla del río.

Pasaron tambaleándose por delante de un grupo de turistas atónitos, que se quedaron mirando los restos hundidos de la camioneta como si esperaran que su ocupante muerto saliese.

En su descenso por las cataratas, Dirk

y Summer encontraron un autocar de un complejo hotelero de Montego Bay estacionado en el aparcamiento y subieron como si nada. Se sentaron agazapados en la última fila tratando de evitar las miradas de los turistas que subieron tras de ellos y charlaban entusiasmados de los vehículos que habían visto despeñarse por las cataratas.

Cuando el autocar arrancó, Summer se fijó en la amplia sonrisa de su hermano.

—¿Qué tiene tanta gracia? Por poco

nos matamos.

—Estoy pensando en la cara que se le quedará a ese tío.

—¿Qué tío?

—El de la agencia de alquiler de coches cuando le digamos dónde tienen que recoger el Volkswagen.

El bungalow estaba a oscuras cuando el intruso subió con sigilo hasta el porche a las dos de la madrugada. Se detuvo y permaneció atento por si oía sonidos dentro. No se oía nada salvo el chapoteo de las olas. Posó la palma en el pomo

con suavidad y lo giró. Cedió sin problemas. Con cuidado, abrió la puerta unos centímetros y se asomó al interior.

La sala estaba casi a oscuras. Una ventana trasera abierta dejaba entrar un rastro de luz ambiental y permitía ver que las puertas de los dos cuartos traseros estaban cerradas. Era mejor de lo que había esperado.

El intruso entró rápidamente en la casa y cerró la puerta tras él. Dio un vacilante paso al frente... y una brillante lámpara de pie se encendió de golpe. El extraño se dio la vuelta y miró hacia la

lámpara entornando los ojos. A través de los puntitos que se movían en sus retinas, vio a Dirk sentado en una silla enfrente de él, sosteniendo un arpón sobre el regazo. Una fila de botellas de cerveza vacías en una mesita contigua para el café daban fe de lo paciente de su emboscada.

—Es un arma estupenda —declaró Dirk. Apuntó al hombre con el arpón cargado—. Un KOAH. Cuesta unos seiscientos dólares en Estados Unidos. No es el arma que esperarías que llevase un sencillo pescador de la parroquia de

Trelawny, y menos aún que la dejase en su barco.

—Me pagan bien, señor Dirk.

Samuel apretó sus relucientes dientes angustiados.

—¿Qué tal si sueltas la pistola? —dijo Dirk.

Era una orden, no una petición.

Samuel asintió con la cabeza, sacó un revólver Smith & Wesson de la cintura del pantalón y lo dejó en el suelo.

—Usted y su hermana me caen bien —dijo el jamaicano levantándose despacio—. No he venido a hacerles

daño.

—Pero lo harías por dinero.

—No. —Samuel negó con la cabeza.

—No creo que tus amigos pensarán lo mismo. ¿Están muertos los dos?

Samuel asintió con gesto serio.

Dirk giró el arpón hacia la mesita. Parcialmente oculto por las botellas de cerveza se hallaba el diario rojo de Ellsworth Boyd. Dirk colocó la punta del arpón sobre el libro y lo empujó hacia Samuel.

—Esto es lo que buscas. Adelante, llévatelo.

Samuel titubeó.

Dirk le lanzó una mirada fulminante.

—Si nos hubieras hecho unas cuantas preguntas más mientras bebíamos en el Green Stone, podrías habernos ahorrado muchas molestias.

El cansancio de los incidentes del día, junto con la cerveza que había bebido, se manifestaba en sus ojos inyectados en sangre.

Samuel extendió una mano vacilante hacia el diario.

Cuando sus dedos rozaron la cubierta, Dirk bajó de golpe la punta del arpón.

—Pero antes tengo que saber una cosa. ¿Quién te paga?

—Un hombre de Mo Bay para el que trabajo a veces.

—¿Cómo se llama?

Samuel negó con la cabeza.

—Es mi primo. Un simple intermediario. No es relevante para usted.

—Entonces ¿quién le paga a él?

Samuel se encogió de hombros.

—¿El jefe? Es de Cuba. Le gustan las antigüedades y las reliquias, como a usted. Es lo único que sé.

—¿Un cubano?

—Sí. Vino en un avión del ejército, pero no se quedó mucho tiempo.

Dirk asintió y soltó el diario.

Samuel lo cogió con cuidado y se lo puso bajo el brazo.

—Tengo una pregunta —dijo—. ¿Dónde está la piedra que todo el mundo quiere?

—Lo más probable es que esté en un museo de Estados Unidos, donde tu amigo cubano no pueda tocarla.

Samuel se encogió de hombros.

—Espero que la encuentren ustedes

antes que él. Mi primo dice que está loco.

El jamaicano retrocedió hacia la puerta y giró el pomo.

—Adiós —saludó bajando la vista avergonzado.

—Adiós, Samuel.

Dirk puso el seguro al arpón y lo dejó.

Samuel salió y cerró la puerta.

Un minuto después, Summer salió de su cuarto vestida con una camiseta extra grande del Instituto Oceanográfico Scripps. Se tapó la boca mientras

bostezaba.

—Me ha parecido oír voces.

—Le acabo de dar a Samuel el diario.

—¿Qué has hecho qué?

—Es lo que Díaz busca. Ahora ya no hace falta que nos mate mientras dormimos.

—¿Juan Díaz, el cubano que conocimos en México?

—El mismo. Contrató a Samuel para que nos vigilara y pagó a los matones de la camioneta. Sin duda está detrás del robo de la piedra en Zimapán.

—Díaz... —Una expresión de amarga

decepción asomó al rostro de la joven —. ¿Era el jefe de los ladrones que se llevaron la piedra? ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Coincidimos poco con él. Tú misma me dijiste que todos iban disfrazados y que el que mandaba apenas habló.

—Aun así, debería haberlo reconocido. —Summer se sentó en el sofá, estupefacta—. Él es el responsable de la muerte del doctor Torres. Pero ¿por qué un arqueólogo cubano estaría dispuesto a matar por una antigüedad

azteca?

—Puede que ni siquiera sea arqueólogo. A lo mejor está dirigiendo una operación de contrabando de reliquias. Las antigüedades vendidas en el mercado negro mueven mucho dinero. Los dos trozos de la piedra juntos podrían valer un dineral para un coleccionista... O podría tratarse de otra cosa.

—¿Qué cosa?

Dirk se quedó mirando el arpón con una expresión distante.

—Quizá, y solo quizá, Díaz sabe qué

transportaban los aztecas cuando
zarparon para Aztlán.

TERCERA PARTE

Cuba libre

Dirk y Summer apenas habían subido a bordo del *Sargasso Sea* cuando los motores se encendieron con estruendo y el barco de investigación zarpó de las aguas centelleantes de Montego Bay.

—¿Ni un breve descanso para la

tripulación en la soleada Jamaica? — preguntó Summer a su padre después de saludarlo con un afectuoso abrazo.

Pitt negó con la cabeza.

—Nos dirigimos al norte de Cuba, y quiero llegar lo antes posible.

—Es peor que el capitán Bligh.

Pitt desvió la vista hacia Giordino.

—A ciertos miembros de la tripulación no se les podría dejar en una isla productora de ron como Jamaica.

Giordino sacudió la cabeza.

—Hombre de poca fe.

—Recibimos el correo electrónico en

el que describías las zonas muertas — dijo Dirk—. ¿Habéis descubierto algo más?

Pitt los llevó a la sala de oficiales, donde había fotos de tamaño póster pegadas al mamparo de un rincón.

—Estas son imágenes del lecho marino de las tres zonas muertas que inspeccionamos. Mosaicos fotográficos, en realidad, confeccionados a partir de imágenes individuales registradas por el vehículo submarino autónomo. Como podéis ver, hay una depresión simétrica en el centro de cada zona. No

identificamos el origen de la toxicidad hasta que Al y yo bajamos en el *Starfish* a estudiar de cerca una de ellas y encontramos una fumarola hidrotermal en el centro.

—Las fumarolas que hemos analizado en el Pacífico son ricas en minerales y muy ácidas —añadió Dirk—, pero no tóxicas en general.

—Estas sí. Se encuentran en aguas relativamente poco profundas para una fumarola hidrotermal, menos de trescientos metros, cosa que puede contribuir al problema. Estamos

encontrando penachos de metilmercurio de más de dieciséis kilómetros de largo.

—¿Mercurio? —preguntó Summer.

Pitt asintió con la cabeza.

—Sorprendente, aunque no debería serlo. La mayor parte del mercurio del medio ambiente proviene de las erupciones volcánicas. Hace doscientos cincuenta millones de años más o menos, los mares estaban hasta tal punto contaminados de mercurio procedente de la actividad volcánica que prácticamente se extinguió la vida marina. Sabemos que las fumarolas

hidrotermales no son más que un vestigio de la actividad volcánica submarina. Por algún motivo, en los montes y cordilleras submarinos de esta parte del océano abunda el mercurio.

—Ahora que lo dices —terció Dirk —, recuerdo haber leído sobre un volcán submarino a la altura del extremo sur de Japón que está expulsando una concentración elevada de ese compuesto.

—Aquí se da el mismo caso —dijo Pitt.

Summer señaló una de las fotos.

—Qué raro que haya una depresión parecida alrededor de cada fumarola.

—No es una casualidad —apuntó Pitt—. Estamos bastante seguros de que los cráteres se formaron debido a explosiones provocadas por el hombre.

—¿Por qué querría alguien volar una fumarola hidrotermal? —se sorprendió Summer.

—Alguien ha estado destrozando el fondo del mar en nombre de la minería submarina —intervino Giordino.

—Claro. —Summer asintió—. Las fumarolas suelen estar rodeadas de

abundantes yacimientos de mineral sulfurado.

—Parece que alguien ha intentado buscar oro a lo bestia —dijo Dirk.

—Eso mismo creemos nosotros —convino Pitt—. Abrieron la fumarola con explosivos y bajaron equipos de minería para aspirarlo todo hasta la superficie.

—Se llevaron el oro y dejaron a su paso un desastre medioambiental —concluyó Summer.

—Entonces ¿quién es el responsable? —preguntó Dirk.

—Todavía no lo sabemos —contestó Pitt sacudiendo la cabeza—. Hiram ha comprobado todas las explotaciones mineras submarinas conocidas, y los acuerdos de arrendamiento marino relacionados, pero no ha encontrado a nadie que opere en esta zona. Al menos legalmente.

—¿Podrían ser los cubanos? —dijo Summer.

—Es posible —respondió Pitt—, pero no creemos que posean la tecnología necesaria. Tendrían que contratar el equipo, y eso acabaría

constando en el registro público. Pero tenemos una pista.

—¿De qué se trata? —preguntó Summer.

—Estas huellas. —Pitt señaló una masa de líneas paralelas que cruzaban de un lado a otro la depresión—. Al y yo vimos unas huellas parecidas cerca de la boca del pozo donde se hundió el *Alta*.

—Y parecían recientes —señaló Giordino.

—¿Fue la empresa que está buscando petróleo? —preguntó Dirk.

—Contacté con el capitán del barco de perforación y me dijo que no tenían ningún equipo que pudiera haber dejado esas huellas.

—Entonces ¿creéis que quien voló esas tres fumarolas trabaja al otro lado de Cuba? — se interesó Summer.

—Es nuestra mejor suposición —dijo Pitt—, así que volvemos al estrecho de Florida. A unas veinte millas de La Habana.

—Es un lugar peligroso para un problema de contaminación por mercurio —observó Dirk—; está justo

en la cabecera de la corriente del Golfo.

—Eso es lo que nos preocupa. Un penacho de mercurio importante allí podría extenderse por la costa este de Florida y más allá.

Un tripulante entró en la sala de oficiales y se acercó a Summer.

—Señorita Pitt, su teleconferencia está lista. El señor Perlmutter está esperándole.

Summer sonrió a su hermano y se levantó de golpe de la silla.

—A lo mejor ha encontrado la piedra —dijo, antes de seguir al miembro de la

tripulación hasta una cercana sala de videoconferencias.

—¿La piedra? —preguntó Giordino—. ¿Qué andabais haciendo en Jamaica?

Dirk les relató la azarosa búsqueda de las dos piedras aztecas desde que habían descifrado el códice, y Pitt adoptó una expresión seria de preocupación.

—A la persona que junte las dos piedras debe de esperarle algo valioso —dijo Giordino. Se frotó la barbilla un momento—. ¿Has dicho que es una piedra azteca? Deberías conocer a

nuestro amigo Herbert.

Giordino se dirigió a una mesa de un rincón, donde la estatua que habían extraído del fondo del mar hacía las veces de pisapapeles de unos registros de sónar. Cogió la estatua junto con un puñado de fotos.

—Saluda a Herbert. —Dejó la estatua en la mesa delante de Dirk—. Lo encontramos en una canoa grande cerca de una de las tres fumarolas. El arqueólogo de a bordo cree que podría ser azteca.

Dirk examinó la estatuilla con

indicios de reconocerla. El perfil marcado y el atuendo del guerrero le resultaban claramente familiares.

—El doctor Madero nos enseñó una estatua similar en el museo de su universidad. Se parece mucho a una de las deidades aztecas. —Miró a Giordino con curiosidad—. ¿Has dicho que la encontrasteis en una canoa?

Giordino asintió con la cabeza y le pasó las fotos.

—Son imágenes que tomamos desde el *Starfish* a trescientos sesenta metros de profundidad.

—La piedra representa el viaje de peregrinación a la tierra natal azteca de varias embarcaciones grandes —explicó Dirk—. El doctor Madero nos dijo que los mayas eran famosos por su comercio marítimo, pero que no hay constancia de que los aztecas viajaran mar adentro.

—Entonces o la canoa es maya o hay que cambiar los libros de historia.

—¿Encontrasteis más objetos con la canoa? —preguntó Dirk.

—No —respondió Pitt—. Pero las huellas de los vehículos mineros llegaban hasta ella, de modo que alguien

pudo haberla vaciado.

Summer volvió a la sala con una expresión de derrota en el rostro.

—¿No ha habido suerte con la piedra? —dijo Dirk.

—Nada útil. No está en Yale, ni en ninguna otra parte de Estados Unidos, según St. Julien. Por lo visto, Ellsworth Boyd, el arqueólogo que encontró la mitad de la piedra, no consiguió regresar a su patria. Poco después de partir de Jamaica fue asesinado, en Cuba. Aunque no lo creáis, murió en la explosión que hundió el *Maine*.

—¿Qué hacía a bordo del *Maine*? —
soltó Giordino.

Summer negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. St. Julien va a seguir investigando. Cree que existe una posibilidad de que transportara la piedra a bordo del *Maine*.

El grupo se quedó en silencio reflexionando sobre el buque de guerra que había instigado la guerra hispano-norteamericana.

Finalmente, Dirk miró a su padre sonriendo con picardía.

—¿Has dicho que nos dirigimos a un

sitio que está a veinte millas de La Habana?

—Correcto.

—Eso nos sitúa muy cerca.

—¿Muy cerca de qué?

—Si mis conocimientos históricos no me engañan —dijo Dirk—, de donde ahora descansa el *Maine*.

Cuando el crucero acorazado *Maine* explotó inesperadamente en febrero de 1898 y mató a doscientos sesenta y un marineros, se produjo un llamamiento inmediato a la guerra. Aunque la chispa que hizo estallar sus polvorines sigue

siendo un misterio, en su día todo el mundo apuntó a España. El fervor patriotero, avivado por una fuerte dosis de prensa amarilla, instigó la inmediata declaración de guerra.

La consecuente guerra hispano-norteamericana fue un conflicto breve. A los pocos meses, la marina estadounidense había vencido a la flota española en las batallas de Santiago y de la bahía de Manila. En julio, el Primer Regimiento de Caballería Voluntaria de Teddy Roosevelt había obtenido la victoria en las lomas de San

Juan, y en agosto se había negociado un acuerdo de paz entre los dos adversarios.

Acabada la guerra, el origen del conflicto cayó extrañamente en el olvido. Los maltrechos restos del *Maine* quedaron atrapados en el cieno del puerto de La Habana durante más de una década, con su palo mayor asomando triste por encima de las olas. El interés conmemorativo, y el deseo de despejar el atasco portuario, empujaron al final al Congreso a aprobar unos fondos para sacar a flote la embarcación.

En una proeza de ingeniería que muchos vaticinaron condenada al fracaso, el Cuerpo de Ingenieros Militares construyó una ataguía alrededor del barco naufragado y bombeó el agua. El navío cubierto de lodo que salió a la superficie era un amasijo de metal retorcido. Los ingenieros cortaron las partes dañadas y cerraron las brechas. En marzo de 1912, el barco fue puesto a flote y remolcado lejos de la costa, donde fue hundido con su bandera ondeando al viento.

Sentado en el puente de mando del

Sargasso Sea, Pitt estudiaba las coordenadas centenarias del lugar del naufragio, marcadas en un mapa digital del litoral cubano.

—Lo hundieron a unas cuatro millas de la costa. En 1912 eso se consideraba alta mar, pero actualmente el límite territorial es de doce millas. Si nos entretenemos allí, es probable que nos convirtamos en huéspedes permanentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba.

Giordino exhaló una nube de humo azul de puro.

—¿Dejarán fumar en sus cárceles?

Summer estaba de pie junto al timón con su hermano, mirando la extensión de agua azul en calma.

—Podríamos inspeccionar los restos del naufragio a distancia —dijo.

Giordino asintió.

—Nadie se ofendería si enviáramos un vehículo submarino autónomo a buscar el barco naufragado y a dar unas cuantas pasadas. Dependiendo de cómo haya caído el barco en el fondo, podríamos verlo bien.

—De acuerdo —dijo Pitt—. Pero

ahora tenemos cosas más importantes que hacer. Os doy doce horas; luego nos iremos a la zona donde naufragó el *Alta*. Pero no dejéis que los cubanos acaben con mi vehículo submarino.

Dirk se detuvo.

—¿Y tu Bichito Rastrero, Al? Si localizamos el barco hundido con el vehículo submarino, ¿podríamos enviar uno de tus bichitos a investigar?

—Con un transpondedor en el agua, podemos manejarlo en tiempo real desde el barco. Sería una buena forma de poner a prueba sus capacidades. —

Giordino se sentó erguido y dejó su puro —. Incluso podría preparar un dispositivo de despliegue para que el vehículo lo suelte en el lugar y así ahorrar tiempo.

Pitt sabía que si un barco con bandera de Estados Unidos se detenía cerca de aguas cubanas, sobre todo cerca de La Habana, se exponía a atraer una atención no deseada. En cuanto Giordino hubo echado al mar su vehículo una hora más tarde, situó el *Sargasso Sea* a varias millas del límite territorial de Cuba.

Programado por Giordino, el vehículo

submarino amarillo se dirigió a toda velocidad a las últimas coordenadas conocidas del *Maine*, se sumergió hasta el fondo e inició una prospección por cuadrículas buscando con sus sensores un objeto magnético grande.

Después de seis horas, el vehículo submarino autónomo completó la inspección y ascendió en línea recta hasta el barco de investigación de la NUMA; lo izaron a bordo y extrajeron su paquete de datos. Giordino revisó los resultados con la familia Pitt apiñada a su alrededor. Un diagrama cuadrado

lleno de líneas verticales apareció en el monitor, salpicado de burbujas con forma de amebas.

—Tenemos una serie de pequeñas anomalías magnéticas. Y una grande en la vía catorce.

Giordino señaló una gran mancha roja.

—Echemos un vistazo a las imágenes del sónar —dijo Pitt.

Giordino abrió el registro del sónar y se desplazó rápidamente por el contenido hasta una tabla de datos situada en una esquina que indicaba «vía

14».

—El objetivo magnético estaba cerca de la parte superior de la vía —dijo, ralentizando el vídeo a la velocidad de grabación.

En pantalla apareció una versión teñida de dorado del fondo del mar. El sónar creaba imágenes borrosas de rocas, montículos y otros elementos que se elevaban del lecho marino. La grabación avanzó un poco cuando una oscura figura trapezoidal apareció a un lado de la pantalla. Giordino congeló la imagen.

—Ahí está.

Summer y Dirk se acercaron para ver mejor. Se trataba clarísimamente de la elegante popa ahusada de un antiguo buque de guerra. El extremo opuesto presentaba una extraña punta roma allí donde el cuerpo del ejército había cortado e introducido un mamparo plano para poner a flote el barco. Daba la impresión de que El *Maine* estaba posado sobre la quilla y presentaba una insignificante inclinación.

La imagen provocó un escalofrío en la columna de Summer.

—Parece intacto y bastante accesible. ¿Crees que puedes enviarle un Bichito Rastrero, Al?

—Problema resuelto —dijo Giordino sonriendo—. Mientras el vehículo submarino trazaba su cuadrícula, encargué un arnés con liberación programada al taller. El vehículo puede llevar el bichito al lugar y dar vueltas unos minutos hasta que el temporizador se active. El bichito dejará un transpondedor cuando se retire que nos permitirá recorrer el *Maine*. Si vuestra piedra se quedó en el barco, podríamos

encontrarla.

—¿Cómo sabes que no voló en pedazos con la explosión o que no acabó en el puerto? —preguntó Pitt.

—La verdad es que no sabemos si se destruyó con la explosión —admitió Summer—. En cuanto a si terminó en el puerto... Perlmutter nos dijo que la puesta a flote del *Maine* fue ampliamente documentada. Incluso dragaron la zona del naufragio. No hubo señales de su recuperación.

—Entonces ¿qué te hace pensar que sigue en el barco? —insistió Giordino.

—Dos hechos son motivo de esperanza. Primero, el equipo de rescate estaba concentrado en poner a flote el barco. Los polvorines del *Maine* estaban situados en la parte delantera, así que la sección de proa sufrió los peores daños. Los ingenieros dedicaron a esa parte la mayoría de sus esfuerzos, cortando las zonas deterioradas e instalando un mamparo. Las cuadrillas de trabajo de popa se limitaron a quitar el lodo buscando restos humanos. Me gustaría creer que dejaron una piedra vieja y pesada.

—Suponiendo que la transportaban en la popa del barco —dijo Pitt.

—El segundo motivo de esperanza es el arqueólogo, Ellsworth Boyd —explicó Summer—. Aunque murió durante la explosión, su cadáver fue rescatado intacto, lo que indica que no estaba cerca del epicentro. Como huésped del barco, tendría un camarote en popa. Si no se encontraba cerca de la zona más afectada por la explosión, existe la esperanza de que la piedra tampoco estuviera allí.

—Creo que tengo más probabilidades

de ganar en Las Vegas —comentó Pitt meneando la cabeza—. Está bien, poneos manos a la obra.

Giordino rio entre dientes.

—No te preocupes, jefe. Tengo la corazonada de que Herbert no nos fallará.

El sistema de lanzamiento de Giordino funcionó según lo anunciado. Dos horas más tarde, observaban fascinados cómo el Bichito Rastrero subía correteando por una pendiente de arena y se abría camino hasta la cubierta del *Maine*. La

cámara de vídeo del bichito mostraba un casco metálico pelado, cubierto de un leve manto de vegetación marina.

Giordino guio el bichito a través de la base de acero de la cubierta, desprovista ahora de la madera de teca con incrustaciones que adornaba originariamente el barco. El empleado de la NUMA se peleó con el bajo nivel de iluminación del bichito y con un molesto desfase entre sus movimientos en la palanca de control y la reacción del dispositivo, pero pronto hizo que el aparato corriera por el barco

naufragado.

Los restos del *Maine* eran una tumba espectral de acero corroído con las cubiertas totalmente vacías. El robot entró en el castillo de popa, que había albergado las dependencias de los oficiales y el capitán. Donde el interior había estado cubierto de paneles y alfombras, ahora solo había mamparos de acero gris. La mayoría de las escotillas estaban abiertas y permitían ver a la perfección los camarotes vacíos que habían sido el hogar de unos marineros fallecidos tiempo atrás.

Giordino hizo bajar al bichito por una escalerilla a la cubierta de literas y a una sala de oficiales vacía. No había gran cosa que ver aparte de unas pequeñas lámparas de cristal tallado que todavía colgaban del techo. Al no ver nada parecido a una piedra grande, Giordino hizo volver al bichito a la cubierta principal y salir de la estructura de popa. Había evitado entrar en la sala de máquinas y en las carboneras, pues todos estaban de acuerdo en que no eran lugares adecuados para guardar la piedra.

—Creo que hemos visto todo lo que hay que ver.

Estiró los dedos cansados con los que manejaba la palanca de control.

—Nada remotamente parecido a la piedra —dijo Dirk—. Es muy probable que no sobreviviera a la explosión.

Summer asintió.

—Supongo que nunca sabremos la historia completa de los aztecas. —Se volvió hacia Giordino—. Gracias por el esfuerzo, Al. Por lo menos has captado unas imágenes increíbles del viejo buque de guerra.

—Son gajes del oficio —dijo, compartiendo la decepción de los hermanos.

—¿Cómo vas a recuperar el bichito? —preguntó Dirk.

—Lo mandaré a Cayo Hueso. Si seguimos en la zona dentro de unos días, podremos recogerlo de paso.

Mientras hablaban, al bichito se le quedó enganchada una pata en un respirador retorcido que estaba empotrado en el castillo de popa. Giordino tuvo que dar marcha atrás para liberar el aparato.

—Un momento.

Quien habló fue Pitt, que había permanecido en silencio detrás observando el vídeo.

—Vuelve a donde te habías quedado atascado.

Giordino hizo retroceder unos pasos al bichito.

—¿Has visto algo que te ha llamado la atención?

—Ahí, contra el mascarón. ¿Puedes hacer zoom con la cámara?

Giordino asintió y pulsó una tecla. La imagen se amplió y permitió ver un

objeto metálico encajado entre el mamparo y el respirador deteriorado.

—Es una pistola —comentó Giordino.

Se las ingenió para enfocar el arma con los mandos de la cámara. Pitt se acercó al monitor para ver mejor. Se trataba de un revólver de armazón abierto que solo mostraba una ligera corrosión en el cañón y la empuñadura, pese a carecer de su culata de madera original.

—Parece un Lefauchaux —dijo Pitt —, un revólver de cartucho francés. Era

el arma de mano habitual de la caballería de la Unión durante la guerra de Secesión.

—Parece bastante encajado debajo del respirador —observó Giordino—. No debieron de verlo cuando limpiaron el barco para ponerlo a flote.

Acercó el bichito un poco y aumentó todavía más la imagen.

—¿Qué hace un viejo revólver francés en el *Maine*? —preguntó Summer.

Nadie supo qué contestar hasta que Giordino volvió a enfocar la imagen. En

el cañón se distinguía un tenue grabado en letras borrosas.

—F. de Orbea Hermanos, Éibar, 1890
—leyó Pitt—. Debe de ser el fabricante.

Se volvió hacia Summer arqueando una ceja.

—Casi aciertas. La pregunta correcta es: ¿qué hace un viejo revólver español a bordo del *Maine*?

—¿Has llegado ya al fondo de la pila?

St. Julien Perlmutter alzó la vista de su mesa en la sala de investigación de los Archivos Nacionales y vio la cara sonriente de la archivera jefe de

documentos militares.

—Casi, Martha, casi. Disculpa el ejercicio que te he obligado a hacer. Los archivos sobre el *Maine* son más exhaustivos de lo que esperaba.

—Me viene bien el ejercicio. — Martha posó una mano en una de sus amplias caderas—. Avísame si necesitas algo más.

—Martha, querida, eres pura ambrosía —dijo Perlmutter sonriendo.

Era el tercer día que pasaba en la sala de investigación estudiando minuciosamente documentos

centenarios. Aunque ya conocía bien el hundimiento del *Maine*, le fascinó leer la investigación oficial sobre el desastre y su documentación adicional, incluidos gráficos relatos de supervivientes e informes de los daños del barco elaborados por submarinistas de la marina. Las posibles causas de la explosión, que iban del incendio de una carbonera al estallido de una caldera, fueron descartadas por la comisión de investigación a favor de una presunta mina exterior.

Al principio, Perlmutter no halló

ninguna mención al arqueólogo Ellsworth Boyd, de modo que saltó a los documentos del salvamento y puesta a flote del buque de guerra en 1912. Pormenorizados informes de ingeniería, con abundantes fotografías en blanco y negro, documentaban la construcción de la ataguía alrededor de los restos del barco naufragado, la extracción de restos humanos, así como del reflotamiento y segundo hundimiento de la embarcación.

En ninguno de los informes encontró Perlmutter la menor mención a la

antigüedad de Boyd.

Revisó con detenimiento una última carpeta de comunicados navales relativos a las reacciones en La Habana inmediatamente después de la explosión. Se acercaba al final de la carpeta cuando encontró una carta del jefe forense del Hospital Naval de Brooklyn dirigida al general Fitzhugh Lee, cónsul general de Cuba. El mensaje era breve:

18 de marzo de 1898

Estimado general Lee:

Adjunto una copia sellada del informe de la reciente autopsia del doctor Ellsworth Boyd, como usted solicitó.

Suyo afectísimo,

DOCTOR RALPH BENNETT
Hospital Naval de Estados Unidos,
Brooklyn

Perlmutter estudió la carta preguntándose por qué se habría llevado a cabo una autopsia a Boyd. Su instinto de investigador le decía que eso no era todo. Cerró la carpeta y llamó a Martha.

—¿Ya has acabado? —preguntó ella.

—He terminado con este material, pero me temo que la búsqueda continúa. ¿Puedes ver qué tiene el Tío Sam sobre correspondencia diplomática del siglo XIX?

—Por supuesto. ¿Qué buscas?

—El expediente de un tal general Fitzhugh Lee mientras estuvo de cónsul general en Cuba, en el año 1898.

—Déjame mirar. Podría estar en la Biblioteca del Congreso.

La archivera volvió minutos más tarde sonriendo.

—Estás de suerte, Julien. Tenemos

una carpeta sobre él en los archivos que abarca de 1896 a 1898. Lo he encargado como pedido urgente, pero tardará una hora o dos.

—Eres un encanto, Martha. Dos horas dan para una agradable comida en el asador Old Ebbitt. ¿Me acompañas?

—Solo si comemos en una hora — contestó ella ruborizada—. Trabajo para el gobierno, ya sabes.

—Qué funcionaria más cumplidora — dijo Perlmutter poniéndose en pie e inclinándose—. Después de ti, querida.

Cuando volvieron una hora y media

más tarde, el expediente estaba esperando en la casilla de la archivera. Revitalizado gracias a una comida compuesta por sopa de ostras y pastelitos de cangrejo, Perlmutter se zambulló en los documentos.

La correspondencia de Fitzhugh Lee, un veterano de la guerra de Secesión y sobrino de Robert E. Lee, era voluminosa. Los papeles abarcaban desde su nombramiento en el cargo por el presidente Grover Cleveland, en 1896 en La Habana, hasta su evacuación de Cuba en abril de 1898 al inicio de la

guerra con España.

Perlmutter hojeó un montón de cartas que describían las tensiones crecientes con la fuerza dirigente española y la resistencia cada vez mayor de los rebeldes cubanos.

Examinando un aluvión de comunicados en torno a la destrucción del *Maine*, le sorprendió encontrar una copia de la autopsia de Boyd. El documento de una página, una sencilla descripción del examen, revelaba un descubrimiento asombroso. Boyd no había muerto debido a la explosión del

Maine. Su muerte se atribuía a una herida de bala en el pecho, junto con evidencias de ahogamiento parcial.

Perlmutter buscó más pistas y las encontró una hora más tarde en forma de carta del capitán del *Maine*, Charles Sigsbee, a Lee. La misiva escrita a mano decía, en parte:

He recibido el informe sobre el doctor Boyd. Parece confirmar la versión del teniente Holman referente a una escaramuza en el alcázar inmediatamente después de la explosión. Holman cree que hubo una breve refriega por la caja de

Boyd. No se dio cuenta de que Boyd estaba herido de muerte, pero tenía claro que iba a abandonar el barco para subir a bordo del vapor. No puedo confirmar su sospecha sobre los responsables, aunque tal vez se pueda verificar con la captura del vapor. Tal medida también permitiría ratificar si el *Maine* fue destruido debido a la reliquia de Boyd. Me parece una lamentable concesión a la vanidad que la guerra responda al tesoro de un imperio extinguido hace mucho.

C. D. SIGSBEE

—¿Tesoro? —murmuró Perlmutter para sí—. Siempre hay un tesoro.

Leyó los papeles restantes de Lee y descubrió otra pista: un comunicado del Ministerio de Guerra dirigido a Lee con fecha de una semana después del hundimiento del *Maine*. Lee era informado de que el barco estadounidense *Indiana* había entablado combate con el vapor *San Antonio* en el canal viejo de las Bahamas, a la altura de la costa nordeste de Cuba.

El capitán del *Indiana* informaba con pesar que la embarcación había sido hundida en aguas profundas durante un intento de captura. Aunque el

contrabando se perdió, un superviviente, el doctor Julio Rodríguez, reveló dónde creía que se encontraba el lugar de depósito antes de sucumbir a las heridas recibidas durante la batalla. La ubicación se calificó de confidencial y se envió al Ministerio de Guerra para su evaluación estratégica.

Perlmutter dejó la carta, horrorizado ante las repercusiones de su contenido. Ahora tenía más preguntas que respuestas, pero sabía que la búsqueda de la piedra Azteca llevada a cabo por Pitt tenía una importancia considerable.

Leyó detenidamente los documentos que quedaban en la carpeta y estuvo a punto de pasar por alto una misiva de una página escrita en el papel de carta de la Casa Blanca y fechada en 1908. Estaba claro que la habían archivado incorrectamente, pensó al reconocer la espaciosa firma del presidente al final. Sin embargo, cuando leyó el sucinto decreto presidencial, se le hizo un nudo en la garganta.

Una hora más tarde, recogió los documentos de Lee y los llevó al mostrador, donde Martha estaba

terminando de atender a otro visitante.

—Muchas gracias por tu ayuda, Martha —dijo—. Ya he terminado mi estudio por hoy.

—¿Has encontrado algo destacable que te obligue a volver mañana?

—Ya lo creo. —A Perlmutter le brillaron los ojos—. Una causa totalmente nueva para la guerra hispano-norteamericana.

—Puede que no tenga importancia, pero me ha parecido que valía la pena informar.

Los ojos azules de Rudi Gunn brillaban en el monitor de videoconferencia del barco a la espera

de una respuesta a mil millas de distancia.

—Cualquier información es útil cuando persigues duendes —repuso Pitt.

—Cuando me hablaste de las depresiones que había en el centro de las zonas tóxicas —dijo Gunn—, encargué al doctor McCammon, del departamento de geología, que investigase los incidentes sísmicos de la región. En las seis últimas semanas ha habido un incidente cerca de cada uno de los tres sitios, con un 4.0 en la escala de magnitud del momento, o poco menos

de 3.0 en la escala de Richter.

—Parece significativo —observó Giordino paseándose por delante de la pantalla.

—No necesariamente. Hay unos mil incidentes sísmicos al día en todo el mundo, si bien en este caso parece que existe una relación.

—Supongo que las lecturas sísmicas podrían ser indicio de una explosión submarina —dijo Pitt.

—Desde luego. Entre doscientos cincuenta y trescientos cincuenta kilos de TNT podrían producir una lectura

equivalente. El doctor McCammon me ha mostrado unas lecturas parecidas de conocidas explotaciones mineras en tierra firme.

—Es una prueba más de que alguien está volando fumarolas hidrotermales —dijo Pitt.

—Hay una cantidad limitada de sistemas de extracción minera submarina en activo —informó Gunn—, pero todavía no hemos localizado ninguno en el Caribe. Por lo visto la mayoría están en Indonesia.

—Considerando los daños

medioambientales que están provocando —dijo Pitt—, no me extraña que operen de forma clandestina.

—Una cosa más —añadió Gunn—. ¿Dijiste que volvíais al sitio donde se había hundido el barco de perforación?

—Eso es. Al y yo vimos unas huellas en el fondo que coinciden con unas marcas que encontramos alrededor de las fumarolas.

—Buscamos incidentes sísmicos en esa zona y descubrimos que hace solo cuatro días hubo un pequeño temblor en la zona —anunció Gunn—. Puede que no

vayáis descaminados.

—Ya casi hemos llegado, así que lo sabremos dentro de poco. Gracias, Rudi.

Gunn asintió con la cabeza, y su imagen desapareció del monitor. Pitt se volvió hacia Giordino, quien estaba sentado a su lado.

—¿Está preparado el *Starfish*? Me gustaría echar otro vistazo a las huellas que vimos cerca del *Alta*.

—Listo y preparado.

La puesta de sol se había posado sobre el mar cuando el *Sargasso Sea* llegó al lugar del hundimiento del *Alta*.

En la superficie, las aguas estaban sorprendentemente concurridas. A menos de media milla se divisaban las luces de otra embarcación en posición. A escasa distancia un poco más al este se distinguía una segunda embarcación.

Pitt se volvió hacia el capitán del barco de investigación.

—¿Tenemos identificación de los barcos?

El capitán observó un gran radariscopio, que solía facilitarles el nombre de una embarcación vecina con su situación y rumbo por medio de un

sistema de seguimiento vía satélite llamado AIS. Miró a Pitt y negó con la cabeza.

—No se detecta identificación. Deben de tener los sistemas AIS apagados.

Pitt asintió.

—Pruebe a comunicarse con ellos por radio e infórmeles que vamos a echar al mar un sumergible en la zona del naufragio.

El capitán llamó a los barcos por radio, pero solo obtuvo un silencio por respuesta.

—¿Quiere esperar y lanzarlo por la

mañana?

—No, partiremos cuando usted esté en posición. Al fin y al cabo, el fondo siempre está a oscuras.

Treinta minutos más tarde, Pitt se dirigía a la plataforma colgante de la cubierta de popa del *Starfish*, cuando lo detuvieron por el camino.

—¿Señor Pitt?

Pitt se volvió y vio a Kamala Bhatt, que salía de un laboratorio con una carpeta.

—Hemos extraído una muestra de agua cuando el barco ha parado. He

realizado un análisis rápido en busca de metilmercurio.

—¿Qué has encontrado?

No hacía falta que Pitt lo preguntase; podía ver la respuesta en los ojos de la bióloga.

—Las cifras se salen de lo normal.

Vestido con un mono azul, Pitt se metió a gatas por la escotilla del sumergible de aguas profundas. Cuando se sentó en el asiento del piloto retorciéndose, le sorprendió ver a su hija en el puesto del copiloto.

—¿Has echado a Al del asiento? — preguntó.

—¿Por qué solo puede divertirse él? —contestó ella—. Me costará una caja de puros cuando lleguemos al puerto, claro. Además, he tenido que decirle a Dirk que no ibas a salir hasta dentro de una hora para que no incordiasse.

—¿Qué clase de hija tengo?

Ella sonrió.

—Una a la que le gusta mojarse.

Repasaron la lista de control previa a la inmersión y comunicaron al puente de mando que estaban preparados para el

despliegue. Giordino activó una grúa que bajó el *Starfish* hasta el agua. Con las luces encendidas, el submarino se hundió poco a poco bajo la superficie.

Pitt miró a su hija mientras ella revisaba las lecturas en el panel de control e informaba por radio al barco de su descenso.

—Creo que no viajamos juntos desde que te enseñé a hacer el doble embrague con mi Packard del 33.

—Menos mal que los submarinos no tienen embrague. —Summer sacudió la cabeza al acordarse—. Me dolió la

pierna izquierda una semana entera.

Cuando el fondo apareció, Pitt ajustó el lastre y encendió los propulsores.

—¿El barco naufragado está al sur de nosotros? —preguntó ella.

—A menos que se haya escapado. A lo mejor podemos verlo por el sónar. Al me ha dicho que ha configurado un nuevo sistema.

Summer alargó la mano hacia un tablero elevado y activó una serie de interruptores adelantándose a su padre.

—Es un sistema puntero de haces múltiples con un alcance de trescientos

metros —explicó—. Dirk y yo lo probamos en el Mediterráneo el mes pasado y funcionaba muy bien.

Un pequeño monitor empezó a mostrar una imagen multicolor del lecho marino situado delante de ellos. Summer ajustó la frecuencia del sónar para aumentar el alcance.

Pitt meneó la cabeza.

—Sabía que había pasado demasiado tiempo en Washington.

Ajustó los propulsores y dirigió el submarino rozando el fondo. Avanzaban hacia el sur cuando una mancha oscura

apareció en el borde del monitor. Un minuto más tarde, el *Alta* se elevaba ante ellos. Tenía la proa aplastada debido al choque contra el fondo del mar y las superestructuras carbonizadas a causa del fuego.

—Al y yo vimos las huellas por el otro lado —dijo Pitt mientras guiaba el sumergible a lo largo del barco naufragado.

—¿Se hundió por culpa del fuego? —preguntó Summer.

—Hubo una explosión en el tanque de combustible de proa y se fue a pique.

Qué o quién la provocó es un misterio.

Redujo la velocidad del *Starfish* a medida que se acercaban a un agujero del casco inferior a poca distancia de la proa.

—Una explosión bastante considerable —observó Summer—.

¿Interna o externa?

—Interesante cuestión. Estoy seguro de que la aseguradora se estará haciendo la misma pregunta.

Rodeó la proa y atravesó una ondulada extensión de arena. Las luces del *Starfish* pronto iluminaron las

huellas que Pitt había visto durante la inmersión anterior.

—¿Se parecen a las huellas que viste junto a las fumarolas hidrotermales? —dijo Summer.

—Sí. Veamos adónde llevan.

Pitt aceleró. Se deslizó sobre las huellas asustando a algún que otro pez de aguas profundas.

Summer observaba el monitor del sónar.

—Hay múltiples objetivos en línea recta.

—Los veo —dijo Pitt. No estaba

mirando el sónar, sino unas luces que atravesaban la oscuridad más adelante.

El fondo del mar empezó a descender poco a poco, y Pitt vio que las luces enfocaban la base de un cráter semiesférico. Aparecieron dos vehículos enormes y muy luminosos. Se arrastraban por el lecho marino despidiendo grandes nubes de sedimentos por la parte trasera. Eran vehículos mineros de profundidad, manejados desde la superficie por medio de gruesos cables eléctricos negros.

—Esos cacharros son gigantes — exclamó Summer—; tienen el tamaño de un autocar.

—Por lo menos los hemos pillado en acción —dijo Pitt—. Ahora podremos averiguar quién está provocando los daños.

Pitt apagó las luces del *Starfish* y se acercó a los vehículos. El más próximo recibía el nombre de cortador; parecía un tractor descomunal con un gigantesco rodillo por morro.

El rodillo era un tambor giratorio equipado con dientes de carburo de

tungsteno capaces de machacar rocas y sedimento endurecido. El vehículo de oruga ingería los escombros y los expulsaba por un gran tubo situado en la parte trasera. El segundo vehículo, de tamaño similar pero sin el tambor, era una máquina recolectora: seguía a la cortadora, aspiraba el lodo y lo bombeaba a la superficie a través de una gruesa manguera de Kevlar.

Pitt se aproximó a la cortadora admirando su eficacia robótica mientras su tambor daba vueltas abriéndose paso a través del lecho marino centímetro a

centímetro. Summer captó la imagen del vehículo color pizarra con la cámara de vídeo integrada, consciente de que pocos fabricantes podían construir una máquina tan especializada.

Pitt se acercaba poco a poco cuando sonó un estallido en la parte trasera del sumergible. El *Starfish* se desvió hacia un lado y chocó contra el costado de la cortadora. Pitt dio marcha atrás invirtiendo la orientación de los propulsores del sumergible; detrás se oyó un segundo ruido metálico.

Summer se volvió para mirar por una

ventanilla trasera.

—Es un robot submarino. Nos ha embestido.

—Solo se ha cargado el propulsor principal.

Pitt activó un par de propulsores laterales para apartarse.

El submarino empezó a girar cuando sonó otro estallido, y el *Starfish* fue impulsado otra vez hacia la cortadora.

—Nos está empujando a propósito hacia la cortadora —dijo Summer con la voz entrecortada.

Pitt notó los efectos a través de la

horquilla de la dirección. El robot submarino se había estrellado contra uno de los propulsores laterales que quedaban y lo había inutilizado. Antes de que el robot pudiera volver a atacar, Pitt giró el *Starfish* para apartarlo de la cortadora. Las luces brillantes del robot resplandecieron a través de la cubierta transparente del submarino. Pitt advirtió que se trataba de un robot de profundidad con forma de caja y más del doble de grande que el sumergible de la NUMA. El vehículo volvió a arremeter contra ellos.

El impacto desvió la proa del *Starfish*, ladeó otra vez el submarino debilitado y lo empujó contra la cortadora justo por detrás del tambor dentado.

Pitt metió la mano entre los asientos y tiró de una palanca que liberaba un lastre de emergencia. El submarino ascendió enseguida pero se detuvo de golpe.

De la parte superior de la cortadora salía un enorme manipulador. Cuando el *Starfish* chocó, el brazo robótico bajó y empotró el submarino contra su costado

inmovilizándolo.

Pitt activó el propulsor lateral que quedaba, dio marcha atrás a toda potencia y el *Starfish* salió por los pelos de debajo del manipulador. De repente, el robot apareció por un lado y se estrelló contra su parte superior. Las luces del tablero de mandos parpadearon al tiempo que el submarino volcaba.

En ese instante, el manipulador se desplegó, se deslizó a través del bastidor del *Starfish*, agarró una sección de tubería con su pinza y la cerró.

Pitt manipuló frenéticamente los mandos del propulsor, pero no respondían. La cortadora los sujetaba fuerte, y no había nada que hacer.

—¡Va a embestir contra el cristal! — gritó Summer.

El robot submarino se había situado justo delante del *Starfish* y se precipitaba hacia la ventana acrílica. En el último segundo, ascendió, golpeó la parte superior del submarino y se deslizó por su techo. A continuación, retrocedió mostrando unos restos de pintura amarilla y varios cables

colgando.

Pitt se fijó en los cables.

—Es nuestro transpondedor de emergencia, para que no podamos comunicarnos con la superficie.

—¿Van a dejarnos morir aquí? —susurró Summer.

—Solo ellos lo saben —contestó Pitt mirando por la ventana.

Como una aparición que todo lo veía, el robot se quedó flotando delante de ellos, enfocando el submarino con sus luces deslumbrantes a modo de cegadora y mortífera provocación.

—Hemos perdido contacto con el *Starfish*.

—Enseguida estoy allí —dijo Giordino.

Colgó el teléfono de la sala de oficiales y llamó a Dirk, que estaba

examinando los resultados de otro análisis de agua mientras el submarino realizaba la inmersión. Los dos corrieron a una diminuta caseta de control situada en la cubierta de popa.

Un técnico de comunicaciones los saludó con un sobrio gesto de cabeza.

—Tanto los datos como las comunicaciones se cortaron hace unos cinco minutos. He probado con múltiples frecuencias y conexiones pero no recibo respuesta.

—¿Hubo alguna señal de problemas antes? —preguntó Giordino.

—Negativo. Las últimas especificaciones de funcionamiento eran correctas. Summer comunicó por radio hace unos minutos que habían localizado el *Alta* y que estaban siguiendo unas huellas submarinas que llevaban al sudeste.

—Dame la posición de su última telemetría.

Giordino se acercó a un monitor que mostraba una carta de navegación de la zona. El técnico tecleó en su ordenador y aparecieron las últimas coordenadas registradas del submarino, marcadas en

la carta de navegación mediante un triángulo rojo.

—Está a unos mil metros al sur de nosotros. —Giordino señaló por una ventana lateral las luces del barco situado a lo lejos—. En la misma dirección que nuestros amigos.

—Los llamaré desde el puente de mando y averiguaré qué hacen y si tienen recursos en el agua —dijo Dirk, y salió corriendo por la puerta.

—Dile al capitán que nos sitúe sobre las últimas coordenadas del *Starfish* —indicó Giordino—. Yo tendré preparado

un robot submarino dentro de cinco minutos.

Les llevó diez minutos cambiar la posición del barco. Dirk llamó a la embarcación vecina pero no recibió más que un breve *desaire*. Sin identificarse, desde el barco le contestaron que estaban haciendo pruebas en el lecho marino y que no habían visto el *Starfish*, y ordenaron a la nave de la NUMA que se mantuviera a media milla de distancia.

El capitán del *Sargasso Sea* desobedeció la orden de inmediato y se

apresuró a situar el barco a un cuarto de milla de su posición con la esperanza de localizar el sumergible.

Giordino bajó el robot submarino por la borda desenrollando el cable de subida todo lo rápido que le permitía el cabrestante. Dirk estaba en la caseta de control visionando las imágenes de vídeo registradas por el robot. A mitad del descenso, la cámara del robot submarino captó por un instante unas luces tenues a lo lejos y acto seguido las perdió.

A ciento ochenta metros de

profundidad, Dirk activó una palanca de mando y describió un pequeño círculo con el robot; el fondo del mar apareció ante sus ojos.

Giordino entró en la caseta de control un minuto después.

—¿Ves algo?

—Durante el descenso ha captado los destellos de unas luces a unos sesenta metros. Demasiado separadas para ser del *Starfish*.

—Ese barco no trama nada bueno. Fíjate en las huellas del fondo.

El robot se quedó flotando sobre un

montón de roderas que atravesaban el lecho marino. Dirk lo guio hacia el lugar donde se concentraban más huellas.

—Hay algo a la derecha —dijo Giordino.

Dirk giró el robot y su cámara captó unas luces parpadeantes a lo lejos.

—Echemos un vistazo.

Mientras Giordino seguía desenrollando el cable a distancia, Dirk se acercó a las luces. Enseguida vio que no provenían del *Starfish*.

Las luces que parpadeaban correspondían a la impresionante

máquina recolectora diseñada para aspirar roca triturada. El gigantesco vehículo permanecía parado, y su compañera la cortadora no se veía por ninguna parte. El enorme robot cuadrado se hallaba cerca, flotando a escasos metros del fondo.

Cuando la sonda de la NUMA se aproximó, la máquina recolectora se elevó del fondo en medio de una nube de sedimentos. Un par de cables empezaron a izar lentamente la máquina hacia la superficie. Dirk siguió la operación por un instante, hasta que el otro robot

submarino se acercó a investigar y salió disparado.

Los dos robots se observaron con recelo por un momento. A continuación, el vehículo mayor viró y siguió a la máquina que ascendía a la superficie.

—Y un cuerno, pruebas en el lecho marino —dijo Giordino—. Se están llevando casi todo el fondo del mar.

—Mi padre y Summer deben de haberlos pillado con las manos en la masa.

—Me parece un poco raro que de repente hayan acabado y suban a la

superficie. Lo único que podemos hacer ahora es seguir buscando.

Dirigieron el robot submarino a través del fondo marino durante dos horas más y cambiaron la posición del *Sargasso Sea* varias veces para ampliar la zona de búsqueda. No hallaron ni rastro del submarino desaparecido.

Giordino frunció el ceño.

—No puedo creer que no hayamos oído ningún pitido de su transpondedor de emergencia.

—¿Es externo? —preguntó Dirk.

—Está fijado al techo del submarino.

Dirk se volvió hacia el técnico de comunicaciones.

—¿Has estado grabando las imágenes del robot?

—Sí, como manda el procedimiento habitual.

—Reproduce la secuencia en la que enfocamos al otro robot.

El técnico rebobinó el vídeo.

—Congélalo ahí —dijo Dirk. Ambos se acercaron al monitor—. Ahí —señaló Dirk—, en la parte inferior del robot. Hay un par de cables colgando que no deberían estar ahí, y un trocito de

plástico debajo.

Giordino se puso tenso.

—Parece una parte de la cubierta del transpondedor. Y hay marcas de pintura amarilla en el armazón del robot.

La rabia ensombreció el rostro habitualmente jovial de Giordino. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Subamos el robot a la cubierta! Creo que ha llegado la hora de hacer una visita a nuestros vecinos.

La cabeza giratoria de la cortadora, las bombas y cintas transportadoras internas, y las orugas de acero se detuvieron. El gran vehículo minero escupió un último bocado de rocas trituradas y se quedó en silencio.

Mirando a través de la ventana del *Starfish*, Summer se sentía más desconcertada que nunca. Se volvió hacia su padre.

—¿Crees que nos van a dejar aquí hasta que nos quedemos sin aire?

Pitt negó con la cabeza, concentrado en apagar los sistemas que no eran cruciales.

—Eso no va a pasar. El *Sargasso Sea* nos encontrará antes. Dirk y Al mandarán un robot submarino antes de que te des cuenta.

—Puede que ese robot monstruoso

también trate de inutilizarlo.

—Tendremos que confiar en que nos vean primero.

No tuvieron esa suerte. Al mismo tiempo que el robot de Giordino se zambullía en el agua, la cortadora era extraída del fondo del mar, con el *Starfish* pegado al lado. Unos cables dobles enrollados en un enorme cabrestante de tambor situado en el barco de superficie elevaron el vehículo. Pitt y Summer tenían la sensación de estar montados en un ascensor.

A medio camino de la superficie, advirtieron que las luces del robot submarino de la NUMA se movían en la dirección opuesta. Pitt cogió una linterna y envió un SOS por la ventana, pero el robot desapareció rápidamente.

Poco después, la cortadora emergió junto al barco auxiliar. La enorme embarcación había desconectado su sistema de posicionamiento dinámico en cuanto los dos vehículos mineros abandonaran el fondo y se había situado a más de una milla del *Sargasso Sea*. El barco cambió la orientación de forma

que la banda de estribor no quedara a la vista del barco de la NUMA.

Un inmenso pórtico instalado en medio del barco izó la cortadora del agua. Al otro lado de la cubierta, un pórtico idéntico aguardaba para rescatar la máquina recolectora.

Pitt y Summer miraron al exterior a través del resplandor de docenas de focos situados encima de la cubierta del barco. Su llegada fue recibida con miradas de curiosidad por parte de un puñado de tripulantes con casco, que guiaron la cortadora a través de la

cubierta hasta un hangar semicerrado. Un contingente de soldados con traje de faena verde rodeó el submarino, armados con AK-47.

—No es el comité de bienvenida que yo esperaba —dijo Pitt.

—¿Soldados del ejército cubano? —preguntó Summer.

—Creo que sí —contestó reparando en la insignia con una estrella blanca sobre un rombo rojo que lucía uno de los uniformes.

Un soldado les enfocó la cara con una linterna y les hizo señas para que

salieran del submarino. Pitt se dirigió a la escotilla detrás de Summer, se detuvo ante un armario de herramientas y se metió una navaja plegable en el bolsillo antes de salir.

Los soldados los recibieron en silencio.

Pitt respondió con un arrebatado de ira fingida.

—¡Qué habéis hecho! —gritó. Fue a la parte trasera del submarino y señaló los propulsores destrozados—. Mirad los daños. Quiero que aviséis a mi barco enseguida.

Un oficial con cara de perro apareció con aire autoritario y puso fin a la vacilación de los soldados.

—¡Llévalos abajo y encerradlos! —gritó. Y volviéndose hacia un miembro de la tripulación, añadió—: Esconded el submarino.

Empuñando sus rifles de asalto, cuatro soldados se llevaron a empujones a Pitt y a Summer. Al pasar por delante de la cortadora, Pitt vio un pequeño logotipo rojo pintado en un lateral: un oso pardo con un hacha entre los dientes.

Les hicieron bajar por una escalerilla a un área de trabajo descubierta que albergaba el robot submarino ya recuperado. Un técnico facilitó un par de bridas de plástico a los centinelas, que las utilizaron para atarles por detrás las muñecas. Pitt y Summer dieron con la espalda contra un mamparo cuando los empujaron al suelo.

El oficial del ejército, un hombre llamado Calzado, apareció poco después acompañado de un oficial del barco. Los dos discutieron a voz en grito señalando a los cautivos. A continuación

ambos se fueron.

—¿A qué ha venido eso? —susurró Pitt. Aunque entendía el castellano, uno de los centinelas se había puesto en medio y no le había dejado ver a los implicados en la pelea.

—Creo que al capitán del barco no le hace gracia que nos hayan traído a bordo. He oído no sé qué sobre poner en peligro la seguridad del proyecto. Supongo que van a trasladarnos.

Las palabras de Summer resultaron proféticas. Media hora más tarde, hicieron subir otra vez a la pareja a la

cubierta principal. Un viejo remolcador se hallaba amarrado junto al barco, detrás de una barcaza de madera llena de mineral procedente del lecho marino. Pitt y su hija fueron llevados a bordo del remolcador y conducidos a un estrecho camarote donde un centinela montaba guardia con la puerta abierta.

—¿Has visto el *Sargasso Sea* cuando hemos subido a bordo? —preguntó Summer.

—No. Debemos de estar mirando hacia el otro lado. Estoy seguro de que ya nos están buscando.

—Pero no sabrán dónde mirar —
contestó ella en voz baja.

Oyeron que el motor del remolcador
arrancaba. Minutos más tarde, la
pequeña embarcación zarpó, empujando
la barcaza a través del inestable mar. Se
adentraron en la noche dejando atrás el
barco de la NUMA, y la libertad.

El enorme barco faenero apagó los motores y redujo la velocidad hasta desplazarse a la deriva bajo un cielo nocturno cubierto de nubes. Unas cuantas luces tenues salpicaban el horizonte a lo lejos, hacia el sur, pero a

su alrededor el mar estaba vacío. El capitán consultó el radar para asegurarse de que no había embarcaciones ocultas en las inmediaciones. Convencido de que estaban solos, cogió una radio portátil.

—Puesto de mando. Estamos en la zona de lanzamiento.

James Maguire contestó enseguida desde la cubierta de popa abierta.

—Recibido. Procedemos al despliegue.

El mercenario se volvió hacia un tipo alto y musculoso que fumaba un

cigarrillo junto a la barandilla.

—Está bien, Gómez. Podemos echarla al mar.

Los dos se acercaron a un objeto tapado y amarrado a la cubierta. Lo desataron, retiraron la lona y quedó al descubierto una desvencijada barca de pesca que funcionaba con un pequeño motor fueraborda oxidado. O al menos eso parecía.

En realidad, la barca estaba construida con un compuesto de Kevlar que la hacía prácticamente indestructible. El exterior había sido

moldeado y pintado para darle un aspecto de madera descolorida y putrefacta.

—¿Tenemos los depósitos llenos? — preguntó Maguire.

Gómez revisó un par de tanques de combustible escondidos junto a la proa y asintió con la cabeza. Los depósitos alimentaban dos motores horizontales de ciento cincuenta caballos ocultos bajo los asientos, que impulsaban los propulsores a chorro dobles fijados al casco.

Maguire levantó unas tablas falsas y

repassó rápidamente el inventario con una linterna. Un compartimento contenía un miniarsenal con pistolas, rifles de asalto y un lanzacohetes de mano, además de munición. Otro contenía material variado de buceo. Maguire cargó en un tercer compartimento un pesado recipiente de plástico que había traído de su camarote.

Después de colocar las tablas, llamó a Gómez.

—Al agua con ella.

Gómez se dirigió a una pequeña grúa, izó la barca por encima de la borda

cogiéndola por unas correas y la bajó al agua.

Maguire observó su nombre, *Surprise*, ligeramente pintado en letras amarillas en la popa. Después subió a bordo, soltó las correas y se las dio a Gómez, que las guardó en la embarcación y subió a la barca con Maguire.

Maguire arrancó los motores fueraborda y llamó por radio al puente de mando del barco faenero.

—La *Surprise* se va. Hasta dentro de cuarenta y ocho horas.

—Recibido —contestó el capitán—. Estaremos esperando aquí mismo tomando el sol.

Maguire aceleró. La falsa barca de pesca se internó en la noche a toda velocidad. El mercenario orientó la proa hacia las lejanas luces de la isla de Gran Caimán, saltando sobre el picado mar negro en una misión mortal.

La zódiac del *Sargasso Sea* se acercaba emitiendo un susurro; solo el golpeteo de las olas contra su casco delataba su presencia. Giordino daba gracias por haber encontrado un motor eléctrico en el barco de investigación, un modelo

que los científicos de la embarcación utilizaban para examinar zonas ecológicamente vulnerables. No le entusiasmaba tanto pilotar una lancha inflable naranja chillón en un mar iluminado por la luna. El equipo de mantenimiento del barco había dado a toda prisa una mano de pintura negra a la lancha en nombre del sigilo, pero gran parte había desaparecido, víctima del agua salada.

Giordino guio la zódiac hacia el barco minero, que ahora se hallaba a una milla al este del *Sargasso Sea*. La

embarcación estaba iluminada de proa a popa con brillantes focos que dejaban ver un imponente barco de fabricación moderna con múltiples pórticos hidráulicos, bombas y cintas transportadoras diseñadas para la explotación minera submarina. Más allá del barco, Giordino vio las luces de una segunda embarcación que se alejaba hacia el sur.

Se acercó al barco por la popa para evitar ser vistos desde el puente de mando mientras buscaban un acceso. Su suerte estaba en racha. Una escalera de

mano había sido arriada por el costado de estribor. Al acercarse con la zódiac leyó el nombre del barco en el espejo de popa: *Sea Raker*.

Dirk estaba sentado en la proa, vestido de negro y con un cabo enrollado en las manos. Calculando que las posibilidades de ser detectados eran menores si se acercaban de golpe, Giordino siguió acelerando en dirección a la escalera de mano. La lancha inflable chocó contra el costado del barco. Dirk dio un brinco hasta la escalera, amarró la lancha y subió por los peldaños. A

continuación saltó por encima de la barandilla, se escondió detrás de una grúa y esperó a Giordino.

Giordino cayó al lado de Dirk al cabo de un momento.

—¿Cómo lo ves?

—No muy bien. Por poco tropezamos con un par de centinelas de guardia que ahora se dirigen a la barandilla de babor. Van vestidos de uniforme y llevan rifles de asalto.

—Rifles de asalto en un barco minero. Maravilloso —dijo Giordino, furioso al darse cuenta de que iban

desarmados.

—Será mejor que no llamemos la atención. Parece que todavía quedan unos cuantos hombres desperdigados.

—Puede que eso no sea malo, si conseguimos mezclarnos con la tripulación.

Dirk divisó una cabina cerrada contigua a la grúa tras la que estaban escondidos.

—Creo que he visto algo.

Se acercó sigilosamente a la puerta de la cabina, entró y encontró una chaqueta de trabajo tirada en el asiento del

operario y un casco colgado de un gancho. Cogió las dos prendas y volvió con Giordino.

—Demasiado corta para mí —dijo levantando la chaqueta—. Te toca a ti unirte a la tripulación del barco.

Giordino embutió su torso en la chaqueta y se caló el casco.

—Esto debería dar el pego. Veamos qué encontramos.

Bajó a la cubierta y avanzó siguiendo la barandilla de estribor como si hubiera trabajado a bordo del barco durante años. Dirk lo siguió varios pasos por

detrás, sin salir de las sombras. Pasaron por debajo de un enorme aparato utilizado para descargar mineral y se acercaron al hangar de la máquina cortadora.

Varios tripulantes se paseaban por allí, algunos equipados con trajes protectores y respiradores. Giordino se mantuvo apartado hasta que vio un solitario tripulante con una carpeta sujetapapeles que se dirigía hacia él. Giordino le hizo señas para que se acercara como si quisiera comentarle un problema con el equipo. Cuando lo tuvo

al lado, le puso la mano en el hombro.

—¿Dónde están el hombre y la mujer del submarino? —preguntó.

El miembro de la tripulación se quedó mirando boquiabierto a Giordino un momento y acto seguido farfulló una retahíla de preguntas. Dirk apareció por detrás, lo agarró por los brazos, y Giordino pudo darle un puñetazo en el mentón sin problemas. El hombre cayó desplomado en el acto.

—No ha sido muy deportivo —susurró Giordino frotándose los nudillos.

—Consecuencias de no responder correctamente.

Dirk arrastró al tripulante detrás de un gran cabrestante de tambor y le quitó el mono y la carpeta. Se reunió con Giordino avanzando por la cubierta. Se detuvieron y se escondieron a un lado del hangar cuando repararon en un par de centinelas armados que se acercaban en la otra dirección.

Dirk y Giordino se acercaron a la cortadora y fingieron que inspeccionaban sus orugas de acero. Los centinelas apenas se fijaron en ellos al

pasar por delante. Cuando desaparecieron, Giordino se dispuso a salir, pero Dirk le agarró el brazo.

—Por aquí, Al.

Dirk lo apartó a un lado mientras un mecánico manchado de grasa pasaba por delante. Aguardó un momento y llevó a Giordino al otro extremo de la cortadora. Al fondo del hangar había un gran objeto oblongo cubierto con lonas. Dirk retiró una esquina y vio debajo una conocida figura amarilla.

—Es el *Starfish* —dijo—. Lo han subido a bordo.

Pitt y Summer no estaban atrapados en el fondo del mar. Lo más probable era que estuvieran vivitos y coleando en cualquier parte del barco.

—¿Por qué los suben a bordo y lo ocultan? —preguntó.

—¿Quién sabe? A lo mejor están extrayendo mineral sin permiso.

Salieron del hangar y miraron hacia la sección de proa.

—Probablemente los tengan encerrados en un camarote —dijo Giordino—. Vamos a ver si los encontramos.

Se dirigieron al bloque de seis pisos de las dependencias, cerca de la proa. Entraron por una puerta lateral abierta, buscaron en las dos primeras plantas y encontraron una cocina, una sala de oficiales y varios almacenes. A tan altas horas de la noche solo había unos pocos miembros de la tripulación, esperando adormilados a que sus turnos terminaran. En el tercer piso se encontraron con un salón que daba a los camarotes de la tripulación. Tres soldados fuera de servicio estaban sentados jugando a las cartas. Giordino inspeccionó los

pasillos contiguos que llevaban a los camarotes. Al verlos vacíos, sonrió a los soldados y llevó a Dirk a la escalera.

Uno de los jugadores de cartas miró fríamente a los dos extraños vestidos con aquellos monos que les sentaban de pena, pero sus compañeros siguieron concentrados en la partida de cartas.

—Por suerte para nosotros —dijo Giordino mientras se dirigían al cuarto piso—, la tripulación del barco no parece mezclarse con los soldados.

—Sí, pero por desgracia se están

acabando los pisos.

La cuarta planta era idéntica a la tercera pero sin jugadores de cartas. No había rastro de visitantes custodiados.

Cuando ascendían al quinto piso sonó una alarma. A los treinta segundos, la alarma cesó y una voz severa gritó por el sistema de megafonía hablando atropelladamente en español.

—Creo que alguien se ha despertado y quiere recuperar su ropa —dijo Giordino.

—No me digas que ese gancho tuyo ha perdido potencia.

Giordino se encogió de hombros.

—Todos tenemos días malos.

Echemos un vistazo rápido al quinto piso y larguémonos.

Subieron rápidamente a la siguiente planta, que se dividía en camarotes de oficiales a un lado y camarotes de miembros de la tripulación de alto rango al otro. Unos cuantos empleados de mirada aturdida salían de sus camarotes tambaleándose. No se veían centinelas, de modo que regresaron a la escalera. Un soldado salió de repente al rellano. Lanzó una mirada a Dirk y Giordino y

gritó:

—¡Alto, alto!

Giordino reconoció al jugador de cartas del tercer piso. También vio que iba desarmado. Se acercó al hombre, lo agarró del cuello y lo lanzó al otro lado de la estancia. El soldado por poco perdió los zapatos antes de estamparse contra una pared y caer al suelo.

—Vamos —gruñó Giordino dando la vuelta y descendiendo por la escalera.

Dirk lo siguió de cerca.

La escalera estaba vacía, de modo que bajaron corriendo y cruzaron la

puerta como flechas. Giordino salió primero y chocó de lleno con un soldado armado que venía de cara. Rebotaron uno contra el otro y cayeron al suelo.

Aunque el soldado cayó peor, reaccionó más rápido. Se levantó de un salto y golpeó a Giordino en el pecho con su rifle de asalto.

—¡No te muevas!

Giordino solo pudo fruncir el ceño mientras levantaba despacio las manos en señal de rendición.

Dirk salió de la escalera en el momento en que los dos hombres chocaron. Saltó hacia atrás y se puso a cubierto mientras el soldado, que no había reparado en que Giordino tenía un compañero, se levantaba. Las pisadas y el murmullo de

voces procedentes de arriba le indicaron que venían refuerzos por la escalera. No tenían tiempo que perder, de modo que respiró hondo y esperó a que Giordino le tendiera una trampa.

Giordino levantó las palmas de las manos, se hizo el inocente y se puso a parlotear sin parar para desviar la atención del soldado.

—¿Qué haces? —gritó—. Tengo que revisar el sistema hidráulico principal. Baja el arma. No soy ningún intruso.

Fingiendo haberse hecho daño en la pierna con el choque, se dirigió

cojeando a la barandilla lateral y se apoyó en ella. El soldado se dio la vuelta para seguir sus movimientos ordenándole repetidas veces que se detuviera. Se tranquilizó un poco cuando Giordino por fin se paró y volvió a poner las manos en alto.

Al haber tardado apenas unos segundos en conseguir que el soldado se diera la vuelta de forma que quedara de espaldas a la escalera. Dirk reaccionó de inmediato saliendo de su escondite y embistiendo contra el soldado como un toro furioso. No intentó arrebatarse el

arma; simplemente bajó el hombro y arremetió contra el hombre.

El soldado lo vio venir con el rabillo del ojo y se dio la vuelta con la pistola justo antes de que Dirk chocara con él.

El soldado cayó tambaleándose hacia Giordino, quien le asestó a su vez un fuerte puñetazo en la barriga.

El hombre apretó el gatillo de su AK47, acribilló las planchas de la cubierta con media docena de balazos superficiales y luego se desplomó.

Los golpes combinados lo habían dejado sin aliento. Cayó a la cubierta

encima del rifle, respirando con dificultad mientras se llevaba las manos a la barriga.

—Te lo agradezco —dijo Giordino a Dirk—. Y ahora venga, larguémonos.

Arrancaron a correr por la cubierta de estribor, pero los tiros habían despertado a todo el barco. Soldados armados y tripulantes salían en tropel del bloque de las dependencias.

Dirk y Giordino habían recorrido una corta distancia cuando los disparos empezaron a pasar volando por su lado. Se agacharon para ponerse a cubierto y

se metieron en el hangar donde guardaban la cortadora.

En el hangar ahora solo había un solitario técnico electrónico que revisaba un tablero de control desde una plataforma elevada. Giordino inspeccionó la plataforma y señaló hacia popa.

—Ve a la barca —le dijo a Dirk—. Yo los entretendré.

—No lo conseguirás.

—Búscame. Me tiraré por la borda.

Dirk sabía que era inútil discutir, de modo que cruzó el hangar como un rayo

y al salir se dirigió a popa.

Giordino se acercó a la escalera de la plataforma de control. Alertado por los disparos, el técnico se dio la vuelta atónito cuando Giordino subió corriendo los escalones.

—No puedes estar aquí —gritó.

Giordino vio que el hombre estaba aterrado. Agitando el pulgar por encima del hombro, dijo:

—¡Piérdete!

El técnico asintió con la cabeza. Pasó nervioso por delante de Giordino, bajó la escalera a toda prisa y salió del

hangar.

Giordino se volvió hacia el tablero de control, que servía de banco de pruebas de la cortadora. Las luces verdes indicaban que había conexión eléctrica con el vehículo. Tocó varios selectores y botones hasta que encontró un par de mandos dobles que movieron la máquina debajo de él. Empujó las palancas hacia delante, y la cortadora empezó a avanzar sobre sus pesadas orugas.

Después ajustó los mandos, redujo la velocidad de la oruga izquierda e hizo girar la máquina hasta orientarla hacia la

proa del barco. Satisfecho con el ángulo, dio con el mando del tambor dentado del vehículo y lo activó.

Un par de soldados armados se asomaron por un lado del hangar cuando el tambor de la cortadora embistió la pared lateral, que se desprendió y se les desplomó encima al tiempo que la cortadora avanzaba. Uno de ellos se apartó rodando por el suelo y agarró a su compañero del brazo, pero la pared comprimida lo había inmovilizado contra la cubierta. El hombre dejó escapar un grito trémulo cuando el

tambor de la cortadora avanzó y los redujo a él, la pared y la superficie de la cubierta a un amasijo sangriento.

El vehículo avanzó por la cubierta de estribor pulverizándolo todo a su paso y cerró el paso a los soldados que corrían por el centro del barco. Giordino descendió de la plataforma y corrió a popa. Podía ver la barandilla de popa más adelante, pero de repente dos soldados aparecieron frente a él. Se arrodillaron y abrieron fuego con sus rifles de asalto.

Giordino no esperó a que apuntasen.

Sin perder un instante, se dirigió a la barandilla lateral, la agarró y saltó por la borda.

Una lluvia de balas acribilló la barandilla un segundo más tarde mientras Giordino se zambullía en el mar sano y salvo. Se sumergió en el agua y se alejó del barco buceando. Recorrió veinte metros antes de salir a la superficie para tomar aire y echar un vistazo.

La voz de Dirk sonó en sus oídos.

—¡Coge la cuerda y agárrate bien!

Un gran objeto oscuro con manchas

naranja pasó a toda velocidad junto a la cabeza de Giordino. Notó que un cabo se deslizaba junto a su cuerpo y lo aferró con las dos manos.

Inmediatamente fue arrastrado hacia delante a través de la superficie del mar. El agua le salpicaba la cara con fuerza. Sintió como si se le desencajaran los brazos, pero siguió aferrándose durante casi un minuto. Cuando su cabeza emergió a la superficie, oyó el estallido intermitente de unos disparos lejanos. Se estaba atragantando con el agua y quedando sin aire cuando la cuerda que

sostenía en las manos por fin se aflojó.

Se quedó flotando en el agua un momento para recobrar el aliento. La lancha hinchable se le acercó, y Dirk se inclinó y le ofreció una mano. Todavía sonaban disparos esporádicos, pero cada vez con menor intensidad.

Giordino se lanzó al interior de la lancha y escupió una bocanada de agua salada.

—Gracias por pasarme por la quilla —farfulló.

—Lo siento. Me pareció la forma más rápida de escapar. Han castigado

bastante la lancha, pero ya no nos pueden ver.

Giordino vio que dos de los cinco compartimentos herméticos se estaban desinflando.

—Desde luego son de gatillo fácil.

—Supongo que no les ha hecho gracia tu demostración minera a bordo del barco.

Giordino miró atrás hacia el *Sea Raker*, a varios cientos de metros de distancia. Alguien había apagado la cortadora, pero cuando ya había triturado diez metros de cubierta.

Distinguió los contingentes de hombres armados que pululaban por el barco como un enjambre de abejas.

Dirk aceleró y se dirigió a su barco.

Mientras daban botes sobre el oleaje creciente, Giordino contemplaba la escena caótica que dejaban atrás con una mueca. Su incursión había sido un fracaso absoluto. En algún lugar del barco minero, Pitt y Summer seguían cautivos, y ahora sería muy difícil rescatarlos.

Una media luna seguía iluminando el cielo nocturno cuando el remolcador que llevaba a Pitt y a Summer desaceleró. Pitt despertó a su hija dándole un empujoncito cuando la embarcación rozó el muelle y el motor se apagó.

Ella bostezó.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Una hora más o menos.

—Genial. Entonces debemos de estar en Cayo Hueso.

El centinela de la puerta había permanecido de pie, impertérrito, todo el trayecto. Pocos cambios se apreciaron en su conducta durante la otra hora larga que retuvo a los cautivos en el camarote. Al cabo llegó otro soldado, y juntos sacaron a Pitt y a Summer del remolcador y los condujeron a un largo muelle.

Summer escudriñó la zona.

—Qué raro, no parece Florida.

Habían desembarcado en un escarpado tramo de costa verde. Más allá, en las colinas, se veían luces desperdigadas, pero el paisaje inmediato parecía desolado. Un par de edificios iluminados daban al extenso muelle, situado al pie de una cueva rocosa resguardada.

El muelle propiamente dicho era enorme; se extendía a lo largo de casi ciento veinte metros. Pitt reparó en que la plataforma de acero estaba pintada de

gris turquesa, cosa que hacía difícil verla desde arriba. El remolcador se hallaba amarrado justo detrás de la gran barcaza de alta mar que había empujado hasta la costa. La barcaza contenía una montaña de mineral, el lodo ya seco que el *Sea Raker* había extraído del fondo del mar.

Mientras Pitt y Summer recorrían el muelle, un contingente de trabajadores se acercó desde la orilla. La mayoría llevaban uniformes militares, como los soldados del *Sea Raker*. Unos cuantos iban equipados con trajes protectores y

respiradores y empezaron a instalar un gran sistema transportador que descargaría el cargamento de la barcaza.

Al final del muelle, Pitt se detuvo para observar varios montones altos de mineral ya descargado en la costa, posiblemente a la espera de ser enviado a una fundición. El cañón de un rifle de asalto lo empujó por la espalda para recordarle que no estaba allí para hacer turismo.

Los llevaron más allá de un helipuerto y una residencia de dos pisos hasta la puerta de una pequeña estructura de

techo bajo. Por dentro estaba diseñada como una oficina directiva actual, con lujosas alfombras y paredes revestidas con paneles.

Summer abrió los ojos como platos al ver unas antigüedades mesoamericanas expuestas en una vitrina. Solo pudo echarles un vistazo porque la metieron en un pequeño despacho con una mesa vacía y dos butacas acolchadas. La puerta quedó abierta, y un centinela armado se apostó en el umbral.

—Por lo menos nos ofrecen un mínimo de comodidad antes de

vendarnos los ojos —dijo Pitt.

A continuación se dejó caer de lado en una de las butacas, con las muñecas todavía atadas a la espalda.

—No tiene gracia. —Summer ocupó el otro asiento y se inclinó hacia su padre—. ¿Por qué crees que nos han traído aquí? —le preguntó en voz baja.

—Supongo que querían quitarnos de en medio durante las operaciones mineras. Tal vez solo querían que no molestáramos hasta que terminen de trabajar en la zona del hundimiento del *Alta*.

—Pero el *Sargasso Sea* no va a quedarse sin hacer nada.

—Puede que no les quede más remedio, si aparece la marina cubana.

—A Al eso no le va a sentar muy bien.

—No puede hacer gran cosa. Si el ejército es el que manda, habrá que esperar a que se tome algún tipo de resolución política. —Se arrellanó en la butaca—. Es posible que tengamos que quedarnos cruzados de brazos y relajarnos hasta que puedan negociar nuestro regreso.

Summer negó con la cabeza.

—No podrán ocultar los daños de las emisiones de mercurio.

—Es cierto, pero me preocupa otra cosa. ¿Has visto a los trabajadores de la costa equipados con trajes protectores y respiradores?

—Deben de estar al tanto de la presencia de mercurio en el sedimento.

—Quizá, pero había algo más. Los trajes llevaban sujetos unos pequeños aparatos de control, como los dosímetros de bolsillo que utilizan los marineros de los submarinos nucleares.

Summer se quedó pensativa un momento y acto seguido negó con la cabeza.

—No, puede que tengas razón. Recuerdo haber examinado la composición geológica de una fumarola hidrotermal en la dorsal del Pacífico Oriental. Había concentraciones de uranio y unos elementos terrestres extraños en el basalto de alrededor. — Miró a su padre—. ¿Es posible que estén extrayendo uranio de las fumarolas?

Pitt asintió con la cabeza.

—Eso explicaría el elevado nivel de seguridad. Y quizá por qué se hundió el *Alta*.

—¿Crees que los cubanos ocasionaron el agujero que vimos en el lateral del casco?

—Uno de los hombres de la campana de buceo dijo que había visto un submarino desconocido justo antes de que el barco de perforación se hundiera.

—Pero ¿qué interés pueden tener los cubanos en extraer uranio? No disponen de la tecnología necesaria para fabricar un arma.

—No lo sé —respondió Pitt.

Los dos se quedaron callados, abrumados ante la sensación de haber tropezado con algo mucho más siniestro de lo que creían.

Giordino movió la cabeza con gesto de desaliento.

—¿Estamos anclados al fondo del mar?

Aunque las luces del *Sargasso Sea* brillaban a escasa distancia, parecía que

no conseguían acercarse al barco de la NUMA. El pequeño motor de la lancha inflable no daba más de sí, en primer lugar porque había secciones deshinchadas y en segundo porque la brisa había arreciado desde que habían salido. La travesía hasta el *Sea Raker* les había llevado menos de quince minutos, pero el trayecto de vuelta se acercaba ya a la hora.

—Está a toda máquina. —Dirk apretaba fuerte el mango del motor por si acaso—. El viento de proa no ayuda.

En el puente de mando del *Sargasso*

Sea, el capitán Malcomb Smith escudriñaba las aguas entre los dos barcos con unos prismáticos.

—¡Allí, los veo! —le dijo al timonel del turno de noche.

—¿Van Summer y el señor Pitt con ellos?

—Está demasiado oscuro para saberlo. Voy a bajar a recibirlos al lado de la grúa.

El capitán se dirigió a la barandilla de babor, donde dos tripulantes esperaban con una grúa para rescatar la lancha inflable. Smith vislumbró la

barca cuando bordeó la popa y recorrió el costado del barco. Se quedó pegada al casco, escondida bajo la sombra del barco mientras se acercaba a la grúa.

Smith se aproximó a la barandilla y se inclinó, impaciente por ver si Pitt y Summer iban a bordo. Pero lo que vio fue una barca llena de comandos vestidos de negro, seguidos a poca distancia por una segunda barca. La primera lancha inflable avanzó a toda velocidad. Cuando se detuvo, un par de ganchos sujetos a una escala de cuerda pasaron volando por encima de la

barandilla del barco. Dos comandos subieron por la escalera y saltaron adentro.

El capitán de la NUMA reaccionó gritando y empujó por la borda al intruso más cercano, que cayó a la barca de abajo. El segundo, el jefe del comando, no esperó a que la acción se repitiera. Apuntó a Smith con una pistola y apretó el gatillo.

A cien metros de distancia, Dirk y Giordino oyeron los disparos. Aunque no habían visto pasar a los comandos, podían imaginar qué estaba ocurriendo.

A pocos metros del barco, Dirk bordeó la proa con la barca hinchable. Bajo el resplandor de las luces de la embarcación, vio las dos barcas de asalto amarradas en la sección media del barco y al centinela que las vigilaba.

Giordino señaló al centinela. Dirk asintió con la cabeza. Se alejó del barco trazando una curva amplia hasta que vieron la espalda del centinela y acto seguido regresó al barco. Gracias a su motor eléctrico, podían acercarse sigilosamente.

El centinela estaba concentrado en el

barco cuando la lancha hinchable de Dirk apareció de repente y lo embistió de costado. Giordino saltó por proa, se abalanzó sobre el hombre antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, lo levantó de la barca y lo estampó contra la cubierta. El centinela se golpeó la cabeza con el armazón del motor fueraborda y quedó inconsciente. Giordino no perdió tiempo: le arrebató el rifle de las manos y trepó por el costado del barco.

Cuando Dirk situó la lancha hinchable junto al casco y saltó la barandilla,

Giordino había desaparecido. Avanzó, pero retrocedió al tropezar con el cuerpo ensangrentado de un tripulante, tumbado boca abajo.

Se respiraba un extraño silencio en el barco, y la cubierta principal estaba desierta. ¿Dónde estaban los otros comandos... y Giordino?

Suponiendo que Giordino iría al puente de mando, se dirigió hacia allí corriendo por la cubierta hasta que encontró la escalera de babor... y se topó de lleno con el cañón de una pistola.

Vio demasiado tarde que la escalerilla estaba repleta de cuerpos. El capitán Smith estaba sentado en la escalera con un marinero aturdido, agarrándose un hombro y una pierna ensangrentados. Giordino, que lucía un corte feo en la cara, estaba de pie junto a un par de científicos bajo la custodia de dos comandos.

Entonces apareció Calzado, el jefe de los comandos, quien sostuvo su pistola contra el pómulo de Dirk.

—Me alegro de que nos acompañe. No tuvimos ocasión de conocernos a

bordo del *Sea Raker*.

Dirk no contestó, pues otro comando bajó la escalera con gran estrépito y se detuvo al lado de Calzado.

—El puente es nuestro —informó—. Tenemos el barco totalmente controlado.

Dirk y Giordino levantaron a Smith y medio cargándolo, medio arrastrándolo lo sacaron de la escalera. Dejaron un reguero de sangre en la cubierta cuando Calzado los llevó a punta de pistola hasta popa. Descubrieron que los

científicos y tripulantes que quedaban estaban siendo introducidos en dos de los laboratorios del barco bajo la vigilancia de centinelas armados. Calzado les hizo señas para que se unieran al grupo que estaba siendo hacinado en el laboratorio húmedo más cercano. Dentro, Dirk halló al médico del barco y lo llevó junto al capitán.

—¿Cuántas bajas tenemos? — preguntó Smith con voz débil mientras el doctor le examinaba la herida del hombro.

Parecía que el capitán se fuera a

desmayar en cualquier momento.

El primer oficial del barco, un hombre desgarrado llamado Barnes, respondió primero. Estaba en paños menores porque lo habían sacado de la litera amenazándolo con una pistola.

—El maquinista de guardia Dyer ha muerto en la cubierta, señor. Tenemos al menos otros cuatro heridos de gravedad, pero ninguno corre peligro de muerte.

—¿Consiguieron hacer una llamada o enviaron una baliza de emergencia desde el puente de mando?

Barnes negó con la cabeza.

—No, señor. Asaltaron el puente antes de que nadie supiera qué pasaba. El timonel informó que no pudieron enviar ningún tipo de señal de emergencia. Los abordadores retienen a Ross en el puente.

El capitán se volvió hacia Giordino.

—¿Han encontrado algún rastro de Summer o Pitt?

—Vimos el *Starfish* a bordo de su barco, al lado de su equipo de explotación minera de profundidad. Deben de seguir a bordo. —Se negaba a considerar un desenlace menos

optimista.

El capitán resolló.

—¿Quién demonios son?

—El barco se llama *Sea Raker* —
contestó Giordino—. Está dotado como
un destructor, no como un barco minero.
Hay soldados armados por todas partes.
Diría que militares cubanos.

La confirmación llegó en un momento
cuando la puerta del laboratorio se abrió
de golpe. Calzado cruzó el umbral y
observó el angosto espacio con una
mirada hosca.

—El *Sargasso Sea* ha sido capturado

por infringir la soberanía territorial de Cuba —dijo con acento entrecortado—. Ahora son prisioneros del Estado.

—No hemos entrado en aguas cubanas —replicó Barnes.

Calzado miró al primer oficial y le dedicó una sonrisa fría.

—Mi deber es advertirles de que cualquier intento de escapar o interferir en la operación del barco tendrá graves consecuencias. Se quedarán aquí y permanecerán callados.

Se dio media vuelta y salió con paso resuelto. Un par de comandos cerraron

la puerta de un portazo y echaron la llave.

—Eso son sandeces —comentó Barnes—. Estamos a más de cinco millas del límite territorial de Cuba.

Los motores del barco emitieron un ruido sordo, y notaron que la embarcación se ponía en marcha.

—Si ahora no estamos en aguas cubanas —dijo Dirk—, dentro de poco lo estaremos.

Smith cerró los ojos como si estuviera dormido, pero habló en tono firme.

—No tentemos a la suerte. Todavía pueden localizarnos desde la sede central; la falta de noticias nuestras les pondrá sobre aviso. Dentro de nada habrá ayuda en camino. Quiero que todo el mundo se quede quieto y haga lo que ese hombre ha dicho.

Giordino hizo oídos sordos a las palabras del capitán. Se paseaba por el laboratorio como un tigre enjaulado, buscando la forma de lanzarse sobre quienes los habían capturado.

Pitt y Summer estuvieron retenidos en el despacho medio día hasta que oyeron que varios hombres entraban en el complejo de oficinas. Los recién llegados se reunieron en un despacho contiguo. Gracias a las finas paredes y a

las dos puertas abiertas, los dos cautivos pudieron oírlo todo.

—Bueno, Molina, ¿cuál es esa emergencia tan grave que requería mi presencia?

Juan Díaz apoyó los pies en una gran mesa de caoba y miró por encima del hombro al jefe de operaciones mineras, sentado enfrente de él. A pesar de su estancia en el Ejército Revolucionario, Díaz albergaba un manifiesto desdén hacia los militares.

—Comandante, usted dijo que la extracción minera debía llevarse a cabo

en el más absoluto secreto —declaró el teniente Silvio Molina.

Aunque Díaz ya no poseía rango militar, los miembros de la milicia allí destacados se dirigían a él por su antiguo grado en deferencia a los poderosos contactos de su familia.

—Sí, claro —dijo Díaz—. Usted y sus hombres fueron cuidadosamente seleccionados para supervisar la extracción debido a su lealtad al general.

—Durante las excavaciones de anoche sufrimos una intrusión en el

yacimiento de Domingo 1.

Díaz miró un enorme mapa del estrecho de Florida clavado en una pared. Un círculo irregular, dibujado en verde e identificado como «Domingo 1», destacaba al nordeste de La Habana.

—Continúe.

—Un barco de investigación marítima estadounidense llamado *Sargasso Sea* llegó al anochecer y atracó cerca del emplazamiento de la boca del pozo...

—¿El *Sargasso Sea*? —repitió Díaz—. ¿No es el barco que estuvo husmeando después de que se hundiese

el barco de perforación?

—Sí, es un barco de la Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas. Ellos fueron los que rescataron a los supervivientes del *Alta*.

—¿Qué hacen otra vez en el lugar?

—No lo sé. —Molina se encogió de hombros—. Puede que estén realizando una inspección para los dueños noruegos del barco. O puede que sean de la CIA.

—El barco de perforación se destruyó de forma que pareciera un accidente —dijo Díaz—. Esas fueron sus órdenes.

—Y se cumplieron a rajatabla. Pero

le advertí que podía llamar la atención.

—Tenemos un programa que cumplir, y necesitábamos más tiempo para terminar la excavación. Si el difunto ministro Ortiz no les hubiera concedido precisamente ese sector para perforar, no habríamos tenido ningún problema. No nos quedó más remedio que sacarlos de allí. —Díaz frunció el ceño—. Veo que la barcaza está descargando una nueva remesa. ¿Cuáles son las últimas cifras de las reservas?

—Incluyendo la carga actual de la barcaza, calculamos un total de

doscientas ochenta toneladas en reservas preparadas. El buque de abastecimiento de nuestro cliente llegará por la mañana para recoger la primera mitad del encargo de doscientas cincuenta toneladas.

Díaz se levantó y se acercó al mapa de la pared. Además del círculo verde había dos círculos rojos a veinte y treinta millas más al norte. Los señaló.

—Las fumarolas hidrotermales de Domingo 2 y Domingo 3 son diez veces más grandes que las de Domingo 1. Ellas proporcionarán sin problemas el

resto de la entrega, si nuestras tasas de rendimiento son exactas.

—Domingo 1 ha resultado mejor de lo esperado —dijo Molina—. Hemos visto un contenido en óxido de uranio de más del cincuenta por ciento, una cifra que supera de largo el rendimiento más elevado conocido de cualquier mina en tierra firme, incluso las de Athabasca, en Canadá.

—Ese es precisamente el motivo por el que nos hemos dedicado a las costosas extracciones de minería submarina. ¿Cuándo terminará el *Sea*

Raker en su emplazamiento actual?

Molina miró el suelo.

—No se sabe. Habían terminado el ochenta y cinco por ciento de las operaciones de campo, pero ahora mismo están esperando a que reparen los daños del barco.

—¿Qué daños? —preguntó Díaz.

—Fue el barco de investigación estadounidense. Mientras realizábamos los trabajos de excavación, enviaron un submarino que se acercó a nuestra máquina cortadora. Por control remoto conseguimos hacernos con el submarino

y subirlo a bordo del barco.

—¿Que hicieron qué? —dijo Díaz levantándose de golpe de la silla.

—Estaba registrando nuestro trabajo. Calzado, desde el *Sea Raker*, informó que sus hombres habían escondido el submarino en el barco y habían enviado a sus dos pilotos a tierra esta mañana con la barcaza. Poco después dos individuos del barco de la NUMA abordaron el *Sea Raker*, al parecer buscando a sus compañeros. Fueron descubiertos pero escaparon, y antes de huir causaron daños con la cortadora.

La cara de Díaz se encendió.

—¿De modo que el barco de la NUMA está al tanto de nuestra operación y sabe que hemos capturado su submarino?

—Calzado ha informado que él y un grupo armado se han hecho con el control del barco estadounidense. No cree que tuvieran ocasión de hacer una llamada de auxilio.

Díaz se quedó mirándolo.

—¿Han hecho todo eso sin mi autorización?

—Fue una operación militar de

emergencia, y era tarde. Desperté al general y me dio su permiso.

Díaz lanzó una mirada asesina al teniente.

—¿No cree que los estadounidenses echarán de menos su barco de investigación?

—La embarcación ha sido trasladada más cerca de la costa. Si dan problemas, podemos acusarlos de espiar en nuestras aguas.

—Esto ha puesto en peligro toda la operación, precisamente ahora que estamos en la recta final. —Clavó los

ojos en Molina con una fría determinación—. Debemos acelerar las excavaciones en Domingo 2 y Domingo 3 de inmediato. Veré si nuestro cliente acepta la segunda entrega.

—El *Sea Raker* puede dirigirse a los dos siguientes yacimientos y colocar los explosivos mientras se repara la cortadora.

—¿Cuándo podrán reanudar la extracción?

—Dentro de veinticuatro horas, si no antes.

—Hágalo —dijo Díaz—. ¡Hágalo ya!

Antes de que el barco estadounidense se convierta en un grave problema. Vuelvo a La Habana para ver al general. Que el *Sea Raker* se dirija al yacimiento de Domingo 2 enseguida.

Cuando se levantaba para marcharse, Molina lo detuvo.

—¿Y los pilotos del submarino que capturamos?

—¿Siguen en la barcaza?

—Están aquí al lado.

Díaz se sentó lanzando un suspiro de exasperación.

—Está bien, déjeme verlos.

Pitt y Summer habían oído hasta la última palabra. Se quedaron horrorizados al enterarse de que el *Sargasso Sea* había sido capturado. A Pitt no le sorprendieron tanto la intrusión y los daños causados a bordo

del *Sea Raker*, claramente obra de Al y Dirk.

De repente había mucho más en juego. Una cosa era apropiarse de un submarino indiscreto, pero abordar y secuestrar un barco de la NUMA era harina de otro costal. El secretismo y la paranoia eran señal de que el proyecto de minería constituía una operación de alto riesgo, con unas consecuencias medioambientales todavía más peligrosas debido a las dos fumarolas sin explotar.

—Si las otras dos fumarolas son diez

veces más grandes que la que se encuentra donde naufragó el *Alta* —dijo Summer—, ¿qué pasará cuando las abran? Rudi informó que ya habían detectado niveles de mercurio elevados cerca de la isla de Andros, en las Bahamas.

—Multiplica la contaminación existente por veinte y tienes un auténtico desastre ecológico —contestó Pitt—. Como dijo Rudi, existe un riesgo exponencial para la vida marina porque las especies que migran pasan por los penachos de mercurio.

—Durante el desastre de BP, el mayor temor era que el vertido de petróleo llegara al estrecho de Florida y avanzase por la costa Este —recordó Summer—. Ahora hay mucho más peligro. Si las toxinas se liberan en medio del estrecho de Florida, el metilmercurio podría propagarse por la cadena alimenticia y contaminar poblaciones de peces desde Texas hasta Nueva Inglaterra.

Dos soldados armados los levantaron de las butacas y los escoltaron hasta la habitación de al lado.

—Estas son las dos personas que estaban espiando en la explotación minera —dijo Molina mientras les hacían pasar al despacho.

Díaz por poco se cayó de la silla al ver a Summer. A ella le sorprendió igualmente descubrir que su secuestrador era Juan Díaz, pero recobró el habla primero.

—Profesor Díaz —dijo poniendo un énfasis sarcástico en el título—. No sabía que sus conocimientos de antropología incluyeran el asesinato y el secuestro.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Summer Pitt —repuso.

La oceanógrafa se disponía a responder cuando vio algo detrás de Díaz. En el rincón del despacho, sobre una sólida mesa, reposaba la piedra azteca que ella había descubierto en Zimapán. Volvió a invadirla el horror de los sucesos que tuvieron lugar después del descubrimiento.

—Usted asesinó al doctor Torres a sangre fría.

Díaz respondió con una fría sonrisa.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó

Molina.

—Sí. Compartimos la afición por la historia azteca. —Se acercó a la piedra y deslizó las puntas de los dedos por la superficie—. Es una lástima que la otra mitad no siguiera entre los restos del *Oso Malo* en Jamaica.

—Sí —admitió Summer recobrando la compostura—. Irónico, de hecho. La otra mitad acabó en La Habana, destruida en el *Maine*. Ha estado todo el tiempo delante de sus narices.

—Sí, yo también descubrí que el doctor Boyd se encontraba a bordo del

Maine con la otra mitad de la piedra cuando el barco voló por los aires. Aun así, has sido muy útil aportando datos sobre el posible paradero del tesoro.

—¿Qué tesoro?

Díaz la miró fijamente.

—¿Quieres decir que no conoces el significado de la piedra? —Soltó una risa estentórea mientras se dirigía a una librería llena de pequeñas tallas en piedra y antigüedades. Cogió una estatuilla y la dejó sobre la mesa delante de Summer.

—Solo un tonto arriesgaría su vida en

favor de la ciencia.

Se trataba de una estatuilla de un perro de oro macizo. El diseño tenía un aire antiguo; Summer sospechaba que era azteca.

—¿De dónde la ha robado? ¿Del Museo de Antropología de la Universidad de Veracruz?

—La descubrimos en el fondo del mar cuando buscábamos minerales.

—En una canoa larga —añadió Pitt—, a unas treinta millas al noroeste de Montego Bay.

Había guardado silencio durante la

charla tratando de acercarse lentamente al mapa de la pared. Un guardia le asestó un golpe con su rifle impidiéndole distinguir las marcas.

Díaz se enfureció al oír el comentario. Cogió la estatuilla y volvió a ponerla en el estante. Acto seguido se acercó a Summer. Alargó la mano, agarró un mechón de su melena pelirroja y tiró hacia delante obligándola a bajar la cabeza.

—¡Dime qué hacéis aquí ahora mismo!

Pitt salió disparado a través de la

estancia con las manos inmovilizadas a la espalda, y embistió a Díaz con el hombro.

Díaz cayó hacia atrás sobre la mesa mientras los dos guardias se abalanzaban sobre Pitt y lo contenían. Molina desenfundó una pistola Makarov y apuntó a Pitt.

Díaz se levantó tambaleándose y lanzó una mirada asesina a Pitt. Luego observó a Summer.

—Tienen un aire de familia. ¿Es su hija? —preguntó a Pitt.

Pitt lo miró con desprecio sin decir

nada.

—Tal vez ella pueda entretener a mis hombres durante su estancia. —Díaz se volvió hacia los soldados—. Quitadlo de mi vista... ¡ya!

Los soldados sacaron a Pitt del despacho a rastras y dejaron a Summer a solas con Díaz y Molina. Díaz abrió un cajón de la mesa y sacó un cuchillo con una hoja de obsidiana tallada. Se lo enseñó a Summer y presionó suavemente la hoja contra su mejilla.

—A ver, ¿por dónde íbamos?

Summer apretó los dientes.

—Estamos investigando la aparición de contaminantes de mercurio.

Díaz asintió con la cabeza y apartó el cuchillo, que dejó un hilo de sangre.

—Sus actividades mineras han liberado penachos tóxicos que están destruyendo grandes extensiones de vida marina —añadió—. Los penachos se pueden ver por satélite. Localizamos el último aquí y vinimos a investigar. El mercurio supone un grave riesgo medioambiental.

Díaz asintió de nuevo. Era consciente de las toxinas de metilmercurio

liberadas a raíz de sus voladuras submarinas, pero sus consecuencias le traían sin cuidado.

—Tal vez el mercurio sea problemático, pero se disipará con el tiempo.

—La vida marina ya ha sufrido un daño irreparable. Y sus actividades mineras aquí, en el estrecho de Florida, podrían tener graves consecuencias en todo el golfo de México y en la costa atlántica.

—O sea, graves consecuencias para Estados Unidos, ¿no? Me tiene sin

cuidado. —Díaz rio—. Me temo que llegas demasiado tarde.

Se acercó a la piedra azteca, la admiró un momento y le dio unos golpecitos con el cuchillo de obsidiana.

—Sí, demasiado tarde. Pero puede... —Dio unos golpecitos más a la piedra—. Puede que estés conmigo cuando rescate la segunda piedra y complete el mensaje de los aztecas.

El piloto apagó el humeante motor fueraborda y dejó el esquife a la deriva a merced de la corriente. En la proa, un hombre lanzó una red de cerco por la borda y dejó que el movimiento de la embarcación extendiera sus flotadores.

Se sentó en el banco de proa e hizo ver que ajustaba los hilos de la red. Vaciló un instante y agitó la mano por delante de la nariz mientras contemplaba la pesca en el fondo de la embarcación.

—Estos peces se han podrido, tío.

Sentado junto al motor fueraborda, James Maguire rio.

—Con suerte, disuadirán a los curiosos de registrar la barca.

Ataviados con camisetas raídas y gorras sucias, parecían pescadores de las islas Caimán. Desde luego no tenían pinta de mercenarios. En realidad,

Maguire era un exfrancotirador de la Infantería de Marina y agente de campo de la CIA. Marty Gómez era un exmiembro de las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina. Solo un observador atento habría reparado en la insignificante pesca que habían capturado en las últimas seis horas, en parte debido al agujero que Maguire había abierto a propósito en el centro de la red.

Mientras Gómez hacía ver que tiraba de la red enmarañada, Maguire se repantigó en la popa y se llevó a los

ojos unos prismáticos compactos. Enfocó un pequeño yate blanco amarrado a una boya a cien metros de distancia. La embarcación no tenía nada extraordinario, salvo una bandera cubana que ondeaba por encima de la cubierta de mando superior.

Maguire desvió la vista a las dos lanchas patrulleras de las Fuerzas Armadas Revolucionarias situadas justo detrás, que daban vueltas sin parar alrededor del yate.

—Nos estamos quedando sin luz — dijo Gómez—. ¿Vas a ir?

Habían dedicado casi todo el día a acercarse muy lentamente al yate. Unas horas antes, una de las lanchas de vigilancia había pasado a echar un vistazo, pero no demostró ningún interés por la embarcación a la deriva.

Maguire desplazó la vista de una lancha patrullera a la otra y luego bajó los prismáticos.

—Parece que están medio dormidos. Mi abuela podría hacer el trabajo en una barca de remos rosa y ni se enterarían. Ancla la barca y me acercaré.

Gómez echó un ancla por debajo de

los hilos de la red y la amarró bien.

Maguire metió la mano debajo del montón de pescado podrido y sacó una caja de plástico que contenía un pequeño ordenador de buceo. Tras activar una brújula digital, avistó el yate, programó una ruta hasta su posición estimada y se la ajustó alrededor del brazo.

—Listo para la acción. —Se quitó la gorra y las sandalias—. Cúbreme.

—De acuerdo. —Gómez se levantó sujetando una brazada de red para impedir que avistaran a Maguire desde

las lanchas patrulleras—. Dejaré las luces encendidas.

Maguire miró el yate por última vez y saltó por encima del espejo de popa. Buceó por debajo de la embarcación; los bajos no se parecía en nada al desvencijado aspecto de la parte superior. Dejó atrás los propulsores dobles y unas hidroalas extensibles que habían impulsado el *Surprise* a más de cuarenta nudos durante la travesía desde el barco faenero la noche anterior.

El casco resbaladizo del esquife parecía un expositor de una tienda de

artículos deportivos. Maguire cogió una botella de oxígeno y un chaleco hidrostático colgado de un gancho y se metió el regulador en la boca. A continuación se puso unas gafas y unas aletas, y luego un cinturón de lastre. Una vez equipado, buceó hasta otros dos objetos ocultos. El primero era una caja de plástico duro fijada al casco mediante un gran dispositivo de succión. Giró una manija, desprendió la caja y la sujetó contra su chaleco. Acto seguido cogió un pequeño propulsor de buceo que colgaba de una cuerda. Se orientó

mediante el ordenador, sostuvo el propulsor acuático por delante de él y lo encendió.

Surcó el agua a toda velocidad inclinando el propulsor hasta que alcanzó diez metros de profundidad, donde pasaría desapercibido. La visibilidad era buena, lo que le permitía ver a lo lejos a medida que los bancos de peces se apartaban como flechas de su camino. Siguió su progreso en el ordenador y vaciló al llegar al punto de destino señalado. El fondo del mar estaba vacío, de modo que avanzó otros

quince metros hasta que vio su objetivo, un enorme amarradero de hormigón. La ruta era correcta; solo se había quedado corto calculando la distancia.

Apagó el propulsor, lo dejó en el amarradero y ascendió por una cadena que llegaba hasta una boya metálica. Miró arriba y vio el contorno del yate flotando por encima de él. Comprobó la orientación de la embarcación, se desplazó por la sección central del barco cerca de la línea de quilla y retiró las barbas de una pequeña zona del casco. Sujetó bien el aparato de succión,

junto con la caja de plástico que contenía dos kilos de potentes explosivos y un detonador eléctrico.

Desenrolló un fino carrete de alambre conectado al detonador y estiró el cable hasta la boya de amarre. Con unas bridas de plástico, lo sujetó a la cadena de la boya y ascendió con cuidado. Justo debajo de la superficie, fijó un pequeño receptor a la base de la boya, estiró una antena de alambre plana por encima del agua y la pegó a un lado de la boya con una bolita de masilla. Después de dar un tirón al alambre por precaución,

descendió por la cadena y recogió el propulsor submarino.

Diez minutos más tarde, estaba al lado de Gómez pilotando el esquife por la costa bajo el sol poniente, un pescador cansado más de las Caimán que volvía a casa con su exigua pesca.

Mil pensamientos se agolpaban en la mente de Pitt, pero lo que más le preocupaba era el bienestar de su hija. Los hijos de Pitt habían sido criados por su difunta madre, de modo que Pitt no los había visto crecer. Cuando Dirk y

Summer entraron en su vida siendo ya unos jóvenes adultos, enseguida estableció lazos con ellos. El trabajo común en la NUMA había dado lugar a una relación de confianza y había permitido que su compartida pasión por el mar los uniera todavía más. Pitt sabía que su hija era una joven fuerte y espabilada, pero todavía se le encogía el corazón cuando pensaba en su seguridad.

Se centró en el problema más inmediato. Lo habían metido en un trastero vacío cerca del despacho de

Díaz, tras una puerta gruesa asegurada con un pestillo deslizante. En el minúsculo cuarto no había nada, salvo un soporte para lámpara fijado al techo de yeso.

Todavía tenía las muñecas atadas a la espalda con la brida de plástico, pero eso no suponía ningún obstáculo, ya que los cubanos no lo habían cacheado. Se tendió en el suelo, se tumbó de lado y retorció los brazos hasta que consiguió meter una mano en el bolsillo delantero. La navaja del *Starfish* se hallaba en el fondo, pero logró cogerla y la sacó.

Trabajando a tientas con las manos a la espalda, abrió la hoja y serró la brida.

Una vez libre, se levantó y se masajeó las muñecas mientras examinaba la puerta del trastero. Su suerte seguía en racha. Pese a estar cerrada por fuera, la puerta se abría hacia dentro, sujeta por tres bisagras de tubo. Pitt se puso otra vez manos a la obra con la navaja y extrajo dos barras de metal de las bisagras mientras aflojaba la tercera. Luego solo quedaba esperar.

Todavía podía oír las voces en el despacho, de modo que se sentó y

aguardó a que se hiciera el silencio. Cuando oyó que el pestillo se deslizaba, se apartó de la puerta de golpe, se metió las barras sueltas en el bolsillo y ocultó las muñecas a la espalda. Un guardia asomó la cabeza, le lanzó una botella de agua y un cubo vacío y se fue.

Tras una hora de silencio, Pitt sacó la última barra de su correspondiente bisagra. Introdujo la navaja por el marco, abrió la parte trasera de la puerta y miró a través de la rendija. No vio a nadie. Agarró la puerta, tiró de ella hacia dentro y soltó el pasador de la

hembrilla. Descorrió el pestillo, volvió a colocar la puerta en las bisagras y la sujetó con una de las barras. Finalmente, salió del trastero y cerró la puerta con el pestillo.

Sin embargo, el complejo de oficinas no estaba vacío. Había oído a dos hombres conversando al final del pasillo, de modo que fue en la otra dirección, hacia la entrada. Miró dentro del despacho en el que habían estado retenidos él y Summer al principio, pero la sala estaba vacía. Sospechaba que Summer ya no se encontraba en el

edificio.

Las voces aumentaron de volumen, de modo que Pitt se escondió en el despacho de Díaz, que estaba abierto, y cerró la puerta. Se acercó al mapa de la pared en el que aparecía el estrecho de Florida. Había tres círculos marcados en color verde y rojo. Reconoció el más pequeño: el lugar en el que se había hundido el *Alta*. Presa del pánico, vio que los otros dos círculos rojos se encontraban más lejos de la costa, cerca del centro del estrecho. Solo podían ser las fumarolas hidrotermales que iban a

ser destruidas, y estaban en el peor lugar posible.

En el centro del estrecho, la corriente de Florida se intensificaba y generaba un flujo de más de tres nudos en el nordeste. Pitt sabía que de la corriente surgían remolinos que giraban en el sentido de las agujas del reloj y empujaban el agua hacia la línea de la costa este de Florida. Siguió la trayectoria de la corriente de Florida, que se encorvaba por la costa para juntarse con la corriente del Golfo. Miami Beach aparecía en el mapa a

apenas cien millas de distancia. Los mineros no podían haber elegido un lugar peor si trataban de cometer intencionadamente un sabotaje ecológico.

Pitt se imaginó la invisible marea mortal con una sensación de ansiedad. Si volaban las fumarolas hidrotermales y la emisión de mercurio era de la magnitud esperada, la devastación sería general. Las aguas contaminadas, la vida marina aniquilada y las poblaciones de peces extinguidas podrían afectar a toda la costa Este. Una catástrofe como esa

haría que el vertido de petróleo de BP pareciera una menudencia.

Examinó un momento la mesa y vio un calendario con varias anotaciones escritas a mano. Una nota señalaba la inminente llegada de un barco llamado *Algonquin*. Debajo del nombre del barco figuraba la anotación «250 toneladas con un rendimiento del 45 por ciento».

Pitt rebuscó en los cajones de la mesa, pero solo encontró documentación rutinaria y un tosco cuchillo de obsidiana. Se agenció el cuchillo de

obsidiana cuando oyó voces al otro lado de la puerta.

Las voces se alejaron, y se acercó a la estantería de las antigüedades. Había un montón de vasijas de cerámica, tallas de piedra y joyas de oro. En el estante superior había un remo de caoba, una reproducción de uno utilizado en la canoa azteca, supuso Pitt. En el otro extremo del estante, le llamó la atención un dibujo enmarcado de una página de un códice mesoamericano.

Lo cogió y vio que mostraba a un hombre con un penacho de plumas

verdes tumbado boca abajo. Al fondo, otros dos hombres ataviados con tocados con forma de pico de águila cargaban un cofre en una pequeña canoa. Pitt contempló el dibujo un buen rato, hasta que reparó en la media piedra que había a su lado.

—Caramba... —murmuró acariciando la piedra—. No me extraña que hayan armado tanto lío.

Apartó la piedra de su mente y se centró en localizar a Summer y en buscar la manera de impedir que volasen las fumarolas. Pero primero

tenía que salir del edificio. Que él supiera, solo había una entrada. Y seguro que estaba vigilada.

Abrió la puerta del despacho de Díaz y escuchó. El pasillo estaba en silencio; al parecer, los ocupantes del despacho trasero habían abandonado el edificio.

Decidió tantear el terreno y salió al pasillo para dirigirse al vestíbulo. Se quedó inmóvil al ver a un centinela armado apostado junto a la recepción mirando por la ventana. Había demasiada distancia para acercarse sin ser visto, de modo que retrocedió por el

pasillo... con una idea en mente.

Volvió al despacho de Díaz y examinó el teléfono. Se trataba de un modelo antiguo con botones de múltiples líneas. Pitt levantó el auricular y empezó a pulsar los botones hasta que sonaron unos pitidos en la recepción. Dejó el auricular sobre la mesa, se acercó a la estantería y cogió el remo de caoba.

Salió al pasillo y se dirigió sigilosamente al vestíbulo. El teléfono seguía sonando en la recepción mientras el centinela se paseaba por su perímetro con expresión de fastidio. A los cinco

minutos, la irritación se volvió excesiva y levantó el auricular.

—¿Hola? ¿Hola?

Al ver que no contestaban, colgó de golpe. Detectó un movimiento detrás de él y cuando se dio la vuelta se encontró a Pitt blandiendo el remo como un jugador de béisbol. El remo le dio en un lado de la cabeza y lo derribó sobre la mesa de recepción. El guardia saltó hacia delante aturdido, pero recibió otro golpe en el cráneo en el lado contrario que lo dejó inconsciente.

Pitt agarró el cuerpo sin fuerzas y lo

arrastró hasta el trastero cerrado. Lo metió dentro, le quitó la chaqueta y los pantalones de camuflaje, y se los puso encima de su ropa. Encerró al hombre en el trastero y se dirigió a la recepción del edificio armado con el AK47 del soldado por si acaso.

Se asomó al exterior y vio que la zona más próxima estaba en calma. Salió con cuidado del edificio y emprendió la búsqueda desesperada de su hija.

El almirante Raphael Semmes se despertó sobresaltado. Sus orejas se irguieron al escuchar un sonido lejano y lanzó un gruñido grave. El gato atigrado de diez kilos se levantó de la almohada tirada en el suelo, estiró las patas y

subió de un salto a una cama de matrimonio extragrande. Se acercó a su amo dormido, le rozó las mejillas con los bigotes y empezó a maullar.

St. Julien Perlmutter despertó de un sueño y apartó al gato de su cara.

—¿Qué pasa, almirante?

El gato respondió con un maullido fuerte y acto seguido saltó de la cama y esperó junto a la puerta. Perlmutter reparó en él y salió de la cama arrastrándose. Su gato no era proclive a la dependencia enfermiza. Por el contrario, había demostrado ser un

magnífico vigilante de la casa. En una ocasión había avisado a Perlmutter de que un strudel olvidado se le estaba quemando en el horno. Otra vez había llamado la atención a su amo cuando unos chicos del vecindario habían intentado dar una vuelta con su Rolls-Royce de época.

Perlmutter se puso una bata y unas zapatillas y se dirigió a la puerta, pero vaciló al oír un sonido en el piso de abajo. Cogió un gran pasador de un estante situado encima del vestidor. La aguja de metal pulido, más o menos del

tamaño de una porra, había sido utilizada por los marineros durante la época de la navegación a vela para abrir cabos gruesos. Provisto de su arma, Perlmutter bajó la escalera todo lo silenciosamente que su corpachón le permitió.

Al pie de la escalera vio el haz luminoso de una linterna procedente de su estudio. Se acercó a la puerta y se disponía a darle al interruptor de la luz cuando el almirante Semmes soltó un sonoro maullido. El haz de la linterna apuntó la puerta y enfocó la cara de

Perlmutter.

—¿Qué pasa aquí? —tronó el historiador marítimo protegiéndose los ojos.

Oyó un ruido de papeles, de modo que alargó otra vez la mano hacia el interruptor.

Antes de que pudiera activar el interruptor, le arrojaron un libro pesado que le dio en un lado de la cara.

Perlmutter se recuperó del golpe e irrumpió en la habitación a oscuras.

—¡Salvaje!

La linterna se apagó, pero Perlmutter

se dirigió al lugar del que provenía la luz y blandió el pasador hacia delante describiendo un arco amplio. Simplemente rasgó el aire, y acto seguido recibió un fuerte puñetazo en el costado.

Reaccionó lanzando un golpe con la mano libre, agarró la chaqueta del ladrón, que iba vestido de negro, y tiró. El hombre chocó contra él; abultaba apenas la mitad que Perlmutter y se retorció como una culebra.

El historiador blandió el pasador y hundió el extremo romo en las costillas

del hombre, que lanzó un grito agudo. Trató de aprovechar su peso para agarrarlo dándole un abrazo de oso, pero el intruso se escapó y contraatacó con una patada en la rodilla.

Perlmutter se dobló, se tambaleó hacia atrás y pisó la cola de su gato. El almirante Semmes maulló y arañó el suelo mientras su amo intentaba apartarse. Se le enredaron los pies y trastabilló hacia un lado. Se dio con la cabeza contra el canto del escritorio y cayó al suelo mientras el intruso salía disparado por la puerta principal.

Lo siguiente que Perlmutter notó fue la lengua del almirante Semmes lamiéndole la cara. Se incorporó despacio y se frotó el chichón de la cabeza. Pasados unos minutos, el intenso dolor disminuyó lo suficiente para permitirle levantarse. Encendió las luces para hacer inventario de la habitación.

Una ventana delantera había sido forzada y había servido al ladrón para entrar. Sin embargo, en el estudio había pocas cosas revueltas. Las valiosas antigüedades y reliquias de barcos permanecían intactas, así como su

colección de libros raros. Todo estaba en su sitio, salvo el ejemplar encuadernado en piel de *Moby Dick* que el extraño le había arrojado.

Revisó los cajones de su escritorio, pero estaban intactos. Al examinar la superficie de la mesa, reparó en que faltaba algo: su carpeta sobre Ellsworth Boyd y el hundimiento del *Maine*.

Se sentó y estaba a punto de llamar a la policía cuando el almirante Semmes saltó a su regazo.

—Bueno, almirante, parece que los Pitt han levantado un poco de revuelo

con el *Maine* y la antigüedad azteca. Menos mal que ya me había estudiado toda la carpeta.

El gato empujó la cabeza contra la mano de Perlmutter, que lo complació acariciándole el lomo.

—Debo decir que nuestra pelea en equipo ha dejado un poco que desear, pero tu sistema de alerta ha funcionado estupendamente. Te has ganado una ración extra de leche por la mañana, mi buen amigo.

El Almirante Semmes lo miró y ronroneó.

Pitt descubrió un frenesí de actividad en el complejo del muelle. Habían vaciado el cargamento original de la barcaza de mineral y estaban estibando pequeñas cajas de madera y grandes contenedores llenos de pesados sacos de lona.

Se detuvo entre las sombras y observó cómo un grupo de hombres llenaba los sacos con una especie de mezcla de hormigón seco en un almacén protegido. Al lado había unos letreros colgados con la palabra «Explosivos» en rojo. Era posible que los sacos contuvieran NAFO, o nitrato de amonio y combustible, un explosivo industrial a granel común, y que las cajas pequeñas contuvieran TNT. Pronto los explosivos viajarían rumbo al *Sea Raker* para abrir las fumarolas hidrotermales.

Pitt dejó atrás el almacén y se dirigió

al edificio de dos pisos. Vio que la planta inferior se empleaba para la asistencia operacional. En el lado que le quedaba más próximo había unas taquillas y un taller mecánico que daban al agua. En el extremo opuesto había un garaje abierto con un carrito aparcado en la parte de delante. En el piso superior parecía encontrarse el barracón de los soldados; un buen sitio para retener a Summer.

Vio una escalera lateral, se acercó sigilosamente y empezó a subir.

Cuando estaba a medio ascenso, la

puerta del segundo piso se abrió de golpe y un soldado salió a toda prisa con una caja de herramientas. Poco podía hacer Pitt, de modo que se limitó a agachar la cabeza y apresurarse. El soldado pasó por su lado sin mirarlo.

Al final de la escalera, Pitt respiró hondo y entró en la planta superior. Ante él se extendía un sombrío pasillo con múltiples habitaciones a cada lado. Todas las puertas estaban abiertas menos la del final. Delante había dos soldados, apoyados en la pared fumando unos cigarrillos.

Pitt se dirigió a ellos tratando de aparentar despreocupación a la vez que agarraba más fuerte el rifle de asalto que llevaba al hombro.

Cuando un soldado se dio cuenta de que se acercaba, le dijo rápidamente algo a su compañero y salió disparado por otra salida, temeroso de que lo pillasen holgazaneando. El otro soldado apagó el cigarrillo y se puso firme.

Pitt avanzó deprisa preguntando de lejos:

—¿Cigarrillo?

El soldado se metió la mano en el

bolsillo y reparó en que algo no encajaba. El tipo que se acercaba era más alto que cualquier soldado que él conociera, el uniforme le quedaba corto varias tallas y su arrugado rostro era demasiado maduro para su rango.

En lugar de alargar la mano para coger el cigarrillo, el extraño empujó al soldado en el pecho con el rifle.

—Suelta el arma —ordenó Pitt sin darle tiempo a reaccionar.

El guardia asintió con la cabeza y dejó resbalar el rifle al suelo. Pitt lo empujó hacia la puerta y le dijo que la

abriera. La puerta no estaba cerrada con llave. El guardia giró el pomo y la abrió de golpe. Summer se hallaba dentro, sentada en una litera tratando de soltarse las ataduras de las muñecas. Se quedó inmóvil y tuvo que mirar dos veces cuando Pitt entró con el guardia delante de él.

Le dedicó una sonrisa cansada.

—¿Te has alistado en las Fuerzas Armadas Revolucionarias?

—Los Boy Scouts no me aceptaron.

Sin dejar de apuntar con el arma al centinela, Pitt le dio a Summer su

navaja.

—¿Estás bien?

Se fijó en el corte superficial que su hija tenía en la mejilla.

Ella asintió con la cabeza.

—Nuestro anfitrión me ha amenazado, pero por lo demás he estado aquí encerrada cazando moscas todo el día.

—Creo que vas a necesitar su gorra y su chaqueta.

Pitt señaló al guardia.

Summer se apropió de su atuendo.

—¿Qué hacemos con él?

—Átalo. Puedes usar esas sábanas,

pero empieza por esto.

Pitt le dio la correa de su rifle.

Summer le ligó las muñecas a la espalda. Luego quitó las sábanas de la cama, le sujetó los codos con una, lo tumbó en la cama de un empujón y le ató los tobillos con la otra. Terminó la faena amordazándolo con una funda de almohada.

—Lo has hecho muy bien —observó Pitt.

—Últimamente he tenido un poco de experiencia como víctima.

Summer se puso la chaqueta y la gorra

del guardia. Antes de salir de la habitación, Pitt cogió del suelo el arma del soldado y se la dio a su hija.

—Nunca he disparado uno de estos.

—No será necesario. Haz como si supieras.

Salieron del edificio por la escalera posterior y se escondieron detrás de un contenedor para inspeccionar el muelle.

—¿Cómo salimos de aquí? —preguntó ella.

—El remolcador.

Summer miró a su padre y sacudió la cabeza.

—¿Por qué no seguimos la costa y nos
agenciamos otro barco? Aquí nos
estarán buscando.

—Por las fumarolas. Ahora mismo
están cargando explosivos a bordo de la
barcaza para volar las dos siguientes
fumarolas. No podemos permitirlo.

Summer había oído antes ese tono
firme en la voz de su padre. Sabía que
sería imposible hacerle cambiar de
opinión. Y desde un punto de vista
racional, Pitt estaba en lo cierto. Si los
cubanos volaban las fumarolas
hidrotermales, provocarían una

catástrofe medioambiental de incalculables proporciones. Había que detenerlos, y no tenían tiempo que perder.

Aunque le habría gustado que la misión recayese en otro.

—¿Qué tenías pensado? —preguntó.

—Podemos intentar detonar los explosivos en el muelle... o en la barcaza. Si tenemos suerte, podremos hundir la barcaza. Y en medio de la confusión, escapamos en el remolcador.

—Y si no tenemos suerte, ¿volaremos por los aires?

Pitt sonrió y negó con la cabeza.

—El explosivo que están cargando, NAFO, tiene escasa volatilidad. Para que explote se requiere una detonación secundaria. Solo podemos encenderlo y esperar que arda como loco.

—«Loco» es la palabra clave, sin duda. —La joven reparó en la actitud serena de su padre, y sus miedos se desvanecieron—. Está bien, ¿qué puedo hacer?

Pitt golpeó el contenedor con los nudillos.

—Necesito que hurgues un poco en la

basura mientras yo busco un medio de transporte. Nos vendría bien una botella vacía o dos, y un pequeño recipiente abierto, por ejemplo. Enseguida vuelvo.

Antes de que ella pudiera contestar, Pitt volvió corriendo al edificio del barracón y se dirigió a la parte delantera. Cerca de allí, el garaje seguía abierto y el carrito con motor de gasolina continuaba aparcado en primera línea. Pitt esperó junto al lateral del edificio mientras un camión cargado de explosivos pasaba con gran estruendo camino de la barcaza. Una vez que hubo

pasado, se dirigió sigilosamente al garaje abierto. Dentro sonaban las voces de un par de mecánicos que reparaban el motor de un camión.

Pitt prescindió de los hombres y se acercó al carrito. Quitó el freno de mano y lo empujó hasta cruzar la puerta abierta del garaje. El carrito avanzó sin problemas, sin que los mecánicos se percataran del crujido de la grava bajo sus neumáticos. Pitt siguió empujando más allá del edificio hasta llegar al contenedor.

La cara de Summer asomó de su

interior. Una expresión de alivio se dibujó en su rostro cuando vio que se trataba de su padre.

—¿Has tenido suerte? —preguntó él.

Summer asintió.

—Tres botellas de ron vacías, una lata de café y un par de ratas que casi me matan de un infarto.

Pasó los recipientes a Pitt y salió del contenedor de un brinco como una saltadora de altura olímpica.

Pitt levantó las botellas de ron vacías.

—Ni siquiera nos han dejado un último trago.

—Cambiaría una caja de botellas de ron por una ducha caliente. —Summer se limpió las manos en su uniforme prestado.

Pitt pidió a Summer que vigilara mientras él se ponía manos a la obra. Abrió el capó del carrito y localizó un tubo de goma de combustible. Lo extrajo del carburador y dejó que la gasolina cayese en la lata de café para luego traspasarla a las botellas de ron, que se llenaron hasta la mitad. Volvió a conectar el tubo del combustible y cortó varios trozos de tela de la chaqueta de

camuflaje. Los metió en la boca de las botellas para completar el trío de cócteles molotov.

—Viene un camión —susurró Summer.

Se escondieron detrás del carrito mientras un camión vacío se dirigía al almacén para recibir otra carga de explosivos. Una vez que hubo pasado, Pitt se levantó y colocó las botellas en la parte trasera del carrito.

—El muelle está despejado —dijo—. Salgamos antes de que vuelva el camión.

—¿Cómo vamos a encender las

botellas?

—Ponte al volante y dale un segundo al contacto cuando te lo diga.

Mientras Summer pasaba al asiento del conductor, Pitt recogió unas hojas y palos secos y los metió en la lata de café. Una fina capa de gasolina se agitaba en el fondo, garantía de que habría combustible para el fuego. Pitt sacó el cable de una bujía, introdujo el extremo en la lata de café e hizo señas a Summer para que girase la llave.

Una chispa azul brotó de la punta del cable y prendió el combustible del

fondo de la lata. Pitt volvió a conectar el cable a la bujía y subió al asiento del pasajero con su hoguera enlatada. Summer arrancó otra vez el carrito y bajó por una breve cuesta hasta el muelle.

La barcaza seguía amarrada, con el remolcador a popa. Summer llegó al muelle dando gracias por que no hubiera soldados cerca. Varios hombres trabajaban alrededor de una grúa que estaba cargando cajas de explosivos en la barcaza. Otros se hallaban a bordo amarrando las cajas.

—A ver si puedes pasar por delante de la grúa sin parar.

Pitt ocultó la lata de café y las botellas a sus pies.

Manteniendo la cabeza agachada, Summer dirigió el carrito por delante de las cajas apiladas y alrededor de la grúa. Los soldados estaban demasiado ocupados cargando la barcaza para fijarse, excepto el de la grúa, que miró de reojo el uniforme de Pitt que le quedaba pequeño. Cuando Summer pasó ante dos cajas de explosivos apiladas, Pitt le dijo que parase.

Parcialmente oculto por las cajas, cogió una botella y encendió la tela con el fuego de la lata. Se acercó entonces al borde del muelle y la lanzó hacia el centro de la barcaza.

La botella se hizo añicos contra la tapa de un contenedor y una lluvia de llamas cayó sobre el saco de NAFO de arriba del todo.

Pitt apenas había subido al carrito cuando oyó a alguien gritar.

—¡Eh!

Justo delante de ellos aparecieron dos soldados armados.

—Vamos —susurró Pitt.

Summer pisó a fondo el acelerador apuntando con el carrito a los dos hombres. El primero se apartó de un salto, pero el segundo titubeó. Summer le alcanzó el muslo y le hizo tambalearse hacia un lado.

Pitt se volvió y vio que el primer soldado recobraba el equilibrio y levantaba el rifle. Encendió rápido la siguiente botella de ron y la arrojó al suelo delante de él. Al estallar el cristal se formó una pequeña bola de fuego que envolvió las piernas del soldado, que se

tiró al suelo y rodó para apagar las llamas. Una breve ráfaga de disparos acribilló la parte trasera del carrito.

—¿De dónde han salido? —preguntó Pitt.

—Creo que estaban holgazaneando al otro lado de la caja. El remolcador está justo ahí delante.

Pitt encendió el cóctel molotov que quedaba y lo lanzó al último montón de cajas del muelle, que quedó envuelto en llamas.

Summer derrapó hasta detenerse delante del remolcador, y los dos

saltaron del carrito.

—Suelta la amarra de popa —dijo Pitt— y ve a la timonera a ver si puedes arrancarlo.

—¿Y si hay alguien a bordo?

—Probablemente no van armados. — Pitt golpeó el AK47 que llevaba bajo el brazo.

Se apresuró a desatar la amarra de proa y el calabrote de remolque, y saltó a la estrecha cubierta del remolcador. Voló hasta la proa, donde varias sirgas de la barcaza se hallaban enrolladas alrededor de un trío de noráis. Las

amarras estaban muy tirantes, y Pitt se afanó como un loco para soltarlas.

Delante de él, en la barcaza, oyó los gritos de unos hombres que trataban de apagar las llamas mientras otros corrían a sofocar el fuego del muelle. Los dos soldados heridos no tardarían en alertar a los demás de su presencia. Le tranquilizó oír que el motor diésel del remolcador arrancaba detrás de él.

Soltó la última amarra de la barcaza, cruzó atropelladamente la achaparrada cubierta y agarrando el AK47 se dirigió a toda prisa a la timonera. Cruzó una

puerta lateral abierta y se paró en seco.

La timonera era angosta y oscura, pero vio con claridad a Molina inmovilizando el cuello de Summer con el brazo y sujetando una pistola contra su sien.

—Suelte el arma —dijo Molina—. Todavía no es hora de irse.

Detrás oyó un barullo: venían más hombres corriendo desde el muelle y subían a bordo del remolcador. Pitt no pudo hacer otra cosa que mirar angustiado a su hija mientras poco a poco dejaba el arma en la cubierta.

—Llegas pronto, Rudi.

El vicepresidente James Sandecker irrumpió en el vestíbulo de su despacho en el edificio de oficinas Eisenhower como una hiena rabiosa. Fanático del ejercicio, iba vestido con un chándal

negro y seguido por dos jadeantes agentes del servicio secreto ataviados de forma parecida.

—Quería verle a primera hora. — Rudi Gunn estaba sentado en un sofá esperando—. ¿Qué tal la carrera de la mañana?

El secreto peor guardado de Washington era que todas las mañanas, a las cinco y media, el vicepresidente corría cinco kilómetros alrededor del National Mall, para disgusto de su personal de seguridad.

—Un taxi ha estado a punto de hacer

papilla a uno de mis muchachos, pero por lo demás, es una mañana espléndida para patear las calles.

Sandecker abrió la puerta de su despacho e hizo señas a Gunn para que entrase mientras los dos agentes esperaban fuera a que los reemplazasen unos agentes de paisano. El vicepresidente se sentó detrás de un enorme escritorio hecho con la madera de un barco burlador de bloqueos confederado. Almirante retirado, Sandecker había sido el fundador de la NUMA, y Gunn había sido uno de los

primeros empleados que había contratado. Todavía consideraba la NUMA su creación, y mantenía relaciones estrechas con Gunn y Pitt.

—¿Qué te trae por aquí tan pronto?

—Se trata del *Sargasso Sea*. Estaba trabajando en el estrecho de Florida, a unas treinta millas al nordeste de La Habana. Desde hace veinticuatro horas no responden a las conexiones de radio ni de datos.

—¿Alguna señal de socorro o una baliza de emergencia?

—No, señor.

—El capitán es Malcomb Smith, ¿verdad?

—Así es.

—Es un buen hombre.

—Pitt y Giordino también están a bordo.

Sandecker sacó un grueso puro, su único vicio, y lo encendió.

—¿Qué hacían cerca de Cuba? No estabais ayudando a la CIA, ¿verdad?

—No, nada de eso. Investigaban una serie de penachos de mercurio tóxicos que han aparecido en el Caribe. —Gunn le explicó las áreas que habían

inspeccionado a la altura de la costa sur de Cuba—. Pitt cree que los penachos de mercurio son resultado de un proyecto de minería submarina centrado en las fumarolas hidrotermales. Hemos hallado actividad sísmica en cada una de las zonas que coinciden con las características de las explosiones de minas terrestres.

—¿Voladuras submarinas?

—Es lo que sospechamos. Pitt estaba investigando la actividad en un área del estrecho de Florida cuando perdimos el contacto.

—¿Quién es el responsable de la explotación minera? —preguntó Sandecker.

—Todavía no lo sabemos, pero sospechamos que los cubanos están implicados.

—¿Habéis buscado el barco?

Gunn asintió con la cabeza y sacó una foto de un maletín.

—Las imágenes por satélite de hace seis horas indican que sigue a flote.

Sandecker observó la oscura imagen, que mostraba dos manchas tenues cerca del centro.

—No se ve mucho de noche —
comentó.

Gunn sacó una imagen infrarroja en color, en la que aparecían dos franjas ovaladas rojas en un mar azul.

—Estamos seguros de que se trata del *Sargasso Sea*, junto a un barco que creemos que se llama *Sea Raker*. Hemos repasado las imágenes por satélite de la semana pasada. Confirman los movimientos del *Sargasso Sea*.

—¿Y quién es el dueño del *Sea Raker*?

—Una empresa canadiense llamada

Minería y Exploración Bruin — respondió Gunn—. El barco opera bajo contrato de arrendamiento con una entidad registrada en Panamá sin historial real. Un representante de Bruin ha dicho que cree que el barco participa en un proyecto minero a la altura de la costa oeste de Nicaragua, pero que no puede confirmar dónde está situado actualmente.

—¿Ha intentado contactar alguien con el *Sea Raker*?

Gunn asintió con la cabeza.

—Sí. El barco guardacostas *Knight*

Island de Cayo Hueso ha sido enviado a la zona. Han llamado por radio al *Sea Raker* pero no han recibido respuesta.

—Entonces ¿crees que el *Sea Raker* puede haber abordado el *Sargasso Sea*?

—Eso creo.

—¿Por qué no se han acercado los guardacostas a verlo con sus propios ojos?

—En el último control, los dos barcos estaban en aguas territoriales cubanas. El *Knight Island* ha traspasado los límites para situarse a la vista de los dos barcos, pero una corbeta de la marina

cubana le ha dado el alto.

Sandecker expulsó un anillo de humo hacia el techo.

—Entonces tenemos que presionar al gobierno cubano.

—Es un presunto acto de piratería.

—Si das por sentado que el *Sea Raker* está controlado realmente por cubanos. Y si das por sentado que Pitt no estaba divirtiéndose en sus aguas territoriales.

Los dos sabían que Pitt tenía tendencia a infringir las normas si una situación lo requería.

—Los datos de seguimiento indican que estaban fuera del límite territorial cuando se perdió el contacto. A estas alturas ya no importa. Tenemos que ir a por ellos.

Sandecker hizo girar el puro entre los dedos y lo apoyó en un cenicero. Miró a Gunn con preocupación.

—Lo siento, Rudi, pero no podemos hacer nada.

Gunn se apartó de su silla. Sabía que Pitt era como un hijo para Sandecker.

—¿Cómo que no podemos hacer nada?

Sandecker sacudió la cabeza.

—Hay otros acontecimientos en juego en los que está involucrado el presidente. En este momento no podemos permitirnos aumentar la tensión con los cubanos. Eso quiere decir que nada de marina, ni de guardacostas, ni de departamento de Estado. Ni nada de desesperados intentos de rescate por parte de la NUMA. Ven a verme dentro de cuarenta y ocho horas y veré qué puedo hacer.

—Puede que no dispongan de cuarenta y ocho horas.

—Tengo las manos atadas. — Sandecker se levantó de su escritorio—. Y ahora, si me disculpas, debo ducharme y vestirme para asistir a un consejo de ministros dentro de cuarenta minutos.

Gunn asintió sin remedio. Se fue del despacho arrastrando los pies con una airada desesperanza. Cuando salió a la calle, su desesperanza se había vuelto determinación. Marcó un número de teléfono y esperó hasta que una voz ronca contestó.

—Jack, soy Rudi. ¿Cuánto tardarías

en reunirte conmigo en Miami?

El calor del sol matutino solo contribuía al cansancio de Maguire. El mercenario se caló el sombrero hasta los ojos y dejó vagar su imaginación. Tras vigilar el yate blanco toda la noche, él y Gómez tenían cara de sueño. Dentro de poco

recibirían sus cheques, pensó, imaginándose el plato de estofado de cangrejo con el que lo celebrarían cuando volvieran a su hogar en Baton Rouge.

—Veo una barca pequeña que se dirige al objetivo.

Maguire abrió un ojo cansado. Gómez estaba agachado debajo de la borda en el otro extremo del esquife, mirando por unos prismáticos.

—¿Cuántos hay a bordo? —preguntó Maguire.

—Tres, más el piloto. Uno parece

nuestro hombre.

Maguire miró hacia la costa. El esquife se hallaba a doscientos metros mar adentro del yate blanco; seguían haciendo ver que pescaban. El exfrancotirador cogió sus prismáticos y enfocó una lancha motora color aguamarina que zarpaba de la orilla. Una de las patrulleras del yate blanco puso rumbo de interceptación, pero en lugar de dar el alto a la lancha, se aproximó a ella y la escoltó hasta el yate.

—Será mejor que empieces a grabar

—dijo Maguire—. A ver si podemos conseguir una identificación positiva.

Mientras Gómez cambiaba los prismáticos por una cámara de vídeo, Maguire sacó un bolso impermeable y extrajo unas fotos. En todas aparecía la misma persona: un hombre mayor bajo y en forma con pelo canoso, gafas y bigotito. Casi todas eran instantáneas tomadas de lejos, ninguna especialmente clara, pero era lo único que les habían proporcionado. Maguire pasó la mejor a Gómez.

—¿Qué opinas?

Gómez ya había estudiado las fotos. Le echó un vistazo y acto seguido miró la pantalla de la cámara de vídeo con el zoom ampliado.

—El tío del traje gris parece nuestro hombre. —Miró por segunda vez la foto—. Hay algo en él que me suena.

Maguire asintió con la cabeza observando otra vez la lancha... y al hombre de gris. El pelo, las gafas, hasta la ropa parecían coincidir con la foto. Eso solo no bastaría para él, muy meticuloso en su trabajo, pero su jefe le había dicho que el objetivo visitaría el

yate por la mañana, y allí estaba. Metió la mano en el bolso y encendió un pequeño transmisor.

La lancha motora redujo la velocidad y se acercó a la popa del yate. Dos compañeros del tipo del traje gris ascendieron por una escalera de mano y lo ayudaron a subir a bordo. Por el pelo rapado, los cuerpos fornidos y sus trajes mal ajustados, Maguire supo que eran guardias de seguridad. Escoltaron al hombre mayor hasta el salón principal y regresaron a la lancha motora. Flanqueada por la patrullera, la lancha

volvió rápido a la orilla.

—Qué raro que los de seguridad lo hayan dejado subir solo —dijo Gómez.

—A lo mejor tiene una amiguita de camino, o ya lo está esperando en el camarote principal.

—Pues debe de ser invisible. No he visto ni rastro de vida a bordo en las últimas veinticuatro horas. —Miró a su compañero—. La cámara sigue grabando.

Maguire asintió con la cabeza y pulsó un botón rojo del transmisor con la despreocupación de quien le da a un

interruptor de la luz.

El botón envió una señal de radio a la antena que Maguire había sujetado a la boya el día anterior. La transmisión activó una carga inducida por una pila que estaba conectada al detonador del envase de plástico pegado al casco del yate. La detonación, a su vez, encendió los dos kilos de potentes explosivos plásticos.

Un rugido grave resonó a través de la superficie a la vez que el yate se elevaba del agua levantando una fuente de humo, llamas y escombros. Cuando

las partículas del yate empezaron a caer describiendo un gran arco, Gómez ya tenía encendido el motor fueraborda del esquife. Los restos del yate que no se desintegraron en la explosión desaparecieron rápido bajo las olas.

Mientras Gómez pilotaba el esquife, Maguire observó la escena con una morbosa satisfacción. Nadie habría sido capaz de sobrevivir a la explosión, pensó. Entonces sonó otro ruido, esta vez en su estómago. Lo único en lo que podía pensar era en el estofado de cangrejo.

El gran despacho de Alberto Gutier en el edificio del Ministerio del Interior era un modelo de vanidad. La suite con ventanales, que contaba con una espléndida vista de la plaza de la Revolución de La Habana, estaba llena

de fotos de sí mismo. En algunas aparecía Gutier como un joven y apuesto oficial al mando de tropas en Angola. En otras, hablando con uno o con los dos hermanos Castro. En unas cuantas salía junto a su propio hermano. Pero la mayoría eran retratos del hombre en solitario mirando a la cámara con caprichosas poses de prepotencia.

Una expresión de irritación se reflejó en el rostro de carne y hueso de Gutier cuando su hermano pequeño entró en el despacho. Juan Díaz, que había recibido el apellido de su difunto padrastro, se

sentó en un asiento enfrente del enorme escritorio directivo de Gutier.

—Te vas del país una semana y cuando vuelves todo es un caos —dijo Gutier—. Sabes que no puedo permitirme que me relacionen con el proyecto minero... y menos ahora. ¿Qué está pasando?

—Un barco de investigación estadounidense, el *Sargasso Sea*, estuvo husmeando en el yacimiento de Domingo 1 cuando estábamos terminando la extracción.

—¿No es el mismo que pasó cuando

hundisteis el barco de perforación?

—El *Alta*. Sí, aquello fue una casualidad. Lo que no fue una casualidad es que volviera al mismo sitio. Si es verdad lo que dicen, estaban investigando unos penachos de mercurio que se están liberando en el mar tras la voladura de las fumarolas.

—Te dije que era un error hundir el barco de perforación. —Gutier frunció el ceño.

—Si no despejábamos la zona, no podíamos terminar la excavación. Y si no terminábamos la excavación, no

cumplíamos la entrega prometida.

—Eres un ingenuo —dijo Gutier—. Ese barco es de la CIA, y han descubierto nuestro trato con los norcoreanos.

—No creo. He confirmado que las emisiones de mercurio son reales. En el yacimiento de Domingo 1 se han producido diversas perturbaciones.

—¿Será perjudicial para Cuba?

—No, las corrientes lo arrastrarán al nordeste.

—Eso es bueno, pero no demuestra las intenciones de los estadounidenses.

—El historial del *Sargasso Sea* está relacionado con proyectos estrictamente oceanográficos —informó Díaz—. Y no hemos encontrado armas ni material secreto a bordo. Como sabes, uno de sus submarinos fue sorprendido examinando nuestra excavación. Luego dos hombres del barco estadounidense subieron a escondidas a bordo del *Sea Raker* y causaron daños en la embarcación. El comandante Calzado consideró imperativo lanzar un contraataque, y tú lo autorizaste. La operación tuvo éxito, y el barco de investigación se ha

trasladado a nuestras aguas territoriales.

—No había alternativa —declaró Gutier—, pero ahora están jugando con fuego.

—Yo pienso lo mismo, pero ya está hecho. Los estadounidenses todavía no han protestado, así que aún tenemos tiempo para taparlo.

—He hecho cálculos —dijo Díaz—. Tenemos suficiente cantidad para sobrepasar en veinte toneladas la primera entrega, cuya recogida, por cierto, está programada para mañana. Me he tomado la libertad de adelantar el

último envío a dentro de tres semanas. Nuestro cliente ha hecho los preparativos del envío como corresponde.

—Eso es dos meses antes de lo acordado.

—Sí, pero la calidad del mineral de Domingo 1 es muy superior a la de los yacimientos anteriores. El cliente aceptará una cantidad reducida en el segundo envío si el contenido de óxido de uranio del mineral supera el treinta por ciento. Estamos encontrando valores que superan el cincuenta por ciento, y

confío en que Domingo 2 y Domingo 3 muestren un rendimiento parecido. He enviado explosivos a los yacimientos para abrir las fumarolas lo antes posible. Si las volamos y empezamos la extracción enseguida, podremos cumplir el programa de envíos. Solo tenemos que mantener a raya a los estadounidenses hasta entonces.

—Pides mucho, pero supongo que no tenemos demasiadas opciones —dijo Gutier—. ¿Y qué me dices de la contaminación por mercurio? Creo que las fumarolas de Domingo 2 y Domingo

3 son considerablemente mayores.

—Sí, podría ocasionar un desastre medioambiental a los estadounidenses.

—Díaz contempló un retrato de su hermano en el que aparecía vestido con su mejor uniforme de gala y montado en un corcel negro—. Alberto, fui yo quien descubrió los depósitos de uranio cuando buscábamos petróleo con los mexicanos. Solo investigaba la posibilidad de extraer oro o plata de las fumarolas. La existencia de uranio, y en un contenido tan elevado, fue toda una sorpresa. Sin embargo, fuiste tú quien

vio el potencial para consolidar la posición de Cuba en el mundo. Ni siquiera nuestros líderes saben lo que has logrado.

—Y eso lo hace más peligroso si se destapa el pastel antes de tiempo.

—Conocías los riesgos cuando involucraste a los norcoreanos. Intercambiar mil toneladas de mineral de uranio de alta calidad por un par de misiles nucleares tácticos fue un gesto audaz... y lo sigue siendo.

—Audaz pero arriesgado —replicó Gutier—. Lamento decir que no fue idea

mía. Los coreanos desean ampliar su arsenal nuclear y carecen de las materias primas necesarias. El tema salió a colación mientras nos planteábamos un intercambio de armas menores. Aun así, es una proposición brillante.

—Equipada con armas nucleares, Cuba dejará de ser el último mono para los estadounidenses —dijo Díaz.

—Ocuparemos un lugar legítimo entre las potencias mundiales. —Gutier cerró el puño al recordar la muerte de su padre en la invasión de la bahía de

Cochinos—. Por desgracia, el trato todavía puede irse al garete.

—No si la mitad del pedido sale mañana. Pero... ¿y tu posición? Creía que preveías movimiento en breve.

Gutier consultó su teléfono.

—Espero noticias en cualquier momento.

—La gente admira el poder —dijo Díaz—. Traer esas armas a Cuba te convertirá en el hombre más poderoso del país. Has conseguido algo que ni siquiera Fidel logró.

Las palabras surtieron efecto en el

ego de Gutier, y su ira disminuyó.

—Sigue preocupándome ese barco estadounidense y las posibles repercusiones.

—Podemos decir que estaban desertando. —Díaz sonrió—.

Apropiarnos del barco y enviar discretamente a la tripulación a una cárcel política.

Gutier miró por la ventana buscando una idea mejor.

Su teléfono pitó, y vio un correo electrónico anónimo con un archivo de vídeo adjunto. Reprodujo los veinte

segundos de grabación y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

—Esto lo cambia todo.

Levantó el teléfono y volvió a reproducir el vídeo.

Díaz vio cómo un hombre subía a bordo de un yate, que momentos más tarde volaba por los aires como una inmensa bola de fuego. Una expresión de asombro se reflejó en el rostro de Díaz.

—El hombre del barco... se parece mucho a Raúl.

—Es Raúl. Estaba en las islas Caimán para asistir a una reunión de la

Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Yo tenía información privilegiada y sabía que se alojaría a bordo de un yate propiedad del vicegobernador de las Caimán. — Gutier sonrió—. Parecerá un desafortunado accidente.

Díaz movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Hermano, es una maniobra arriesgada.

—Ha sido obra de elementos externos. Profesionales a los que no les interesa hablar, aunque creyeran que

iban a matar a otra persona. —Gutier le dedicó una sonrisa irónica—. Solo lamento que el ministro de Asuntos Exteriores Ruiz no estuviera a bordo. Tenía previsto reunirse con Raúl, pero canceló la cita en el último momento.

—De todas formas es una acción audaz. Después del fallecimiento de Fidel, será un gran golpe para nuestro país. Tal vez sea preferible que Ruiz no estuviera, porque las sospechas habrían recaído en ti. Por otra parte, todavía estás en una situación delicada. Seguro que el ministro de Asuntos Exteriores

sucedará a Raúl cuando nuestro débil vicepresidente expire. Y entonces tú no podrás mantener tu posición de poder.

Gutier no mostró la menor preocupación.

—Quizá te faciliten los medios para impedir que eso ocurra.

—¿Qué dices?

—Los estadounidenses. Nos han beneficiado. Ruiz no ha ocultado su deseo de hacer las paces con Estados Unidos y expandir el comercio y el turismo. Su afecto a Estados Unidos siempre ha sido su debilidad.

Aprovecharemos eso para implicar el barco de la NUMA en la muerte de Raúl.

El rostro de Díaz se iluminó.

—Claro. El público se indignará si cree que los estadounidenses han matado a Raúl. Podemos hacer que parezca un golpe planeado, un atentado para colocar a un ministro extranjero como jefe del gobierno.

—El más mínimo indicio de conexión bastaría para que el Consejo de Estado volviera la espalda a Ruiz —señaló Gutier—. Si no, puedo pedir ayuda a

unos cuantos camaradas del ejército para que me apoyen dando un golpe militar temporal mientras se investigan los cargos.

—Solo habría algo mejor: que te atribuyeses el mérito de atrapar al asesino —dijo Díaz con los ojos brillantes—. Olvídate del barco de investigación; podemos ir más lejos. Te entregaré al estadounidense que está al mando, un hombre llamado Pitt que estaba a bordo del submarino. Podemos culparlo a él del asesinato.

Gutier consideró la idea.

—Sí —convino—, podemos fabricar pruebas que lo relacionen con la explosión. Haremos un juicio público que estimulará el sentimiento antiestadounidense... y nos aseguraremos de que Ruiz caiga en desgracia.

—Eso nos permitirá seguir adelante con nuestro trato con los norcoreanos. Pero ¿qué hacemos con el barco de la NUMA?

—No me consta que el gobierno estadounidense haya emprendido investigaciones privadas —contestó Gutier.

—Ni ha habido ninguna reacción pública.

—Entonces hunde el barco con toda la tripulación —ordenó Gutier—. No vaya a ser que lo desmientan a coro. Podemos decir que hubo un accidente y desapareció. Y si los estadounidenses se resisten a aceptarlo, diremos que era un barco de la CIA que invadió nuestras aguas y que apoyó el asesinato de Raúl y el intento de golpe. Mientras tanto, envía un helicóptero a la instalación minera para recoger al preso. Yo lo arreglaré para que parezca que fue capturado en

las islas Caimán.

Díaz asintió y en ese instante llamaron a la puerta. Una secretaria rolliza entró en el despacho con cara de preocupación.

—Lamento interrumpir, señor, pero hemos recibido noticias de las islas Caimán. Al parecer, un barco se ha incendiado y ha sufrido desperfectos cuando el presidente estaba de visita. Se especula que el presidente puede haber resultado herido.

Gutier hizo una señal con la cabeza a su hermano y se puso en pie.

—Es una noticia terrible —dijo acompañando a la secretaria fuera del despacho—. Debemos averiguar la verdad de inmediato.

El helicóptero Mil Mi-8 de fabricación rusa sobrevoló rápidamente las montañas y redujo la velocidad al llegar a la instalación minera clandestina. El piloto se acercó al helipuerto de hormigón y aterrizó en el centro. Dejó

los motores funcionando al ralentí mientras Díaz se desabrochaba el cinturón y bajaba de un salto por una puerta lateral abierta.

Molina esperaba a su jefe flanqueado por un guardia armado. Díaz se volvió para examinar el muelle mientras se alejaban del helipuerto. La barcaza y el remolcador habían desaparecido. En su lugar había un buque granelero con bandera de Liberia llamado *Algonquin*. El personal de tierra estaba ocupado manejando la cinta transportadora del muelle para cargar uranio en las

bodegas del barco.

—Me alegra ver que el *Algonquin* ha llegado a tiempo —dijo Díaz—. ¿La barcaza está en un lugar seguro?

Molina asintió con la cabeza.

—El fuego se apagó sin incidentes. Ya se ha reunido con el *Sea Raker*. Deberían empezar a colocar los explosivos en el yacimiento de Domingo 2 dentro de pocas horas.

—Bien. ¿Dónde están los estadounidenses?

—Sígame.

Molina lo guio hasta un garaje abierto

situado en la planta baja del barracón. Pitt y Summer estaban sentados en un banco en un rincón vacío, con dos guardias armados apostados delante a escasa distancia.

Díaz se acercó mostrando un retorcido sentido del humor.

—Tengo entendido que han realizado actividades extraescolares mientras yo estaba fuera. Me alegra informarles de que su intento de dañar la barcaza y el muelle ha sido en vano. La excavación seguirá adelante.

—Si hacen explotar esas fumarolas,

contaminarán los mares a lo largo de mil kilómetros —dijo Pitt—. Las aguas y las playas cubanas no serán inmunes.

—Se equivoca, señor Pitt. La corriente de Florida lo arrastrará todo a las costas de Estados Unidos. Será un problema de su país, no del mío.

Pitt lo fulminó con la mirada.

—Será su problema cuando el mundo descubra que lo hicieron ustedes a propósito para extraer uranio.

Díaz rio entre dientes.

—Eso no ocurrirá, amigo mío. Venga, de pie.

Los guardias empujaron a Pitt con sus rifles de asalto. Él se levantó, y Summer hizo otro tanto.

Díaz la miró y negó con la cabeza.

—Me temo que esta vez tú no irás con él. —Se volvió hacia los guardias—. Lo escoltaréis hasta La Habana. El helicóptero está esperando.

Summer lo miró a los ojos.

—¿Por qué lo lleva a La Habana?

—Ah, ¿no lo sabías? —Díaz esbozó una sonrisa de reptil—. El presidente Castro ha muerto, y tu padre ha sido implicado en su asesinato. Va a La

Habana para ser procesado.

—¡Eso es absurdo!

—En absoluto. Numerosos testigos lo situarán en la escena del crimen.

Díaz hizo una señal con la cabeza a los guardias, quienes empujaron a Pitt hacia el frente.

Summer se situó delante de los guardias y abrazó a su padre.

Pitt le dedicó una mirada tranquilizadora y le susurró al oído que mantuviese la calma, aunque se le revolvían las tripas por dentro: le traía sin cuidado estar él en apuros, pero lo

último que quería era dejar a su hija con Díaz. Los guardias no le dieron alternativa y se lo llevaron a la fuerza al helipuerto.

Lo metieron en el helicóptero, lo sentaron en el banquillo junto a la puerta de carga abierta y le abrocharon el cinturón. Los guardias se sentaron enfrente. Uno se inclinó hacia delante y alzó el pulgar hacia el piloto en señal de aprobación. El rotor giró, y en cuestión de segundos el helicóptero de transporte se elevó por los aires. Pitt miró abajo y observó con impotencia cómo Summer

era escoltada al edificio de oficinas con Díaz y Molina. Hasta que el complejo minero desapareció tras ellos, dando paso a una extensión vacía de mar azul.

Los cubanos volvieron a reunirse en el despacho de Díaz, que se tomó un instante para admirar la piedra azteca.

—He recibido una información interesante de un contacto que tengo en Estados Unidos —le dijo a Summer—. Tu amigo, Perlmutter, es un historiador bastante útil.

—¿Le ha hecho daño? —preguntó encendida tras lanzar una mirada asesina a Díaz.

—Está perfectamente, aunque le faltan unos cuantos documentos. Documentos que indican que la otra mitad de la piedra no se destruyó en el *Maine*.

—Entonces ¿el tesoro sigue en alguna parte?

—Y tanto.

Summer se contuvo. Su padre había empezado a explicarle un vínculo que había descubierto en el despacho entre la piedra y un tesoro desaparecido, pero

los guardias lo habían obligado a callarse.

—¿Y dónde está la otra piedra? — preguntó Molina.

—Si Perlmutter está en lo cierto — dijo Díaz—, robaron la piedra del *Maine* durante el hundimiento. Es de suponer que la guardaron a bordo de un barco de vapor llamado *San Antonio* que zarpó inmediatamente de La Habana. La marina de Estados Unidos lo capturó a la altura de la costa Este, pero el barco se hundió antes de que pudieran recuperar la piedra.

Díaz sonrió.

—Según los registros navales, el *San Antonio* se encuentra a cincuenta brazadas de profundidad, a unas catorce millas al este de Punta de Maisí.

—Puedes localizar los restos del naufragio con el barco petrolero *Kelowna* —propuso Molina—. Lo tenemos alquilado un mes más.

—En realidad te voy a mandar a ti a buscar los restos del naufragio, Silvio, en cuanto el *Algonquin* zarpe del muelle.

—Fulminó con la mirada a Summer—. Yo supervisaré personalmente las

excavaciones pendientes para
asegurarme de que no haya más
interrupciones.

—Avisaré enseguida a la tripulación
del *Kelowna*.

Díaz le dio a Molina un papel.

—Aquí están las supuestas
coordenadas del *San Antonio*. Llévate el
Kelowna e inicia las operaciones de
reconocimiento hasta que localices el
barco naufragado. Me reuniré contigo en
cuanto pueda.

—Aunque lo encontremos antes, no
haremos nada hasta que tú llegues. —

Molina señaló con la cabeza a Summer
—. ¿Y la chica?

Díaz la miró de arriba abajo y sonrió.

—La chica vendrá conmigo.

El helicóptero militar volaba bajo sobre el agua, siguiendo la línea de la costa septentrional de Cuba a cien metros del litoral. Su sonoro rotor llamaba la atención a la gente y arrancaba saludos amistosos a los pescadores solitarios en

sus pequeños botes y a los niños pequeños que jugaban en las olas.

Pitt miraba a través de la puerta de carga abierta calculando sus probabilidades de escapar. La tripulación del helicóptero estaba compuesta por tres hombres más dos guardias. Tenía pocas posibilidades de vencer a los cinco. La puerta abierta le brindaba una oportunidad, aunque morir de una caída no era lo que tenía pensado. Estudió el helicóptero más detenidamente.

El viejo Mi-8 era un helicóptero

militar clásico, capaz de transportar a veinticuatro soldados en su larga cabina. Pitt observó que ese en concreto había sido modificado para participar en operaciones de búsqueda y rescate. En el fuselaje de popa había guardada una camilla de salvamento, además de montones de chalecos inflables, y sobre la puerta de carga abierta habían fijado un cabrestante con un carrete de cable enrollado. Pitt miró con disimulo los mandos del cabrestante con etiquetas en español e identificó una palanca que levantaba y bajaba el gancho.

El resto del interior correspondía a un diseño militar clásico: los elementos básicos, con mamparos descubiertos. Expiloto de las fuerzas aéreas con buena mano para la mecánica, Pitt siguió el recorrido de una miríada de cables y tubos hidráulicos que cruzaban el interior. Cuando su pie dio con el pequeño extintor situado debajo de su asiento, un plan rudimentario cobró forma en su mente. Por muy temerario que fuese, era mejor que enfrentarse a un pelotón de fusilamiento en La Habana.

Todo dependería de elegir el

momento oportuno... y de los hombres que tenía sentados enfrente. Los guardias eran soldados profesionales, pero habían estado de servicio casi todo el día y la noche anteriores. Uno ya estaba dormitando, mientras que el otro observaba a Pitt con una mirada cansada.

Pitt lanzó al soldado su mejor mirada de desinterés y cerró los ojos. Posó las manos en el regazo y fingió que dormía. Mantuvo la postura varios minutos antes de arriesgarse a echar una ojeada. El segundo soldado seguía despierto, pero

había cambiado de posición para mirar por la ventana frontal de la cabina.

Empleando movimientos minúsculos y graduales, Pitt se desabrochó el cinturón de seguridad ocultando la maniobra con una mano. Se recolocó en el asiento y bajó la otra mano por debajo de la rodilla hasta rozar el extintor. El guardia miró en su dirección un momento, y Pitt se quedó inmóvil. Pero acto seguido volvió a contemplar el agua que corría por debajo.

Pitt cerró despacio los dedos en torno al extintor, respiró hondo y saltó de su

asiento. Blandió la bombona metálica trazando un amplio arco, pero en lugar de atacar a los guardias, estrelló la base del extintor contra un mamparo lateral. No fue un golpe al azar; había apuntado a un par de tubos de acero inoxidable que se aplastaron con el golpetazo.

—¡Eh!

El guardia de los ojos abiertos miró a Pitt como si estuviera loco. Alargó la mano para coger el rifle apoyado en su regazo, pero Pitt fue más rápido. Dio la vuelta al extintor, tiró del seguro, apretó la palanca y disparó un chorro de fosfato

monoamónico a la cara de los dos guardias. Cuando el primero levantó a ciegas su arma, Pitt le lanzó el extintor.

—Adiós —dijo mientras bajaba de golpe la palanca de la grúa de rescate.

Pitt se agarró a un pequeño gancho de bola que se desenrolló del cabrestante, dio un paso rápido y se lanzó por la puerta abierta.

El guardia tardó unos instantes en aclararse la vista frotándose los ojos y en apuntar al preso con su rifle. Para entonces, Pitt ya se había ido.

—¡Aterrizar inmediatamente! —gritó

a los pilotos.

El piloto no le hizo caso, pues una franja de luces rojas parpadeaba en los mandos de la cabina y el helicóptero empezaba a dar sacudidas en el aire.

—No recibe combustible —dijo el copiloto—. Ninguno de los dos motores.

El piloto miró los indicadores.

—Pero los depósitos externos están llenos.

Cambió el suministro de combustible de un depósito externo al otro, pero nada cambió. Los motores dobles del helicóptero siguieron renqueando.

Pitt había elegido bien su objetivo al aplastar los tubos metálicos situados cerca del capó del motor con la etiqueta «Combustible de aviación». Lamentablemente para el piloto, suministraban combustible a los motores de los dos depósitos externos. Pitt había deducido que el depósito interno se había vaciado en el vuelo de ida, aunque en la reserva había suficiente combustible para tener los motores en marcha varios minutos. Con apenas unos segundos para reaccionar, el piloto no pudo más que pensar que los depósitos

externos seguían llenos.

Los motores del helicóptero tosieron y renquearon, y acto seguido se apagaron uno detrás del otro. Solo el sonido de las alarmas de la cabina y el chirrido agonizante de los rotores hendían ya el aire.

El piloto inclinó el morro hacia delante y trató de planear, pero no había forma de controlar el pesado vehículo blindado. El enorme helicóptero descendió en picado un breve trecho y luego cayó como un saco de cemento.

Impactó en el agua con el morro. La

cabina se aplastó en el acto, al tiempo que el rotor principal se partía y daba vueltas a través del oleaje. El fuselaje descubierto cabeceó un instante, hasta que se hundió bajo las olas arrastrando a todos sus ocupantes a las profundidades del mar.

Al saltar por la puerta de carga, a Pitt por poco se le escapó el cable de salvamento. El gancho de bola se le clavó en el dorso de las manos e impidió que resbalase, aunque causándole un dolor terrible. Con los

brazos estirados por encima de la cabeza, se quedó colgando justo por debajo de los patines mientras el helicóptero empezaba a sacudirse.

El cabrestante soltaba cable poco a poco y Pitt maldijo su lentitud. Había confiado en caer rápido hasta una distancia desde la que poder saltar, pero seguía a demasiada altura. No le quedaba más remedio que esperar a que el cable descendiera. De pronto el helicóptero inició una lenta danza mortal. Por suerte, los guardias estaban demasiado ocupados para tirar de la

palanca del cabrestante y detener su descenso.

El cable dio un brusco tirón cuando el helicóptero empezó a moverse a sacudidas y a reducir la velocidad. Pitt se balanceaba violentamente bajo el helicóptero aferrándose a duras penas al gancho de acero y al cable. Aunque tanto él como el helicóptero habían perdido altitud, seguía a una altura peligrosa.

Alzó la vista y vio que el rotor principal del helicóptero iba más despacio y que los motores renqueaban... y luego se paraban del

todo. Cuando el piloto bajó el morro e hizo caer la nave en picado, el cable de salvamento se destensó. Pitt cayó casi seis metros antes de que el cable se tensara de golpe y estuviera a punto de arrancarle los brazos.

Se vio arrastrado hacia delante y hacia abajo. El helicóptero aceleraba por momentos gracias a la fuerza de la caída hasta que perdió impulso. Con el movimiento Pitt se balanceó por delante del helicóptero. Temiendo que la máquina se le viniera encima y lo aplastara, soltó el cable y se hizo un

ovillo.

Pese a hallarse a solo diez metros por encima del agua, salió disparado hacia delante a gran velocidad. Impactó con fuerza contra el mar, se sumergió violentamente y luchó hasta salir a la superficie.

Pitt jadeó. El choque lo había dejado sin aliento. Trató de estirarse y nadar, pero un dolor que irradiaba de su hombro le impedía estirar el brazo por encima de la cabeza. Movi6 los pies y dio brazadas con el brazo bueno para mantenerse a flote.

Miró justo a tiempo de ver cómo el helicóptero daba volteretas a pocos metros por delante de él. Sus restos se hundieron emitiendo un silbido. Pitt hizo caso omiso. Se centró en una playa de arena a lo lejos, vacía. Nadando de lado con cuidado, recorrió varios metros con un dolor insoportable.

Nadó despacio como un perro y notó que una contracorriente lo arrastraba hacia una extensión de costa azotada por las olas. Respirando con determinación, se volvió hacia la playa de arena y empezó a dar patadas y brazadas contra

la corriente. El dolor recorrió su cuerpo, pero siguió adelante hasta que una onda de espuma blanca lo recibió en la rompiente. Sus pies tocaron el fondo. Se dirigió tambaleándose a una espesa fronda que recorría la playa. Un líquido cálido le cayó por el cuello y el hombro izquierdo, y se dio cuenta de que se había clavado el gancho del cable al saltar.

Pitt alcanzó los arbustos exhausto, todavía tambaleándose. Al acercarse a una alta higuera de Bengala, el agotamiento, el dolor y la pérdida de

sangre alcanzaron su punto álgido. Cayó de rodillas y se desplomó en la arena blanda.

—Capitán a puente de mando, por favor. Capitán a puente de mando.

Bill Stenseth cogió la radio portátil por la que sonaba la llamada.

—Sí, voy para allá.

El veterano capitán de barco

abandonó su inspección matutina de la sala de máquinas y subió al puente de mando del *Caroline*, uno de los barcos de investigación más modernos de la flota de la NUMA. El *Caroline* estaba equipado con una piscina lunar central y una enorme grúa pórtico en popa para echar al mar infinidad de vehículos submarinos. Como todos los barcos de la NUMA, el casco de la embarcación estaba pintado de color turquesa.

Un joven oficial con un almidonado uniforme blanco abordó a Stenseth en cuanto pisó el puente.

—Lamento molestarle, capitán, pero hemos recibido un extraño mensaje por radio.

—¿De qué se trata, Roberts?

—Una aeronave cercana ha solicitado que recojamos a tres buzos del agua por la amura de babor.

Stenseth miró por la ventana del puente de mando. El oleaje era suave y el *Caroline* se hallaba anclado a menos de un cuarto de milla de una pequeña isla de las Bimini llamada South Cat Cay.

—No hemos visto a nadie en el agua

—dijo Roberts.

—¿Quién ha hecho la llamada?

—No lo sabemos. No se han identificado.

Un marinero situado en el lado opuesto del puente de mando señaló a proa.

—Se acerca un helicóptero, señor.

Stenseth salió al alerón del puente de mando y observó cómo un helicóptero blanco se aproximaba a escasa altura. Se trataba de un helicóptero comercial de uso civil Bell 407, utilizado normalmente por las autoridades y para

el transporte en alta mar.

El helicóptero dio una vuelta alrededor del *Caroline*, planeó frente a su amura de babor y descendió casi hasta la altura de las olas. Abrieron una puerta lateral, y tres hombres con equipo de buceo saltaron y se zambulleron en el agua. A continuación lanzaron un gran contenedor naranja. El helicóptero se elevó, movió su rotor principal y despegó en la dirección por la que había venido.

Stenseth vio que los tres hombres salían a la superficie cerca del barco.

—¡Echen una zódiac al agua! ¡Vamos!

Antes de que la tripulación del *Caroline* pudiera lanzar la lancha neumática, los buzos nadaron hasta la popa del barco con el contenedor detrás. Se arrió una plataforma de buceo, y los hombres subieron a bordo con su equipo.

Stenseth aguardó ante la barandilla mientras la plataforma era izada a la altura de la cubierta. El más bajo de los tres submarinistas dio un paso adelante y tendió la mano al capitán quitándose las gafas de buceo.

—Hola, Bill. Me alegro de verte.

Stenseth se quedó boquiabierto al reconocer al hombre al que estaba acostumbrado a ver con gafas de pasta.

—¿Eres tú, Rudi?

Gunn sonrió y señaló a los otros buzos.

—Te pido disculpas por la visita sorpresa. Creo que ya conoces a Jack Dahlgren y a Pierce Russell.

—Sí. —Stenseth saludó a los hombres con la cabeza—. Pero ¿por qué os habéis lanzado desde el helicóptero? Podríamos haberos recogido en tierra.

—El tiempo es primordial. Además, cuando desobedeces al vicepresidente de Estados Unidos, conviene que se entere el menor número de gente posible.

—¿Enterarse de qué? —preguntó Stenseth.

—Se trata del *Sargasso Sea*. Tenemos motivos para creer que ha sido secuestrado cerca de La Habana. Por motivos que no incumben a mi rango, el vicepresidente Sandecker se ha negado a prestarles ayuda... y de hecho nos ha ordenado que no intervengamos. —Gunn

negó con la cabeza—. Pero no puedo aceptarlo. Es posible que la tripulación esté en peligro, de modo que tenemos que averiguar lo que pasa.

—¿No están Pitt y Giordino a bordo?

—Sí, y eso me pone más nervioso. El barco interrumpió las comunicaciones hace un par de días. Estaban investigando un penacho de mercurio submarino y puede que hayan dado con su origen.

—¿Los cubanos?

—No lo sabemos.

—Eso explica el vuelo en helicóptero

comercial anónimo.

—El piloto cree que hemos venido en una misión secreta para estudiar los delfines. No le entusiasmaba hacer el viaje de ida y vuelta desde Miami y dejarnos en el mar, pero ha recibido una paga generosa por sus servicios.

—Te estás jugando el cuello, Rudi, pero colaboraré con mucho gusto —dijo Stenseth—. Pitt me ha salvado el pellejo más de una vez.

—Sabía que podía contar contigo.

—¿En qué podemos ayudaros?

Gunn señaló al otro lado de la

cubierta del barco. Un elegante vehículo submarino con el casco de fibra de vidrio se hallaba aparcado en un andamio colgante de madera.

—Necesito que me digas dos cosas —dijo Gunn—. Primero, que el *Bullet* está totalmente operativo. Y segundo, que puedes tener el *Caroline* en marcha dentro de una hora.

Entonces fue Stenseth quien sonrió.

—El *Bullet* solo necesita un depósito de combustible lleno. En cuanto al *Caroline*, si no navegamos rumbo a Cuba a toda máquina dentro de veinte

minutos, puedes quedarte con mi puesto.

—Gracias, Bill. Cada segundo puede ser decisivo.

—Manos a la obra. —Stenseth dio un paso hacia el puente de mando, pero vaciló—. Por cierto, ¿qué hay en la caja naranja?

—Un seguro —contestó Gunn con cara seria arqueando las cejas.

Summer estuvo sentada en el muelle bajo el sol matutino más de una hora, acompañada de un guardia armado. Sus pensamientos se centraban en su padre y en lo que habría sido de él.

Le caían gotas de sudor por la frente,

cuando en el horizonte apareció un punto azul que fue haciéndose cada vez más grande. Al final se transformó en una embarcación de líneas elegantes para el transporte de tripulación, que se dirigía al muelle a toda velocidad gracias a la potencia de sus dos motores turbo diésel. Summer fue escoltada hasta su camarote climatizado, desde donde vio cómo varias cajas pequeñas de explosivos eran cargadas en la cubierta de popa.

Díaz y Molina aparecieron en el muelle poco después. Se estrecharon la

mano. Díaz subió a bordo y la embarcación abandonó el muelle con gran estruendo. Summer reprimió un escalofrío cuando Díaz entró en el camarote y se sentó a su lado.

—Un pequeño cambio de planes — dijo—. Haremos una breve escala en tu antiguo barco, el *Sargasso Sea*.

—¿Puedo volver al barco?

Díaz rio.

—No, querida. No creo que te interese volver. Te reunirás conmigo en el *Sea Raker*.

—No es consciente del daño que

causará destruyendo las fumarolas.

—Y tú no eres consciente del dinero y el poder a los que renunciaré si no lo hago. —Sonrió—. Claro que puede que sea una miseria comparado con lo que esconden nuestras piedras aztecas.

—¿Por qué está tan seguro?

—Es el motivo por el que fui a México. Nuestro barco de inspección descubrió cerca de Jamaica la canoa en la que se encontró la estatuilla de oro. Gracias a tu códice, ahora sabemos que la canoa era una de las muchas que partieron del imperio azteca. El doctor

Torres tuvo la amabilidad de confirmar que la estatuilla presentaba un conocido diseño azteca. Debía de haber muchas más en las otras canoas.

—Me parece un acto de fe tratándose de una sola estatuilla de oro —dijo Summer.

—Era el único objeto que quedaba en la embarcación. Creo que se hundió poco a poco, y que la tripulación pudo escapar a las otras canoas con la mayoría de su cargamento.

—Tal vez. Pero ahora tiene la ubicación de la otra piedra. ¿Por qué no

pone fin a la locura de las fumarolas y va a rescatar el tesoro?

—¿Y soltaros a ti y a tu padre?

Summer clavó la mirada en los ojos oscuros y sádicos de Díaz y no halló más que compasión.

—No, me niego —dijo Díaz respondiendo a su propia pregunta. Se puso en pie—. Mi hermano y yo tenemos un destino más importante que cumplir, ¿sabes?

Se alejó tranquilamente del puente de mando cuando el *Sargasso Sea* apareció ante ellos, dejando a Summer con la

incógnita acerca de la identidad de su hermano.

Las lanchas neumáticas de los comandos seguían amarradas al barco de la NUMA cuando la embarcación para la tripulación se detuvo junto a una escala de portalón. Primero trasladaron a bordo las cajas de explosivos, y luego Díaz subió a la cubierta principal del *Sargasso Sea*. Calzado, el jefe de los comandos, se reunió con él ante la barandilla.

—¿Algún problema con el barco? — preguntó Díaz.

—No, señor. Los prisioneros están encerrados y el barco en calma. Estamos a la espera de nuevas órdenes.

—Molina me ha dicho que no se establecieron comunicaciones desde el barco durante el asalto.

—Pillamos por sorpresa a la tripulación del puente de mando, así que creemos que es cierto. Un guardacostas nos incordió por radio un rato cuando cambiamos el barco de sitio, pero se alejaron cuando avisamos a una patrullera de la marina de Cuba que estaba en la zona.

—Muy bien.

—Acabamos de recibir una llamada del centro de operaciones terrestre, señor. Han sido informados de que un helicóptero que salió de la instalación minera esta mañana rumbo a La Habana se ha hundido cerca de Puerto Escondido.

—¿Algún superviviente?

—No se sabe. Han llamado a las fuerzas armadas y a un equipo de buzos de salvamento. Nos pondrán al corriente cuando tengan más información.

El rostro de Díaz se crispó. ¿Era

posible que Pitt hubiera tenido algo que ver con el accidente? Aun así, no todo estaba perdido. Si Pitt había muerto, tal vez la hija podía reemplazarlo como sospechosa de la muerte de Raúl.

Se volvió y señaló los explosivos amontonados en la cubierta.

—El general ha ordenado la destrucción del barco. ¿Dónde está la tripulación estadounidense?

—Están retenidos en dos laboratorios cerca de popa.

—Manténganlos allí. Tienen órdenes de hundir el barco con toda la

tripulación después de medianoche. No debe quedar ningún superviviente.

¿Entendido?

El comando asintió con la cabeza.

—Así se hará. Ningún superviviente.

La tripulación encarcelada en el laboratorio húmedo del *Sargasso Sea* retrocedió cuando la única puerta se abrió de golpe. Uno de los timoneles del barco, un tipo diminuto llamado Ross, fue empujado a través de la puerta con

una gran caja de cartón en las manos. Un par de comandos armados entraron detrás y escudriñaron la sala parapetados tras sus rifles de asalto. Apremiaron a Ross para que distribuyera el contenido de la caja.

—¿Eres tú, Ross? —preguntó el capitán Smith desde el fondo del laboratorio.

Estaba sentado en una silla de escritorio con el pie apoyado en un taburete y el pecho envuelto en gasas. Pese a encontrarse todavía débil, tenía los ojos brillantes y despiertos.

Ross se dirigió al capitán repartiendo botellas de agua. Se movía con cautela, luciendo un ojo morado y un pómulo magullado.

—El barco ha sido trasladado a nueve millas de la costa, señor. Hace poco se acercó una embarcación para transportar tripulación. No entendí bien lo que decían, pero creo que uno de los comandos del puente de mando dijo que habían traído explosivos a bordo y que esta noche tenían pensado hundir el barco con nosotros dentro.

El rostro lívido de Smith pareció

palidecer aún más, y acto seguido una oleada de ira tiñó sus mejillas de rojo.

—No se lo digas a nadie, Ross.

—Sí, señor.

—¿Qué sabes de la tripulación retenida en el otro laboratorio? —preguntó Giordino.

—Parece que todos aguantan bien menos Tyler, que ha perdido mucha sangre. Me han dejado llevarles una caja de provisiones antes de venir aquí.

—¿Es eso lo que hay en la caja? —preguntó Smith.

—Sí, comestibles variados. Me

dejaron diez segundos en la cocina, así que cogí lo que pillé.

—¡Tú! —Uno de los guardias hizo señas a Ross—. Deprisa. Y nada de hablar.

—Repártelo al resto de la tripulación —dijo Smith.

Ross asintió con la cabeza y empezó a distribuir manzanas y agua mientras se dirigía a la parte delantera. Los guardias lo escoltaron fuera del laboratorio y cerraron la puerta con llave.

El capitán hizo una señal a Dirk y a Giordino.

—Estamos en un aprieto —confesó en voz baja—. ¿Alguna idea?

—Seguro que quieren mandarnos al fondo del mar en el barco —dijo Dirk—. Por desgracia, no tenemos muchas opciones.

—No podemos salir de aquí por nuestra cuenta. —Giordino señaló el laboratorio con la mano. Inmediatamente después de que los encerraran, había examinado cada centímetro cuadrado buscando una salida. Pero sin un soplete, no había ninguna. El laboratorio era básicamente una gran caja de acero

con una sola entrada—. Nuestra única posibilidad es saltar sobre los guardias la próxima vez que abran la puerta.

Dirk asintió.

—Es lo único que podemos hacer.

Smith negó con la cabeza.

—Siempre hay como mínimo dos hombres armados en la puerta. Moriríais los dos.

Mientras hablaba, el capitán se retorció en su asiento. Sus piernas resbalaron del taburete y cayeron al suelo. El dolor le recorrió el hombro y soltó un juramento.

Dirk se le acercó y le ayudó a volver a colocar el asiento. Al inclinarse, advirtió que en un estante inferior de la mesa del laboratorio había una botella grande de yodo y otros reactivos utilizados por los científicos del laboratorio. Mientras examinaba las botellas, una idea cobró forma en su mente.

—Capitán, en cuanto a la propuesta de Al... —Se levantó sosteniendo unas cuantas botellas—. ¿Qué tal si aumento un poco nuestras posibilidades?

Pitt volvió en sí en medio de un clamor de voces. Se frotó los ojos para librarse del aturdimiento que le impedía recordar dónde estaba. Se dio la vuelta y se apoyó en los codos. El intenso dolor de su hombro izquierdo le recordó

enseguida el accidente de helicóptero. Miró a través de un seto bajo para localizar el origen de los gritos.

Provenían de un grupo de submarinistas a bordo de un barco de buceo que trabajaban a escasa distancia de la costa. Un pequeño bote hinchable surcaba la orilla, posiblemente buscando supervivientes. Le sorprendió su repentina llegada y al mirar su reloj de muñeca Doxa se dio cuenta de que había estado inconsciente casi dos horas. Se llevó la mano al corte del cuello y del hombro y palpó una costra

de sangre seca. No le extrañaba que se hubiera desmayado.

Por el alboroto del barco de buceo, parecía que el equipo de salvamento había localizado los restos del helicóptero. Pitt observó cómo cinco bolsas para transportar cadáveres eran entregadas por encima de la barandilla de la embarcación a un equipo de buzos sumergidos en el agua. Pronto alguien se daría cuenta de que había un sexto pasajero a bordo del helicóptero.

Pitt reconoció el terreno. Se había adentrado tambaleándose en un

bosquecillo de caulotes que crecían a los pies de una higuera de Bengala. Era el único refugio destacable en treinta metros a la redonda. La playa abierta se extendía a lo largo de un kilómetro a su izquierda, mientras que un risco cubierto de guijarros le cerraba el paso a la derecha. Detrás había una pendiente rocosa que ascendía hacia la cercana selva del interior.

Pitt estaba considerando la idea de subir cuesta arriba cuando oyó el chirrido de unos frenos justo encima. Vio la parte superior de un camión

militar cubierto con una lona, que se detuvo cerca del linde de la selva. En lo alto de la cuesta había una carretera. Pero de momento estaba fuera de su alcance, porque un pelotón de soldados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias se apeó del camión y empezó a peinar el terreno cuesta abajo hacia la playa.

Pitt se dirigió a la esquina del matorral y se arrastró bajo un gran caulote cuando pasaron un par de soldados. Sin detenerse, atravesaron el matorral hasta la playa, pero algo llamó

la atención a uno de los soldados. Se paró y miró abajo, examinando la arena situada a sus pies.

Eran las huellas de Pitt. Empezaban en las olas, subían por la playa y se internaban en el matorral. Pitt observó cómo los soldados seguían poco a poco las huellas hasta el caulote. El suelo era firme alrededor del pie del árbol, y las huellas menos claras. El soldado dio una vuelta registrando la zona. Pitt no podía evitar que lo descubrieran, de modo que pasó a la ofensiva. Esperó a que el soldado se alejase y saltó del arbusto.

Le bastaron dos pasos para alcanzarlo sin ser descubierto. Balanceó el puño y le asestó un golpe justo por encima del cinturón que le hizo tambalearse. El soldado se dio la vuelta para coger su rifle de asalto, pero Pitt estaba en guardia. Agarró la boca del arma, la empujó contra el pecho del soldado y le propinó un golpe en la cara con la mano libre.

El soldado cayó de rodillas y soltó el rifle. Pitt recogió el arma y apuntó. El soldado era un chico de apenas diecisiete años, sin duda un recluta

captado a la fuerza. Desde luego no pertenecía al equipo de hombres perfectamente adiestrados de Díaz. El desventurado soldado miró a Pitt con cara de miedo.

—¡Lárgate! —ordenó Pitt en voz baja.

El soldado se levantó de golpe y se dirigió a la playa tambaleándose. Pitt se fue en la dirección contraria, cuesta arriba, todo lo deprisa que le permitieron sus débiles piernas. Cuando oyó al joven soldado gritar a sus compañeros no miró atrás, pero a continuación una ráfaga de disparos hizo

añicos unas rocas a su lado y se escondió.

Armado con el AK47 del soldado, roció la playa con una breve descarga y siguió cuesta arriba. Los tiros de respuesta le brindaron unos segundos más, tiempo suficiente para acercarse a lo alto de la pendiente antes de que volvieran a disparar desde abajo, esta vez desde distintos sitios. Confió en que los otros soldados fueran igual de jóvenes y de inexpertos como tiradores y siguió corriendo hasta lo alto. Una ráfaga de plomo le persiguió en los

últimos pasos, pero consiguió ocultarse lanzándose por encima de un seto.

Rodó por un barranco poco profundo que lindaba con una estrecha carretera asfaltada. El camión militar vacío se hallaba delante, a poca distancia. Descartó la idea de apropiarse del camión cuando vio a dos soldados montando un control detrás de él. Soltaron sus postes para barricadas y echaron un vistazo por encima del seto lateral para ver a qué se debían los disparos.

Pitt se levantó y cruzó la carretera

corriendo. Casi había llegado al otro lado sin que lo vieran, pero uno de los soldados detectó movimiento y gritó. Pitt respondió disparando una breve ráfaga en su dirección y acto seguido acribilló el compartimento del motor del camión. El cargador medio vacío del rifle se quedó sin balas, y Pitt se deshizo del arma mientras se escondía entre la maleza de la selva.

No tenía tiempo para titubeos. Los soldados de la playa empezaron a subir hacia la carretera detrás de él. Los guardias de la barricada señalaron con

el dedo el lugar donde había estado, y los soldados convergieron en su última ubicación.

Pitt corrió una docena de metros entre el follaje, giró bruscamente a la derecha y continuó en paralelo a la carretera. Se detuvo un segundo, cogió una piedra y la lanzó en la dirección contraria. El ruido que hizo al chocar contra un árbol provocó un estallido de disparos y desvió, o eso esperaba, a sus perseguidores en la otra dirección.

Después de varios cientos de metros, torció a la derecha hasta que pudo

entrever brevemente la carretera. Se acercó al linde de la selva y echó una ojeada hacia atrás siguiendo el asfalto.

Un viejo sedán que se acercaba en la dirección opuesta había sido detenido en la barricada. A escasa distancia de Pitt, un par de soldados recorrían arriba y abajo la carretera mirando a la selva cada pocos metros. Notó cierto movimiento detrás y comprendió que no tenía tiempo para descansar.

Se escondió otra vez bajo el manto protector de la selva y siguió corriendo en paralelo a la carretera. Un minuto

más tarde, tropezó y se cayó; sus debilitadas piernas no habían podido esquivar una rama seca. Mientras se ponía en pie, oyó que un coche venía por la carretera.

Pensó rápido. Cogió la rama y la llevó hacia la carretera. Descubrió que se encontraba en el tramo final de una curva que impedía ver tanto la barricada como el coche que se aproximaba. Arrastró rápidamente la rama hasta el centro de la calzada y se lanzó a unos arbustos situados al otro lado mientras el coche tomaba la curva dando un

frenazo.

Pitt reconoció el vehículo: un Plymouth Fury de 1957, uno de los miles de coches estadounidenses antiguos que los cubanos de a pie seguían conduciendo como resultado de las décadas de embargo comercial. Pese a tener la carrocería abollada y los tapacubos dispares, los parachoques de cromo seguían brillando y la pintura blanca relucía después de años de pulido, tantos que casi habían dejado a la vista la capa de pintura base.

En el cabriolé de dos puertas con

capota dura viajaban un hombre y una mujer mayores. Se apearon del vehículo y apartaron la rama de la carretera arrastrándola. Cuando la pareja volvió al coche, Pitt salió de los arbustos y levantó sus manos vacías para detenerlos. Se encontró cara a cara con una pareja de cubanos que habían envejecido con dignidad y vestían con elegancia.

—¡Hola! —El hombre dio un paso atrás.

—Hola —dijo Pitt sonriendo—. Necesito desesperadamente que me

lleven. Lamento molestarles.

La mujer observó a Pitt y se fijó en la herida de su hombro, su ropa manchada de sangre y su rostro demacrado pero agradable.

—¿Está herido?

Antes de que Pitt pudiera contestar, la mujer corrió a su lado y lo acompañó hasta el coche. Se volvió hacia su marido.

—Deprisa, Salvador, ayuda a este hombre a subir a la parte trasera. Tenemos que llevarlo a casa.

Justo cuando arrancaban, Pitt vio a

dos soldados que salían de la selva, justo de donde él había estado segundos antes, y se quedaban mirando el viejo coche que se alejaba haciendo ruido por la carretera.

El Plymouth salió de la carretera asfaltada llena de agujeros y entró en un camino de tierra igual de accidentado. A Pitt le dolía el hombro en cada bache; el coche tenía la suspensión tan gastada que se notaba el menor bote. Había algo

debajo de él en el asiento trasero que le rascaba el costado con cada sacudida.

Pasado un irregular tramo de grava, el coche por fin se detuvo y el motor se apagó.

Pese a ser menuda, la mujer poseía una presencia imponente. Sus mejillas carnosas y sus ojos grandes hacían pensar en la belleza de su juventud.

—Lleva a este hombre dentro para que se asee, Salvador. Cenará con nosotros. Espero que no haya aplastado los pollos.

Después de ayudar a Pitt a bajar del

coche, la mujer metió la mano en el asiento trasero y sacó un par de pollos enteros muertos cuyas uñas habían estado dando la lata a Pitt. Los examinó con satisfacción y entró decidida en una casita que estaba encaramada en la pendiente del camino.

Pitt miró al hombre y sonrió.

—Está casado con una mujer de armas tomar.

—¿María? Es más fuerte que un toro en todos los sentidos. Una vez que toma una decisión, no hay forma de hacerla cambiar. Hace mucho aprendí a evitar la

punta de sus cuernos.

Pitt rio.

—Parece un sabio consejo.

—Me llamo Salvador Fariñas. —Le tendió la mano.

—Dirk Pitt.

—Venga por aquí, señor Pitt, y le asearemos como María dice.

Fariñas llevó a Pitt a la casa con tejado a dos aguas, que tenía una fachada ajada y descolorida. Su ubicación en un risco escarpado le brindaba una vista imponente del mar. Pitt vio la carretera asfaltada un

kilómetro por debajo y la costa de una pequeña bahía un poco más allá.

A Pitt le sorprendió el elegante interior de la casa. El suelo estaba cubierto de baldosas de terracota oscura, con una mezcla de muebles modernos encima. Un enorme ventanal que daba al mar iluminaba las austeras paredes blancas, que sorprendían por su desnudez. Un solo cuadro de vivos colores ocupaba una pared vacía al lado de una chimenea. Pitt admiró el retrato de un pescador que exhibía su pesca, pintado al estilo de Gauguin.

—Es un cuadro muy bueno.

—Lo pintó María. Hace muchos años era una artista famosa en La Habana. Por desgracia, es la única obra que nos queda de ella.

—Tiene talento.

Fariñas condujo a Pitt hasta la ducha de un estrecho cuarto de baño y le dejó jabón y toallas. Le llevó casi veinte minutos quitarse la sangre seca y el dolor de las heridas. Fariñas le dio unas vendas y le prestó una camisa limpia, y cuando entró en la sala de estar parecía y se sentía como un hombre nuevo.

María había desplumado y limpiado los pollos y estaba atareada cocinando. Fariñas ofreció a Pitt un vaso de aguardiente, que, agradecido, se lo bebió de un trago.

—Por la amabilidad de los desconocidos —brindó Pitt cuando su anfitrión relleno los vasos.

—Es usted bienvenido.

—¿Puedo preguntarle si tienen teléfono, Salvador?

Fariñas negó con la cabeza.

—Tenemos suerte de contar con instalación de agua y electricidad, pero

la línea telefónica no llega aquí. Y María se niega a comprar un teléfono móvil.

—Debo hacer una llamada al extranjero urgentemente.

—Puedo llevarle a Santa Cruz del Norte después de cenar. Allí podrá llamar por teléfono.

María salió de la cocina con el sucedáneo de paella que había preparado: arroz con pollo.

—Siéntese, por favor. Salvador, abre una botella de Soroa para nuestro invitado, por favor. —Se volvió hacia

Pitt—. Es un vino blanco de la zona que creo que le gustará.

Se sentaron y comieron. Después de dos días sin tomar una comida completa, Pitt devoró tres platos de arroz con pollo.

—Es tan buena chef como pintora, María.

—Muy amable por su parte. Señor Pitt, como sabrá usted, se rumorea que el presidente Castro ha sido asesinado.

—Sí, yo también lo he oído.

—En el control de carretera, un guardia nos dijo que hay un

estadounidense implicado y que ha huido por esta zona.

Pitt la miró a los ojos.

—Yo debo de ser ese estadounidense. Le aseguro que no he tenido nada que ver con la muerte de Castro. Pero puede que sepa quién lo hizo.

María lo miró con cierta decepción.

Su marido rio a carcajadas.

—No tiene por qué preocuparse, señor Pitt. María no lo entregará al ejército. Hace tiempo la condenaron a tres años de cárcel por pintar un cuadro considerado irrespetuoso con el Estado.

—Es cierto. —Los ojos de María se llenaron de ardor—. A un coronel estúpido que dirigía el Ministerio de Cultura le ofendió un cuadro mío de un puesto de artillería lleno de flores. Destruyeron mi estudio, confiscaron todas mis obras y las guardaron en el edificio del ministerio. —Señaló el solitario lienzo—. Ese es el único cuadro que conseguí ocultarles.

—¿Por qué no vuelve a pintar? —preguntó Pitt.

En el rostro de María apareció una expresión reflexiva.

—Cuando me robaron mi obra, me robaron una parte de mí, una parte de lo que soy. Ese mismo día dejé el pincel y juré que no volvería a pintar mientras el Estado censurase mi obra.

Miró a Pitt con envidia.

—Cuba ha vivido demasiado tiempo enfrentándose a un manto de opresión que va en contra de su propio espíritu. Tal vez por fin se respire el cambio en el aire. Rezo para que sea un cambio a mejor.

—Cuando el poder está al alcance de cualquiera —dijo Pitt—, la primera

víctima suele ser la libertad.

—Siempre hay fuerzas oscuras en juego. Dígame, señor Pitt, ¿qué hace en Cuba?

Pitt les explicó que estaba buscando las zonas contaminadas por el mercurio y que había sido capturado por el *Sea Raker*. Les transmitió la necesidad urgente de impedir la destrucción de las fumarolas hidrotermales. Su angustia fue manifiesta al revelarles que su hija seguía cautiva.

—Le ayudaremos a volver a su barco —prometió María—. Salvador,

ayúdame a fregar los platos. Luego llevaremos al señor Pitt a Santa Cruz.

Pitt ayudó a recoger los platos y se acercó al ventanal, donde había un telescopio de marino que apuntaba al puerto. El sol estaba bajo cuando miró por la ventana y reparó en un gran yate de lujo anclado cerca de la costa. Al observar con atención por el telescopio, vio una vieja bandera que ondeaba sobre el puente de mando. Enfocó el objetivo y se sorprendió al ver que la bandera tenía un oso con un hacha entre los dientes.

—¿Está listo para marchar?

Fariñas se acercó con las llaves del coche.

—Un pequeño cambio de planes. — Pitt señaló por la ventana—. ¿Puede llevarme a ese yate atracado en la bahía?

Fariñas miró la embarcación y asintió con la cabeza.

—Tengo un primo con un bote que puede llevarle. ¿Seguro que le dejarán subir a bordo?

Pitt sonrió.

—Me apuesto un Bentley a que sí.

Exactamente treinta millas al sur de Cayo Hueso, dos yates se acercaban para celebrar un encuentro a media tarde. Eran yates corrientes, como los que inundaban las costas de Florida cada fin de semana de verano. Sin

embargo, en lugar de estar gobernados por médicos medio borrachos con quemaduras de sol, los dos estaban tripulados por guardias de seguridad profesionales equipados con armas ocultas. A tres millas de distancia, un par de helicópteros de ataque vigilaban discretamente el desarrollo de la reunión.

Los barcos se aproximaron con cautela el uno al otro como un par de boxeadores recelosos que se enfrentan en el ring por primera vez. Una brisa suave agitaba las pequeñas banderas

izadas sobre cada timonera, una cubana y la otra estadounidense.

Mientras los tripulantes intercambiaban maromas y amarraban los barcos abarloados, el vicepresidente James Sandecker salió de la cabina del barco estadounidense y se dirigió a la barandilla lateral. Tendió una mano a un hombre de cabello gris situado en el otro barco.

—Buenas tardes, señor presidente — dijo Sandecker.

Raúl Castro estrechó con firmeza la mano de Sandecker.

—Es un honor, señor vicepresidente.

—Llámame James, por favor. ¿Puedo subir a bordo?

—Por supuesto.

Castro no soltó la mano de Sandecker hasta que el vicepresidente hubo saltado de un barco al otro. El presidente cubano observó de cerca a Sandecker y advirtió que era más bajo de lo que parecía por televisión. Sin embargo, sus ojos azules poseían cierto brillo revolucionario que admiró enseguida.

—Llámame Raúl —dijo—. Vamos, sentémonos a hablar en la cubierta de

popa.

Sandecker despachó a los miembros del servicio secreto y Castro hizo lo mismo con sus hombres. Los dos dirigentes se trasladaron a popa y se sentaron bajo un toldo.

—Tráenos unos brandies con ron —ordenó Castro a un ayudante antes de dirigirse a Sandecker—. Gracias por acceder a verme, James. No esperaba que el gobierno de Estados Unidos me advirtiera de que mi vida corría peligro. Estoy vivo hoy gracias a ti. Me gustaría darte las gracias a ti y a tu presidente

por salvarme.

—El presidente se preocupó cuando nuestro servicio de inteligencia descifró los detalles de un atentado contra tu vida, sobre todo porque tenía lugar fuera de tu país. El presidente y yo nos alegramos de que estés sano y salvo. — Sandecker se aclaró la garganta—. El presidente considera que sería una buena oportunidad para hacer avanzar nuestra relación y rescatarla de las sombras de la guerra fría.

Castro asintió con una mirada distante.

—Eso también ha sido para mí un motivo de tristeza desde que mi hermano murió. Hubo una época en que mi país necesitó a Fidel tanto como él necesitó al pueblo. Pero hace mucho que ese tiempo pasó. A pesar de todo lo bueno que Fidel logró, no permitió que Cuba se desarrollase. Ya va siendo hora de que nuestro pueblo prospere.

Miró a Sandecker a los ojos.

—James, como sabes, he anunciado que no me presentaré a la reelección en 2018. Tengo intención de nombrar sucesor mío al ministro de Asuntos

Exteriores Ruiz. Es un firme defensor de introducir la economía de mercado y mejorar las relaciones con tu país. — Respiró hondo—. Durante el tiempo que me queda en el poder, he decidido preparar el terreno de cara a sus iniciativas.

—Nosotros tenemos doscientos cincuenta años de experiencia en la democracia de libre mercado. Podemos ayudarte a ir por el buen camino.

El viejo marxista pareció quitarse un peso de los hombros.

—No es fácil abandonar los caminos

del pasado, pero a la vez puede ser liberador.

Un ayudante llegó con los brandies y brindaron por la mejora de sus relaciones.

—Tengo una pregunta, Raúl —dijo Sandecker—. Por todas partes circulan noticias extraoficiales de que falleciste en las islas Caimán. ¿Por qué no has aparecido en público para desmentir esos rumores?

A Castro la ira le nubló la vista.

—Todavía no sabemos quién contrató a los mercenarios para que llevaran a

cabo el atentado. Si los responsables creen que estoy muerto, no tardarán en delatar su culpabilidad.

—Una táctica acertada —observó Sandecker—, pero creo que puedo orientarte en la dirección correcta. — Metió la mano en el bolsillo de su camisa y le dio a Castro una hoja de papel doblada—. Nosotros también teníamos curiosidad y seguimos la pista del dinero pagado a los mercenarios. Al rastrear el pago desde la cuenta de cobro, descubrimos que había sido transferido a través de nada menos que

tres cuentas en las islas Caimán, cada una en un banco distinto. El rastro llevaba luego a un banco venezolano y por último a una cuenta corriente en La Habana. Es todo lo que hemos descubierto. Como verás, la cuenta es un depósito del Ministerio del Interior.

Castro estudió el papel con los ojos como platos.

—¡Gutier! Claro. Tiene antecedentes de extremismo, y su ambición es legendaria. Si yo desapareciera del mapa, él contaría con el apoyo del ejército para llegar a la presidencia. No

es ningún secreto que codicia mi cargo. Supongo que no podía esperar... ni esperar plantado a que Ruiz ocupara mi lugar.

—Lo siento —dijo Sandecker—. La traición interna es difícil de afrontar.

—Te agradezco que me hayas mostrado a ese perro rabioso. Siempre he tenido mis reservas sobre ese hombre, pero es un dirigente competente y ha servido bien al Estado durante muchos años.

—¿Supone alguna complicación su papel en el ejército?

—En absoluto. Mi ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias ha estado conmigo durante cuarenta años.

—Suavizó su tono—. Lo siento, James, pero la pérdida de lealtad es difícil de soportar.

—Lo entiendo. Es un asunto que debes resolver tú.

—La parte positiva es que ha sentado las bases de nuestra amistad.

Castro apuró su copa.

—Estoy de acuerdo —dijo Sandecker—. Aun así, nos afectan dos asuntos que pueden resultar un obstáculo para

avanzar.

—¿De qué se trata?

—El primero viene de Asia. Hemos recibido un inquietante comunicado de nuestros amigos del Servicio de Inteligencia Nacional de Corea del Sur. Se han enterado de un supuesto acuerdo entre Pyongyang y tu país. La fuente asegura que Cuba está proporcionando a Corea del Norte gran cantidad de óxido de uranio de alta calidad para utilizarlo en sus instalaciones de enriquecimiento. A cambio, Corea del Norte os está ofreciendo una pequeña cantidad de

armas nucleares tácticas.

—¿Qué? —Castro saltó de su silla—. Eso es absurdo. Tu información es totalmente falsa.

—Ya habéis comerciado antes con armas ligeras con Corea del Norte.

—Cierto, pero eran cantidades mínimas. Tenemos muy pocos negocios con Corea del Norte. Te lo aseguro, James, desconozco ese acuerdo. Para empezar, en nuestra isla no hay minas de uranio. Y desde luego no tenemos necesidad, ni ganas, de conseguir armas nucleares.

—Me alegro de oírlo. A veces inteligencia comete errores, y cualquier información procedente de Corea del Norte tiende a ser poco fiable.

Castro asintió con la cabeza.

—Debe de ser el caso. Es una idea absurda, pero no temas. Bueno, has dicho que había otro asunto que te preocupaba.

—Sí, un tema secundario que me importa mucho personalmente. Se trata del barco de investigación de la NUMA *Sargasso Sea*. Está cautivo en aguas cubanas.

Una expresión vaga asomó al rostro de Castro.

—¿Qué quieres decir?

Sandecker le habló de la repentina interrupción de las comunicaciones y de las fotografías tomadas por satélite en las que la embarcación se veía a flote en aguas territoriales cubanas.

Castro negó con la cabeza.

—Lo siento, James, no sé nada de eso. ¿Estás seguro de que el barco no ha sufrido problemas técnicos?

—Las fotografías por satélite no muestran evidencias de incendio ni de

daños. Y el barco dispone de múltiples medios de comunicación. Enviamos un guardacostas a investigar, pero fue alejado por un barco de la marina cubana. Creemos que fuerzas hostiles han capturado el *Sargasso Sea*.

—Es posible que una unidad naval regional sea la responsable, pero en La Habana no se ha dado parte del incidente.

—Hay cincuenta personas a bordo, algunos amigos íntimos míos. Si me informaras de lo que está pasando, lo consideraría un favor personal.

—Por supuesto. Entiendo tu preocupación. Te prometo que investigaré el asunto en cuanto llegue a la capital.

A escasa distancia de popa, un pez enorme saltó del agua y llamó la atención de los dos hombres.

—¿Te gusta la pesca deportiva, James? —preguntó Castro.

—Hace años que no me las veo con peces grandes —respondió Sandecker.

—Tú y yo tenemos que ir a pescar en nuestro próximo encuentro. La aguja azul del estrecho de Florida es la mejor del

mundo.

—Un motivo de peso para volver a vernos —dijo Sandecker levantándose y estrechándole la mano—. Nada me apetecería más.

Sentado en el asiento del pasajero, Pitt viajaba cuesta abajo en el Plymouth con la pareja de ancianos. Llevaba un sombrero de paja prestado y unas gafas de sol a modo de camuflaje. No encontraron controles por el camino,

aunque vieron un camión militar que iba a toda velocidad cuando cruzaron la carretera asfaltada.

Fariñas atravesó un barrio de casas de ladrillo en ruinas antes de parar delante de una vivienda rosa situada cerca del agua. Apareció un tipo animado de orejas grandes que Fariñas presentó como su primo.

—Mi barca está por aquí. Venga, lo llevaré enseguida.

Pitt estrechó la mano de Fariñas y abrazó a María.

—No olvidaré su amabilidad.

—Siga luchando, señor Pitt —dijo ella—. Y buena suerte a usted y a su hija.

El primo lo llevó hasta una pequeña barca de pesca varada en la arena. La arrastraron hasta el agua y subieron a bordo. El hombre encendió un ruidoso motor fueraborda. A los pocos minutos se acercaban a la popa del yate de Mark Ramsey, el *Gold Digger*. Un musculoso tripulante apareció y les hizo señas para que se fueran.

—¿Está Mark a bordo? —gritó Pitt.

—¿Quién quiere saberlo?

—El conductor de un Bentley llamado Pitt.

El tripulante lanzó una mirada de fastidio a Pitt y acto seguido habló por una radio portátil. Sus facciones se suavizaron cuando la radio emitió un chirrido un minuto más tarde, e hizo señas a la barca para que se aproximase. Pitt dio las gracias al primo de Fariña y subió a bordo.

—El señor Ramsey lo recibirá con mucho gusto en el salón. —Condujo a Pitt a través de la cubierta de popa abierta y le hizo cruzar una vidriera.

Vestido con una camisa y unos pantalones sport, Ramsey se hallaba sentado frente a una mesa estudiando un montón de mediciones sísmicas. Se levantó y recibió a Pitt con una sonrisa cordial.

—Está muy lejos de la pista, señor Pitt. ¿Cómo demonios me ha encontrado aquí?

—Por el logotipo del oso rojo. Recordaba haberlo visto en el tráiler de su coche en Washington. También lo he visto en una embarcación de la zona, un barco minero llamado *Sea Raker*.

—Sí, es nuestro buque insignia de minería en alta mar. Pero se equivoca. El *Sea Raker* está operando bajo flete en el Pacífico a la altura de Nicaragua.

Acompañó a Pitt a una silla y se fijó en su aspecto desaliñado y en el vendaje de su cuello.

—¿Qué hace exactamente aquí?

—En una palabra, mercurio. Estaba investigando unos penachos de mercurio tóxicos que se han dispersado en el Caribe. Son el resultado de la destrucción de unas fumarolas submarinas. Su barco, el *Sea Raker*, es

el responsable de los daños.

Ramsey negó con la cabeza.

—No, el *Sea Raker* está en el Pacífico.

—Hace dos días estuve a bordo a menos de treinta millas de aquí. Estábamos explorando el fondo del mar en un sumergible y fuimos secuestrados por una de las máquinas de extracción del barco minero. Nos llevaron a bordo del *Sea Raker* poco antes de ser trasladados a la costa. Yo conseguí escapar, pero mi hija sigue prisionera.

—¿Por qué iba a secuestrarlos el *Sea*

Raker?

—Porque están volando fumarolas hidrotermales para extraer depósitos de uranio enterrados en su interior.

Ramsey miró a Pitt como si acabase de salir de un platillo volante.

—¿Uranio? Está loco. Ese barco fue fletado para extraer oro cerca de Nicaragua.

Pitt negó con la cabeza.

—Puede que empezasen por el oro, pero han pasado al uranio en el Caribe. En la costa tienen unas reservas que hoy mismo estaban siendo transportadas a un

buque de carga con rumbo al exterior.

—No puede ser. Sé que los depósitos de uranio conviven con otros minerales, pero en mi vida he oído que se extraigan bajo el mar con fines comerciales. ¿Por qué harían algo así?

—Tendría que hablar con un cubano llamado Juan Díaz.

—¿Díaz? Tomó posesión del barco en representación de una empresa panameña. ¿Lo conoce?

—Por lo visto es el jefe. Y es quien retiene a mi hija.

Ramsey advirtió la mirada intensa de

los ojos de Pitt y supo que decía la verdad.

—Lo siento mucho —dijo con voz temblorosa.

—Y eso no es lo peor. Al parecer existe uranio de alta calidad en el núcleo profundo de las fumarolas hidrotermales de esta región. Dentro de las capas de sedimento hay una concentración de mercurio, probablemente depositado durante el período Triásico. Díaz y sus amigos del ejército cubano han abierto varias fumarolas en el Caribe con explosivos, y

una cerca de aquí, que han liberado grandes penachos de mercurio —explicó Pitt—. Ahora mismo se preparan para volar un par de fumarolas inmensas en medio del estrecho de Florida. Si lo consiguen, es probable que los penachos de mercurio se extiendan a la corriente del Golfo. Será el desastre ecológico del siglo.

Ramsey se hundió en su asiento con la expresión de un alma destrozada.

—He basado mi carrera en la minería controlada utilizando las técnicas menos invasivas posible para el

medioambiente. No les habría ofrecido mi equipo y mis conocimientos si hubiera sabido lo que esos hombres tramaban. —Sacudió la cabeza despacio—. Debería haberme dado cuenta de que algo no iba bien. Eran extremadamente reservados con respecto a sus planes de extracción, cosa que no es rara cuando hay oro en juego. Pero todo se gestionaba como una operación militar. Insistieron en tripular mi barco con sus propios hombres. Nunca imaginé que causarían tantos daños en los pocos meses que han fletado el *Sea Raker*.

—También es muy probable que sean los responsables del hundimiento del barco de perforación *Alta*.

Ramsey se quedó mirando la alfombra de lujo, abrumado por lo que Pitt le había contado.

—¿Dice que están a punto de volar más fumarolas? ¿Qué podemos hacer para impedirlo?

—Dos cosas —contestó Pitt—. Llevar este yate hasta el *Sea Raker* lo más rápido posible y buscar una manera de colarme a bordo. Mientras tanto, dígame dónde hay una radio, por favor.

Me gustaría llamar a mi barco.

La fumarola hidrotermal de Domingo 2 emergía como un calidoscopio hecho añicos en medio de un desierto yermo. A trescientos sesenta metros de profundidad, el lecho marino circundante era una llanura fría y

embarrada desprovista de vida y color.

La cortadora auxiliar del *Sea Raker* había excavado una zanja lineal cerca del núcleo de la fumarola para depositar los explosivos. En el epicentro de la zanja se había practicado un corte estrecho más profundo para introducir los potentes explosivos.

Cerca de allí bajaron una plataforma colgante llena de cajas con sacos de explosivos NAFO. Utilizando su grueso brazo manipulador, la cortadora agarró una caja y la transportó a la zanja. En pocas horas, más de dos mil doscientos

kilos de explosivos habían sido colocados en el centro de la fumarola hidrotermal.

En la superficie, el barco para tripulación de Díaz se acercaba a la operación de titiritero interpretada por el *Sea Raker*. Summer se fijó en que las brillantes luces de la cubierta se reflejaban en el agua mientras el crepúsculo se posaba sobre el mar en calma. La barcaza, cargada aún de explosivos para la segunda fumarola, estaba amarrada al costado de babor del barco minero. Cuando se aproximaron a

la barcaza, vieron que la cortadora auxiliar, que había terminado de excavar la zanja, era izada otra vez a bordo.

Amarraron el barco para el transporte de la tripulación a la popa de la barcaza y Díaz subió por una escalerilla. Summer permaneció sentada en la cubierta de los pasajeros mientras dos soldados subían a bordo. Uno se apostó en la timonera mientras que el otro la agarró del codo y la escoltó hasta el *Sea Raker*.

Un ingeniero de minas recibió a Díaz y los llevó a un gran edificio

prefabricado situado en la cubierta central. Summer se sintió como si hubiera entrado en una versión reducida del legendario centro espacial de la NASA en Houston. La sala estaba llena de terminales informáticas manejadas por operadores, orientadas hacia una gigantesca pantalla de vídeo. Cada terminal controlaba un elemento de la extracción minera submarina; la máquina recolectora, la cortadora y los robots submarinos se maniobraban a través de tableros con interruptores y palancas. En el panel de vídeo multipantalla

aparecían imágenes de cada aparato submarino.

Summer observó los vídeos submarinos en directo de dos robots. Las dos máquinas cortadoras izadas mostraban imágenes de la cubierta registradas por sus múltiples cámaras.

Díaz se sentó en una butaca de cuero delante de la pantalla de vídeo mientras Summer era escoltada hasta un banco cercano.

El ingeniero de minas permaneció en pie delante y se dirigió a Díaz.

—Hemos terminado de excavar la

zanja y de colocar los explosivos base. Estamos bien situados respecto a la fumarola, de modo que la colocación ha sido más rápida de lo esperado. Como ya habrá visto, tanto la cortadora principal como la auxiliar han sido izadas a bordo del barco.

Díaz señaló la pantalla.

—Pero los explosivos de alta potencia todavía no han sido instalados...

Una de las cámaras de la cortadora principal mostraba a varios tripulantes enrollando una larga carga con forma de

tubo por la cubierta.

—La cortadora principal aún tiene que colocar la manga de TNT y el detonador en la base de la fisura termal. Entonces podremos volarla. En unos diez minutos deberíamos estar listos para arriar la carga y la cortadora.

—Muy bien. Seguiré las operaciones desde aquí.

El ingeniero asintió con la cabeza. Sonó un teléfono próximo. Lo cogió y le pasó a Díaz el aparato.

—El capitán quiere hacerle una pregunta desde el puente de mando.

Mientras Díaz atendía la llamada, el ingeniero se dirigió a una de las consolas y conversó con su operador.

Summer estaba atenta a todo. Desde que había entrado en el centro de operaciones, había visto que los operadores estaban demasiado enfrascados en su trabajo para prestarle atención. Con Díaz y el ingeniero temporalmente ocupados, buscó a su centinela. El guardia estaba apoyado contra la pared a un lado de la sala, viendo las imágenes de vídeo submarinas.

Summer se levantó sin hacer ruido, se dirigió a una puerta del otro lado y se escabulló, pero se encontró cara a cara con otro guardia que tenía la mano en el cerrojo de su rifle. El hombre la obligó a volver al centro de operaciones empujándola, clavándole en la barriga la boca de su arma.

Díaz presenció la escena y se acercó resueltamente sacudiendo la cabeza.

—Un intento valiente aunque infructuoso.

—¿Por qué no me deja marchar? Ya no puedo impedir que destruya el fondo

del mar.

—¿No te gusta nuestra hospitalidad?
Como quieras, entonces. Puedes irte del
Sea Raker. —Soltó una carcajada
burlona—. Solo que no será a bordo de
mi barco.

Surcando los mares a casi treinta nudos, el *Gold Digger* de Ramsey localizó el *Sea Raker* en su radar en menos de dos horas. Entretanto, Pitt trató de comunicarse con el *Sargasso Sea*, pero obtuvo la callada por respuesta. Ni

siquiera una llamada de última hora a Rudi Gunn en la sede central de la NUMA obtuvo respuesta.

Los últimos vestigios de luz veteaban el horizonte hacia el oeste cuando el *Sea Raker* apareció más adelante. Ramsey llamó por radio al barco minero y luego se volvió hacia Pitt.

—Se han sorprendido bastante y no les ha hecho ninguna gracia tener noticias mías. Han tratado de evitar la visita diciendo que están trabajando. No me han explicado lo que están haciendo aquí. —Se frotó la barbilla—. Les he

contestado que me he sorprendido tanto como ellos de encontrarlos en el Caribe, que se trataba de una breve visita de cortesía y que desde luego no he venido a hacer una inspección, de modo que han aceptado. Se quedarán de piedra si usted sube a bordo con el grupo.

—Si entro por delante, podría reconocerme demasiada gente —dijo Pitt mirando el barco minero y la barcaza abarloada—. Intentaré entrar por la puerta de atrás. ¿Puede situarse a la altura de la amura de babor del *Sea Raker* y ocultar la lancha cuando la eche

al mar?

—No hay problema. —Ramsey transmitió la petición al capitán del yate y le dio a Pitt una radio marítima portátil —. Me temo que estará solo. Nos quedaremos a varias millas de distancia hasta que tengamos noticias de usted.

—Gracias, Mark.

Pitt estrechó la mano del canadiense.

—Tenga cuidado. Y buena suerte.

El *Gold Digger* se separó del *Sea Raker* mientras su lancha era arriada por popa. Ramsey y su robusto guardaespaldas se hallaban sentados en

el asiento delantero cuando el piloto arrancó el motor fueraborda y se dirigió a toda velocidad al barco minero.

En la cubierta opuesta del *Sea Raker*, Díaz y su tripulación realizaban una operación similar echando al agua la cortadora principal. Suspendido en el costado como el adorno de un árbol de Navidad se hallaba el *Starfish*, que colgaba del manipulador de la cortadora. Las dos máquinas fueron engullidas rápidamente por el mar cuando el cabrestante del barco empezó a soltar cable. Díaz observó cómo se

sumergían en el agua negra y se dirigió al otro lado del barco para recibir a Ramsey.

La lancha del *Gold Digger* recorrió la barandilla de babor hasta la escalerilla que colgaba. Ramsey y su guardaespaldas saltaron a la escalera y subieron a la cubierta del *Sea Raker*. Díaz los esperaba acompañado de varios soldados armados distribuidos detrás de él.

—Qué agradable sorpresa, señor Ramsey.

El tono de Díaz era de todo menos

agradable.

—Hola, Juan. Iba camino de Nueva Orleans cuando mi capitán los vio.

—Me alegro de que se haya acercado a visitarnos. Echemos un trago.

Díaz lo llevó hacia proa, a la sala de oficiales, donde un empleado les preparó unas copas.

—¿Qué hacen en Cuba? —preguntó Ramsey—. Se suponía que estaban trabajando cerca de Nicaragua.

—Esa zona resultó un chasco. Decidimos venir aquí para hacer unas excavaciones de prueba en vista de los

prometedores datos de un estudio sísmico anterior.

—¿Tienen permiso para excavar aquí? —preguntó Ramsey.

—Las autorizaciones se han obtenido por los cauces necesarios.

—Admiro su eficiencia. ¿Cómo va el barco?

—Se ha portado extraordinariamente. Nos costó aprender a manejar el equipo de excavación, pero ahora estamos operando a pleno rendimiento.

—Sí, por eso habría preferido que emplease a mi tripulación.

Díaz hizo caso omiso del comentario.

—Lamento que haya venido en un momento tan poco oportuno. Acabamos de bajar una de las cortadoras para hacer una prueba.

—¿Puedo ver los datos del estudio sísmico? Últimamente he estado estudiando diversos terrenos submarinos de esta región. Podría serles de ayuda.

—Me temo que los datos no están a bordo del barco.

Ramsey detectó la mentira.

—¿Ha realizado una evaluación del impacto medioambiental en la zona?

—Nuestros científicos han determinado que no hay riesgo de impacto.

—¿Ni siquiera con la voladura?

—¿Voladura? —respondió Díaz con una expresión de recelo—. No vamos a llevar a cabo ninguna voladura.

—El contrato de fletamento especifica la necesidad de realizar evaluaciones completas del impacto medioambiental y operaciones lo menos invasivas posible en el curso de cualquier actividad de extracción minera. Me he ganado una reputación en

el uso de técnicas mineras seguras y respetuosas con el medio. Insisto en que se sigan las cláusulas del contrato.

—Por supuesto. Haré que le envíen los informes la semana que viene.

Díaz apuró su bebida y se puso en pie.

—Ha sido un detalle por su parte pasar a saludarme, señor Ramsey. Espero que tenga un viaje agradable a Nueva Orleans.

Ramsey terminó despacio su copa. Presa de una sensación de malestar, se dio cuenta de que todo lo que Pitt le

había contado sobre Díaz era cierto. Había entregado su barco a mercenarios protegidos por el gobierno de Cuba... y estaban a punto de desencadenar un grave desastre ecológico. La situación no le dejaba muchas opciones.

—Es más tarde de lo que creía —dijo Ramsey—. Gracias por la copa, Juan. Será mejor que me ponga en camino.

Salieron de la sala de oficiales y volvieron a la cubierta. Al pasar por delante del hangar de la cortadora principal, Ramsey se fijó en un tripulante con un traje protector que

barría unos residuos del fondo del mar. Se acordó de Pitt y por encima de la barandilla observó la barcaza amarrada al lado.

Se despidió de Díaz, bajó a la lancha y zarpó hacia el yate. Mientras el contorno iluminado del *Sea Raker* desaparecía detrás de él, Ramsey dio una patada a una lona suelta del suelo de la embarcación y murmuró a la brisa:

—Buena suerte, Dirk Pitt. Vas a necesitarla.

Agachado detrás de un palé de explosivos en la barcaza, Pitt observó cómo la lancha de Ramsey zarpaba mientras su mente volvía a su hija. El descubrimiento de la presencia de Díaz a bordo del *Sea Raker* lo cambiaba

todo. Le daba esperanzas de que Summer también estuviera allí, pero también lo obligaba a cambiar de estrategia. Había planeado colarse en el barco e inutilizar el equipo minero, pero si Summer se encontraba a bordo, tendría que dar con ella primero.

Había llegado hasta allí con la ayuda de Ramsey. Cubierto por una lona, se había escondido en el suelo de la lancha al tiempo que Ramsey visitaba el *Sea Raker*. Mientras el canadiense se reunía con Díaz, el piloto de la lancha alejó con cuidado la embarcación del costado

del barco minero y la dejó a la deriva a popa. Cuando unos peones curiosos que se habían acercado a la barandilla se aburrieron y se alejaron, el piloto se abarloó e hizo señas a Pitt, que subió a bordo de un salto sin ser visto.

Cruzó la barcaza moviéndose rápido de caja en caja. La cubierta tenía una capa de un denso polvo blanco que identificó como NAFO de unos sacos volcados. La barcaza solo estaba medio llena de cajas de explosivos, señal de que gran parte ya habían sido colocados en una de las fumarolas. El mecanismo

de distribución estaba en funcionamiento a pocos metros por delante de la barcaza: una plataforma con una rejilla de acero colgada de un grueso cable. Pitt observó cómo varios tripulantes cargaban un largo tubo enrollado en la plataforma y la bajaban por el costado.

Se dirigió a la parte trasera de la barcaza y subió a bordo del *Sea Raker* cuando vio que no había nadie cerca. Por lo demás, el barco bullía de actividad. Todo hacía pensar que la tripulación se preparaba para volar la fumarola hidrotermal. Una sensación de

malestar empezó a apoderarse de él. Puede que hubiera llegado demasiado tarde.

Apartó de su mente las dudas, consciente de que su prioridad era encontrar a Summer.

Avanzó sigilosamente sin salir de las sombras. Había recorrido apenas unos metros cuando una cuadrilla de trabajadores se acercó por detrás arrastrando una cabeza de recambio para la cortadora auxiliar. Un hombre tropezó por culpa del peso, se torció el tobillo y soltó su extremo de la carga.

Un supervisor, que cargaba con esfuerzo el extremo opuesto, reparó en la presencia de Pitt.

—Eh, tú. Ven a echarnos una mano.

Pitt estaba atrapado. Si ayudaba a los hombres, las brillantes luces de la cubierta revelarían que no era un miembro de la tripulación. Si no hacía caso al supervisor, despertaría sospechas.

Vio una puerta de una estructura prefabricada y decidió arriesgarse. Miró al supervisor encogiéndose de hombros, señaló la puerta, se acercó y giró el

pomo. Tuvo suerte y la puerta se abrió. Se escondió dentro mientras el supervisor lo maldecía a voz en cuello.

Pitt creía que entraba en un almacén de material, pero se encontró en la parte trasera del centro de operaciones mineras. Múltiples imágenes de vídeo iluminaban la gran pantalla. El tecleo de los operadores de las terminales informáticas resonaba en las paredes de acero. Se escondió con cuidado en un rincón oscuro al ver a Díaz dirigiendo la operación desde su butaca enfrente.

Varios robots submarinos correteaban

por el fondo del mar mostrando el enorme alijo de explosivos NAFO amontonado en la zanja. Un robot giró hacia arriba y su cámara captó la llegada de la cortadora principal, que descendió hasta el lecho marino y desapareció en una nube de sedimento.

La corriente aclaró el agua mientras el robot submarino se acercaba para mirar más de cerca. Cuando viró para encuadrar el lateral de la cortadora, Pitt por poco se atragantó. Agarrado por el brazo robótico de la cortadora y sujeto a su costado como una cesta del pan se

hallaba el sumergible de la NUMA *Starfish*.

Sin embargo, no fue la aparición del *Starfish* lo que sobresaltó a Pitt. Lo que lo dejó sin respiración fue la imagen de su hija, sola e indefensa en el asiento del piloto del maltrecho submarino.

Noventa minutos.

Era la energía restante de las baterías del *Starfish*. Cuando la electricidad se cortase y los depuradores de dióxido de carbono dejasen de funcionar, Summer sufriría una muerte lenta por asfixia. A

menos que la hipotermia le sobreviniese antes.

Cuando Díaz y sus hombres la metieron a la fuerza en el sumergible y lo bajaron por la borda, Summer supo que aquel hombre no quería que regresara a la superficie. Enseguida activó los equipos de mantenimiento vital, a la vez que anulaba cualquier consumo eléctrico accesorio. Dio gracias por que su padre lo hubiera apagado todo cuando los habían subido a bordo del *Sea Raker* y le hubiera dejado algo de carga en las baterías.

Una vez en el fondo del mar, se dio cuenta de que noventa minutos era un cálculo demasiado halagüeño. Cuando las bandas de rodamiento de la cortadora principal empezaron a girar y la gran máquina avanzó dando tumbos, vio el enorme foso lleno de explosivos. Su muerte sería inminente... y violenta.

La cortadora se dirigió con dificultad al borde de la zanja y se paró. Su brazo mecánico giró hacia fuera. El *Starfish* se separó de su costado balanceándose. El operador que controlaba el manipulador desde la superficie soltó el sumergible,

que cayó en la zanja y aterrizó de pie sobre un manto de explosivos.

Un par de robots submarinos captaron la escena y deslumbraron a Summer con sus luces al pasar rozándola. Se alejaron poco a poco, flotando por encima de la cortadora principal, que se internaba en la oscuridad.

Summer miró por la ventana hasta que los robots se convirtieron en un puntito de luz. Entonces se puso manos a la obra.

Contaba con un último recurso: todavía podía reflotar el sumergible. El

robot submarino había destrozado los propulsores externos en su primer encontronazo, pero la capacidad del *Starfish* para subir a la superficie no se había visto afectada.

Summer activó las bombas de los tanques de agua de lastre e inició la purga de los depósitos inundados. Esperaba una reacción, pero no pasó nada. Normalmente se oía un susurro de aire comprimido seguido de un borboteo de agua expulsada, pero esta vez solo hubo silencio. Comprobó la electricidad y los disyuntores y lo intentó por

segunda vez.

Nada. A continuación comprobó el cilindro de aire comprimido que alimentaba el tanque de lastre. El indicador marcaba cero. La tripulación del *Sea Raker* había vaciado el cilindro para impedir una tentativa de esa clase.

Miró a través de la ventana el lecho de explosivos y trató de no dejarse llevar por el pánico. Respiró hondo... y pensó otra opción. El *Starfish* estaba equipado con dos juegos de pesos de plomo que se podían liberar en caso de emergencia. Su padre había soltado uno

al tratar de escapar de la cortadora, pero aún quedaba otro.

Trepó hasta situarse detrás del asiento, donde encontró un disparador secundario debajo de un panel del suelo. Cogió la palanca y la giró hasta la posición de lanzamiento.

No pasó nada.

La tripulación del *Sea Raker* también había hecho allí su trabajo, sujetando el peso de forma que no se pudiera liberar. Díaz se había asegurado de que su último viaje fuera solo de ida.

Embargada de una airada resignación,

Summer se deslizó hasta el asiento del piloto y contempló la oscuridad preguntándose cuánto le quedaba de vida.

Gotas de sudor frío corrieron por la espalda de Pitt cuando vio que el *Starfish* era depositado sobre el montón de explosivos. Las cámaras submarinas del robot siguieron a la cortadora cuando dejó el sumergible y se arrastró

hacia la plataforma, que había sido arriada por separado hasta el fondo del mar. La cortadora se detuvo junto a la plataforma y utilizó su manipulador para coger el extremo del tubo detonador enrollado lleno de TNT.

La cortadora dio marcha atrás y empezó a arrastrarse otra vez hacia la zanja de los explosivos mientras desenrollaba el tubo a lo largo de su costado. Al final extrajo el serpentino detonador de la plataforma, que iba enganchado a un cable de alambre. Lleno de pequeños flotadores, el cable

subía hasta la superficie, donde un operador, unas cuantas filas por delante de Pitt, podría encender la carga cuando le dieran la orden.

Pitt echó un vistazo al centro de operaciones y descartó cualquier intento de apropiarse de la cortadora. Tres hombres manejaban los mandos de la máquina en una consola amplificadora en la parte delantera de la sala. Cerca había una puerta de salida lateral vigilada por un par de soldados armados. Más al fondo había una mesa desocupada utilizada para la cortadora

auxiliar, seguida de media docena de terminales escalonadas que controlaban los robots submarinos, la plataforma y las numerosas cámaras de a bordo.

Muy cerca de Pitt se encontraba uno de los puestos de control de los robots submarinos: una mesa grande con varios monitores y un sistema de control con palancas de mando. Un hombre menudo vestido con uniforme y gorra militar se hallaba encorvado sobre los mandos; seguía atentamente los movimientos de la cortadora principal con la cámara de su robot submarino.

Pitt observó la imagen del tubo detonador arrastrándose junto a la cortadora y se le ocurrió una idea. Necesitaría ayuda, pero no había tiempo para nada más.

La clave era el robot submarino y el puesto de su operador al fondo de la sala. Desarmado, Pitt se dirigió a una estantería cercana llena de manuales técnicos. Seleccionó el más grueso y volvió al puesto de control. Concentrado en los mandos, el hombre no se fijó en que Pitt se le acercaba por detrás y le golpeaba en la sien con el tomo.

El operador lanzó un gruñido apagado al caer de la silla. Sus auriculares de comunicaciones salieron volando. Pitt deslizó enseguida un brazo alrededor de su cuello y le hizo una llave. Aturdido, el hombre apenas se resistió cuando Pitt lo sacó a rastras por la puerta trasera. Nadie se percató de la agresión: mientras que la parte delantera del centro de operaciones estaba bien iluminada gracias a la pantalla de vídeo, la trasera se hallaba casi a oscuras.

En el exterior, el operador se recuperó y trató de escapar. Pitt se lo

impidió empujándolo hacia delante contra un mamparo. El hombre no levantó el brazo a tiempo y se dio de bruces con la pared de acero. Su cráneo emitió un fuerte sonido metálico, y Pitt vio que le fallaban las fuerzas.

—Seguro que Díaz ofrece una indemnización a sus trabajadores — murmuró Pitt.

Arrastró al hombre detrás de una taquilla y le quitó la gorra. Se la encasquetó, volvió a toda prisa al centro de operaciones y se puso a los mandos del robot submarino.

Díaz gritaba señalando la gran pantalla, y enseguida Pitt comprendió por qué. El robot submarino, descontrolado, se había ido al fondo y estaba parado enfocando una roca con su cámara principal. Pitt mantuvo su cara oculta detrás de los monitores mientras buscaba la palanca y los mandos de los propulsores. Gracias a su experiencia en el manejo de robots submarinos, consiguió elevar el vehículo y moverlo hacia delante, lo que acalló las protestas de Díaz.

Enseguida cogió el tranquilo al

robot, que funcionaba más o menos como un helicóptero teledirigido doméstico. Guio el robot submarino a través del fondo siguiendo las huellas de la cortadora hasta que la máquina y el tubo detonador que arrastraba aparecieron.

En su mesa había dos monitores que emitían imágenes de vídeo de las cámaras delantera y trasera del robot. En la pantalla de la sala solo se mostraba la vista frontal. Movié los mandos y encontró el menú desplegable para modificar la calidad de la imagen.

Díaz quería ver cómo se introducía el tubo detonador y expresó sus deseos desde su puesto de mando. Pitt empezó a distorsionar la calidad de la imagen. Decepcionado, Díaz ordenó que otro robot submarino se hiciera cargo y desconectaron el robot de Pitt de la pantalla grande.

Reajustó la imagen y le alegró ver que la cortadora redirigía sus orugas hacia el *Starfish*. Pitt reprimió las ganas de mirar qué tal estaba Summer y estudió el flanco de la cortadora y los explosivos que arrastraba.

La cortadora pasó despacio por delante del *Starfish* y siguió otros seis metros antes de detenerse. Su brazo se estiró al máximo a un lado y balanceó el tubo detonador.

El tubo fue soltado a instancias de Díaz. La sección delantera iba enroscada en el barreno y desaparecía varios metros bajo la base de la zanja. La sección de tubo restante, con su cable de encendido conectado, quedaba en diagonal sobre la zanja llena de NAFO. Una vez detonado, el TNT del tubo provocaría una explosión concentrada

en el núcleo de la fisura de la fumarola... y activaría el NAFO ocasionando una erupción general.

Pitt siguió el descenso con el robot submarino y viró para situarse frente la zanja. Apartó el robot de la fisura para obtener una visión panorámica. Con cuidado de no pasar por delante de la cámara del segundo robot submarino, condujo el suyo hacia el *Starfish*.

Cuando el submarino amarillo apareció, vio a Summer en el asiento del piloto. Esperaba febrilmente que ella lo ayudara a salvarle la vida.

El ruido de la cerradura exterior indicó a los cautivos del laboratorio del *Sargasso Sea* que la puerta estaba a punto de abrirse. Todos corrieron al fondo de la sala y se escondieron debajo de una gran mesa. Todos menos Dirk y

Giordino, que permanecieron en distintos ángulos respecto a la puerta, parapetados tras un par de mesas de laboratorio.

La puerta se abrió de golpe y el timonel Ross fue introducido otra vez en el laboratorio a punta de rifle. Un comando lo siguió y echó un vistazo. Entornó los ojos asombrado. La tripulación oculta al fondo del laboratorio lo desconcertó, aunque no tanto como el atuendo de Dirk y Giordino.

Se habían envuelto con una toalla la

nariz y la boca y llevaban puestas unas toscas gafas hechas con botellas de plástico. Antes de que el comando pudiera reaccionar, Giordino le lanzó un vaso de precipitados. El tipo del rifle se agachó. El vaso de cristal se estrelló contra la puerta encima de su cabeza y cayó sobre él una lluvia de cristales y líquido.

—¡Agáchate, Ross! —gritó Dirk.

El timonel se lanzó al suelo cuando el comando acribilló la sala a balazos. Adelantándose a su reacción, Dirk y Giordino se metieron debajo de las

mesas del laboratorio. Los disparos no tardaron en interrumpirse. El pistolero soltó su arma y empezó a frotarse los ojos, inundados de lágrimas.

Al oír los disparos, un segundo comando entró corriendo por la puerta. Dirk salió de detrás de la mesa y lanzó su arma por los aires. Otro vaso de precipitados se hizo añicos contra el marco de la puerta a unos centímetros por encima del hombre, que también fue reducido en el acto mientras se ahogaba y tosía con los ojos hinchados.

El doloroso líquido era una remesa

casera de gas lacrimógeno preparado con productos químicos en el laboratorio. Ayudado por la bióloga del barco Kamala Bhatt, Dirk había mezclado yodo con partes de ácido nítrico y disolvente de acetona, y lo había calentado en un recipiente cerrado con una cerilla. La mezcla era una versión tosca del gas lacrimógeno antidisturbios.

Habían probado una pequeña muestra con un voluntario de la tripulación, cuyos ojos rojos y llorosos daban fe de su eficacia una hora después del

experimento. Giordino había encontrado un par de vasos de precipitados vacíos en un armario que resultaron los envases perfectos.

Dirk y Giordino esperaron un momento a que el gas se dispersara y abandonaron su refugio. El primer comando se arrastraba hacia la puerta en tanto que el segundo se tambaleaba detrás. Dirk se acercó corriendo y cogió el arma del primer comando. Giordino, a su vez, se abalanzó sobre el segundo levantando los codos y lo golpeó con fuerza en el costado, propulsando a los

dos hombres a través de la puerta.

Dirk salió corriendo detrás y encontró a los dos comandos retorciéndose en la cubierta y a Giordino encima. Giordino había arrebatado el AK47 a su víctima, que no dejaba de frotarse los ojos. Dirk estaba tendiendo la mano a Giordino para ayudarlo a levantarse cuando una ráfaga de disparos perforó el mamparo justo encima de sus cabezas.

—¡Soltad las armas! —gritó Calzado a seis metros de distancia.

Alertado por los disparos, había acudido a la escena a la carrera,

acompañado de otros dos comandos. Los tres se acercaron, cada uno con un rifle, apuntando a Dirk y a Giordino. A los hombres de la NUMA no les quedó más remedio que soltar las armas y poner las manos arriba.

Haciendo un esfuerzo considerable, los dos guardias gaseados se levantaron; tenían los ojos enrojecidos e irritados.

—Cerrad la puerta del laboratorio con llave —ordenó Calzado.

Los centinelas asintieron con la cabeza e hicieron lo que les indicó. Cuando la puerta estuvo cerrada, uno de

los comandos señaló a Dirk y Giordino.

—¿Y ellos?

—No tengo tiempo para más estorbos.

Apartaos. Me ocuparé de ellos ahora mismo.

El jefe de los comandos levantó el rifle, apuntó a los dos cautivos y apoyó el dedo en el gatillo.

Sin el zumbido habitual de sus caloríficos aparatos electrónicos, el *Starfish* parecía una nevera. Summer estaba sentada con los dientes castañeteando cuando la cortadora volvió a aparecer y pasó por delante del

submarino arrastrando un largo tubo detonador. Trató de ver cómo la cortadora introducía el extremo del tubo en la zanja, pero uno de los robots submarinos le tapó la vista.

El aparato con pinta de caja se acercó al submarino y se quedó flotando al otro lado de la ventana. Summer resistió las ganas de hacerle una peineta y se protegió los ojos ante sus deslumbrantes luces.

Entonces ocurrió algo extraño. El robot submarino emitió unas señales luminosas.

Esta vez no vaciló. Dejó rienda suelta a su dedo corazón mientras insultaba a Díaz por su gesto provocador.

Aunque era evidente que estaba observando la respuesta de Summer, el robot submarino no titubeó. Antes bien, volvió a hacer señales con las luces en una secuencia breve-largo-breve, como si emitiese una señal de socorro modificada.

Intrigada, Summer se quedó mirando el robot, que repitió las señales dos veces más. Entonces alargó el brazo y activó un interruptor, y las luces

delanteras del submarino parpadearon.

Se quedó boquiabierta cuando el robot respondió inclinándose hacia arriba y abajo como si asintiera con la cabeza. En alguna parte, alguien trataba de ayudarla desde el otro extremo de los mandos.

Se inclinó hacia delante y vio que el robot submarino se acercaba lentamente. El aparato giró un poco para desviar sus brillantes luces de la cabina y rozó el brazo manipulador del sumergible. El robot hizo otra vez señales con las luces.

Summer activó los mandos para levantar el brazo robótico de su soporte.

Una vez más, el robot asintió en señal de aprobación. Summer siguió levantando el manipulador, pero el robot submarino giró de un lado a otro para expresar su desaprobación.

Empleando el método de prueba y error y siguiendo las orientaciones del robot submarino, Summer estiró el manipulador lateralmente al máximo y abrió sus pinzas.

Delante del submarino, la cortadora había terminado su tarea y sus orugas se

dirigían al punto de lanzamiento. Esas orugas la llevarían junto al *Starfish* en uno o dos minutos.

Summer observó el robot, que por un momento pareció estudiar a la cortadora y luego se dirigió como una flecha al lado del sumergible. La joven tuvo que pegar la cara a la ventana para ver lo que hacía a continuación.

El robot submarino viró y descendió hasta el lecho marino. Se propulsó hacia el *Starfish* llevándose por delante una fina capa de arena, como un quitanieves. Desconcertada al principio, Summer no

tardó en comprender su intención. El robot submarino había empezado a tirar del cable de activación del tubo detonador. Lo impulsaba hacia el *Starfish*. O más concretamente, hacia el brazo manipulador del sumergible.

El robot submarino quería que ella agarrara el cable. Summer esperó mientras el robot volvía a empujar. Cuando el cable estuvo a su alcance, lo atrapó con las pinzas del brazo.

El robot hizo parpadear rápidamente las luces y acto seguido se elevó y se quedó flotando sobre la cortadora, que

se acercaba. A medida que la gran máquina se aproximaba, el robot submarino descendía por su costado, hasta que chocó contra un apéndice metálico corto y grueso que sobresalía en diagonal hacia delante.

Se trataba de una pata estabilizadora que se podía bajar para hacer palanca cuando la cortadora trituraba roca dura. El robot submarino se movió arriba y abajo a lo largo del pie metálico e hizo señales con las luces.

Summer comprendió. Apartó el brazo manipulador del camino de la cortadora

y esperó.

Las bandas de acero removían el lecho marino al paso de la máquina, que reptaba lentamente por el fondo. El operador no se desvió de las roderas previas y rebasó el *Starfish*. Cuando las bandas delanteras pasaron por delante de su ventana, Summer levantó el manipulador y apuntó a la cortadora.

Una vez que el estabilizador estuvo a su alcance, desplegó el manipulador y enrolló el cable detonador alrededor de la pata. La cortadora se movía tan despacio que Summer tuvo tiempo de

sobra para pasar el cable por segunda vez antes de soltarlo. A medida que la máquina avanzaba, el lazo se tensaba enganchándose al apéndice metálico.

El robot submarino apareció al otro lado de la ventana y asintió en señal de aprobación. Tras un último destello, se fue zumbando para seguir a la cortadora. Summer esperó un minuto y encendió las luces exteriores del *Starfish*. Vio que el tubo detonador salía de la zanja y se deslizaba por delante de ella arrastrado por la cortadora. Apagó las luces y vio que los vehículos mineros desaparecían

otra vez a lo lejos.

Summer consultó la energía restante de las baterías y se arrellanó en los fríos y oscuros confines del submarino meditando sobre el misterioso robot submarino. La había salvado de morir en una explosión, pero ¿podía hallar la manera de sacarla del fondo?

Pitt estaba considerando la misma pregunta cuando la puerta trasera del centro de operaciones se abrió de golpe. Un soldado armado entró sosteniendo el cuerpo vacilante del operador del robot submarino. El hombre, aturdido,

reaccionó al ver a Pitt ante su terminal de trabajo.

—¡Es él! —Señaló con el dedo a Pitt—. Es el tipo que me ha atacado. ¡Dispárale!

Pitt se levantó de golpe, pero contuvo sus movimientos cuando el soldado lo apuntó a bocajarro con su rifle de asalto. Los dos guardias de la parte delantera de la sala se acercaron corriendo un segundo más tarde. Ahora Pitt estaba rodeado.

—¿Qué pasa aquí? —Díaz se aproximó para ver a qué venía tanto

revuelo. Se quedó de una pieza al ver a Pitt junto a la consola del robot submarino.

—Creo que tiene un submarino mío —dijo Pitt con calma—. Me gustaría recuperarlo.

El operador del robot dio un paso adelante.

—Me atacó y me sacó a rastras de la sala para poder controlar el robot número dos.

Díaz asintió con la cabeza sin apartar la vista de Pitt.

—Puede que haya burlado la muerte

en una ocasión, pero no lo conseguirá dos veces. Lo llevaré personalmente a La Habana y presenciare su ejecución desde primera fila. Pero antes quiero que venga conmigo... a ver morir a su hija.

Se volvió hacia el operador del robot.

—Comprueba el estado del submarino, rápido. Estamos a punto de subir el equipo.

Díaz se dirigió tranquilamente a la parte delantera de la sala y se sentó en su puesto de mando. Esta vez los guardias fueron más diligentes y se

apostaron a cada lado de Pitt.

Pitt se volvió hacia la pantalla de vídeo y observó las imágenes tomadas por el robot submarino número dos, que daba vueltas alrededor del *Starfish*. Por un instante, vio a Summer pegada a la ventana como si esperase un mensaje del robot. Pero esta vez la máquina se limitó a mirarla fríamente.

Pitt se acordó del tubo detonador y contuvo el aliento para que el robot submarino no girara en la otra dirección y descubriese que no estaba. Pero al operador del robot no se le ocurrió

examinar los explosivos. Hizo flotar el robot por encima del sumergible un minuto o dos y a continuación lo elevó y lo dirigió hacia la lejana cortadora.

Díaz observaba satisfecho.

—Espero que se despidiera de ella, señor Pitt —dijo, y acto seguido se dirigió a la sala—. Todo el equipo a la superficie. Preparaos para la detonación.

Cuatro gigantescos cabrestantes empezaron a girar en la cubierta principal recogiendo los cables sujetos a la cortadora, la plataforma y los dos

robots submarinos. En el centro de operaciones, las transmisiones de vídeo se transformaban en imágenes borrosas a medida que el equipo era izado a través del agua.

Cuando los cuatro aparatos se encontraban a treinta metros del fondo, Díaz llamó por teléfono al puente de mando.

—Situad el barco a doscientos metros corriente arriba. Nos preparamos para la detonación.

Las hélices del *Sea Raker* batían el mar a medida que el enorme barco se

iba alejando. Unos minutos más tarde, el capitán informó de que se encontraban en la nueva posición, tal como había ordenado. Díaz pidió al ingeniero de minas que le comunicase el estado del equipo.

—Los dos robots están a bordo, y la plataforma acaba de salir del agua. La cortadora sube despacio y está ahora mismo a una profundidad de veinte metros.

—Estamos lejos de la zona de choque. Iniciemos la detonación. —Díaz se volvió hacia Pitt—. ¿Quiere hacer los

honores?

Pitt le lanzó una mirada dura.

—No. Creo que el último acto le corresponde a usted.

Díaz se acercó al panel de control de la plataforma y colocó el dedo sobre el activador del cable detonador. Sonrió a Pitt y pulsó el botón.

Dirk cayó de rodillas, esperando que las balas del rifle de asalto de Calzado le perforaran el pecho de un momento a otro mientras intentaba agarrar desesperadamente su arma caída. Sin embargo, una terrible punzada de dolor

le atravesó la cabeza. Le parecía que los oídos le iban a reventar y que su cráneo vibraba con una intensidad de diez en la escala numérica de dolor.

Pensó que le habían disparado en la cabeza, pero al levantar las manos para taparse los oídos, no notó sangre. Alzó la vista y vio que Calzado y sus comandos, así como Giordino, también habían caído de rodillas y se apretaban los oídos con las manos.

Taparse los oídos de poco servía para aliviar el dolor, pero era un acto instintivo de supervivencia contra la

fuerza invisible. Giordino bajó las manos y alargó el brazo para coger el arma tirada a sus pies, pero la dolorosa agresión auditiva le obligó a desistir y a llevarse otra vez las palmas a los oídos.

Encogido de dolor, Dirk reparó en un trío de figuras que emergieron de las sombras de la cubierta de popa y se acercaron despacio. Iban vestidos con ropa militar al estilo de los comandos, parecida a la de los cubanos pero en negro. Curiosamente, llevaban cascos de moto con viseras gruesas y oscuras. Dos portaban rifles de asalto y seguían a un

tercer hombre, que marchaba al frente con una raqueta octogonal sujeta por delante y conectada a una voluminosa mochila.

Los intrusos eran ajenos al dolor. Al acercarse, los dos hombres armados apartaron los rifles de los cubanos de una patada, sacaron unas esposas de plástico e inmovilizaron a los comandos, que se retorcían en la cubierta. El tercer intruso se aproximó a Dirk y a Giordino con su raqueta electrónica orientada hacia los cubanos.

El dolor de oídos de Dirk disminuyó

y comprendió que la raqueta generaba de alguna forma el ataque auditivo. Una vez reducidos todos los cubanos, el hombre pulsó un botón de la raqueta y la bajó a un lado.

Tras levantar la visera del casco, Rudi Gunn sonrió a sus dos amigos de la NUMA.

—Disculpad el dolor de cabeza. Vuestro intento de huida nos ha obligado a intervenir antes de lo planeado.

—Eres un regalo para la vista, Rudi, pero tampoco te pases —dijo Giordino, a quien le zumbaban los oídos como las

campanas del Big Ben a mediodía—. ¿Qué es ese aparato de tortura?

—Se llama MRAD. Es un dispositivo acústico de medio alcance. Se trata de una versión portátil de un sistema desarrollado para la marina que se utiliza para rechazar ataques de barcos pequeños o de piratas somalíes. Es un aparato acústico direccional de alta intensidad capaz de emitir ondas sonoras a un volumen extremadamente elevado, que a su vez están relativamente concentradas.

—Un altavoz a lo bestia —dijo Dirk

frotándose los ojos.

—Más o menos. A Jack y a mí nos lo ha prestado un amigo del Laboratorio de Investigación Naval.

Jack Dahlgren, el ingeniero marino y viejo amigo de Dirk, se acercó armado con un rifle de asalto.

—Me alegro de veros sanos y salvos, chicos. Será mejor que vayamos al puente de mando, Rudi. ¿Alguien sabe cuántos comandos hay a bordo?

—Yo he contado nueve. —Giordino cogió una de las armas de los cubanos —. Os acompañaré si apartas ese

revientaoídos.

Gunn entregó unos pequeños auriculares a Dirk y a Giordino.

—Esto os ayudará.

Volvió a activar el sistema y condujo a sus compañeros armados a la superestructura de proa. Los mamparos del barco suponían un obstáculo para el dispositivo acústico de medio alcance, de modo que Gunn no vaciló: subió a toda prisa por la escalerilla e irrumpió en el puente de mando.

Los cuatro comandos que quedaban estaban de servicio y permanecían

atentos al alboroto de cubierta. Dos de ellos montaban guardia con unos rifles de asalto y se volvieron de inmediato hacia Gunn, que se lanzó al suelo sosteniendo la raqueta del MRAD en alto. Dahlgren y su compañero doblaron la esquina y dispararon. Dieron en el blanco y abatieron a los dos tiradores.

Los otros dos cubanos, desarmados, habían caído al suelo durante el bombardeo auditivo y estaban poniéndose en pie. Levantaron las manos al ver entrar a Dirk y a Giordino con sus armas en ristre.

Dirk se acercó y ayudó a Gunn a levantarse.

—¿Estás bien, Rudi?

—Sí. ¿Está todo el mundo a salvo en el barco?

—No lo estarán por mucho tiempo — repuso Giordino—. Dicen que nuestros amigos han colocado explosivos en el barco y que estaban a punto de enviarlo al fondo.

Se dirigió al más menudo de los dos cubanos. Lo levantó del suelo agarrándolo por las solapas y apretó los dientes contra la cara del hombre.

—¿Dónde están los explosivos?

El soldado vio la inquebrantable determinación en los ojos de Giordino.

—En la sala de máquinas —gruñó.

—A la sala de máquinas —dijo Dirk—. Vamos.

Dirk y Giordino corrieron a toda velocidad de la parte superior del barco a la inferior y llegaron a la sala de máquinas en dos minutos. No tuvieron que buscar mucho para descubrir varias cajas de explosivos junto a una válvula de admisión de agua del mar. El barco se habría inundado rápido.

Giordino encontró un sencillo temporizador digital conectado a un detonador entre los explosivos de alta potencia. Extrajo nervioso el detonador.

—Dos horas más e iría derecho al fondo.

—Menos mal que Rudi y Jack han llegado en el momento justo.

Volvieron a la cubierta principal y liberaron a la tripulación de los laboratorios, aunque primero Giordino lanzó el temporizador y el detonador por la borda. Ayudaron a Dahlgren a encerrar a los cubanos supervivientes y

se reunieron con Gunn en el puente de mando.

Se encontraba junto a una consola de comunicaciones sacudiendo la cabeza.

—El sistema de comunicaciones por satélite se ha estropeado con el tiroteo.

—Todavía tenemos radios marítimas —repuso Giordino—. Por cierto, ¿cómo nos habéis encontrado?

—Os seguimos a través de unas imágenes tomadas por satélite hasta que zarpamos de Bimini en el barco de investigación de la NUMA *Caroline*. Afortunadamente, no os habíais movido

cuando cruzamos el estrecho.

—¿Dónde está el *Caroline* ahora?

—Esperando en aguas seguras, a diez millas al norte. —Lanzó una mirada calculada a Giordino—. Me da miedo preguntar. ¿Dónde están Pitt y Summer?

—Desde hace dos días, en un barco minero llamado *Sea Raker* —contestó Giordino—. Fueron secuestrados a bordo del *Starfish* cuando investigaban la extracción minera submarina. Tenemos que encontrarlo, y rápido.

Gunn asintió con la cabeza mientras cogía el timón y ponía los motores del

barco a toda máquina. Señaló con el dedo una pantalla horizontal del radar que había sobrevivido al tiroteo.

—Si el *Caroline* no lo encuentra primero —dijo en tono resuelto—, lo haremos nosotros.

A quince metros por debajo del casco del *Sea Raker*, una descarga eléctrica encendió un detonador de nitruro de plomo. La pequeña detonación principal encendió de inmediato los trescientos sesenta kilos de TNT embutidos en la

manga que colgaba de la cortadora.

Una onda expansiva recorrió el agua. La explosión formó una enorme burbuja de gas en las profundidades, que se elevó con rapidez y aumentó de tamaño y de intensidad a medida que ascendía a través de capas menos densas de agua marina.

A bordo del *Sea Raker*, lo primero que se notó fue la onda expansiva, que vibró a través del barco como un trueno.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Díaz cuando la cubierta tembló bajo sus pies.

El ingeniero de minas que estaba al

mando negó con la cabeza.

—No lo sé. A esta distancia el barco no debería notar el impacto.

Pitt sonrió a los dos hombres y señaló la pantalla de vídeo.

—A lo mejor sus explosivos se han encallado abajo.

Díaz miró la pantalla. La transmisión de vídeo de la cortadora se había quedado en blanco.

—¿Qué ha hecho? —gritó a Pitt. Se volvió y cogió un rifle de asalto de uno de los guardias.

Pitt no tuvo que contestar. Un segundo

más tarde, la burbuja de gas provocada por los explosivos impactó en la parte inferior del *Sea Raker* como una bota contra una barriga. La sección central del barco prácticamente salió despedida del mar y la quilla se fracturó por tres puntos. A lo largo de la columna del barco se rompieron chapas del casco, que dejaron entrar el agua de proa a popa. Empezaron a sonar alarmas por todo el barco y la electricidad de los generadores principales se cortó en el acto.

En el puente de mando, el diagnóstico

de a bordo confirmó al capitán su peor temor: la inundación era generalizada y no era posible mantenerse a flote. Dio la orden de abandonar el barco, que sonó a todo volumen a través del sistema de megafonía en un mensaje grabado.

En el centro de operaciones, todo el mundo había perdido el equilibrio. La electricidad se había cortado y había sumido el área en una oscuridad absoluta. Cuando Díaz se puso en pie con el rifle aún en la mano, las luces de emergencia parpadeaban lentamente y teñían la sala de un fulgor rojo.

El ingeniero de minas se levantó y agarró el brazo de Díaz.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

Díaz negó con la cabeza; su rostro era una máscara de ira. Apartó al ingeniero de un golpe y barrió la sala con el arma.

—¿Dónde está?

Su ira aumentó cuando se dio cuenta de que Pitt ya no estaba allí.

Pitt corría a salvar a su hija. Su única esperanza, aunque remota, era la máquina cortadora auxiliar que había a bordo del barco. Si conseguía arriarla y llevarla rápido hasta el *Starfish*, podría atrapar el submarino y elevarlo a la

superficie.

Era mucho suponer.

Salió a rastras del oscurecido centro de operaciones y halló la cubierta en un estado inicial de caos. Cundía el pánico, y la tripulación ya había emprendido un éxodo dirigiéndose en tropel a los botes salvavidas. Gritos y juramentos resonaban en el aire mientras los soldados, la mayoría sin experiencia previa en alta mar, corrían de un lado a otro buscando los botes. La lealtad de los soldados a Díaz se había esfumado en un súbito intento por salvar el

pellejo.

Pitt se dio cuenta de que estaba en la cubierta opuesta a la cortadora y cruzó a la carrera un pasillo situado en medio del barco. Se detuvo un momento ante la barandilla y llamó por radio a Ramsey pidiéndole que volviera con el *Gold Digger* para recoger a los supervivientes y que solicitara urgentemente un rescate con un submarino de profundidad; sabía que las posibilidades de que el segundo llegara a tiempo eran mínimas.

Mientras corría a través de la

cubierta, vio que el *Sea Racker* se había escorado bastante aunque parecía que se iba asentando poco a poco. Le daría a Pitt unos minutos más a flote.

Se abrió paso entre un grupo de hombres que hacían cola para subir a bordo de un bote salvavidas y continuó por la barcaza de los explosivos, que seguía amarrada al barco. Pasada la barcaza, encontró el hangar a oscuras donde guardaban la cortadora auxiliar. El barco solo había recuperado parte de la electricidad, y Pitt temía que la máquina no funcionara. Localizó un

puesto de control en el límite del hangar y descubrió que sus temores eran infundados. En el tablero de mando se iluminó una hilera de luces que demostraba que la cortadora auxiliar funcionaba a pleno rendimiento.

Pitt toqueteó los mandos, descifró el mecanismo impulsor de la máquina y activó sus luces y cámara delanteras. Para bajar la cortadora por la borda se utilizaba un montacargas hidráulico independiente. Se puso a buscar los mandos, pero se detuvo cuando varios hombres entraron corriendo en el hangar.

—Allí está —gritó una voz.

Eran Díaz y un guardia, que apuntaban con sendos rifles de asalto.

Pitt se lanzó al suelo a la vez que pulsaba el botón de activación del cabrestante y le daba a la palanca de control delantero de la cortadora auxiliar. Una ráfaga de balas hizo pedazos el tablero de mandos al momento y le llovieron restos de plástico. Aunque la luz del hangar era tenue, Pitt seguía a la vista de los pistoleros y los disparos continuaban, de modo que rodó por el suelo hacia un

lado.

El fondo del hangar resultó más oscuro. Pitt se escondió a toda prisa detrás de la parte trasera de la cortadora. La gran máquina estaba avanzando, con sus bandas de acero chocando estrepitosamente contra la madera de la cubierta. La cabeza cortadora se encontraba a apenas tres metros de la barandilla; el vehículo no tardaría en pasar por la borda.

Díaz gritó a uno de sus hombres situado a la derecha, de modo que Pitt se arrastró a lo largo del lado izquierdo de

la cortadora. Una lluvia de disparos sonó a través del hangar, pero no iba dirigida a Pitt. Alguien estaba apuntando alto, y las balas daban en el techo.

La cortadora auxiliar se paró en seco cuando algo cayó a la cubierta dando un golpetazo justo delante de Pitt. Era el cable eléctrico elevado de la máquina, que había sido cortado a propósito mediante disparos para inutilizarla. Saltaron chispas del extremo del cable, que estaba suelto por la cubierta y empezó a enrollarse porque el cabrestante seguía dando vueltas.

Pitt oyó un ruido enfrente. Un guardia se había subido al armazón delantero de la máquina cortadora y estaba apuntándole.

Pitt se lanzó hacia delante, cogió el cable cortado y lo acercó al armazón de acero. El pistolero gritó cuando una descarga fatal de alta tensión recorrió la cortadora.

Pitt apartó el cable y se dirigió a la parte delantera de la cortadora, decidido a coger el arma del hombre muerto. Dudó al oír unos pies que se arrastraban por la cubierta. Díaz bordeaba el lado

izquierdo de la cortadora, mientras dos hombres se le acercaban por la parte trasera.

Pitt pensó rápido, agitó el cable eléctrico como un látigo hacia la barandilla lateral y observó cómo su punta chispeante se deslizaba por la borda. A continuación retrocedió rodeando el lado derecho de la cortadora y levantó los brazos por encima de la cabeza.

Los dos soldados lo alcanzaron primero y lo retuvieron a punta de rifle hasta que Díaz llegó.

Díaz vio al guardia muerto debajo del armazón de la cortadora auxiliar y miró fijamente a Pitt con los ojos brillantes.

—Me temo que al final no vendrá a La Habana. Aquí termina todo.

Levantó el rifle y apuntó al pecho de Pitt. Cuando se disponía a apretar el gatillo, un silbido brotó detrás de él. Y acto seguido desapareció en un remolino de fuego.

Cuando Pitt había arrojado el cable eléctrico, no solo lo había lanzado por encima de la barandilla. Lo había lanzado hasta la barcaza contigua. El

cable se desenrolló, serpenteó por su interior y encendió el NAFO esparcido por la cubierta. Solo era cuestión de tiempo que un montón en llamas prendiera fuego a una de las cajas de TNT e hiciera detonar todos los explosivos que contenía la barcaza.

La embarcación voló por los aires en medio de una estruendosa explosión que levantó una densa nube blanca hacia el cielo nocturno. El estallido sacudió el *Sea Raker* de punta a punta y destrozó su superestructura. El barco dio un bandazo y envió la cortadora auxiliar y demás

material suelto junto a la barandilla, antes de asentarse bruscamente por la proa. La popa se elevó del agua un minuto más tarde, y el barco se sumergió con rumbo de colisión al fondo del mar.

Un círculo de espuma y burbujas se extendió por la superficie tras el hundimiento del barco. Luego, solo el silencio sobre las olas acompañó a los supervivientes que quedaron flotando en un mar oscuro.

La cortadora auxiliar salvó la vida a Pitt dos veces. Pegado a su enorme mole, había quedado protegido del impacto directo de la explosión mientras los que le rodeaban eran incinerados. Aun así, cayó derribado por la sacudida y estuvo

a punto de ser aplastado por una de las bandas de acero cuando la cortadora empezó a deslizarse hacia la barandilla.

Tosiendo entre el humo cegador, Pitt se subió al borde superior de la banda de rodamiento y se agarró a una abrazadera. Se aferró fuerte mientras la cortadora atravesaba la barandilla y se despeñaba. La cortadora intentó arrastrarlo al fondo, pero él se soltó y nadó hasta la superficie. Se alejó del *Sea Raker* dando brazadas para evitar su succión, se volvió y observó cómo los últimos tripulantes saltaban asustados

por la borda antes de que el barco se hundiera.

Solo llevaba unos minutos pataleando en el agua cuando se oyó un ruido ronco de motores y apareció el *Gold Digger*, que se detuvo cerca de uno de los botes salvavidas del *Sea Raker* mientras un foco situado a popa peinaba las aguas. Desesperado por salvar a Summer, Pitt fue nadando hasta el yate y se sumó a los supervivientes del *Sea Raker*, que clamaban que los subieran a bordo.

Ramsey se encontraba en la cubierta dirigiendo el rescate. Una expresión de

alivio se reflejó en su rostro cuando Pitt subió a bordo tambaleándose.

—Temí por ti cuando vimos la segunda explosión.

Pitt solo pudo asentir con la cabeza. Le zumbaban los oídos, le dolía el cuerpo y estaba sin aliento. Y lo que era peor, sabía que le había fallado a Summer, que se hallaba atrapada en el fondo del mar debajo de ellos.

—Siento lo del barco —murmuró por fin.

—¿Ha... ha sido cosa tuya? —Ramsey lanzó a Pitt una mirada de disgusto y

desaprobación —. Tu amistad me está costando muy cara.

Pitt obvió al comentario.

—¿Te has puesto en contacto con la unidad de salvamento subacuático de la marina? ¿Te han confirmado cuánto tardarán en llegar?

Ramsey negó con la cabeza.

—He hecho algo mejor. He contactado con un barco mucho más cercano que puede que te suene.

Señaló por la barandilla de estribor.

Pitt reparó por primera vez en las luces de una embarcación que se

acercaba. Su contorno iluminado tenía un aire familiar, y a medida que se aproximaba, su casco color turquesa se dejaba entrever en la oscuridad.

—¿El *Sargasso Sea*?

—Sí. Han respondido por radio. Por lo visto iban a la caza del *Sea Raker*; os buscaban a ti y a tu hija.

—¿Quién está al mando?

—Un tipo llamado Gunn. Se quedó sorprendido cuando te nombré.

Ramsey hizo una señal a uno de los miembros de su tripulación y acto seguido se volvió hacia Pitt.

—Bajaremos una zódiac al agua para que puedas llegar rápido al barco.

Una sonrisa cansada se dibujó en el rostro de Pitt. Alargó el brazo y estrechó la mano de Ramsey.

—Eres un buen hombre, Mark. Y si te sirve de consuelo, te haré una promesa.

—¿Qué promesa? —preguntó Ramsey.

—Te prometo que no volverás a perder conmigo en la pista de carreras.

Pitt dio gas a la zódiac y navegó a toda velocidad hacia el *Sargasso Sea*, que redujo la velocidad y se quedó a la deriva cerca del yate de lujo. Dirk, Gunn y Giordino estaban esperándolo detrás de la barandilla y lo ayudaron a subir a

bordo.

Giordino observó la ropa chamuscada y empapada de Pitt.

—Parece que te hayas echado una siesta en una trituradora.

—Necesitaba dormir.

—¿Dónde está Summer? —preguntó Dirk—. Los del *Gold Digger* nos han dicho que tenías una emergencia submarina.

—Está atrapada en el fondo del mar dentro del *Starfish* —dijo Pitt—. Me alegro de ver el *Sargasso Sea*, pero en el barco no hay ningún submarino; el

Starfish era el único. Necesitamos ayuda externa... y de prisa.

—En realidad, no. —Gunn estiró el brazo como un camarero—. Si eres tan amable de seguirme...

Gunn acompañó rápidamente al grupo a popa junto con Pitt, en una carrera frenética para salvar a Summer. En la cubierta de popa, encontraron a Jack Dahlgren inspeccionando el sumergible que Gunn había tomado prestado del *Caroline*. El *Bullet* era un híbrido que combinaba la cabina de un sumergible con el casco de una lancha a motor.

Equipada con un motor convencional y uno eléctrico, la elegante nave podía surcar el agua a gran velocidad.

Pitt estaba familiarizado con la embarcación porque la había pilotado en Turquía años atrás.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

—Jack y yo necesitábamos algo rápido y sigiloso para subir a bordo del *Sargasso Sea*. Estaba en el *Caroline*, que operaba fuera de Bimini, así que hicimos que el barco se acercase y lo pilotamos el resto del camino.

Dahlgren miró a Pitt y asintió con la

cabeza.

—Me alegro de verte, jefe. He oído que necesitas bajar rápido.

—La vida de Summer depende de ello.

—El submarino está listo —dijo Dahlgren dando un golpecito a la embarcación—. Sube y te bajaremos por la borda.

Pitt se volvió hacia Gunn mientras se dirigía a la escotilla del *Bullet*.

—Ramsey necesitará ayuda con los supervivientes.

Gunn asintió.

—Cuando te hayas ido, le echaremos una mano.

Giordino subió al submarino con Pitt, y fueron arriados rápidamente por la borda. Pitt orientó el sumergible hacia el yate de Ramsey, avanzó a toda velocidad por la superficie y descendió justo cuando se acercaban al *Gold Digger*.

Lo habitual era que el submarino descendiera aprovechando el efecto de la gravedad, pero no podían permitirse perder tiempo. Después de llenar los tanques de lastre, Pitt inclinó el morro

del *Bullet* hacia delante y activó al máximo la propulsión. El vehículo salió disparado hacia abajo. A doscientos metros de profundidad, Pitt redujo la velocidad. Niveló el submarino al cabo de un minuto, cuando el fondo del mar apareció debajo de ellos.

El *Bullet* no estaba equipado con sónar, de modo que tenían que localizar visualmente a Summer. Giordino marcó su posición mientras Pitt impulsaba el submarino describiendo un arco abierto.

—Hay algo a la derecha.

Giordino señaló por la gran ventana

acrílica del submarino.

Pitt ajustó el rumbo hacia un objeto oscuro situado en el margen de su campo visual. Era la cortadora auxiliar, que se había enderezado durante el descenso y había caído de pie en el fondo. Pitt dio una vuelta alrededor de la gran cabeza cortadora y se detuvo ante una visión horripilante. Había un hombre empalado en las paletas del propulsor; su uniforme chamuscado evidenciaba que la explosión de la barcaza lo había lanzado contra ellas.

—Saluda a Juan Díaz —dijo Pitt al

reconocer la figura. Su cara estaba crispada en un último grito agonizante —. Él era el responsable de la operación.

—Veo que lo has fulminado con tu ingenio y tu encanto —comentó Giordino.

—Con eso y un montón de explosivos.

Giordino marcó su posición a la vez que Pitt aceleraba hacia delante. Summer tenía que estar a doscientos o trescientos metros. Recorrió esa distancia y torció a la izquierda. El fondo se volvió más rocoso, con

montículos y colinas que mostraban algún que otro rastro de vida marina.

—La temperatura del agua ha subido unos grados —informó Giordino—. Debemos de estar cerca de la fumarola.

Momentos más tarde se encontraron con unas roderas. Pitt las siguió hasta la zanja llena de explosivos. Se veía el *Starfish* en el otro extremo. Pitt se acercó zumbando y pegó el morro del *Bullet* al del otro sumergible.

Summer se hallaba desplomada en el asiento del piloto. Cuando las luces brillantes iluminaron la cabina, echó la

cabeza hacia atrás y abrió los ojos. Parpadeó dos veces, y acto seguido cerró los ojos y se recostó en el asiento.

—Parece que está sufriendo una intoxicación por monóxido de carbono —dijo Giordino.

—Tendremos que encontrar una forma de subirla sin ayuda.

Pitt dio marcha atrás al submarino y rodeó despacio el *Starfish*.

—Un momento, socio —dijo Giordino—. Mira el bastidor de popa.

Pitt siguió la indicación de Giordino y examinó la base del *Starfish*. Varios

cables se hallaban enrollados alrededor de un bastidor lateral y continuaban por debajo del submarino. Pitt bordeó el *Starfish* y observó que las puntas de los cables estaban sujetas al otro lado.

—Es el lastre de emergencia secundario. Lo han atado con cables para que Summer no pueda soltarlo.

—Eso explica por qué sigue aquí — dijo Giordino—. Probablemente también hayan bloqueado los tanques de lastre.

—¿Te apetece hacer de cirujano?

—Estoy ansioso.

Pitt acercó el submarino al máximo y lo mantuvo flotando oblicuamente mientras Giordino se ponía manos a la obra. Empleando el pequeño manipulador del sumergible, agarró un cable con las pinzas mecánicas y las giró. El cable se partió con facilidad bajo la fuerza hidráulica del brazo robótico.

Giordino despachó con rapidez los cables restantes, pero el *Starfish* no se elevó.

Pitt acercó despacio el submarino y empujó con firmeza. No pasó nada.

—Puede que esté atrapado en el lodo
—apuntó Giordino.

—Pues vamos a sacarlo.

Flotó por encima del *Starfish* y se deslizó sobre su techo hasta que Giordino pudo atrapar un cáncamo con el manipulador.

—Ya lo tengo —dijo—, aunque este brazo mecánico no está hecho para levantar cosas.

Pitt asintió con la cabeza. Purgó despacio los tanques de lastre. El *Bullet* se elevó ligeramente y se detuvo; el manipulador no daba más de sí.

Pitt insistió con las bombas de lastre y luego activó los propulsores. El submarino avanzó e inclinó el *Starfish*. Entonces el sumergible amarillo escapó de la succión del lodo... y empezó a ascender.

Los dos submarinos se elevaron a la par, pero el ascenso era demasiado lento para el gusto de Pitt. Encendió los propulsores e inclinó el sumergible hacia la superficie. El ascenso seguía resultándole desesperante. Dentro del *Starfish* no se veían luces encendidas, señal de que las baterías se habían

agotado.

Giordino soltó el cáncamo a quince metros, y las dos embarcaciones emergieron juntas. Pitt hizo que Giordino abarlose el submarino mientras él abría la escotilla y salía.

Un reflector del *Sargasso Sea* los iluminó cuando Pitt saltó a bordo del *Starfish*. Quitó el cierre de seguridad de la escotilla principal y la abrió girando. Se deslizó rápidamente al interior, que se había vuelto glacial.

Summer se abrazó a su padre cuando la levantó. Tembló de repente,

respirando con dificultad.

—Papá.

Pitt la llevó hasta la escotilla, donde esperaba Giordino alargándole sus gruesos brazos.

—Súbela.

La sacó como a una muñeca de trapo.

Cuando Pitt salió, vio que Summer abría los ojos y forzaba una sonrisa.

Sujeta por los dos hombres en lo alto del submarino, la joven inspiró profundamente el aire nocturno.

—Ya no estoy tan atontada —declaró—, pero me está dando un dolor de

cabeza que ni os lo imagináis.

—Casi te duermes para siempre — comentó Giordino mientras el *Sargasso Sea* se acercaba para recogerlos.

—He visto una luz brillante —dijo ella con voz débil—. Creía que era un ángel que me llamaba, hasta que me he dado cuenta de que era otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Pitt inclinándose.

—Eras tú —dijo ella estirando la mano hacia la cara de su padre y enjugándole una lágrima.

EPÍLOGO

Puerto Grande

El general Alberto Gutier entró en el despacho del vicepresidente y calculó su tamaño pensando en él. Era una estancia espaciosa situada en el último piso de la sede central del Partido Comunista Cubano, con cuarto de baño

privado y una impresionante vista de la ciudad. Gutier echó un vistazo por la ventana al monumento a José Martí, que se hallaba iluminado contra el cielo nocturno. El despacho no estaría nada mal, pensó, siempre y cuando se retirase la decoración anticuada de su actual ocupante.

Aunque el vicepresidente César Álvarez tenía más de ochenta años y poseía una salud delicada, todavía era ágil de mente. El anciano se quedó sentado tras un gran escritorio mientras Gutier era escoltado a la habitación.

—Señor vicepresidente —dijo Gutier —, esta noche tiene buen aspecto.

—Gracias, general —contestó Álvarez con voz ronca—. Siéntese, por favor.

—¿Por qué desea verme tan tarde?

—Las noticias de las islas Caimán no son buenas.

—Es una tragedia terrible.

—¿Cuál es la última información que ha recibido? —preguntó Álvarez.

—Solo he recibido comunicados oficiales —respondió Gutier—. Hubo una explosión poco después de que el

presidente subiera a bordo. Nadie lo ha visto desde entonces, por lo que cabe suponer que falleció.

—Los equipos de salvamento no han podido identificar los restos, de modo que no hay esperanzas. —El vicepresidente sacudió la cabeza—. ¿Quién querría hacer daño al presidente?

—¿Quién si no la CIA? —dijo Gutier—. Intentaron matar a Fidel y ahora lo han conseguido con Raúl.

—¿Qué dice? ¿No creerá de verdad que han sido los estadounidenses?

—Sin duda alguna. Arresté al responsable. Era un ingeniero marítimo estadounidense que fue hallado con explosivos cerca de nuestras costas. Lamentablemente, murió de camino a La Habana en un accidente de helicóptero.

—Es una grave acusación.

—No se preocupe. Nos ocuparemos de los asuntos de Estado con mano dura y plantaremos cara a la intrusión cultural de los estadounidenses. Muy pronto usted y yo seremos más fuertes de lo que imagina.

—¿Usted y yo?

—Cuando usted asuma la presidencia, Cuba necesitará un nuevo vicepresidente. Yo estoy dispuesto a servir a nuestro país en ese cargo.

—El presidente había manifestado su deseo de que el ministro de Asuntos Exteriores Ruiz se tuviera en cuenta para su sucesión. Creía que usted ya lo sabía.

—Ruiz ya no puede ser nombrado para ningún cargo, considerando su insensata admiración por Estados Unidos. —Gutier dedicó al viejo político una mirada altiva—. No hace falta que le recuerde cuál sería la

postura del Ejército Revolucionario con respecto a ese asunto.

Álvarez devolvió la mirada a Gutier con los ojos entrecerrados.

—Sí, entiendo. En efecto, eso podría resultar muy impopular. —Consultó su reloj como si se hubiera dado cuenta de que se había olvidado de una cita y se levantó del asiento—. Si me disculpa un momento, general, volveré enseguida.

El anciano salió del despacho arrastrando los pies y cerró la puerta.

Gutier se recostó y sonrió. La vicepresidencia sería suya. Luego solo

sería cuestión de tiempo que lo ascendieran a presidente. Disfrutaría de su primera medida: relegar a Ruiz a servir como representante del partido en una granja de cerdos en algún lugar recóndito.

Su exultante visión fue interrumpida por un sonido de pasos cercanos. Una figura salió del aseo del despacho.

Vestido con un traje gris y una immaculada camisa blanca, Raúl Castro no se parecía en nada al fantasma que debería haber sido.

—Buenas noches, general.

Castro se sentó en la silla de Álvarez.

—Señor presidente —dijo Gutier tartamudeando—. Creía que estaba muerto.

—Claro que sí. Muy ingenioso por su parte, culpar a la CIA cuando ellos fueron los que me avisaron del atentado que usted perpetró. No quería creerlo, pero la reciente declaración de sus aspiraciones confirma la verdad.

—Yo no tuve nada que ver.

—Desde luego que sí. Los comunicados oficiales de las islas Caimán apuntan a que hubo un incendio

a bordo del yate. Nadie ha dicho nada de una explosión. Solo usted.

Gutier estaba demasiado aturdido para pensar con claridad.

—Pero yo vi un vídeo en el que usted subía al barco justo antes de que explotara.

Castro sonrió.

—Un buen doble, ¿verdad? Jorge Castenada. Un agricultor trastornado que mató a su familia hace varios años y cumplía cadena perpetua en la cárcel de Boniato. Hace poco se le diagnóstico un cáncer de páncreas, de modo que no le

quedaba mucha vida por delante cuando usted lo asesinó. Pero no se olvide del nombre, porque ahora es el suyo.

La puerta del despacho se abrió de golpe y cuatro guardias de seguridad irrumpieron en la estancia seguidos del vicepresidente Álvarez. Los guardias levantaron a Gutier de un tirón y le esposaron las manos a la espalda.

—Alto. Esto es un error. Tiene que escucharme —gritó a Castro mientras se lo llevaban a rastras hacia la puerta.

—Adiós, Jorge Castenada —dijo Castro.

—¿Por qué me llama así?

Castro levantó la mano para detener a los guardias. Se acercó y miró a Gutier de arriba abajo con desprecio.

—Ayer el general Alberto Gutier murió en un accidente de helicóptero frente a la costa norte. Mientras tanto, Jorge Castenada vuelve a su celda de aislamiento en la cárcel de Boniato, donde cumplirá el resto de su cadena perpetua sin libertad condicional.

Castro asintió con la cabeza y los guardias sacaron a rastras del despacho al general derrotado. Sus gritos de

protesta se apagaron poco a poco por la escalera trasera del edificio.

—Siempre he pensado que ese hombre era una sabandija —dijo Álvarez en voz baja.

—Por lo visto, tanto él como su hermano. Ha sido una lección ejemplar del camino que no debe seguir el país.

—El ministro Ruiz cree que si el pueblo goza de mayor libertad, ese tipo de hombres no podrán hacerse con el poder.

—Puede que tenga razón.

—¿Y ahora qué, señor presidente?

Castro se quedó mirando la puerta abierta unos momentos.

—Creo que el siguiente paso es hacer una visita a los muelles del puerto.

El sol de la mañana bañaba el *Gold Digger* y el *Sargasso Sea*, amarrados de proa a popa en la terminal de Sierra Maestra del puerto de La Habana. Poco después de que el *Starfish* fuera rescatado, una corbeta de la marina de

Cuba se había unido a las dos embarcaciones para ayudar en las tareas de salvamento. Luego la corbeta había hecho de escolta voluntaria en la travesía de los barcos a La Habana. En los muelles esperaban ambulancias militares que llevaron a los supervivientes del *Sea Raker* a un hospital militar bajo estrictas medidas de seguridad.

Pitt y Gunn estaban conversando en el puente de mando apartados de Giordino, que sostenía un Ramón Allones recién encendido entre los dientes. Un miembro

de la tripulación entró con cara de desconcierto.

—Tiene visita, señor —le dijo a Pitt, y se hizo a un lado.

Raúl Castro, acompañado de un ayudante, entró sin ostentación y se presentó. Los sorprendidos estadounidenses avanzaron y dieron la bienvenida a bordo al presidente cubano estrechándole la mano.

—Me han dicho que han descubierto una explotación minera de uranio no autorizada en mi país y que también han evitado un desastre ecológico —dijo

Castro.

Pitt asintió con la cabeza.

—Me alegra saber que la explotación no era cosa suya. Lamentablemente, ha habido varias bajas y se ha hundido un barco minero, cuyo importe puede que recaiga sobre su gobierno.

Castro restó importancia a la deuda.

—Mi hermano y yo solíamos pescar en las aguas de La Habana y Matanzas. Me dolería ver que el mar sufre daños. ¿Son seguras las fumarolas?

—Sí, aunque todavía hay colocados explosivos que tendrán que ser

extraídos.

—¿Y las emisiones de mercurio? — preguntó Castro.

—Siguen suponiendo un problema — respondió Gunn—. Tanto aquí como al sur de Cuba hay penachos tóxicos activos.

—Es posible que tengamos la solución —dijo Pitt—. Mark Ramsey cree que puede convertir una de sus máquinas de extracción minera submarina en una especie de niveladora. La máquina podría rellenar gran parte de las fumarolas que han quedado

descubiertas con sedimento del lecho del mar. Eso minimizaría, si no eliminaría del todo, la emisión de mercurio.

—Mi gobierno está dispuesto a ayudar en todo lo que podamos.

—Gracias, señor presidente —dijo Gunn.

Castro se volvió hacia Pitt.

—Mi hermano mencionó su nombre una vez. Usted ayudó a salvar La Habana del desastre en una ocasión.

—Fue hace muchos años —comentó Pitt.

—Es usted un auténtico amigo de Cuba. —Castro observó la caja de puros que Giordino había llevado al puente de mando—. Veo que ya han disfrutado de nuestro magnífico tabaco. ¿Hay algo más que pueda ofrecerles en agradecimiento?

—Hay un buque español naufragado a la altura de Punta de Maisí que nos gustaría explorar, señor presidente. Es posible que contenga la reliquia mesoamericana que Juan Díaz buscaba.

—Me han dicho que Díaz tenía un almacén lleno de antigüedades, que serán entregadas a nuestro Museo

Nacional de Historia Natural. Tienen permiso para explorar los restos del naufragio, pero me gustaría pedirles que las reliquias que encuentren sean donadas al museo.

—Por supuesto.

Castro se volvió para marcharse. Pitt lo acompañó al ala del puente de mando. La luz matutina proyectaba una franja dorada sobre los edificios de la vieja La Habana. Castro señaló la ciudad con la mano.

—Este lugar es muy especial. Le aseguro que el pueblo de La Habana y

de toda Cuba le agradece los daños que ha evitado. Y me temo que son más de los que usted imagina.

—El pueblo de Cuba se merece cosas buenas —dijo Pitt.

Observó cómo Castro contemplaba la belleza de la antigua ciudad y se le ocurrió una idea.

—Yo no necesito nada, señor presidente, pero hay algo que podría hacer por Cuba.

Castro miró a Pitt y asintió con la cabeza.

—Por Cuba, lo que sea.

Ese era el objetivo. El *Algonquin*. A Haasis no le entusiasmaba disparar a un buque mercante desarmado, pero esas eran sus órdenes. Había que disparar un torpedo para hundirlo. El mando de la Flota del Pacífico quería que pareciera

un accidente, en la medida en que era posible camuflar el torpedeo de un barco. Haasis tenía sus dudas, pero al menos en medio del Pacífico haría falta un esfuerzo considerable para descubrir la verdad.

—Control de armamento, preparen torpedo número uno —dijo.

Haasis permaneció pegado al periscopio mientras un torpedo Mark 48 era cargado en el tubo lanzatorpedos número uno y el tubo era inundado. El capitán observó el buque mercante.

—Disparen el número uno —ordenó

con serenidad transcurrido un minuto.

Un tenue silbido sonó por la proa del submarino, y Haasis contó los segundos hasta que el torpedo alcanzó su objetivo. El barco de registro liberiano tembló y una pequeña columna de humo negro se elevó en medio de la embarcación. Haasis vio aliviado cómo dos botes salvavidas eran arriados rápidamente con una dotación completa de tripulantes. Con la quilla hecha pedazos por la explosión, el sobrecargado buque granelero se partió en dos trozos, que se hundieron al mismo tiempo a los diez

minutos.

—Buen disparo, caballeros —dijo Haasis—. Esta noche pondremos el vídeo en el comedor durante la cena.

Se volvió hacia el oficial de guardia.

—Parker, informe al *Oregon* de que el barco se ha hundido. Ellos podrán recoger a los supervivientes.

—Sí, señor —dijo el teniente. Poco después regresó junto al capitán—. Mensaje enviado y confirmado, señor. El *Oregon* está en camino.

—Muy bien.

—¿Puedo hacerle una pregunta,

señor? Recuerdo haber visto el *Oregon* hace unos meses cuando estábamos en Osaka. Es un viejo carguero destartalado. ¿Cómo es que ese barco es el único en la zona?

Haasis negó con la cabeza.

—Yo no lo sé todo, hijo. Solo recibo órdenes, y las cumplo lo mejor que puedo.

—Sí, señor.

Sin embargo, a Haasis no le sentó bien la orden de hundir el buque granelero. El capitán no le había dado explicaciones, solo el resultado

deseado. Durante el resto de travesía del *Asheville*, le remordió la conciencia y no hizo más que dar vueltas en su litera por las noches. Tuvo que pasar un mes, después de que el *Asheville* volviera a la base submarina de Point Loma, para que se enterase de la auténtica naturaleza de la misión. El *Algonquin* transportaba un cargamento de óxido de uranio de alta calidad a Corea del Norte, suficiente para armar docenas de ojivas nucleares. Tras saber la verdad —y aceptar una distinción en nombre de su barco—, el veterano capitán no

volvió a tener problemas para conciliar el sueño.

—Parece que alguien vigila la guarida —dijo Gunn.

Pasó unos prismáticos a Pitt, que estaba a su lado en el puente de mando del *Sargasso Sea*. El barco de la NUMA se encontraba a doce millas del extremo

oriental de Cuba, navegando por un mar luminoso.

Pitt enfocó un moderno barco de vigilancia que se hallaba en posición media milla más adelante.

—Sabemos que después de robar los documentos de la investigación de Perlmutter, Díaz envió al responsable de su complejo minero a localizar el *San Antonio* —explicó Pitt—. Ese debe de ser él.

—Es el último que queda por rendir cuentas —dijo Gunn—. He oído que al ladrón cubano de Perlmutter no le fue

muy bien. Estaba ilegalmente en el país, y el FBI le vigilaba por espionaje industrial. Fue detenido poco después del incidente de Perlmutter, y será expulsado por mucho tiempo.

Giordino se acercó mientras el barco de la NUMA se reunía con la otra embarcación.

—A lo mejor deberíamos darles las gracias por mostrarnos el lugar del naufragio. Nos han ahorrado un par de días de investigación.

Gunn sonrió.

—No creo que les hiciera mucha

gracia.

Una voz ronca con acento extranjero crepitó por la radio del puente de mando.

—Llamando al barco estadounidense. Están en aguas protegidas. Aléjense inmediatamente o les dispararemos.

—Te dije que serían quisquillosos —observó Gunn.

—Motivo suficiente para avisar a nuestros refuerzos —dijo Pitt. Cambió de frecuencia, contactó con tierra, y a continuación volvió a llamar al barco de vigilancia—. Aquí el barco de

investigación *Sargasso Sea*. Tienen veinte minutos para dejar este lugar y dirigirse a Baracoa o abriremos fuego contra ustedes.

El mensaje de Pitt fue recibido con una retahíla de improperios en español.

—Más que quisquillosos son unos bordes —añadió Gunn.

—Será mejor que nos movamos un poco hasta que aparezcan los mosquitos.

Pitt ordenó que el barco de la NUMA se alejase y navegase despacio hacia la costa cubana. Veinte minutos más tarde, el barco dio marcha atrás hasta situarse

a cien metros del barco de vigilancia. De la radio del barco brotaron otra vez feroces amenazas, pero Pitt no les hizo caso.

Gunn señaló por la ventana del puente de mando.

—Están mostrando su capacidad de fuego —dijo con un tic nervioso.

Media docena de hombres con uniformes militares se apostaron a lo largo de la barandilla del barco de vigilancia apuntando con sus rifles de asalto. Uno parecía armado con un lanzacohetes de mano.

—Todos los miembros de la tripulación fuera de la cubierta — ordenó Pitt por el sistema de megafonía del *Sargasso Sea*.

La radio volvió a sonar. Esta vez, Pitt reconoció la voz de Molina.

—Es su última oportunidad. Abandonen la zona de inmediato o abriremos fuego.

Pitt vio que Molina salía del puente de mando. Se oyó un ruido estruendoso cuando el cabecilla cubano empezó a gritar a sus hombres. Los soldados se quedaron inmóviles al ver que el mar se

rizaba ante ellos levantando una fuente de espuma. Al instante, un helicóptero militar sobrevoló el agua a escasos metros del barco de vigilancia. El cielo se oscureció por un momento cuando otros tres helicópteros llegaron y rodearon el barco disparando al agua a lo largo de los flancos de la embarcación.

Se trataba de helicópteros de ataque cubanos Mil Mi-24 de una base cercana. Pitt oyó que el piloto principal se dirigía por radio al barco de vigilancia y amenazaba a sus tripulantes con la

destrucción inmediata si no se movían.

Molina obedeció de mala gana poniendo el barco en marcha y dirigiéndose a babor con una escolta aérea no deseada.

Siguiendo las indicaciones de Giordino, arriaron un sónar de barrido lateral por la popa, y la tripulación de la NUMA empezó a inspeccionar el fondo del mar. Al cabo de una hora, un pequeño buque naufragado apareció en el monitor, no muy lejos de la posición estacionaria del barco de vigilancia. Efectivamente, Molina había estado

vigilando la guarida.

Recuperaron el sónar mientras el *Starfish*, reparado y actualizado, se preparaba para el lanzamiento. Pitt pidió a sus hijos que se reunieran con él en el submarino.

—Esta es vuestra búsqueda —les dijo—. Bajad y encontradla.

—No hace falta que nos lo digas dos veces. —Dirk subió rápidamente a la nave. Summer dio un fuerte abrazo a su padre—. Gracias por darnos el gusto.

—Esta vez acuérdate de volver a la superficie por tu cuenta.

Poco después, el submarino alcanzó el lecho marino a ciento cincuenta metros de profundidad. Gunn había estacionado el *Sargasso Sea* justo encima del objetivo. Enseguida pudieron ver el buque naufragado. Dirk acercó el sumergible al barco e inspeccionó sus restos.

Según la investigación de Perlmutter, el *San Antonio* era un barco de vapor construido en Belfast en 1887. Los años que había pasado sumergido desde su hundimiento no habían transcurrido en balde. El casco de madera y las

cubiertas del barco prácticamente habían desaparecido, y quedaba poco más que una quilla robusta que sobresalía de la arena.

Dirk situó el *Starfish* sobre el centro de los restos del naufragio, donde la caldera del *San Antonio* se mantenía en pie como única centinela en un jardín de maquinaria desintegrada. En popa, una hélice de bronce relucía bajo los focos del submarino, el único objeto que parecía haber sobrevivido intacto a los estragos del tiempo.

—Los organismos marinos se habrán

ido con la barriga llena —dijo Summer—. Apenas queda madera.

—Menos mal que no les gusta comer piedra. En realidad, puede que hayan ayudado a despejar el área del naufragio.

Emprendieron una minuciosa inspección empezando por la proa, metiendo el manipulador del *Starfish* entre los restos desperdigados y hurgando con él. Cuando llegaron otra vez a la caldera, Summer señaló al frente agitando el dedo.

—¡Ahí está, apoyada en la caldera!

Dirk acercó con cuidado el *Starfish* para ver mejor. Una gran piedra semicircular con la superficie labrada permanecía de pie entre los restos, apoyada contra el lateral de la caldera. Tenía el mismo tamaño que la piedra que habían encontrado en Zimapán.

—Debía de estar en la cubierta principal y se cayó cuando el barco se desintegró. —Dirk chocó los cinco con su hermana—. ¡Bien hecho!

Summer le dedicó una sonrisa cansada.

—Con todos los problemas que

hemos padecido para encontrarla,
espero que tenga algo que contarnos.

Summer tardó varias horas en recibir una respuesta. El proceso consistente en atar una eslinga alrededor de la piedra y sujetar varias bolsas de elevación exigió varios viajes a la superficie y una delicadeza considerable con el brazo

manipulador del *Starfish*. Las bolsas de elevación contaron con la asistencia del submarino, que tiró de las cuerdas, ayudó a levantar la piedra del fondo y siguió su ascenso hasta la superficie.

Una grúa del *Sargasso Sea* izó con cuidado la piedra, la subió a bordo y luego recuperó el submarino. La tripulación y los científicos del barco estaban apiñados alrededor del objeto cuando Dirk y Summer se acercaron a echar un vistazo.

—Parece que coincide perfectamente con la piedra del despacho de Díaz —

dijo Pitt.

Los grabados eran menos nítidos, pero Summer vio que seguían el mismo patrón de los hallados en la otra piedra. Incluso había un grabado completo del pájaro, y era una garza, advirtió.

Tal vez lo más importante era el diagrama tallado en la parte inferior. Tenía pinta de ser una representación geográfica de una bahía o un puerto, con un puñado de islas esparcidas en la parte superior. Pasó las puntas de los dedos por la superficie preguntándose qué secretos revelaría.

—¿Puedes apartarte un momento, por favor, Summer? —preguntó Jack Dahlgren—. Estás tapando la cámara.

Al darse la vuelta vio a Dahlgren detrás de un trípode con una cámara de vídeo.

—¿Tienes conexión por satélite con el doctor Madero?

—Está esperando en el portátil junto al bastidor de las botellas de oxígeno.

Summer y Dirk se dirigieron al ordenador, que mostraba una imagen en directo del doctor Madero en su despacho de México. Tenía la cabeza

vendada, pero sonreía de oreja a oreja.

—Dirk, Summer, estoy viendo las imágenes. ¡Qué maravilla!

—Se ha hecho esperar —dijo Summer—. ¿Qué tal se encuentra, profesor?

—Bien, muy bien. Todavía me duele la cabeza de vez en cuando pero los médicos dicen que se me pasará. Es extraño despertarse en el hospital después de estar tres días inconsciente. Había perdido la memoria, pero poco a poco la he ido recuperando.

—Nos asustamos al enterarnos de que

Díaz lo había atacado en su despacho.

—Un hombre malvado que recibió lo que merecía. Me alegro de que los dos estéis a salvo.

—A salvo e impacientes por saber qué pone en la piedra —dijo Summer mientras Pitt y Giordino se les sumaban para asistir a la evaluación.

—He podido juntar una imagen fija de la primera piedra con una que vuestro compañero Dahlgren me acaba de enviar del trozo recuperado. Eso nos permite por fin elaborar una traducción aproximada aunque más completa. Claro

que el doctor Torres podría habernos proporcionado una interpretación mejor. Dios lo acoja en su seno.

—¿Qué pone? —preguntó Summer, incapaz de contener la emoción.

—Lo resumiré lo mejor que pueda. Empieza con una aparición de Quetzalcóatl, un legendario dirigente tolteca, y su ejército. Motecuhzoma le da la bienvenida, pero luego es asesinado. Hay una rebelión contra las fuerzas invasoras en la que se derrama mucha sangre. Se ve a Quetzalcóatl partir durante el combate.

»Después, los ancianos recolectan regalos y ofrendas, que dejan al cuidado de los guerreros águila y jaguar. Las ofrendas son transportadas por agua en siete embarcaciones a una isla marcada en el dibujo que aparece en la base de la piedra. Hay una representación de Huitzilopochtli, la deidad ancestral azteca. Ese detalle, junto con la imagen de la garza, parece indicar que volvieron de algún modo a su hogar ancestral de Aztlán.

—¿Alguna hipótesis sobre dónde está situada esa isla? —preguntó Dirk.

—Solo consta la imagen de la parte inferior... y un indicio de que el viaje pudo durar diez días. Como no sabemos de dónde partieron ni en qué dirección viajaron, es difícil hacer conjeturas.

—Acabo de enviar una imagen de la piedra a Yaeger —anunció Dahlgren reuniéndose con el grupo—. A lo mejor con sus ordenadores encuentra una coincidencia geográfica.

—Entiendo lo de enviar lejos unos objetos valiosos —dijo Giordino—, pero ¿quiénes son Quetzalcóatl, Motecuhzoma y Huitzilopochtli,

profesor?

—Huitzilopochtli es el antiguo padre fundador de los aztecas, una especie de George Washington divinizado que encabezó una emigración de los mexica a Tenochtitlán. Quetzalcóatl fue un legendario dirigente tolteca que vivió siglos antes. Los aztecas profetizaron que algún día volvería para recuperar su trono. Por eso lo relacionaron con la llegada de Hernán Cortés y sus conquistadores españoles en 1519. Muchos historiadores creen que los aztecas pensaban que Cortés era el

segundo advenimiento de Quetzalcóatl. La inscripción de la piedra parece indicar que esa creencia era cierta.

—Entonces, si Cortés representaba la reencarnación de Quetzalcóatl —dijo Giordino—, ¿quién era Motecuhzoma?

—Es más conocido como Montezuma —apuntó Pitt.

Summer miró a su padre.

—¿Es eso lo que descubriste en el despacho de Díaz?

—Era una conjetura, pero Díaz tenía una página de un códice en la que aparecía un guerrero adornado con joyas

y con un tocado de plumas verdes. Recuerdo haber visto fotos de un tocado parecido atribuido a Montezuma.

—O Moctezuma, como más exactamente lo llaman ahora —señaló Madero.

—Díaz estaba al tanto de esa relación —dijo Pitt—, y por eso estuvo a punto de matarlo por la piedra.

—¿Qué valor añade Moctezuma a esta historia? —quiso saber Giordino.

—Mucho —respondió Madero—. Verán, la versión de la piedra guarda correlación con la crónica de los

españoles. Cortés y su fuerza compuesta por quinientos hombres desembarcaron cerca de Veracruz en 1519. Pronto marcharon a la capital azteca de Tenochtitlán, una ciudad fabulosa construida en una isla del lago de Texcoco, que ahora es el centro de Ciudad de México.

»Moctezuma recibió en persona a Cortés y a sus tropas, pero la desconfianza mutua se respiraba en el aire. Aun así, Moctezuma llevó a Cortés los tesoros del imperio azteca, que incluían grandes cantidades de oro.

»Moctezuma fue asesinado poco después, posiblemente por su propio pueblo, y Cortés no pudo mantener la paz. Los españoles se vieron obligados a huir para salvar la vida y escaparon por los pelos del furioso ataque de los guerreros aztecas.

—Entonces ¿los españoles no huyeron con el oro? —preguntó Giordino.

—Solo con una pequeña parte. Cortés se reorganizó y volvió unos meses más tarde. Cercó Tenochtitlán y al final conquistó la ciudad de forma violenta. Pero el oro y las riquezas habían

desaparecido. El paradero del oro de Moctezuma ha seguido siendo un misterio durante siglos.

—Hasta ahora —terció Pitt—. El códice y las piedras nos relatan la historia. Los aztecas cargaron su tesoro en grandes canoas y navegaron al este hasta el Caribe. Encontramos los restos de una de sus canoas cerca de Jamaica, de modo que sabemos que existen... y que eran grandes y de navegación marítima.

—Un viaje extraordinario, sin duda alguna. Elaboraré una traducción de la

piedra más concienzuda —dijo Madero—. Si descubro algo digno de mención, les avisaré.

—Gracias, profesor —dijo Summer—. Podríamos reunirnos en el Museo Nacional de La Habana y ver las dos piedras juntas.

—De acuerdo —convino Madero.

Cortó la conexión de vídeo y desapareció de la pantalla.

—Entonces la pregunta es: ¿adónde fueron? —dijo Summer.

Se hizo el silencio.

—Creo que Hiram tiene algo para

vosotros —dijo Dahlgren de repente, dirigiendo la atención del grupo hacia el portátil.

Se trataba de una transmisión de vídeo en directo en la que se veía a Yaeger en su centro informático de la sede central de la NUMA.

—He oído que necesitan ayuda con su mapa del tesoro.

—Me temo que los aztecas no nos dejaron coordenadas de latitud y longitud —dijo Pitt—. ¿Podrías conseguir algo a partir del diagrama de las piedras?

—En realidad, Max me ha dado una respuesta en unos doce segundos — contestó refiriéndose a su sistema operativo—. He buscado una configuración geográfica comparable, limitando el alcance al golfo de México, el mar Caribe y las dos costas de México. He encontrado una docena de localizaciones con cierto parecido y uno que coincide bastante.

Levantó un papel. En una mitad de la página aparecía el diagrama de la piedra y en la otra una imagen tomada por satélite de una bahía con una forma

parecida.

—En mi opinión, una correlación bastante aproximada.

—Es idéntico —dijo Pitt.

—¿Estamos cerca? —preguntó Summer abriéndose paso a codazos hasta el ordenador—. ¿Podemos llegar desde aquí?

—Oh, desde luego que pueden llegar —dijo Yaeger exhibiendo sus dientes con una amplia sonrisa—. Salir es lo que podría suponer un problema.

Puerto Grande era el nombre que Cristóbal Colón dio a la gran bahía en forma de media luna que descubrió en 1494. Permaneció bajo dominio español durante los siguientes cuatro siglos, como importante final de ruta para la

exportación de algodón y azúcar. En junio de 1898, los infantes de marina estadounidenses asaltaron la costa y conquistaron los alrededores en una de las primeras batallas terrestres de la guerra hispano-norteamericana. Para entonces, la ensenada había recibido el nombre de un río cercano y la llamaban bahía de Guantánamo.

Después de la rápida derrota de los españoles, Estados Unidos firmó un contrato de arrendamiento con el gobierno cubano recién independizado por una parcela de la parte exterior de la

bahía para utilizarla como base naval de reabastecimiento. Ocupada actualmente por la Base Naval de la Bahía de Guantánamo y su impopular centro de detención, Estados Unidos paga solo unos pocos miles de dólares al año a los cubanos en virtud de un arrendamiento perpetuo... retribuido en cheques que el gobierno de Castro no cobra desde hace tiempo.

Summer se hallaba en la proa del *Sargasso Sea* disfrutando de la brisa mientras el barco de investigación entraba en la bahía. Un avión de patrulla

marítima Orion P-3 se lanzó en picado y aterrizó en un aeródromo a su izquierda, al tiempo que el barco viraba a estribor hacia la base naval principal. La embarcación atracó en un muelle abierto al lado de una fragata de la marina.

Summer se reunió con Pitt, su hermano y Giordino para desembarcar.

Dos oficiales aguardaban su llegada. Para su sorpresa, también estaba St. Julien Perlmutter, que había viajado desde Washington; era la primera vez que subía a un avión en diez años.

—Bienvenidos a Gitmo —saludó el

oficial de mayor rango a modo de forzado recibimiento—. Soy el almirante Stewart, comandante de la fuerza operativa conjunta.

—Gracias por recibirnos, almirante —dijo Pitt estrechándole la mano.

—No todos los días recibo una llamada del vicepresidente para pedirme que ayude a buscar una aguja en un pajar.

—Le aseguro que en este asunto no hay agujas ni pajaros —señaló Perlmutter en un tono de lo más susceptible.

—Les presento al comandante Harold Joyce. Entre otras funciones, es el historiador de la base. Estoy seguro de que el comandante Joyce podrá satisfacer sus necesidades. Y ahora, si me disculpan.

Stewart dio media vuelta y abandonó el muelle.

—¿Alguien le ha echado piedras en la comida? —preguntó Dirk.

Joyce rio.

—No, simplemente no le gusta que los políticos le den órdenes. Sobre todo políticos de los que él fue superior.

—El vicepresidente Sandecker es famoso por tocar las narices de vez en cuando —dijo Pitt.

El comandante naval, un hombre bajo con gafas, dedicó una sonrisa cordial a Summer y se volvió hacia Perlmutter.

—Señor Perlmutter, me hace mucha ilusión que haya venido a Gitmo. Hace poco leí su historia de la marina romana y me pareció fascinante.

—Pertenece usted a una reducida minoría, pero gracias. ¿Ha tenido suerte con nuestra petición?

—Me dijo que buscaban una cueva o

un almacén en una de las islas. Hay varias islas en la bahía, pero solo dos tienen un tamaño o altura considerables: Cayo Hospital y Cayo Médico. Me he recorrido las dos islas, y me temo que no he encontrado nada parecido a una cueva natural.

—Tal vez esté cerrada —observó Summer.

—Puede que tenga razón —dijo Joyce, respondiendo con entusiasmo a Summer—. En realidad solo vi un elemento que pudiera tener interés. Se trata de un pequeño depósito de

municiones, en Cayo Hospital. No le di mucha importancia, pero cuando investigué un poco descubrí que había sido construido durante los primeros días de la base. Permanece cerrado. Sin embargo, no he encontrado ningún inventario que demuestre que se utilizara realmente para almacenar munición.

—Ya que estamos aquí, ¿podríamos echar un vistazo? —preguntó Summer.

Perlmutter asintió con la cabeza.

—Creo que sería lo más sensato.

—Desde luego —contestó Joyce—.

Me he tomado la libertad de conseguir

la aprobación del viejo. Lo más difícil fue encontrar la llave de la cerradura. Me pasé horas rebuscando en los archivos de la base. Creo que hace un siglo que ese sitio no se barre.

—¿Y ha tenido suerte? —inquirió Summer.

Joyce sacó una llave de latón del tamaño de un libro de tapa dura.

—Tengo una lancha esperando en el muelle —dijo—. Vayamos a echar un vistazo.

El grupo se apretujó en la lancha y Joyce lo llevó a través de la bahía a una

pequeña isla situada en el centro. A Pitt le sorprendió ver un pequeño carguero que atravesaba la bahía con una bandera cubana ondeando en su palo.

—De acuerdo con los términos del contrato de arrendamiento firmado en 1903, los cubanos tienen pleno derecho de paso por la bahía aunque crucen nuestra base —informó Joyce—. Antes solíamos encontrar refugiados en balsas que flotaban corriente abajo, pero ahora los militares cubanos lo controlan todo bastante.

Varó la embarcación en Cayo

Hospital, una isla de un kilómetro de largo con una cordillera elevada que la recorría de punta a punta como una columna vertebral. La isla era árida como el paisaje próximo, cubierta de arbustos bajos y cactus.

Pitt se fijó en que había varias hendiduras profundas en el suelo cerca del embarcadero, señal de la presencia de una estructura anterior.

—¿Este sitio tiene un pasado relacionado con la base?

—Ya lo creo —contestó Joyce—. Aquí es donde se construyó el puerto de

carboneo original para reabastecer los barcos de la marina. Era el motivo por el que les interesaba la bahía. Se construyeron varias carboneras grandes en la cordillera, conectadas a una vagoneta que llegaba a los muelles. Duró hasta 1937, cuando la marina retiró los barcos a carbón.

Dirk miró a través de la isla, ahora yerma.

—No dejaron mucho para la posteridad.

—Hace unos años lo derribaron todo, y desde entonces el sitio quedó vacío.

Pero lo que no quitaron fue el depósito de municiones. Está en el extremo norte de la isla.

Había una breve caminata hasta la otra parte de la isla, pero cuando llegaron a un pequeño receso de la cordillera, todos estaban sudando debido al clima cálido y húmedo. Joyce los condujo a un arco de hormigón incrustado en la ladera de la colina que se hallaba cerrado con unas gruesas puertas de acero. Introdujo la gran llave de latón en la cerradura y trató de girarla, pero no consiguió que el

mecanismo cediese.

—Déjeme ver esa llave, jovencito.

Perlmutter se abrió paso hasta la puerta. Cogió la llave y echó mano de parte de sus ciento ochenta kilos de masa corporal. La cerradura hizo clic chirriando, y el historiador abrió la puerta empujándola.

El interior estaba totalmente vacío. La estancia se adentraba seis metros en la ladera, con paredes hechas de piedras bien encajadas. No había tesoro ni munición a la vista. El grupo se apretujó dentro y miró a su alrededor con

decepción.

—Adiós al tesoro de Montezuma — dijo Summer en un tono cargado de desencanto.

—Está claro que los ladrones lo han limpiado —murmuró Joyce con tristeza.

—No es la primera vez que los ladrones hacen de las suyas —comentó Perlmutter—. Las pirámides también fueron vaciadas.

—Probablemente hace tres mil años —dijo Pitt con aire distraído mientras empezaba a andar por la cámara dando golpecitos a las piedras y estudiando lo

bien que encajaban las juntas.

Perlmutter lo miró.

—¿Busca una puerta oculta?

Pitt habló mientras picaba las piedras con la gran llave de latón.

—Me parece extraño que no haya restos ni señales de que se haya guardado algo en esta cámara. Es como si la hubieran fregado.

Giordino enfocó el suelo de hormigón con su linterna.

—Deja mi casa a la altura del betún.

Pitt tardó cuarenta minutos en obtener un sonido sordo en lugar del tintineo de

la roca dura.

Giordino bajó a la lancha y volvió con una caja de herramientas. Provistos de un martillo y un cincel, Giordino y Pitt atacaron una piedra que no tardó en soltarse.

Excavaron por turnos un agujero en el borde de la piedra. Introdujeron más el cincel en el hueco y utilizaron un destornillador grande para hacer palanca por un lado. Sudorosos y al borde del agotamiento, deslizaron la piedra hacia delante un par de centímetros. Pasaron el destornillador al

otro lado y movieron un poco más la piedra. Giordino apartó a todos los presentes y tiró la enorme piedra al suelo.

Durante un largo instante, todos se quedaron en silencio con la vista clavada en el espacio que se abría más allá. Parecía que les diera miedo mirar detrás de la pared y descubrir que no había nada. Entonces Pitt metió una linterna y movió su haz a través de la oscuridad. Incapaz de contener la emoción, Summer pegó la cara a la abertura.

—Veo un jaguar —dijo en un susurro
—. Creo que es un jaguar de pie.

Se volvió y dirigió a su hermano y a su padre una sonrisa cómplice.

Dirk no pudo resistirse y apartó la cabeza de Summer.

—¡Y oro como para llenar Fort Knox!

Se turnaron para abrir un agujero en las piedras lo bastante grande para pasar por él.

Summer fue la primera en entrar en la cámara. Un gran felino con manchas amarillas y negras la recibió, con las fauces abiertas en una mueca congelada.

Bajó la linterna e iluminó una talla de un guerrero indígena bajo un tocado de piel de jaguar.

Pasó por delante del guerrero esculpido. Una cueva larga y oscura emitía reflejos ambarinos bajo el haz de su linterna.

Oro.

Estaba por todas partes, en forma de estatuillas labradas, lanzas y escudos dorados, y joyas engastadas en platos y cuencos de piedra. Una gran canoa de madera se hallaba contra una pared, llena hasta los topes de objetos de oro,

máscaras con joyas incrustadas y elaborados discos de piedra tallados.

Los demás siguieron a Summer y se quedaron boquiabiertos al ver los objetos.

Joyce no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué es todo esto?

Pitt señaló una gran capa de algodón llena de joyas y plumas de vivo color verde.

—El tesoro de Montezuma.

Summer abrazó a su hermano.

—Es un pequeño resarcimiento por lo

del doctor Torres.

Perlmutter se quedó mirando los objetos con un asombro infantil.

—Es todo cierto —murmuró.

Pitt se acercó al corpulento hombre.

—St. Julien, creo que nos lo has estado ocultando. Sabías que estaba aquí desde el principio, ¿verdad?

Perlmutter sonrió.

—No ardía en deseos de reescribir la historia, pero los hechos son innegables. Como ahora sabemos, parece que un grupo de comandos españoles aliados con el arqueólogo Julio Rodríguez

volaron el *Maine* para conseguir la piedra azteca. El informe de la autopsia de Ellsworth Boyd me dio la pista. Indica que murió de una herida de disparo, y es muy probable que tú encontrases en el barco hundido la pistola española que la causó.

—Parece que Rodríguez venía hacia aquí en el *San Antonio* —dijo Pitt.

—Unos años antes había llevado a cabo un trabajo de campo en un yacimiento de los indios taínos en la bahía de Guantánamo, de modo que conocía la geografía local. Creo que a

Boyd le bastó con el diagrama de la piedra para reconocer el lugar una vez que se hizo con ella, y que venía para aquí.

—Pero si el *San Antonio* se hundió con la piedra, ¿cómo supieron los estadounidenses dónde encontrarla? ¿Y por qué sigue aquí el tesoro?

—Está claro que Boyd conocía la importancia de la piedra —dijo Perlmutter—. Su socio era un experto en las culturas mesoamericanas, de modo que no tardaron en descubrir la relación con el tesoro de Moctezuma. Sospecho

que volvía a Nueva York con la piedra para recaudar fondos con los que financiar una investigación. Pero su barco se averió en Santiago, y Rodríguez lo persiguió hasta La Habana y finalmente lo mató en el *Maine*.

»Sin embargo, ya le había contado al cónsul general cubano y al capitán del *Maine* cuanto sabía —continuó Perlmutter—. Descubrí varios comunicados relacionados con el hundimiento del *Maine* que hacían referencia a lo que se denominaba «el hallazgo de Boyd». De ahí la urgencia

con que los estadounidenses persiguieron y hundieron el *San Antonio*. Después de ser rescatado del mar, Rodríguez vivió lo justo para señalar a Guantánamo. A partir de entonces, la documentación militar abunda en la necesidad estratégica de tomar la bahía de Guantánamo.

—¿Me estás diciendo que el tesoro de Moctezuma provocó la guerra hispano-norteamericana? —preguntó Pitt.

Perlmutter asintió con la cabeza.

—Fue un factor clave lo mires por donde lo mires. Es el motivo que está

detrás del hundimiento del *Maine*, y también de nuestra decisión de invadir Cuba.

—Entonces ¿por qué se quedó aquí?

—Los que mandaban en Washington no querían provocar al estado cubano recién independizado. Además, Estados Unidos recibió un espaldarazo inmediato como nueva potencia mundial con su decisiva victoria sobre la flota española aquí y en Filipinas.

»De modo que el descubrimiento fue encubierto. El presidente McKinley consideró más oportuno esperar unos

años antes de revelar su existencia, así que ordenó que el tesoro se mantuviera bajo llave hasta que él abandonara la presidencia. Tal vez no contaba con que Theodore Roosevelt le sucediera.

—¿Roosevelt se enteró de la existencia del tesoro?

—Desde luego. Pero tenía un motivo personal para ocultar el hallazgo. Como héroe de las colinas de San Juan, Roosevelt no quería que su legado quedara mancillado por un codicioso afán por el tesoro. Además, la situación en México se estaba deteriorando

durante los últimos años de su presidencia. La insurrección contra el dirigente mexicano Porfirio Díaz cobraba más fuerza, un hecho que acabaría desembocando en la revolución mexicana. Roosevelt sabía que el pueblo mexicano se indignaría si se enteraba de que Estados Unidos poseía el tesoro de Moctezuma, y se agravaría una situación fronteriza ya de por sí delicada.

—Así que enterró todo el asunto.

—Literalmente. Roosevelt ordenó que el tesoro fuera sellado donde estaba. Se eliminó la documentación de su

descubrimiento, y los pocos que sabían de su existencia tuvieron que jurar que no lo revelarían... y por descontado, se les prohibió volver a poner un pie en la bahía de Guantánamo. Lo descubrí cuando me encontré con una orden ejecutiva firmada por Roosevelt en la que ordenaba la construcción de un depósito secreto sellado para unos supuestos artículos delicados.

—Y después, el tiempo borró su recuerdo.

—Exacto.

Summer se acercó a los dos hombres

que transportaban una estatuilla de piedra tallada de una garza con joyas engastadas en los ojos y el pico de oro.

—¿A que es bonita? La factura es extraordinaria.

—Aquí hay suficiente oro para liquidar la deuda nacional —dijo Dirk.

—Es una colección magnífica —observó Perlmutter—. Solo espero que no estalle la Tercera Guerra Mundial con motivo de su reparto.

—Dirk y yo lo tenemos todo pensado —dijo Summer—. Un tercio irá a parar al Museo Nacional de La Habana, otro

tercio al Museo de Antropología de Xalapa en Veracruz y otro tercio irá al Smithsonian de Washington, con la condición de que toda la colección rote cada cinco años.

—Me parece un plan equitativo — comentó Pitt—. Pero ¿y si la marina quiere quedárselo todo?

Summer esbozó una sonrisa pícaro y acto seguido deslizó un brazo alrededor del menudo comandante Joyce y lo atrajo hacia ella.

—En ese caso, puede que tengamos que tomar ejemplo de los aztecas y

arrancar unos cuantos corazones.

La llamada a la puerta sobresaltó a los residentes de la casa de la colina, quienes ya no recibían visitas casi nunca.

—Iré a ver quién es —dijo Salvador Fariñas a su esposa, que estaba en la

cocina cortando en filetes un pescado para la cena.

Fariñas abrió la puerta y salió para hablar con los visitantes. Al cabo de varios minutos, asomó la cabeza por la puerta y llamó a su mujer.

—María, ven a ver esto.

María se limpió las manos en el delantal y acudió con paso impaciente. Encontró un camión de reparto aparcado en la entrada de la casa y a dos hombres que descargaban numerosas cajas de escaso grosor.

Fariñas estaba abriendo una de las

cajas con un destornillador cuando reparó en la presencia de su esposa.

—¡Han vuelto, María! ¡Han vuelto contigo!

Ella se acercó con expresión perpleja mientras él retiraba el embalaje. Dentro había un cuadro de una anciana que sostenía un ramo de flores. María reconoció enseguida el retrato de su madre, uno que había pintado cuarenta años atrás.

—Mi cuadro de mamá —murmuró.

Miró el camión y las otras cajas que estaban siendo descargadas.

—¿Son todos mis cuadros?

—¡Sí! —contestó Fariñas—. Te los han devuelto.

A ella le brillaron los ojos.

—No lo entiendo.

En el interior de la mujer pareció activarse un interruptor que desterró el corazón cansado y vencido con el que había cargado durante las últimas décadas. Con la ayuda de su marido, abrió con impaciencia las cajas contemplando sus obras como una madre contempla a sus hijos.

Tras descargar la última caja, uno de

los repartidores se acercó.

—Esto es para usted, señora Fariñas.

—Le dio un sobre grueso—. Que tenga un buen día.

—Gracias —respondió ella abriendo el sobre.

Dentro había una nota y un objeto fino envuelto en papel de estraza. Desplegó el mensaje.

María, no olvide nunca que la artista que lleva dentro no puede morir.

DIRK PITT

Retiró el papel de estraza y encontró dentro un magnífico pincel de la marca Marta Kolinsky.

Empezaron a caerle lágrimas por las mejillas. Se las enjugó con el delantal hasta que recobró la calma. Entonces levantó el pincel en el aire y dijo con voz firme:

—¡Por supuesto!

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

Dirk Pitt regresa en esta
nueva y emocionante novela
del maestro de la aventura,
el autor superventas
mundial **Clive Cussler**.

¿Se le ha acabado la suerte a **Dirk
Pitt**?

Entre tanto, los chicos de Pitt llevan a cabo una investigación por su cuenta, a la caza de una piedra que se destruyó durante la batalla en el puerto de La Habana en 1898. Aun así, ellos viajan a Cuba y al centro del peligro.

La familia Pitt al completo ya ha pasado por situaciones desesperadas antes, pero quizá nunca tan extrema como la que afrontan esta vez.

Acción y aventura sin fin en el mar en la entrega vigésimo tercera entrega de la serie «Dirk Pitt».

La vida de **Clive Cussler** es tan aventurera como la de sus protagonistas. A los enormes éxitos como escritor se añaden sus logros en la búsqueda de barcos naufragados y aviones desaparecidos.

Plaza & Janés publica las series de tres de los héroes creados por Cussler que más popularidad han obtenido entre los lectores de todo el mundo: Juan Cabrillo (*El buda de oro, La piedra sagrada, Alerta nocturna, La costa de los diamantes, Secta letal, Corsario, El mar del silencio y La selva*), Dirk Pitt

(*Viento letal, El tesoro del Khan, Tormenta en el Ártico, El complot de la media luna, La flecha de Poseidón*) e Isaac Bell (*La caza, Sabotaje, El espía, La carrera del siglo, El ladrón* y su última novela, *El aprendiz*).

A pesar de haber trabajado durante muchos años en el sector financiero, **Dirk Cussler** decidió dedicarse por completo a la escritura. Junto con Clive Cussler, es coautor de varias novelas. Ha participado en las expediciones de su padre y es consejero de la empresa NUMA. Vive en Arizona.

Título original: *Havana Storm*

Edición en formato digital: julio de 2017

© 2014, Sandecker, RLLLP. Derechos mundiales reservados.

Publicado por acuerdo con Peter Lampack Agency, Inc. 350 Fifth Avenue, Suite 5300. Nueva York, NY 10118, Estados Unidos.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Diseño e ilustración de la portada: © Cover Kitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01855-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Tormenta en La Habana

PRÓLOGO. Perseguido

PRIMERA PARTE. Corriente mística

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

SEGUNDA PARTE. Aztlán

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

TERCERA PARTE. Cuba libre

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

EPÍLOGO. Puerto Grande

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos